
no hay
tendencias
nuevas
en
madagascar
MARTA CERVIÑO SOLANA
elit
LGTBI

Portadilla

no hay tendencias nuevas en madagascar

MARTA CERVIÑO SOLANA

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025, Marta Cerviño Solana
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
No hay tendencias nuevas en Madagascar, n.º 26 - mayo 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock
De la imagen del Capítulo 19: © Marta Cerviño Solana

I.S.B.N.: 9791370008543

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Advertencia
Aviso
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Notas

Advertencia

CONTENIDO SENSIBLE

Uno de los personajes de esta novela padece ansiedad, *burnout* y otros trastornos no especificados; lee con precaución y cuídate mucho.

La autora no es psicóloga ni nada que se le parezca; si te sientes aludido, identificado o preocupado, acude a un especialista.

Aviso

AVISO

Ni Carabajillo ni Villalcerro de la Lejana Orilla existen, ni tampoco los establecimientos que menciono. Tomáoslo como el famoso lugar de La Mancha, que son todos y ninguno.

Sí tengo que agradecer que existan en Cantabria el pueblo de Ranero y el mirador del Alto de la Granja, que resultaron ser exactamente como me los había imaginado.

Cualquier parecido de Squeaker con cierta red social real es pura coincidencia.

Cita

Quand on vient dans le Nord, on braie deux fois:
quand on arrive et quand on repart[1].

Bienvenue chez le Ch'tis, Antoine Bailleul

Prólogo

El cadáver apareció cabeza abajo en unos enebros, tan hundido en las zarzas que parecían ser solo dos piernas tiesas surgiendo entre las hojas. La pobre mujer que lo había encontrado creyó estar rescatando un extraño espantapájaros o algún adorno esperpéntico de un Halloween largo tiempo pasado, al menos hasta que vio el resto del cuerpo.

La ambulancia, que llegó quince minutos antes que la Policía, se entretuvo menos en confirmar la clara defunción que en calmar a la pobre testigo, que no esperaba acabar su agradable paseo matutino de aquella manera tan macabra.

Mientras aguardaban a que apareciesen el forense y el juez de guardia, los dos guardias civiles, que habían llegado allí en un destartalado cuatro por cuatro, acordonaron la zona y empezaron a inspeccionar los alrededores.

No había vehículo alguno cerca del cuerpo, ni huellas de neumáticos, forcejeo o violencia, ni siquiera en la carretera, que zigzagueaba por la empinada ladera en cuyo fondo había acabado el desafortunado difunto. Allí arriba, uno de los agentes inspeccionaba el quitamiedos, que llevaba doblado desde los setenta y que nadie se había molestado en arreglar. No presentaba marcas nuevas más allá de los viejos abollones, y el rojo que lo cubría se debía únicamente al óxido. La ausencia de sangre en el metal y el asfalto, sin embargo, podría deberse a la morrina[2] que desde hacía horas calaba, sin prisa pero sin pausa, toda superficie disponible.

—La carretera está llena de niebla —le comentó por el *walkie-talkie* a su compañero—. Lo único que se me ocurre es que viniese andando, tropezase y rodase para abajo. ¿Seguro que no hay marcas de ruedas? —La respuesta no debió de ser satisfactoria, porque frunció el ceño—. ¡Bueno, pues busca! Si hay un coche no ha podido ir muy lejos por ahí abajo…

Dicho esto, se asomó a la pendiente, con cuidado de no resbalar. Junto a él, las luces de la ambulancia y del viejo coche patrulla se reflejaban en las diminutas gotitas de agua y teñían la niebla de azul y rojo. Desde abajo, los técnicos de emergencias, que habían descendido con sumo cuidado, observaban la ladera con ojo crítico, planteándose cómo demonios iban a subir el cuerpo sin matarse ellos también.

No era un lugar muy habitual en el que encontrar un accidentado. No figuraba como punto negro en el mapa de carreteras y había que dar gracias de que apareciese siquiera, porque a nadie se le solía perder nada por aquella parte de la montaña; los excursionistas tomaban el camino del fondo del valle, y aquel carreterín estrechujo solo llevaba a una pequeña pedanía dos o tres kilómetros más lejos.

El otro agente maldijo y se volvió hacia el cuerpo, que seguía patas arriba en las zarzas, a la espera del forense.

—No tiene pinta de haber venido en coche —contestó por el *walkie*—. Tiene las botas llenas de barro, a lo mejor vino andando…

—¿Ahora eres detective? —gruñó la voz de su compañero, entrecortada por la estática del aparato—. Limítate a hacer tu trabajo.

Y mientras tanto, el cuerpo seguía cabeza abajo, empapado por la lluvia incesante, por cada chispita que se juntaba con otra, y luego con otra, hasta formar goterones que resbalaban por la ropa y la piel, ya fría. La pobre mujer que lo había encontrado evitaba a toda costa mirar en su dirección, pero el técnico, que la había envuelto en una manta térmica, sí lo hizo.

«Vaya lástima», pensó. «Morirte solo en la montaña y que te encuentren en una postura tan ridícula». Acomodó mejor la manta alrededor de los hombros de la testigo, que no había dejado de temblar. «Espero que avisen pronto a la familia».

Capítulo 1

CERRADO POR FESTIVO



Diluviaba cuando el detective Daniel Minaya se bajó del tren en la estación de Carabajillo.

Es una frase muy bonita para empezar un primer capítulo, pero no estamos hablando de una lluvia normal y corriente que se haya exagerado para darle dramatismo a la acción.

No, *diluviaba* como si en cualquier momento se fuese a fletar una barcaza con una pareja de cada animal del mundo. Un torrente de agua descendía por las vías hasta la playa. Las olas manifestaban su presencia con un rugido lento y feroz que parecía querer arrastrar consigo la orilla, el puerto, las casas y todo lo que pillasen por delante.

Seamos justos, tal vez sí fuera una exageración porque, salvo algún turista desprevenido, los habitantes del lugar caminaban por la calle bajo sus paraguas con total tranquilidad, tal vez algo más veloces de lo que solían andar, o demorándose unos minutos de más en los soportales, pero sin dar muestras de asustarse por aquella plaga divina que se les venía encima.

Pero el detective no era ni turista ni habitante, y las gruesas gotas hacían tanto ruido sobre el tejadillo metálico de la estación que se le

hacía difícil imaginar un escenario en el que semejante estruendo no precediera al fin del mundo conocido. Venía de la capital, donde los últimos días de un agosto especialmente caluroso le habían hecho olvidar que en el resto del país el otoño se acercaba a pasos agigantados. Además, no llovía así en Madrid, y cuando lo hacía, el agua cerraba metros, colapsaba carreteras y provocaba atascos y accidentes. No entendía por qué allí todo el mundo seguía haciendo vida normal, como si nada.

El hombre no contaba ni con chubasquero ni con paraguas, ni siquiera con una triste capucha, y el recorrido hasta los taxis que esperaban en fila frente a la estación se le antojó una auténtica heroicidad, a pesar de que no le llevó ni cinco minutos encontrar un vehículo libre, meter su pequeña maleta en el maletero y encajar sus largas piernas en la parte trasera. Una vez dentro, procedió a comprobar, casi con desesperación, la impermeabilidad de la bandolera en la que llevaba el portátil.

Daniel Minaya era alto, delgado como un suspiro y serio como el ujier de un velatorio. Rondaba los treinta y cinco, pero los años que le añadía la barba castaña de tres días se los restaban la chaqueta de cuero negro, cerrada hasta las orejas, y los pantalones vaqueros con botas de caña baja. Llevaba el pelo liso corto, algo despeinado por el viento y pegado a la frente por la lluvia y la humedad. Aún ahora, mientras se quitaba la chaqueta para descubrir que el agua le había calado el cuello de la camiseta de manga larga, una solitaria gota le resbalaba por la ligera curva de la nariz aguileña.

—¿A dónde le llevo? —preguntó el conductor, sin volverse.

—A Villalcerro de la Lejana Orilla —dijo mientras se pasaba una mano por el pelo para desterrar las gotas de agua—. Al ayuntamiento.

Desde el reflejo del retrovisor, el taxista le miró por encima de las gafas, cuyos cristales, al no haberse bajado del coche para ayudarle a meter el equipaje, estaban limpísimos.

—¿A Villalcerro? ¿Qué se le ha perdido a usted allí?

El detective le miró con una ceja alzada durante un largo minuto para acabar respondiendo, de la forma más educada que fue capaz de conjurar:

—Motivos personales.

El taxista se encogió de hombros y arrancó. El detective se apresuró a tantear el asiento en busca del cinturón de seguridad y lo encajó en su hendidura al tercer intento.

Pronto, la estación quedaba atrás y el taxi se abría camino por las calles de Carabajillo a trompicones y frenazos. Daniel dirigió una única mirada a la ciudad a través del parabrisas antes de sacar su móvil, pasarle la manga por encima para librar la pantalla de cualquier rastro de humedad, y ponerse a escribir a toda velocidad.

Sabía, por lo poco que había buscado en Internet, que Villalcerro era un pueblo de montaña, algo apartado de Carabajillo, pero no lo suficiente como para que le hubiesen puesto su propia red de transporte público. *Es casi como un barrio de la ciudad*, comentaba la reseña de alguien que, obviamente, no sabía lo que era una pedanía. *Solo tiene un bar, pero se come muy bien y la gente es muy amable*.

Lo que no se esperaba era que el trayecto, que en Google Maps había figurado como de veintidós minutos, fuese en realidad una carreterucha estrecha, serpenteante y llena de baches y rotos. En una de las curvas más pronunciadas le pareció incluso ver un hueco del tamaño de un minibús que el quitamiedos, retorcido y casi rojo de óxido, no llegaba a cubrir.

Daniel Minaya no era muy amigo de apoyar la cabeza en la ventana y observar el paisaje. Normalmente dedicaba los viajes en taxi a adelantar trabajo en el ordenador o en el móvil, o a *scrollear* la *TL* de Squeaker, la red social de moda, pero con los bandazos que iba dando el coche, la lluvia que seguía cayendo como si el mundo se fuese a acabar y la forma en la que el taxista iba toqueteando la radio moribunda, sin fijarse demasiado en la carretera, el hombre se adjudicó la silenciosa tarea de mantener la carrocería en su lugar, aferrándose casi con desesperación al asidero del techo, y de vigilar la carretera como si, a base de contemplarla fijamente, pudiese evitar que esta resbalase bajo los neumáticos y les precipitase a una muerte segura.

El taxista le dirigió una mirada divertida a través del retrovisor y pisó el acelerador.

Villalcerro apareció ante él como surgido de la nada. La carretera doblaba un recodo en un peñasco y… *voilà!*, resulta que detrás de la roca se ocultaba un pequeño pueblo con su cartel oxidado y sus luces de Navidad sempiternas y apagadas. Realmente no era gran cosa; un conjunto de casas desparramadas entre las peñas como una aldea de cabreros, difiriendo de esta solo en que los cabreros habrían utilizado palos y piedras en lugar de cemento y ladrillos. Para Daniel, no cabía duda de que habría resultado más bonito de la primera forma.

—Al ayuntamiento, me ha dicho —dijo entonces el taxista—, ¿verdad?

Daniel se limitó a asentir, con miedo de que la escasa comida que había conseguido tragar en el tren volviese a recorrer el camino de vuelta al exterior.

Tan pronto como lo dejó, el taxi se marchó por donde había venido, y Daniel se encontró mirando un cartel en la puerta del edificio que rezaba: *CERRADO POR FESTIVO*.

—Cómo que festivo… —murmuró para sí, desolado. Colgándose bien la bandolera, sacó el móvil del bolsillo. Para su mal, ni una mísera línea de cobertura llenaba el pequeño triángulo de la esquina superior derecha, y tampoco parecían llegarle los datos.

Por suerte, recordaba perfectamente el correo que le había enviado el alcalde del pueblo no hacía ni veinticuatro horas.

Detective Minaya:
He recibido su correo. Le esperaré en el ayuntamiento a las 20:00.
Atte.:
Borja Navarro

En aquel momento, el reloj de lo alto del edificio dio las ocho.

El reloj dio las nueve y por allí no había aparecido nadie. Nadie. Ni un deportista, ni un niño, ni una puñetera persona sacando al perro. La lluvia seguía cayendo y, aunque el portalón del ayuntamiento le

proporcionaba refugio, el frío y la humedad lo estaban matando. Con un suspiro que salió traqueteando de entre los dientes apretados, Daniel se levantó del banco en el que había estado arrebujado, se sacó las manos heladas de los bolsillos, cogió sus cosas y, con un último pensamiento que le diese valor, abandonó su refugio.

Había una luz más adelante, y hacia allí se dirigió el detective, tiritando bajo su cazadora empapada, encorvado como un anciano para evitar que el agua mojase también la bandolera con el portátil, que llevaba apretado contra el pecho.

La luz resultó ser, por fortuna, un bar, en cuyo cartel, razonablemente nuevo, se leía *LA SÉPTIMA PLAGA* en letras negras sobre un fondo ocre. Una langosta colorada sostenía entre sus pinzas la palabra *BAR*, y colgado de un clavo en la madera de la puerta, un letrero con la misma langosta rezaba *ABIERTO*. Dando gracias a los poderes ignotos del universo, Daniel empujó la puerta con el hombro y entró.

Todas las conversaciones cesaron y todas las cabezas se giraron hacia él. La música no se detuvo, por fortuna, pero a Daniel le pareció que sonaba demasiado baja. Tal vez fuera porque hacía ya rato que le zumbaban los oídos. Disimuladamente, se llevó una mano —la que sujetaba el portátil— al pecho, y apretó el dedo pulgar contra el esternón, bajo el que el corazón y los pulmones le pesaban como sacos de plomo. Luego, se colgó la bandolera de un hombro, asió con fuerza la maleta y avanzó esquivando mesas y sillas hasta la barra, plenamente consciente de que ni una sola mirada se había apartado de él.

—¿Qué te pongo? —preguntó afable el camarero.

Daniel sacudió la cabeza.

—Disculpe, pero había quedado con el alcalde en el ayuntamiento y no ha aparecido. ¿Sabe usted dónde podría encontrarle?

—¡No me digas que esperabas fuera con la que está cayendo! —exclamó el hombre dando una palmada contra la barra—. Este Borja cada día pasa más de todo. Estará rascándose los cojones en su casa, como si lo viera…

—Vaya… —murmuró Daniel, cortado. Fue a añadir algo más, pero en lugar de palabras lo que le salió fue un sonoro estornudo.

—¡Jesús! —Daniel se vio de pronto con un servilletero al alcance de la mano.

—Gra… gracias —murmuró, y se sonó con fuerza. El pelo seguía goteándole en la cara y estaba casi seguro de que el agua acababa de completar su recorrido a través de la tela y le había alcanzado los calzoncillos.

La gente había vuelto a lo suyo, y las conversaciones se habían retomado. El ambiente se llenó de un agradable murmullo y un continuo repiqueteo de cubiertos y vasos. El camarero, sin embargo, no había dejado de mirarle de arriba abajo con ojo crítico.

—¿Seguro que no quieres nada? Te puedo sacar un café. O un orujo, si te viene mejor.

Daniel sacudió la cabeza y se sonó de nuevo antes de guardarse la servilleta usada en un bolsillo.

—No, gracias. —Sacó el móvil y se dispuso a abrir el Maps—. No sabrá usted dónde vive el señor Navarro, ¿verdad?

El camarero sacudió la cabeza.

—Sé, sé, pero no te vas a ir a ningún lado tal y como estás, hijo. —Dicho esto, apoyó el codo sobre la barra, se inclinó hacia delante, y dio una voz—: ¡Nico!

Desde el fondo de la sala se alzó una cabeza rizada. El camarero le hizo un gesto y el tal Nico se levantó y abandonó su mesa para ir hacia ellos.

—Nico, te presento a…

—Daniel —completó el detective, y aceptó la mano que le tendió el recién llegado.

—Daniel —repitió el camarero—, eso es. Acaba de llegar al pueblo y había quedado con el babarrión[3] de Borja en el ayuntamiento. ¿Te importaría acercarle a su casa?

Ah, no. Lo que le faltaba, pringar a alguien que le hiciese de taxista. Menuda opinión iba a tener aquella gente de él. Abrió la boca para negarse educadamente y para asegurar que le valía con que le diesen las indicaciones, que tenía piernas para algo, pero el tal Nico ya estaba asintiendo con energía.

—¡Claro! Sin problema. —Se volvió hacia Daniel y sonrió. Tenía unos ojos muy muy azules—. Espera un segundo, que cojo el abrigo

y nos vamos. No está lejos, no te preocupes.

Nico se alejó de vuelta hacia su mesa, en la que esperaban otras dos personas, pero Daniel ya no se entretuvo a mirar. El zumbido en los oídos casi le impedía pensar, se le estaba levantando dolor de cabeza y hacía ya un rato que le costaba respirar. Lo único que quería era llegar lo antes posible al alojamiento que se le había prometido, darse una buena ducha y dormir.

Y aún tenía que avisar a su jefa de que había llegado… No sabía cómo, si incluso en el bar no había apenas cobertura.

Nico volvió junto a él subiéndose la cremallera de un chubasquero verde oscuro.

—¡Cuando quieras! —le dijo, y le tendió una mano. Daniel tardó más tiempo del debido en darse cuenta de que estaba ofreciéndose a llevarle algo de equipaje.

—Gracias —murmuró, pero no soltó ni la bandolera ni la maleta.

Fuera seguía lloviendo y lloviendo. Nico le indicó que esperase un segundo bajo el tejadillo, y volvió al poco con un Seat Arosa blanco con una señal en el techo que rezaba *LIBRE* en letras verdes.

—¿Eres taxista? —le preguntó al hombre cuando este le ayudó a meter las cosas en el maletero. Desde luego, nada que ver con el que le había traído hasta allí, por muy espacioso que hubiese sido el otro vehículo.

—Taxista, mecánico y recadero de Villalcerro —asintió el hombre, y se tocó una gorra imaginaria mientras le abría la puerta del copiloto —. Pasa delante, con la que está cayendo no vamos a ponernos a plegar el asiento para que te sientes atrás… ¿Vienes por las fiestas?

—La verdad, no sabía ni que era festivo —confesó mientras ambos se acomodaban. Tan pronto como el hombre giró la llave en el contacto, acercó las manos a las rendijas de la calefacción, los delgados dedos temblando como ramitas de árbol—. Vengo por trabajo.

—Ah, ya me parecía a mí. Las fiestas de la Virgen de Monte no son tan conocidas como para que venga gente de Madrid a verlas.

Daniel decidió no preguntar cómo se había dado cuenta de que venía de Madrid porque no sabía si le iba a gustar la respuesta.

—¿Y cuánto van a durar? —preguntó.

—Mañana la traen en romería y estará aquí toda la semana. No te preocupes, el día grande es mañana, el resto son días laborables, normales y corrientes.

—Pues con la que está cayendo, a lo mejor se os chafa la romería…

—Bah, nunca llueve el día de la Virgen —contestó Nico, ufano—. Ya verás como al final sale el sol. Todos los años pasa lo mismo; diluvia los días de antes, incluso la mañana que la traemos, pero a la Patrona nunca se le ha mojado el manto.

El resto del trayecto —unos cinco minutos contados con prisas— transcurrió en silencio, solo interrumpido por el sonido de la lluvia y el ligero rechinar de los limpiaparabrisas. Nico condujo hasta casi meterse en el garaje de una casa de dos pisos y se bajó raudo a ayudar a Daniel con el equipaje. ¡Incluso llamó él a la puerta!

Les abrió una muchacha, apenas una niña, con un gato redondo en brazos. La expresión de fastidio con la que había abierto desapareció tan pronto como vio a Nico, que sonrió a su vez.

—Laura, este es Daniel —le presentó, y Daniel trató de liberar una mano para tendérsela. La muchacha tan solo le dedicó un cabeceo seco—. Ha venido a ver a tu padre.

—Dile que soy el detective Minaya —intervino Daniel—. Habíamos quedado en el ayuntamiento a las ocho.

La muchacha le miró de arriba abajo una sola vez, con esa expresión que hace que uno se pregunte si no llevará la bragueta abierta o algo entre los dientes, y les cerró la puerta en las narices.

Dos segundos más tarde, el esperado señor Navarro en persona la abría y recibía a Daniel con mil y una excusas y un apretón de manos demasiado efusivo.

—¡No sé dónde tengo la cabeza! Con todo lo de la romería de mañana se me había olvidado por completo que venías. Espera, que cojo las llaves y te llevo a la casa. Ah. —Se detuvo un segundo al ver al taxista, que seguía sonriendo, divertido—. Hola, Nico. ¿Querías algo?

—Nada, nada, yo ya me iba…

Pero el señor Navarro ya había entrado en la casa y la puerta volvía a estar cerrada.

Girando las llaves del coche en un dedo, Nico palmeó ligeramente el hombro de Daniel.

—Bueno, pues yo te dejo aquí. ¡Pasa buena noche!

—Igualmente —acertó a responder este, y solo cuando vio la luz verde sobre el coche, cayó en la cuenta de lo que no había hecho—. ¡Eh, espera! ¿Cuánto te debo?

—Nada de nada —respondió el hombre, y levantó ambas manos cuando Daniel fue a tenderle un billete de cincuenta—. Si no han sido ni diez minutos de trayecto, me sentiría fatal si te cobrase.

—Pero…

—Mira, hacemos una cosa: si nos vemos mañana por el pueblo, me invitas a un café. ¿Hecho? —Le guiñó un ojo—. Con lo guapo que eres, creo que salgo ganando.

No esperó respuesta; se subió a su viejo taxi y arrancó.

Daniel se quedó allí, bajo el pequeño tejadillo de la casa, preguntándose qué demonios acababa de pasar.

El prometido alojamiento, una casa de dos plantas más parecida a una cabaña decimonónica que a una vivienda de este siglo, estaba algo apartado. La oscuridad y la lluvia no le dejaron ver lo que había alrededor.

El señor Navarro, que conducía un descapotable rojo intenso muy poco apropiado para las cuestas y obstáculos del pueblo, le dejó en la puerta sin muchos miramientos, con instrucciones vagas acerca del *router*, la luz, la llave del agua corriente y el interruptor del calentador.

—No hay calefacción, me temo —le comentó con ambas manos en los bolsillos, balanceándose hacia delante y hacia atrás en medio de la lluvia. Desde luego, si aquello continuaba así, Daniel tendría que invertir en un buen chubasquero, o tal vez en una de esas capas de lluvia que se llevan los excursionistas a la montaña—. Llevamos un tiempo queriendo instalarla, y no vemos el momento. Pero pierde cuidado, que tienes unas mantas en la parte de arriba del armario de la habitación principal. Tendrás que investigar rápido para que no te pille aquí el invierno, ¿eh?

Se rio él solo, como si acabase de contar un chiste buenísimo. Por educación, Daniel se rio también, si es que podía llamarse risa a la especie de bufido que soltó mientras hacía todo lo posible por alzar una comisura de la boca en una pobre sonrisa.

Apenas la puerta se cerró tras él, Daniel soltó todo lo que llevaba en las manos —el ordenador aterrizó con un pequeño ¡tunc! en la raída alfombra—, se dirigió directo al sofá y se dejó caer en él de bruces, todavía con la chaqueta y la ropa empapadas, con el puño apretado sobre el pecho y la respiración pesada.

La habitación, aún a oscuras, se desdibujaba ante sus ojos, así que los cerró con fuerza para concentrarse solamente en respirar.

Capítulo 2

GENTE AMABLE



La casa estaba helada.

Daniel había tenido tiempo de comprobarlo de madrugada, cuando el ataque de ansiedad remitió y volvió a tomar conciencia de sí mismo. Tiritando, se levantó del sofá, en cuya tapicería había dejado una huella de humedad con la forma exacta de su cuerpo, y procedió a quitarse la ropa que se le había quedado pegada a la piel de forma muy desagradable.

Las mantas, por suerte, estaban donde el alcalde había dicho, y Daniel no se molestó en hacer la cama de forma decente: bastante tenía ya con el agotamiento del viaje y la ansiedad que le había nacido en el tren y se le había ido extendiendo por todo el cuerpo, como una nube negra, hasta ocuparlo todo. Ahora solo era una pequeña piedra candente bajo el esternón; molesta, sí, pero al menos no le succionaba la energía y las ganas de vivir con cada movimiento.

Por la mañana, sin embargo, descubrió que tampoco había sido una buena idea dormir medio desnudo bajo una única manta.

La noche anterior no había abierto las contraventanas, así que, a oscuras, tuvo que bajar las escaleras que no recordaba cómo había subido y tantear la habitación hasta encontrar sus cosas, que seguían exactamente donde las había dejado caer.

Con el móvil de linterna, llegó hasta el cajetín de los plomos y localizó el general. Cuando encontró el interruptor y el interior de la casa apareció ante él, entendió el porqué del frío: no solo se debía a que no había ni un solo radiador, o que la chimenea estuviese apagada, ni siquiera a que la casa llevase mucho tiempo vacía, no. Aquella temperatura de mansión victoriana sin exorcizar se debía a que la humedad se colaba por cada grieta de las paredes, y la casa tenía muchas: desde el pequeño recibidor que se abría a un salón decorado con lo que parecían los muebles más baratos del IKEA, hasta la única habitación en la parte de arriba, no había una sola pared que no tuviese un pequeño agujero por el que silbara el viento, o se colara el agua. Se notaba que alguien había intentado tapar algunos con servilletas de papel, pero estas estaban ya tan empapadas que prácticamente eran un engrudo de color indefinido que goteaba pared abajo.

El único baño estaba pegado a la cocina, que se abría al salón con un arco. El agua funcionaba, pero no el calentador: por más que Daniel intentara recordar si el alcalde le había dado más instrucciones, solo sabía que había que darle al botón de encendido y girar una manija de cerrado a abierto. El resultado fue que tuvo que ducharse con agua fría y envolverse después en la manta con la que había dormido hasta que pudo dejar de tiritar. De afeitarse, mejor ni hablar.

Lo siguiente fue intentar llamar a su jefa y descubrir que el *router* no funcionaba, y que, en toda la casa, solo había cobertura en el pequeño armario bajo la escalera. Allí, agachado entre los productos de limpieza y las toallas, esperó pacientemente mientras el teléfono daba señal, para recibir —por supuesto, no iba a tener tanta suerte — la voz de su jefa en el contestador automático:

—Hola, soy Patricia Belarra. En este momento no puedo atenderle. Deje su mensaje…

Colgó sin esperar al pitido y desde allí mismo le envió un WhatsApp para hacerle saber que no se había muerto durante el viaje y que sus opciones de comunicación eran limitadas.

Por supuesto, cuando fue a desayunar descubrió que la nevera estaba desenchufada y vacía. Los anteriores inquilinos habían olvidado algo dentro que en su día debió de ser un limón, pero que ahora no se parecía a nada que hubiese visto —u olido— jamás. Aparte de unas latas de contenido nada fiable y un paquete machacado de galletas Oreo que no se atrevió a tocar, no había nada que comer allí, y Daniel se maldijo por no haber sido más previsor la noche anterior.

Pero ¿qué pretendía? ¿Estar plenamente funcional durante un ataque de ansiedad? Bastante era que hubiese conseguido disimularlo delante del alcalde y de aquel taxista tan amable.

Volvió a acordarse de él al salir de la casa, tirando de la puerta con fuerza porque no cerraba bien, y comprobar que, tal y como le había dicho, ya no llovía. Estaba nublado, pero el sol se colaba tímidamente entre las nubes, como haciendo hueco al cielo azul que había detrás. Del tejado y de las ramas de los árboles que había alrededor de la casa aún caían gotitas y el suelo seguía empapado.

Por supuesto, su chaqueta de cuero aún estaba húmeda, y en su maleta no había nada más grueso que un par de camisetas de manga larga —seguían en agosto, por el amor de Dios, ¿por qué hacía tanto frío en un pueblo tan cerca del mar?—, pero al menos las botas no se le habían calado y tenía otro par de vaqueros largos.

La carretera por la que había venido el día anterior con el señor Navarro era más bien un camino irregular y pantanoso que no auguraba nada bueno para su pobre y sufrido calzado. Se había acumulado agua en las rodadas que había dejado el coche del alcalde al dar la vuelta, y en el charco resultante, justo delante del primer escalón, una rana croaba feliz. Resignado, Daniel dio más grande la zancada para no pisarla y notó con desagrado cómo la suela de la bota se hundía unos milímetros en el barro. Al dar el siguiente paso, liberó el pie con un sonido de succión bastante desagradable. Con ambos pies en la tierra mojada, se dio la vuelta para echarle un vistazo a la casa que iba a ocupar los próximos días.

Era, como ya le había parecido el día anterior, una casa de piedra remodelada —sin duda hacía ya mucho tiempo—, más parecida a una torre que a una vivienda moderna. El edificio original debió de haber sido un cobertizo, y ahora constituía la base a modo de garaje. Al segundo y tercer piso —la casa en sí— se accedía por las escaleras que acababa de bajar. No era fea, pero sí vieja, y el aspecto exterior auguraba los rotos y desconchones del interior. Tener el cementerio justo al lado no mejoraba su situación. La noche anterior, las tumbas le habían parecido simples rocas, pero a la luz del día se veían con claridad las lápidas y las cruces de forja, el muro de piedra que las rodeaba y la pequeña capilla cuyo tejado parecía a punto de colapsar sobre sí mismo.

Y lo peor, estaba bastante más lejos del pueblo de lo que había creído el día anterior. A lo lejos, entre los árboles, se divisaba el campanario de la iglesia y los tejados de algunas de las casas más altas, pero tal vez le quedasen diez o quince minutos de chapoteo antes de poder llegar a alguna calle asfaltada.

«Menos mal que no me voy a quedar muchos días», pensó; no era de esos que hablan en voz alta. «A lo mejor debería alquilar una bicicleta para ir y venir».

La rana le dio la razón desde el charco y luego saltó al siguiente con un chapoteo.

Daniel dejó escapar el aire por la nariz, se cruzó la correa de la bandolera sobre el pecho y echó a andar.

El bar del día anterior estaba abierto. Había mucha menos gente que la pasada noche, y el camarero estaba sentado a una de las mesas, charlando. Al verle, se levantó y fue hacia él con una sonrisa.

—¡Hombre, Daniel! —exclamó—. Veo que llegaste vivo. ¿Cómo te pongo el café?

—No tomo café —respondió automáticamente—. Prefiero un vaso de leche del tiempo. —Daniel tuvo que hacer un esfuerzo muy grande por imaginar que estaba solo en el bar y que nadie iba a juzgarle por sus siguientes palabras, pronunciadas con un hilo de voz—: con Cola Cao, por favor.

—¡Marchando un vaso de leche con Cola Cao! —exclamó el camarero a voz en cuello, y se metió tras la barra.

Daniel fue hacia una mesa algo apartada y se sentó de espaldas a la pared; prefería mil veces sentir miradas en la cara que en la nuca.

La leche «del tiempo» tardó poco en llegar, humeando como el horno del mismísimo infierno. En el platillo estaban la cucharilla, el tradicional sobre de azúcar, el del Cola Cao y, además, un bollito rectangular en un molde de papel vegetal. Sorprendido, alzó la mirada.

—Al sobao invita la casa —explicó el camarero y plantó los nudillos de una mano sobre la mesa mientras se llevaba la otra a los riñones —. ¿Qué, has venido a las fiestas?

La sensación de que todo el mundo le estaba observando se acrecentó.

—Vengo por trabajo —dijo solamente.

El hombre esperó unos segundos y, cuando comprobó que no iba a decir más, dio una palmada en la mesa y se incorporó:

—Bueno, ¡pues bienvenido de todas formas! Si puedes, acércate a la iglesia en algún momento; este año las andas de la Virgen son preciosas.

Daniel asintió con una sonrisa tensa y, en cuanto el camarero se marchó de vuelta a la mesa a la que había estado sentado, el detective se concentró en su Cola Cao como si fuese la obra de arte más maravillosa del mundo.

Tardó más de lo que le habría gustado en beberse la leche, pero cuando terminó y llevó las cosas a la barra, la gente ya se estaba marchando y el camarero limpiaba las pocas mesas que se habían utilizado.

—¡Déjalo ahí encima, gracias! —exclamó cuando le vio sacar el dinero.

Daniel hizo lo que se le pedía y se acercó después al camarero con las manos en los bolsillos.

—Disculpe las molestias, pero ¿podría indicarme cómo se llega a la comisaría?

—En el ayuntamiento, la puerta de la derecha según miras desde la fuente de la plaza —respondió el hombre—. Pero te la vas a

encontrar cerrada.

A Daniel se le cayó el alma a los pies.

—¿No se supone que tendría que haber alguien de guardia, incluso si es festivo? —preguntó, tal vez con más brusquedad de la que pretendía.

El camarero cabeceó pacientemente.

—Este es un pueblo muy pequeño. ¿Qué va a pasar? —Se encogió de hombros—. Lario está de guardia, pero la comisaría no la abre a menos que pase algo, así que estará en la romería, con todos. El chavaluco que tiene de compañero se ha cogido la semana de vacaciones para ir a ver a su familia. —Terminó de fregar la mesa y subió las sillas—. Vendrá a por su café en un ratico, si esperas un poco…

—No, no pasa nada —se apresuró a decir Daniel, espantado ante la idea de quedarse un minuto más haciendo el ridículo—. Le esperaré allí, si es usted tan amable de decirle que…

—Claro, claro, faltaría más. Y tutéame, que no soy ningún rey para que me traten con esas formalidades.

Sin saber qué decir, Daniel asintió con la misma sonrisa tensa de antes y salió del bar.

Por suerte, la calle, aunque vieja y agrietada, sí que estaba asfaltada, y todo el barro que no había conseguido quitarse en el felpudo de la entrada del bar empezó pronto a secarse y desprenderse de la suela de las botas y del bajo de los vaqueros.

A la luz del día, Villalcerro parecía un pueblo mucho menos inhóspito de lo que le había parecido la noche anterior, cuando la ansiedad, el cansancio y la lluvia le habían convencido de que se encontraba en la última parada antes del fin del mundo. Las pocas casas que parecían habitadas estaban bastante mejor cuidadas que su alojamiento, y las deshabitadas le conferían al lugar un alma extraña, como de siglos conservados entre las piedras y de historia susurrada tras las ventanas cegadas.

La pena era que las casas estuviesen tan separadas entre sí y que todo fuese cuesta arriba.

El claxon de un coche le hizo dar un brinco y meter el pie en un arcén encharcado. Maldiciendo en voz no tan baja, aguardó allí a

que el vehículo pasase, pero este se detuvo junto a él. Una voz exclamó desde el interior:

—¡Lo siento, Dani, no quería asustarte!

¿«Dani»?

Era el taxista simpático del día anterior. El hombre aparcó en la cuneta y se bajó del taxi, que tenía la luz apagada. Por lo que parecía, tampoco él trabajaba aquel día.

—¿Cómo has pasado la noche? ¿Bien?

Daniel se quedó un segundo bloqueado, y solo acertó a decir:

—Nicolás, ¿verdad?

—Nico, Nico —le corrigió el taxista—. Nicolás era mi padre.

El día anterior no se había fijado mucho en él, solo en que tenía los ojos muy muy azules. Ahora, con la luz del día en lugar de las del bar y con los retazos de cielo que asomaban entre las nubes, se veían aún más azules, pero Daniel tuvo tiempo de fijarse en el resto.

No quería decir que era gordo, más que nada porque la palabra, a fuerza de oírla pronunciada de cierta manera en su entorno, le parecía un insulto. Tampoco le valían todos aquellos eufemismos como «rellenito», «bajo de tórax», «de buen año» o, Dios le librase, «orondo». Todas ellas le parecían una falta de respeto de alguna manera. Pasado el tiempo, Daniel entendería que a Nico no le habría molestado en absoluto que le llamasen gordo. «Gordo es una descripción», habría dicho. «Igual que tú eres delgado. Si me llamases "foca" o yo a ti "escuálido", ahí es cuando podríamos tener un problema».

En aquel momento, sin embargo, Daniel no se atrevió a usar esa palabra, ni siquiera para sus adentros. Nico tenía el estómago ancho y el pecho amplio, y tal vez algún quisquilloso diría que pesaba algo más de la cuenta, pero tenía buena percha y una sonrisa grande y muy blanca.

—¿A dónde vas? —preguntó Nico, interrumpiendo sus pensamientos—. Si quieres, te puedo llevar.

Al decir esto estaba mirando sus botas embarradas y la chaqueta de cuero bajo la que aún tiritaba.

—Voy a la comisaría, pero… —empezó a protestar Daniel.

—Sube, que te llevo —le interrumpió el hombre, y abrió la puerta del copiloto.

—No, está aquí al lado, puedo…

—Tranquilo, me pilla de camino. No es molestia, de verdad.

Poco convencido, pero tampoco deseoso de seguir andando con el frío y la chaqueta húmeda, Daniel subió al taxi y, como la noche anterior, arrimó las manos a las rendijas del aire acondicionado.

—Esta vez me tienes que dejar que te pague —le dijo al hombre en cuanto este se subió al coche.

Nico soltó una carcajada por toda respuesta y arrancó.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Bien, caí como un tronco. —No era mentira, pero por prudencia eligió no comentar nada del lamentable estado de la casa ni de su persona el día anterior.

Ya se encargó Nico de sacar a relucir la primera de las dos:

—Menos mal, así no te habrán molestado las corrientes. —Algo debió de leer en la cara de Daniel, porque se echó a reír y añadió—: Esa casa es una ruina. Ya lo era cuando Borja la compró para convertirla en casa rural y como no se quiso gastar mucho la arregló de mala manera. Al menos el papel de pared será bonito… Bueno, lo que no se haya comido la humedad.

A Daniel se les escapó una sonrisa y asintió.

—No está mal, al menos tengo algo que admirar mientras me congelo.

Nico se echó a reír otra vez.

—Si necesitas más mantas o un calefactor, pídemelo —ofreció, como si fuesen buenos amigos y no dos personas que se acababan de conocer.

—Gracias —fue lo único que pudo decir Daniel.

—Sin problema —respondió el hombre, y recalcó—: Lo digo en serio; lo que necesites.

El ayuntamiento se hizo visible al cabo de pocos minutos. Daniel estaba ya familiarizado con el pórtico que daba a la plaza y con el reloj de la pequeña torrecilla que se alzaba en el centro de la fachada, protegido por un tejado a dos aguas. Al estar en la parte

más elevada del pueblo, rivalizaba en altura con el campanario de la pequeña iglesita que había un poco más abajo.

—¿Cuántas personas vivís aquí? —preguntó de pronto Daniel.

—No llegamos a cien, sin contar con la gente que viene en verano a ver a la familia o a pasar un fin de semana —respondió Nico sin apartar los ojos del camino. Algunas vacas les observaron pasar desde un campo a la derecha de la carretera—. Te sorprendería la cantidad de gente que tiene aquí una casa y deja que se le caiga sin aparecer a arreglar nada.

—¿Y tenéis dos iglesias para tan poca gente?

—¡Ah! ¿Lo dices por la ermita del cementerio? Esa ya no se usa, está medio derruida desde hace años. Es una pena, porque en su día fue muy bonita. Trasladaron las imágenes a la iglesia nueva para que no se estropeen, pero claro, los frescos y grabados de las paredes no se pueden trasladar con tanta facilidad.

—¿Iglesia nueva?

—La de santa Ana. Para que te hagas una idea de lo «nueva» que es, mi abuelo ayudó a construirla.

—Y allí tenéis a la Virgen, ¿no?

—No. Es decir, sí, ahora sí que está allí, pero porque la hemos traído esta mañana. Viene de su santuario, en el Monte de los Cajigos. Los cajigos son robles —añadió al ver la cara de desconcierto de Daniel—. Cuenta la leyenda que la talla apareció allí y, por más que se la intentaron llevar a Santander o a otro pueblo un poco más grande, ella quiso quedarse entre sus cajigos. Por eso solo la tenemos una semana en Villalcerro, para que no eche de menos su casa.

A Daniel, que se había criado en una familia de ateos y descreídos, todo aquello le sonaba muy ridículo; pero, por respeto, asintió como si estuviese admirado y no hizo ningún comentario.

Al despedirse de Nico en la plaza del ayuntamiento, el hombre repitió el ofrecimiento de calefactores y mantas, e incluso le invitó a comer con su familia, si no tenía otro sitio al que ir.

—Vivo en la casita verde que hay subiendo por esa calle —le indicó—. Ven cuando quieras, en serio, es muy triste comer solo un día como hoy, y no vas a tener nada abierto.

Daniel agradeció el ofrecimiento, pero declinó la invitación, porque a ver qué pintaba él en casa de un desconocido, interrumpiendo su día de fiesta. Ya se las apañaría.

Esperó en la puerta de la comisaría durante casi veinte minutos, lamentando no haberse quedado calentito en el bar. Seguro que el camarero le habría dejado un rinconcito, una mesa donde quedarse hasta que apareciese el policía, aunque estuviera a punto de cerrar.

Por fin, el tal Lario apareció por el camino en una motocicleta petardeante, en mangas de camisa, con un chaleco de plumas rojo por encima y cara de pocos amigos.

—El detective, supongo —gruñó, antes incluso de arrimar la moto a la fachada y bajar la pata de cabra—. Hilario Madariaga, para servirle.

—Detective Daniel Minaya —respondió él, y estrechó la mano del hombre, que inmediatamente cambió la cara de fastidio por otra más formal.

—¡Un placer! —exclamó, y sin quitarse el casco ni nada, sacó un manojo de llaves y le dejó entrar en la comisaría, que no era más que un cuartucho con un ordenador antediluviano, un par de escritorios y cuatro archivadores de oficina en un rincón. Las paredes estaban adornadas con fotografías del pueblo, un calendario de animales —agosto tenía una pareja de suricatas a dos patas, mirando el horizonte—, algunos títulos enmarcados y una orla de graduación de 1996. Al fondo, había una puerta de madera vieja con un letrero azul pálido en la que se leía *BAÑO* y, a su lado, una máquina de café y otra expendedora con lo que parecían sándwiches y bolsas de patatas y colines. Unas plantitas repartidas en tiestos grandes y pequeños por las estanterías, mesas y rincones completaban el aspecto de oficina.

—Venía por el asunto de Cibrián Cobo, ¿verdad? —El hombre dejó el casco encima de una mesa y fue hacia uno de los archivadores—. Ya le dije a su jefa que no hay mucho que contar, yo mismo informé a la familia del estado del cuerpo. Tengo que tener el archivo del caso por aquí…

—¿Usted estuvo presente?

—Sí, cuando la Guardia Civil lo identificó, nos llamaron a mí y a Yeray, el chavaluco que tengo de compañero. Feo espectáculo, creo que era su primer muerto. No está aquí porque…

—Ya me han contado en el bar que está de vacaciones.

—El muchacho echa de menos su pueblo, pobruco. No le culpo; aquí no hay mucho que hacer. Pero, a ver, hasta que no se saque la plaza, le va a tocar estar vagando de un lado para otro. Es lo que hay. Un chico joven como él querrá una ciudad grande, o volverse a las islas para estar cerca de casa. Pero no es mal chico, ¿sabe? Los vecinos le han cogido mucho cariño…

El agente hablaba y hablaba, deteniendo su búsqueda cada poco para gesticular en su dirección. Mientras tanto, Daniel seguía de pie junto a un ficus que le llegaba al hombro, con la bandolera aún colgada y las manos heladas en los bolsillos del vaquero.

Al fin, el agente Madariaga le tendió una carpeta amarillenta.

—Esto es todo lo que tenemos. Cerramos el caso porque tenía toda la pinta de ser un accidente, ¿sabe? No entiendo por qué la familia se empeña en rebuscar…

Estaba intentando sacarle información, pero no lo iba a conseguir; Daniel tenía una vasta experiencia en ocultar cosas y mantener cara de póker, y no solo gracias a su formación como detective.

—Solo me han pedido que eche un vistazo al caso —respondió, encogiéndose de hombros—. Ya sabe, por si acaso. Ellos pagan, yo reviso y todos contentos.

—Qué gente más desconfiada, de verdad… —protestó Madariaga —. Cómo se nota que eran familia. —Al ver la ceja alzada del detective, el agente se apresuró a añadir—: Sé que está mal criticar a los muertos, pero Cibrián no era trigo limpio. Si su familia cree que alguno del pueblo le ha matado, mucho me temo que va a tener usted que interrogarles a todos.

—¿Incluido a usted? —pinchó Daniel con una cara perfectamente seria.

El agente le miró un segundo y después asintió.

—Incluido a mí, sí —concedió—. Ya le he dicho que era un talingón[4]. De todas formas, yo tengo coartada; pasé todo el día en

La séptima plaga, en un torneo de dominó, y solo salí de allí para irme a casa con mi mujer. Puede preguntarle a ella, si quiere.

Daniel meneó la cabeza y agradeció la información con un gesto.

—No voy a interrogar a nadie —le dijo, tranquilizador—. Solo estoy aquí para ver el archivo.

—Si quiere, puedo dejarle algunos registros de denuncias y altercados —se ofreció el hombre, y volvió de nuevo al archivador—. Mire, tengo de todo: querellas por vandalismo, denuncia por escándalo, por desacato… —Las carpetas se acumulaban sobre la mesa, y Daniel empezó a pensar que tal vez su trabajo no iba a ser tan sencillo como creía. Madariaga cerró el archivador de un golpe y se giró a mirar el montón con los brazos en jarras—. Como le dije, una joya.

—Ya veo, ya… —A Daniel no le quedaba del todo claro si todas aquellas denuncias las había puesto el difunto o las habían puesto contra él, pero intuía que no tardaría mucho en averiguarlo.

El agente Madariaga miró el reloj de pared con resignación, y fue a sentarse en la mesa donde estaba el ordenador con un suspiro resignado.

—Puede irse, si quiere —ofreció Daniel—. Es su fiesta, ¿no? Yo puedo quedarme aquí leyendo todo lo que me ha dado y si le necesito puedo llamarle.

—Ah, no creo que pueda —se rio el hombre, con una sonrisa de oreja a oreja—. No llevo móvil, no vale para nada en este pueblo. Pero estaré hasta la hora de comer aquí mismo, en la puerta de la iglesia. Y cuando acabe, si son más de las dos, llame a mi casa y vendré a cerrar. Mire, le apunto aquí el número… Tiene la clave del wifi justo debajo del *router*, pero le aviso que va muy despacio.

Y con esto, cogió el casco de la moto y salió.

Daniel pasó todo el día sentado en uno de los escritorios, leyendo archivos, tomando apuntes y comparándolos con la información que Patricia le había pasado.

El agente Madariaga no iba muy desencaminado en sus suposiciones: el motivo de la presencia de Daniel en Villalcerro de la Lejana Orilla era que la familia del señor Cobo había denunciado la

falta de uno de los papeles de propiedad de las tierras, y tenían sus sospechas acerca de dónde podían estar.

Según el informe de la primera carpeta, Cibrián Cobo, de sesenta y nueve años, había nacido en un pueblo de Selaya y se había mudado hacía treinta y dos a Villalcerro tras comprar varios prados y empezar su propia explotación ganadera. La mitad del pueblo trabajaba o había trabajado para él, y había bastantes denuncias en el montón que hacían referencia a su mala praxis y sus contratos abusivos. No tenía mujer ni hijos y sus herederos eran unos sobrinos que vivían repartidos por toda España y a los que casi nunca veía.

El resto de los papeles eran justo lo que el municipal le había comentado: querellas, denuncias, protestas y referencias a las actas de una reunión vecinal en la que, al parecer, se había enzarzado con una tal Luisa Ramos hasta el punto de que hubo que separarlos porque casi llegaron a las manos. También se mencionaba, entre otros, a una menor, Raquel Fernando; a varios trabajadores de su explotación, entre ellos un residente de Villalcerro llamado Unai Santesteban; al propio alcalde, el señor Navarro; y, para su sorpresa, a un tal Nicolás Robledo. Cogió ese informe el primero, pues le parecía mucha casualidad que en un pueblo tan pequeño hubiese dos Nicolases. Sin embargo, no parecía nada serio; un altercado que había comenzado con el difunto acusando al taxista de robarle la correspondencia. Había papeles que indicaban que el hombre había intentado llevar a Nico ante un juzgado en Carabajillo y allí, en vista del historial del señor Cobo, un juez habían desestimado el caso. Por si acaso, Daniel lo anotó junto a los otros altercados.

Cuando había llegado, el pueblo todavía estaba en silencio, pero, a eso de las once, la banda del pueblo —que no debía de tener muchos miembros ni estar muy bien instruidos— empezó a tocar. A la algarabía de los tambores, las cornetas y una triste y solitaria gaita le siguieron las voces de los vecinos cantando. Después, fue el turno de las canciones populares en lo que sonaba como un altavoz:

Cantabria querida
te voy a cantar
la canción que mi pecho

te va a dedicar…

El wifi, efectivamente, iba lentísimo. Cada vez que quería acceder a alguno de sus archivos de Drive tenía que esperar por lo menos quince minutos a que cargase la página, y el primer PDF que había puesto a descargar nada más llegar todavía estaba al diecisiete por ciento.

A mediodía, cuando Daniel había esperado que se fuese todo el mundo a su casa a comer, la música seguía sonando bien alta. Se habían acabado las canciones tradicionales y ahora sonaban los éxitos del verano, y el detective sentía cada vez más ganas de salir y ahogar a alguien con sus propias manos. Y, para colmo, cuando compró un sándwich de atún en la máquina expendedora —tras luchar a brazo partido para que el paquetito cayese en la trampilla—, tuvo que dejarlo tras el primer mordisco, porque sabía a moho y a pescado pasado.

Cuando el agente Madariaga volvió, a eso de las ocho menos cuarto, encontró al detective sumergido en los archivos de denuncias, con el pelo hecho un nido de pájaros de tanto como se lo había mesado.

—¿Te ha cundido el día? —preguntó, muchísimo más amable que por la mañana.

Daniel hizo un sonido de asentimiento y permaneció enfrascado en el Excel en el que estaba apuntando datos, nombres y fechas como un loco. Sin embargo, al darse cuenta de que el policía le observaba, minimizó el archivo y se volvió hacia él.

—¿Qué tal las fiestas? —preguntó para no ser descortés.

—¡Estupendas! Gracias por no hacer que me quedase aquí todo el día… Por cierto, voy a cerrar ya.

—¿Y si alguien llama a la comisaría?

—Es un pueblo pequeño —dijo el municipal—. Nadie llama a la comisaría, me llaman a mí directamente.

Mientras el detective recogía sus cosas, el agente Madariaga recogió los dosieres con las denuncias y los papeles y fue a meterlos en el archivador al que pertenecían.

—Te tendría que haber avisado —dijo cuando vio los restos del sándwich de atún en la basura—. Tenemos que cambiar las cosas de la máquina. Lo único comestible son los colines y las bolsas de Doritos.

Daniel asintió con los labios apretados y tomó buena nota antes de comprar cuatro bolsas de cada; no había nada abierto, por lo visto, ni siquiera La séptima plaga, así que mejor cenar eso que no cenar.

«Ya desayunaré fuerte mañana», pensó cuando le rugieron las tripas.

Agosto había agotado ya su capacidad de mantener largos los días y, para cuando Daniel llegó a la casa rural, empezaba a anochecer y las nubes se cernían de nuevo sobre el pueblo.

La casa era una auténtica nevera, y cuando intentó darse una ducha para entrar en calor, el agua solo salió caliente los primeros diez segundos, justo los que había empleado en enjabonarse. Helado y bastante harto, se echó una manta sobre los hombros y pasó los siguientes cuarenta y cinco minutos recorriendo la casa tapando agujeros con servilletas de papel —porque tampoco había encontrado papel higiénico— y colocando platos y vasos debajo de las goteras. Había encontrado una radio en uno de los armarios, pero lo único que fue capaz de sintonizar fue Radio María, así que todo el trabajo lo realizó al son del coro de la catedral de Burgos, que entonaba unos salmos.

«Menos mal que voy a estar poco tiempo», se repetía mentalmente cada vez que encontraba una nueva grieta, una nueva gotera, un nuevo boquete por el que se colaba el aire húmedo. «No quiero ni imaginarme cómo va a ser esto en invierno».

Estaba tan ocupado que no oyó que llamaban a la puerta. Cuando se repitió el golpeteo —porque aquella miserable casucha no tenía ni siquiera un maldito timbre—, bajó corriendo las escaleras y abrió de un tirón.

—¡Hola, Dani!

«Dani».

Era Nico.

Y le estaba tendiendo una bolsa.

—Perdón por interrumpir —dijo el hombre con una sonrisa—, pero en casa hemos pensado que a lo mejor te vendría bien algo de comida y te hemos separado un poco de lo que nos ha sobrado. No es gran cosa, pero como está todo cerrado… —titubeó cuando vio que Daniel seguía con una mano en el picaporte y otra sujetándose la manta al cuello, mirando la bolsa como si se tratase de una aparición—. Es marmitako, espero que te guste el pescado.

Por fin, Daniel salió de su aturdimiento y aceptó la bolsa:

—¡Sí! Sí que me gusta, sí… —Miró dentro y, efectivamente, había un *tupper* lleno hasta los topes. Pero ¿cómo iba a ser aquello las sobras de la comida si todavía estaba caliente? Además, había fruta, media docena de sobaos pasiegos y un cartón de leche—. Gracias, pero no tenías por qué…

—Ah, vamos, ¿qué ibas a comer si no? —Sonrió el hombre, y luego señaló la manta que llevaba a modo de capa sobre los hombros—. Por cierto, tengo en el maletero el calefactor que te dije. ¿Lo quieres?

—Sí, por favor —casi suplicó el detective y, atónito, observó desde la puerta cómo Nico bajaba los escalones hasta su taxi y sacaba el aparato del maletero.

Se lo tendió sin hacer ademán de entrar en la casa, y de pronto a Daniel se le ocurrió que tal vez debería habérselo ofrecido.

—¿Quieres pasar?

Nico sacudió la cabeza y se metió las manos en los bolsillos.

—No, déjalo, solo venía a traerte esto. Vamos a ver una película y, si me retraso mucho, empezarán sin mí.

—Gracias otra vez, de verdad —repitió Daniel, pero Nico levantó una mano y la meneó en el aire.

—Ya te lo dije, lo que necesites.

Daniel vio alejarse el coche de Nico por segunda vez en el día, y no pudo menos que preguntarse qué habría hecho él para encontrarse a gente tan amable.

Capítulo 3

QUE SI QUIERE BOLSA



El rincón de la anjana era una de las tiendas más raras que Daniel había visto nunca.

Vendía literalmente de todo: ropa de vestir, ropa de montaña, enseres de cocina, embutidos y encurtidos, bolsas de patatas fritas, productos de limpieza, geles y champús, desatascadores, cerillas, papel higiénico… Todo ello, eso sí, muy ordenado. Tenía incluso una máquina de coser en una esquina, a la que se sentaba una mujer delgada como una aguja y con una nariz afilada como el pico de un pájaro. Cuando la campanilla de la puerta —un hada con pequeños cascabeles que le colgaban de los pies— repiqueteó anunciando la llegada de un nuevo cliente, esta levantó la cabeza de su trabajo y le miró por encima de las gafas.

—Oh, eres el detective, ¿verdad? —Se levantó y le tendió una mano mientras se guardaba las gafas en el bolsillo del delantal que llevaba—. Maricarmen, la dueña.

—Daniel Minaya —se presentó, pero la mujer movió la mano como quien espanta una mosca.

—Sí, hijo, sé quién eres. Preguntas por Cibrián, ¿verdad? Yo te puedo decir todo lo que hay que saber.

—En realidad, yo solo quería… —empezó el detective, pero a Maricarmen parecía que le habían dado cuerda.

—¡El pobre Cibrián! Todos nos llevamos un disgusto enorme cuando nos dijeron que lo habían encontrado… Era un cielo de persona, no hagas caso de todo lo que dicen esos palajustranes[5] de él, son todo calumnias. Pero, si tienes que investigar, has venido al sitio adecuado. Yo lo sé todo de todo el mundo aquí; es un pueblo muy pequeño. —Se acercó más a él, como para contarle un secreto y le soltó, así, de sopetón—: Yo creo que fueron las brujas.

Daniel parpadeó.

—¿Eh?

Maricarmen se cruzó la chaquetilla de punto por delante del pecho y echó un poco la cabeza para atrás.

—Sí, las dos señoras que viven en la casita pasiega. No hace mucho intentaron envenenarle y no lo consiguieron por muy poco —insistió, e instantáneamente le apoyó una mano en el brazo—. Pero yo no te he dicho nada, ¿vale? Yo ni siquiera estaba en el pueblo cuando pasó todo, estaba en Cádiz con mi hermana, puede preguntarle a ella si quiere, si espera un momento le daré su número… —Se alejó en dirección a la trastienda haciendo ruido con los tacones y volvió al segundo con un taquito de *post-its* y un bolígrafo de publicidad—. Ten, acuérdate de llamarla, y si necesitas que alguien declare, llámame, te pongo aquí también el mío.

Y volvió a escribir sin dejar de hablar. Que si la mujer de uno de los trabajadores de la explotación no hacía más que quedarse embarazada para cobrar sin trabajar, que si estaba segurísima de que un tal Jaime que vivía en la casona de la alberca era un separatista y su hija una delincuente, que si la hija del alcalde era una ladrona…

—Fíjate, que de aquí se ha llevado bolsas de patatas y una bola de calcetines de montaña. —Le tendió el *post-it*—. Y esa chica no hace senderismo ni nada, está como todas las de su edad, idiotizada con los móviles y los vídeos esos que se graban bailando… ¡Pero

basta, Maricarmen! —exclamó de pronto, y dio una palmada—. Si me pongo a hablar, ya no paro. ¿Qué querías preguntarme?

—Que si teníais carne picada —dijo Daniel. Ante la cara de estupefacción de Maricarmen, se apresuró a aclarar—: No estoy aquí para interrogar a nadie, pero gracias de todos modos.

—Ah, bueno… —murmuró la mujer. Sacó las gafas del bolsillo del delantal y se puso a limpiar los cristales con minuciosa atención—. Hoy ha venido el carnicero desde Carabajillo, mañana vendrá el pescadero y los jueves la pollera. Se colocan en la plaza del pueblo y vamos todos a hacer la compra de la semana.

Daniel agradeció la información y Maricarmen volvió a sentarse tras la máquina de coser, esta vez en completo silencio. El detective dio una vuelta por la tienda, a ver qué podía llevarse de allí para cenar aquella noche. Nico le había metido tanta comida en el *tupper* que podría estar comiendo marmitako un par de días, pero después de eso no podía vivir de la caridad, por muy poco tiempo que fuese a estar en el pueblo. Además, necesitaba papel higiénico, un buen par de botas de montaña y un chubasquero.

Lo primero que hizo al volver a la casa, antes incluso de colocar todo lo que había comprado, fue ir a la cocina a comprobar si el microondas funcionaba, porque había decidido que se merecía una *pizza*.

Seguía sin haber agua caliente, y Daniel anotó, mientras intentaba encender la vieja radio, «hablar con el señor Navarro» en la lista mental de cosas que tenía que hacer, justo debajo de «contactar con Patricia de una maldita vez».

Como si le estuviese leyendo el pensamiento, la voz de Robe Iniesta le escupió un «¡So payaso!» y el resto de la canción quedó ahogado por ruido blanco. Por más que movió la antena y paseó el aparato de lado a lado, no consiguió recuperar la señal.

Por suerte, se había descargado un montón de películas y series en el ordenador, así que lo puso en la encimera de la cocina y le dio al *play* mientras, así, de pie, procedía a devorar entera una *pizza* de jamón y queso y dos piezas de fruta de las que Nico le había metido en la bolsa.

Por la tarde iría a ver al señor Navarro, a ver si aquella noche podía ducharse por fin con agua caliente.

—Lo siento, pero Borja no está.

—¿Y sabe cuándo volverá?

La mujer que le había abierto la puerta se encogió de hombros, todavía con la misma sonrisa forzada con la que le había abierto la puerta.

—Tarde, supongo —respondió.

—¿Podría decirle que he preguntado por él? Soy Daniel Mi…

—Ya, el detective —asintió la mujer—. Yo soy Esther, su mujer. Creo que el otro día conociste también a mi hija. —Daniel recordó a la adolescente de gesto desganado y asintió—. ¿Qué querías preguntarle?

—Más que preguntarle es pedirle —respondió—. El calentador de agua de la casa no funciona y tengo problemas para conectar el wifi.

—¡Oh! —exclamó la mujer, pero al hombre le pareció que la sorpresa era completamente fingida—. ¡Pero si lo mandamos arreglar hace menos de un mes! En cuanto llegue, le diré que vaya a ver qué ha pasado.

Daniel le dio las gracias y se alejó. Debería haber sabido que el señor Navarro no se encontraba allí, su ridículo descapotable no se veía por ningún lado y la capota estaba doblada en un rincón. Ir al ayuntamiento si no estaba el alcalde le servía de poco, así que resolvió darse un paseo.

Villalcerro no era un pueblo como los que Daniel estaba acostumbrado a ver. Las casas no estaban arracimadas, sino separadas, esparcidas por las lomas como si se hubiesen caído de alguna parte y hubiesen quedado sembradas entre la hierba. El ayuntamiento y la iglesia eran el centro neurálgico, pero no el geográfico, pues estaban situados más bien hacia un lado, en la parte más alta. Había algunas casitas cerca, pero todas tenían las ventanas tapiadas.

La iglesia, que no era demasiado grande, tenía la fachada encalada, con solo las esquinas, el dintel y las jambas de la puerta a

piedra descubierta. El tejado era rojizo, a dos aguas, con una pequeña espiga con una campana. Los dos escalones que llevaban a la puerta estaban llenos de flores, y la puerta principal, de madera, tenía ambas hojas abiertas.

Y dentro estaba la que dedujo que sería la Virgen de Monte. La talla debía de medir un metro veinte más o menos, y estaba entera vestida de blanco. Ribetes dorados adornaban su túnica y la del Niño que se sentaba en su brazo izquierdo. Ella tenía la cara redonda, como de niña, y estaba subida a unas andas de madera adornadas con ramos de flores blancas y amarillas, helechos y un arco de rosas, también blancas, que enmarcaba la figura.

El resto de la iglesia no tenía mucho que reseñar; algunos cuadros modernos que, si hubiese tenido más conocimiento religioso habría sabido que representaban a santa Ana y san Joaquín, una pila bautismal de piedra y un retablo que podría fácilmente ser románico.

El resto de su paseo lo llevó por los caminos siguiendo la linde del bosque. Había más campo que casas en aquella zona, más pradera y bosque que construcciones, y las vacas y las ovejas campaban a sus anchas tras los muretes de piedra. El sonido de los cencerros llenaba el aire.

Ahora que la lluvia por fin daba tregua y que el sol brillaba sin que ninguna nube le estorbase, Daniel pudo por fin respirar hondo y admirar aquel paisaje tan diferente del que estaba acostumbrado.

Todo era verde, de un verde tan rabioso que parecía recién pintado, enmarcando, rellenando y tapizándolo todo, como un inmenso lienzo en el que los caminos eran trazos irregulares casi engullidos por la hierba. A lo lejos, hacia el sur, se veían los penachos de los robles, y las colinas y montañas ondulaban bajo la hierba como el cuerpo de una inmensa y retorcida serpiente dormida.

No supo cuánto tiempo pasó allí arriba, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y la mirada perdida en el paisaje, pero cuando volvió al pueblo se sentía un poco más tranquilo.

Al bajar por el camino, de vuelta a su casa, pasó frente a una vivienda pequeñita que parecía sacada de un cuento, toda de piedra, con su chimenea y sus postigos de madera. Un porche

completamente cubierto de enredaderas enmarcaba la figura de una anciana que leía al sol con un gato negro en el regazo. La mujer, al sentirse observada, alzó la vista y sonrió, moviendo una mano en el aire. Daniel le devolvió el gesto y siguió su camino.

El sol le acompañó a la casa rural y, hasta que no se ocultó tras las montañas al atardecer, no dejó de brillar.

Capítulo 4

BURROCRACIA



Cuando el taxi de Nico llegó ante su puerta, Daniel ya estaba sentado en los escalones, esperando.

—¡Buenos días! —saludó el taxista, y cuando Daniel intentó abatir el asiento delantero para pasar detrás, hizo un gesto de negación—. Pasa delante, que irás más cómodo.

—Esta vez te voy a pagar, lo quieras o no —le dijo nada más sentarse.

—De acueeerdo. —Nico alargó las vocales, como si estuviese cediendo en una discusión en vez de aceptando dinero por su trabajo—. Pero no te acostumbres.

Septiembre había empezado con una subida de las temperaturas que nadie esperaba, pero que Daniel agradeció como agua de mayo; el poder salir a la calle sin temblar bajo su recién adquirido chubasquero se había convertido en una bendición. Incluso ahora, en el taxi de Nico, se apreciaba el calor en la ausencia de aire caliente a través de las rejillas del aire acondicionado.

Como en el pueblo no había un maldito rincón con la cobertura suficiente como para hacer una llamada, y no quería llamar desde un teléfono fijo para conservar la privacidad del caso, el día anterior,

Daniel bajó a La séptima plaga y le preguntó a Ismael —que así se llamaba el dueño— cómo podía contactar con Nico para reservar el taxi para el día siguiente.

—Yo se lo digo —había dicho Ismael—. Tú dime la hora a la que necesitas que te recoja y yo me encargo de que esté en tu puerta.

Y Nico había aparecido puntual, con una sonrisa de oreja a oreja, y Daniel se sorprendió de lo fácil que le había sido responder con otra.

—¿Qué vas a hacer para volver? —le preguntó el taxista cuando ya se veían los tejados de Carabajillo—. Lo digo porque yo tengo que hacer unos recados y voy a tardar, así que a lo mejor te puedo llevar yo de vuelta.

—Pensaba acercarme al ayuntamiento —le contó Daniel—. Cuando acabe, si sigues por aquí, te llamo. ¿Tienes móvil?

—¿Móvil? ¿Eso qué es? —Nico puso cara de desconcierto absoluto y luego, cuando Daniel ya se disponía a explicarse, se echó a reír—. Tengo, tengo. Lo uso poco por la cobertura, ya sabes, pero tengo. Ahora, antes de irte, te doy mi número, y cuando acabes me llamas.

—Pero te pago también la vuelta.

—Ya veremos.

—¡Hombre, dichosos los oídos! —exclamó su jefa apenas descolgó. Daniel tuvo que apartarse un poco el teléfono de la oreja para evitar quedarse sordo—. Ya creí que te habían devorado las vacas. Un día más y habría enviado refuerzos.

Daniel estaba sentado en el murete que separaba el paseo marítimo de la playa, con las piernas colgando y la mirada perdida en las olas. Había gente paseando y tumbada en la arena, y por encima del rumor del agua se oían los gritos de los pocos valientes que se habían atrevido a bañarse. A lo lejos, más allá del grupo de surfistas que aguardaban con paciencia su momento, había algún que otro barquito, pero había demasiada distancia como para saber si eran pequeños pesqueros o algún barco de recreo.

—Ya, la cobertura es malísima en el pueblo y hasta hoy no he podido… —empezó a excusarse, pero Patricia siguió hablando como

si no le hubiese oído.

—Los sobrinos del señor Cobo me han vuelto a llamar. ¡Son muy pesados, Daniel! Tienen unas teorías conspiranoicas que me dan hasta miedo. Espero que tengas noticias que darme al respecto…

—Ya, en el pueblo también se han hecho sus propias teorías —habló por fin Daniel—, y te diré que cada vez me parecen menos rocambolescas.

La línea permaneció en silencio durante un instante.

—No digas memeces. —Patricia siempre había sido una persona muy sutil—. La Policía no encontró evidencias de violencia en el cuerpo, ni huellas ni nada por el estilo.

—Ya, pero el papel de propiedad del terreno sigue sin aparecer —interrumpió Daniel con vehemencia—. Y creo que no hay una sola persona en el pueblo que no se llevase mal con el señor Cobo. Debía de ser un pieza.

—Daniel —oh, había puesto su voz seria—, llevarse mal con alguien y estar dispuesto a matarlo no es lo mismo. Hay un trecho enorme, y eso te lo deberían haber enseñado en Criminología.

Por Dios, cómo odiaba ese tono. Patricia solo le sacaba seis años, pero con cada conversación lo convertía en un chavalín recién salido de la universidad, obviando los casi diez años que llevaba trabajando para la agencia. No necesitaba a nadie que le dijese que no valía para el trabajo, su voz interior ya se lo recordaba con suficiente frecuencia.

—No digo que quisiera matarlo —se defendió, y le devolvió la pelota—, también nos enseñan en Criminología que el homicidio involuntario siempre puede ser una opción, ¿verdad?

—Ya, pero este no es el caso.

—¿Cómo lo sabes?

—Ay, Daniel, por Dios —suspiró su jefa, con el mismo tono con el que uno regaña a un niño un poco pesado—. Te mandamos allí a buscar el papel que falta para que vendan la propiedad y se repartan la herencia, no para que les des coba. No puede ser tan difícil hacer el trabajo para el que te estamos pagando sin meterte en berenjenales que no son cosa tuya.

—No pueden haberme contratado solo para buscar unos papeles, seguro que hay una copia en el catastro y se podrían apañar con eso —argumentó Daniel. Estaba preparado para esa conversación; no en vano, se había pasado horas revisando los archivos de la comisaría —. Medio pueblo trabajaba para el señor Cobo y se las había ingeniado para enemistarse con el otro medio. Tenía broncas con todo el mundo, pagaba tarde, mal y a rastras a sus empleados, y les hacía trabajar en condiciones abusivas. No digo que alguno de ellos lo matase a propósito, pero una bronca puede desencadenarse en una pelea física.

—Pero los forenses…

—¿Tenemos ya el informe completo? La persona que lo encontró decía que tenía cortes y moratones.

—Daniel…

—Mira —movió la mano con un movimiento seco, como si su jefa estuviese allí para verlo, y lo único que consiguió fue espantar a una gaviota que desde hacía rato le miraba de reojo un par de metros más allá—, solo te pido que lo consideres. El papel no aparece y lo de encontrar una copia en el catastro de Carabajillo no es nada seguro, porque se trata de una propiedad muy antigua y a lo mejor no tienen actualizados los papeles. No estoy dejando de buscar el título de propiedad, solo… ampliando la búsqueda. Nuestros clientes también piensan que fue un asesinato, así que, por lógica, si encontramos al culpable, encontraremos los documentos. ¿O no?

Patricia suspiró al otro lado del teléfono, pero Daniel sabía que había ganado.

—De acuerdo —dijo ella por fin, y el hombre hizo un gesto de victoria con el puño—. Pero solo porque los sobrinos de Cobo son todavía más pesados que tú y llevan dos semanas comiéndome la cabeza con el mismo tema. Estoy segura de que se van a poner contentísimos de que estés tan loco como ellos. ¿Qué necesitas?

—Para empezar, tu permiso para hablar con la gente —contestó Daniel—. Localízame a esa primera testigo. Y me sería de gran ayuda contar con el informe policial y forense completo. Madariaga me ha contado su parte, pero preferiría tenerlo por escrito. Mientras tanto iré buscando sospechosos.

—Te odio —masculló la mujer—, me voy a pasar días peleándome con la burocracia por tu culpa.

—Muchísimas gracias, Patricia. —Daniel respiró por fin aliviado—. No te arrepentirás, te lo prometo.

—Más te vale —respondió su jefa, y colgó sin más.

Daniel se quedó mirando el móvil durante unos minutos antes de encogerse de hombros y guardárselo en un bolsillo.

Se la estaba jugando, pero aquello era algo gordo, y Daniel sabía cuantísimo le gustaba a Patricia salir en las portadas de los periódicos con un caso importante resuelto, y las pocas oportunidades que se le brindaban para ello. Sus clientes más habituales eran parejas de infieles o parientes que habían desaparecido tras una herencia o una lotería sin dejar rastro. Estos últimos solían aparecer, tras meses de búsqueda, en una isla de las Maldivas, completamente sanos y con pocas ganas de volver a contactar con quien fuera que les estuviese buscando. Y, francamente, el detective estaba harto de esos casos.

Tal vez, si resolvía algo así de importante, conseguiría dejar de sentir que estaba a un tropezón de que le echasen. Tal vez entonces podría sentirse feliz con lo que hacía, en lugar de tener que recordarse cada mañana que esa era su profesión soñada.

Carabajillo se mantenía a flote por el turismo. No había más que fijarse en la cantidad de escuelas de surf que poblaban los bajos de los edificios más cercanos a la playa, o la cantidad de terrazas con menús en inglés. Y no solo Carabajillo; todos los pueblos de la zona se beneficiaban de ello. Todos menos Villalcerro, que al parecer no tenía edificios modernistas, pinturas rupestres ni construcciones con encanto. Ni siquiera había cerca ningún punto místico de confluencia de energías que pudiesen reclamar los *hippies* y esotéricos. Daniel suponía que esas cosas eran cuestión de suerte, y por eso nadie se adentraba por los serpenteantes caminos de aquel lado de la montaña. Lo cual era una pena, porque el Ayuntamiento de Carabajillo era bastante más feo que el de Villalcerro, y aun así la fachada contaba con una docena de personas haciéndole fotos.

En la recepción le indicaron *amablemente* que, para pedir cualquier papel del catastro, necesitaba una firma del propietario de los papeles y pedir cita previa. Dio igual cuántas veces argumentase Daniel que el propietario estaba muerto y que él era el detective investigando la desaparición de los documentos; la persona de la ventanilla no dio su brazo a torcer.

Al salir, le mandó un mensaje a Patricia para añadir aquel problema a su lista de papeleos que hacer, y luego se quedó mirando el móvil mordiéndose el labio.

Nico le había dicho que le llamase al acabar, pero ¿y si ya se había vuelto a Villalcerro? No le iba a hacer volver solo para recogerle a él, podía acercarse a la estación y coger cualquier otro taxi…

El asunto era que las conversaciones con su jefa siempre lo agotaban mentalmente, y después de pelearse con los del catastro no se sentía con energías de enfrentarse a otro taxista borde como el del primer día.

Sintiéndose muy egoísta, le dio al icono del teléfono verde.

No le dio tiempo a arrepentirse y colgar, porque Nico respondió al primer tono:

—Dígame.

—Soy yo —respondió automáticamente. Luego cayó en que Nico no tenía por qué reconocer su voz, así que añadió—: Daniel.

—¡Dani! ¿Cómo va? ¿Ya has terminado?

Daniel agradeció que no estuviese allí delante para verle arrugar la nariz ante el diminutivo.

«Nota mental: pedirle que deje de llamarme así».

—Sí, acabo de salir del catastro. ¿Tú sigues por aquí?

—Estoy terminando unos recados. ¿Te importa esperarme en la oficina de Correos? Está un par de calles más allá del ayuntamiento, no tiene pérdida.

—Claro —asintió Daniel—. Nos vemos allí.

La parte de atrás del coche de Nico iba completamente llena con varios bultos grandes que olían como el interior de una pajarería y varios sacos de comida para gatos. El hombre los había sujetado a

los asientos con los cinturones de seguridad para evitar que se moviesen demasiado con los baches, y le había pasado un sobre grande y bastante gordo a Daniel para que lo sujetase en el regazo.

—¿Tienes gatos? —preguntó, sin poder contener la curiosidad.

—No, qué va. Son preciosos, pero yo soy más de perros. Son para los gatos de Águeda y Luisa. A lo mejor aún no las conoces, son las dos señoras que viven en la casita pasiega del tejado de pizarra. La que tiene un lado lleno de enredaderas.

Ah, las brujas de las que hablaba Maricarmen. Y probablemente la anciana del gatito negro.

—¿Los paquetes también son para ellas?

—Rascadores y juguetes —explicó Nico—. Este verano les ha criado la gata y ahora tienen un montón de cachorros correteando por la casa. También me han pedido que les recoja esos otros paquetes en Correos.

—¿No llega el cartero a Villalcerro?

—En teoría sí, pero las cartas llegan muy tarde y los repartidores no quieren subir los paquetes grandes hasta el pueblo. Al final, los vecinos decidimos que nos salía mejor alquilar apartados en Carabajillo. Yo hago de cartero. —Se dio una palmada en el bolsillo del pantalón y el sonido reveló la presencia de un manojo de llaves —. Ya te dije que soy un poco el recadero de Villalcerro. No se puede vivir solo del taxi de septiembre a mayo. En temporada alta es mucho más sencillo, pero aun así, Carabajillo está lleno de segundas residencias —explicó—, y la mayoría trae coche de casa. En vacaciones aquí hay más vascos que cántabros…

Daniel hizo un ruido de asentimiento, aunque la verdad era que le estaba escuchando solo a medias.

«Yo hago de cartero».

Probablemente no fuese el mejor momento, pero ¡qué demonios! Era un detective y tenía una investigación entre manos.

—Entonces —empezó, y procuró sonar casual—, cualquier papel que se le enviase al señor Cobo tendrías que recogerlo tú, ¿cierto?

La sonrisa de Nico decayó un poco.

—Sí, por supuesto —respondió con naturalidad, pero ya había una tensión en el aire que no estaba segundos antes—. No desde hace

meses, de todas formas. Seguro que ya te lo han dicho, pero Cibrián se empeñó en que le perdía las cartas y ya no quiso tener nada más que ver conmigo.

Daniel asintió y esperó a que el hombre continuase hablando. Lo hizo, al cabo de unos segundos:

—Vino un día a mi casa a exigirme a gritos que le devolviese la llave de su apartado porque creía que le estaba robando la correspondencia —relató, con las manos tensas sobre el volante—. Empezó a gritar que estaba en mitad de un papeleo importante y que no tenía tiempo para ladrones. Yo tenía a los niños dentro e intenté que la cosa no escalase, le entregué la llave de su apartado en cuanto la pidió, pero Cibrián nunca fue una persona razonable. Ni educada tampoco —apuntó. Tenía el ceño fruncido, y por algún motivo a Daniel le pareció que no encajaba con su cara—. La cosa es que hizo llorar a Leo (es el pequeño, no tiene aún los cuatro años), y a mí se me calentó la boca. No me siento orgulloso —añadió con gesto apesadumbrado—, pero una cosa es que me insulte a mí, que me da igual, y otra que se meta con mi sobrino, que no tiene la culpa de nada. Más aún cuando le empezó a decir que pasar tiempo conmigo le haría maricón.

Daniel hizo una mueca ante la palabra; conocía demasiado bien aquella línea de pensamiento. Cada vez le caía peor el difunto, pero el deber era el deber:

—¿Dónde estabas el día de la muerte del señor Cobo? —continuó, y se llevó la mano a la bandolera para sacar una pequeña libreta.

—En Carabajillo, con mi hermana —respondió rápidamente Nico—. Estuvimos toda la tarde en la playa con los niños y luego subimos a su casa. Me quedé hasta las once, más o menos, y después me llegó una llamada de un cliente para que lo trajese desde Santander. No volví a mi casa hasta las dos de la mañana y, en cuanto llegué, le mandé un mensaje a mi hermana para que supiera que había llegado bien.

—¿Podría tu hermana confirmar tu coartada?

—Desde luego —respondió el hombre, tajante.

Y con esto, se sumieron ambos en un mutismo que se prolongó durante casi todo el viaje.

A Daniel no le importaba el silencio. Le gustaba, incluso. No había nada que odiase más que el hablar por hablar, la charla insustancial. Sin embargo, el silencio que venía de Nico se le antojó antinatural, incomodísimo. La voz de Joe Cocker cantando el *striptease* más famoso del mundo se mezclaba con el sonido blanco cada vez que pasaban por una zona con menos cobertura, y de su *You Can Leave Your Hat On* apenas se oía una nota de cada tres. Un extraño cargo de conciencia se le había instalado en la boca del estómago y, a la altura del quitamiedos roto, Daniel cedió a la presión:

—Siento haber preguntado —empezó a excusarse—. No debería…

—¡No, no! —le cortó Nico, y sonrió por primera vez desde que empezara el silencio—. Es tu trabajo y tienes que hacerlo. Pregunta lo que quieras, Dani, de verdad. Podrá ser más o menos incómodo, pero colaboraré.

—Daniel.

Nico se volvió un segundo hacia él, sin comprender.

—¿Eh?

—Que me llamo Daniel, no Dani.

—Ah, ya —replicó Nico—. Perdóname, no te habré hecho sentir incómodo, ¿verdad?

¿Incómodo? ¿A él? ¡Pero si era Nico el que tenía un detective en pleno interrogatorio sentado en el asiento del copiloto!

—No, nada de eso —se apresuró a aclarar, alzando ambas manos —. Solo que en mi familia no acortamos los nombres, y si me llamas «Dani» busco a otra persona.

—No hay más Danieles en Villalcerro, me temo —dijo Nico—. No te vas a confundir, no te preocupes.

Y entonces le guiñó el ojo y siguió conduciendo con gesto satisfecho.

La tensión desapareció como por arte de magia.

Esa vez, Nico sí que aceptó el pago por el servicio, pero, de todas maneras, Daniel decidió acompañarle a casa de Águeda y Luisa para ayudarle a descargar.

Y, ya que había empezado con las pesquisas, podría hablar con las ancianas acerca de las denuncias que figuraban en el archivo del señor Cobo.

Águeda resultó ser la anciana del gatito, y se encontraba exactamente en el mismo lugar en el que la había visto aquella primera vez. Llevaba el pelo blanco recogido en un moño flojo del que se escapaban algunos mechones y tenía un rostro bondadoso y surcado de arrugas, como cabría esperar de la abuela de Caperucita o de cualquier otro personaje de cuento igual de entrañable. Al verlos llegar, cargados con los trastos, depositó al gato que dormitaba en su regazo —esta vez uno blanco y naranja— con delicadeza en el suelo y se levantó despacio para recibirles.

—Ay, gracias, Nico, eres un sol —le dijo—. Déjalo aquí mismo, ya lo meteremos dentro cuando vuelva Luisa.

—¡Qué tontería! —se negó el hombre y le hizo una señal a Daniel con la cabeza para que no hiciera ni caso—. Te lo dejamos dentro y así luego no lo tienes que mover.

Daniel, que llevaba, no sabía cómo, las tres bolsas grandes de pienso para gatos, las asió con más fuerza y siguió a Nico al interior de la casa.

Era, como cabría esperar por el exterior, la típica casita antigua con solo un espacio que albergaba entrada, salón y cocina, con sus electrodomésticos viejos, las encimeras llenas de arañazos y los muebles con la madera oscurecida por el paso del tiempo. Había plantitas prácticamente en cada superficie, y los escasos adornos que se veían eran también antiguos. Un cuadro de la Virgen de Monte presidía el pequeño espacio que hacía de salón, y cada superficie libre estaba ocupada por un gato, ya fuese de verdad o de cerámica. Unas escaleras conducían al piso de arriba, donde suponía que estaban los dormitorios. *El* dormitorio, se corrigió tras ver la foto enmarcada del mueble donde estaba la pequeña televisión; en ella se veía a una Águeda unos veinte años más joven, posando frente a la fachada de un edificio oficial junto a una mujer más alta, ambas cogidas de la mano y sonriendo con todos los dientes, los ojos achicados de felicidad. Si la hubiese visto un historiador importante,

habría dicho que se trataba de la foto de dos buenas amigas visitando el juzgado de Carabajillo.

—Aquí, el rascador aquí —indicó Águeda—. Y Daniel…, porque te llamabas Daniel, ¿verdad? Los sacos de pienso van en la leñera, por esa puerta del fondo. Muchísimas gracias, hijo, que Dios te lo pague… —Se volvió hacia Nico y extendió los brazos para cogerle la cara con las manos. Obediente, Nico se agachó un poco—. ¡Estás más flaco! Llevas demasiados días sin venir a comer.

—Y eso no puede ser, ¿verdad? —bromeó el hombre.

—¿Y Gabriela? —preguntó la mujer. Echó a un gato de una butaca, se sentó y señaló la adyacente—. También hace mucho que no la veo… ¿Y sus niños?

—Aroa está enorme, pegó un estirón este verano —contó Nico, sentándose en la silla que se le ofrecía—. No la vais a reconocer.

—¿Y Leoncito?

—Guapísimo. Le están saliendo los rizos de su padre.

—¡Pues a ver si me los traes para que yo lo vea! —Águeda le dio un golpe en la mano y ambos se rieron.

Daniel, que continuaba de pie junto a la puerta de la leñera, tuvo la sensación de estar interrumpiendo una reunión entre un nieto y su abuelita. La casa, los gatos, la foto en el mueble, las plantas…, todo formaba parte de una bonita estampa en la que él solo podía ser un intruso.

El hechizo se rompió tan pronto como Águeda levantó la cabeza.

—Siéntate, hombre —dijo, y apuntó a la silla junto a la de Nico—. Que pareces un espantapájaros ahí de pie. ¿Os quedáis a comer? Luisa está a punto de llegar.

Daniel empezó a declinar la invitación, pero Nico respondió sin dudar:

—¡Nos encantaría! —Después, mientras Águeda daba una palmada de alegría y se levantaba despacio para dirigirse a la cocina, le murmuró—: ¿No te importa? Puedo llevarte a casa ahora mismo si lo prefieres…

El estómago de Daniel, harto de comida precocinada, hizo un ruido tremendo, y el detective no tuvo valor para decir que prefería

irse a su casa a comer *pizza* recalentada en lugar de quedarse allí y probar eso que tan bien olía en la cocina.

—No me importa, no tengo prisa —asintió, y a Nico se le iluminaron los ojos.

Como buenos invitados, ambos hombres se acercaron enseguida a la cocina a ver qué podían hacer. Para cuando se abrió la puerta, Águeda ya había apartado la olla de alubias rojas del fuego y la mesa estaba puesta para cuatro.

—¿Nico? —dijo una voz, y cuando Luisa entró, alta y nudosa como un roble, todos los gatos de la casa se lanzaron maullando a rodearla. Ella los apartó delicadamente con el pie y cerró tras de sí —. ¡Dichosos los ojos, hijo!

—Hola a ti también, Luisa. —Nico se rio, y la mujer se acercó para estrecharle la mano y darle un par de palmadas en el hombro.

Era, en todos los aspectos, el polo opuesto de Águeda. Donde una tenía curvas, la otra era delgada y seca. Frente al metro cincuenta y poco de una, la otra medía casi metro setenta. Donde una llevaba falda oscura y jersey de punto, la otra vestía pantalones de pana, botas de montaña y forro polar. El pelo, tan blanco como el de Águeda, Luisa lo llevaba corto y despeinado, como si viniese de correr por el campo, algo que, por su edad, estaba claro que ya no hacía. Daniel casi pudo imaginárselas a ambas de niñas, la una trepando a los árboles y la otra leyendo plácidamente a su sombra.

—¡Ah, el detective! —Luisa se plantó frente a él con los brazos en jarras y cara de pocos amigos—. ¿Qué viniste a husmear aquí?

El aludido lamentó llevar en las manos una bandeja con quesos y un cuchillo, pues la mujer tenía todo el aspecto de saber cómo utilizarlo y no andarse con chiquitas.

—¡Luisa! —exclamó indignada Águeda—. Lo invité a comer, haz el favor de no ser tan grosera.

—Daniel Minaya —se presentó el detective, y tan pronto como consiguió llegar a la mesa y dejar en ella la tabla de quesos, le tendió una mano conciliadora.

Luisa le miró de arriba abajo y pasó de largo para ir a darle un beso a su compañera.

—¿Qué tal el paseo? —le preguntó Águeda.

—Como siempre. Las vacas del prado alto se están pasando al campo de al lado —comentó Luisa—. Este año habrá muchísimas setas, deberíamos ir preparando las cestas.

—Cuando vayáis, avisadme y os acompaño —intervino Nico.

Los gatos seguían arremolinados alrededor de Luisa, maullando todos a la vez como un extraño coro. Daniel contó seis, pero quién sabía si no habría alguno más escondido por la casa. Finalmente, la mujer se abrió paso hasta uno de los armarios de la cocina, descorrió un cerrojo y sacó un paquete de chucherías gatunas.

—¡A sentar todo el mundo! —ordenó, pero solo dos de los gatos, los que parecían mayores, hicieron caso—. Pues el que no se sienta no tiene chuche. Muy bien, Baguira, bonita —elogió a uno de los que se había sentado, una gata negra como la noche y, presumiblemente, la misma que Daniel había visto en el regazo de Águeda aquella primera vez. La gata recibió su premio y se retiró a explorar la caja del rascador que Nico había desembalado poco antes—. Y tú también, Bola —añadió la señora, volviéndose para premiar al otro gato grande, el blanco y naranja. Los demás la miraron sin comprender, y Luisa repitió la orden—: ¡A sentar!

Uno a uno, los gatitos se fueron sentando, recibieron su chuche y se fueron a comérsela a donde nadie los molestara. Cuando no quedó ni un animal a la vista, Águeda llevó la cazuela a la mesa y alargó la mano para que le fuesen pasando platos.

Daniel no solía comer mucho. No pasaba hambre, pero para él comer era más una necesidad que un placer. Comer le partía el día, o así se lo había explicado a sus compañeros en la universidad. Había veces que, si estaba muy sumergido en una investigación o en un trabajo importante, podía pasarse horas sin sentir los aguijonazos de hambre en el estómago.

Por eso, cuando vio el inmenso platazo de guiso que le habían puesto delante, temió no ser capaz de terminar ni la mitad.

El resto de los comensales, por suerte, no se dio cuenta del apuro en que se hallaba.

—Bueno, ¿y qué os trae por aquí? —preguntó Luisa, y la mirada que le echó a Daniel fue suficiente para saber a quién iba dirigida de verdad la pregunta.

—Ya estaba en la tienda el rascador que encargasteis —respondió Nico—, y os tenía que traer además los sacos de pienso. Dani me ha ayudado a cargar y descargar. ¿No es verdad, Dani?

«Dani».

Otra vez.

¿Lo estaba haciendo a propósito o de verdad no lo podía evitar?

El detective asintió con la boca llena de guiso —que estaba buenísimo, por cierto— y se aguantó las ganas de fruncir el ceño.

Luisa los miró a los dos con una ceja levantada.

—Nico, que no nací ayer.

—En realidad sí que lo he acompañado hasta aquí para ayudarlo —intervino Daniel antes de que a Nico le diese tiempo de inventarse otra excusa—. Pero supongo que ya sabrá…

—Tutéame, niño, que no soy tan mayor —interrumpió la mujer, y Águeda ahogó una risita con la mano.

—… supongo que ya sabrá —repitió el detective deliberadamente — que estoy al cargo de la investigación del caso del señor Cobo.

—De la investigación de su muerte, querrás decir —soltó Luisa, y Águeda chistó y le dio un manotazo en el hombro. Su compañera la ignoró—. Buscas en mal sitio; si lo hubiese matado yo, lo habría dicho en lugar de ocultarlo y dejar que un Colombo de pacotilla volviese el pueblo del revés buscando al culpable. —Se echó hacia atrás en la silla y abrió los brazos—. ¿No ves que ya soy vieja? Daría igual la sentencia, no pondría un solo pie en la cárcel.

—¡Luisa! —volvió a reprenderla Águeda, pero ambos la ignoraron.

—Entonces no tendrá ningún inconveniente en que le pregunte…

—¡Que me tutees, he dicho!

—No mientras esté trabajando —replicó Daniel, y aquella respuesta arrancó una sombra de sonrisa a la anciana.

—Oh, pero si eres un profesional… —murmuró, satisfecha—. De acuerdo. ¿Qué querías preguntarme?

Daniel sacó su libreta y preparó el bolígrafo.

—En el ayuntamiento hay una denuncia que puso usted contra el señor Cobo. Me gustaría saber más sobre el incidente.

—Ese talingón… Lo era, Águeda, no pongas esa cara —se interrumpió al ver que su compañera abría la boca con gesto

indignado—. Ese maldito hijo de mil hienas sarnosas vino a amenazarnos a Águeda y a mí porque al parecer uno de nuestros gatos le había destrozado el jardín. ¿Sabe cuál fue el horrible destrozo? Que Baguira escarbó debajo de una plantita. Eso fue todo. Y el muy palajustrán venía dispuesto a demandarnos. —Luisa resopló y empezó a amontonar platos y vasos, tal vez con demasiada fuerza, pues Águeda la detuvo al cabo de un rato apoyándole una mano en el brazo—. Y no se le ocurrió otra cosa, cuando lo mandamos a hacer puñetas, que increparnos a la salida de la iglesia, delante de todo el pueblo.

—Si no la llegamos a sujetar —intervino Nico—, lo habría estrangulado con sus propias manos. Fue un espectáculo digno de verse.

Daniel esbozó una sonrisa porque, aunque no conocía de nada a aquella señora, gracias a la descripción de la denuncia y a lo que ahora le relataban, podía imaginarse de sobra la estampa.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó, volviendo a ponerse serio.

—Oh, hace unos años. —Luisa agitó la mano como para espantar una mosca—. Hemos tenido más… desacuerdos con él, pero ya no hubo más denuncias.

Eso tendría que comprobarlo, pero por el momento lo dejó correr para hacer la siguiente pregunta.

—¿Y dónde estabais las dos el día de la muerte del señor Cobo?

—En Carabajillo —respondió Luisa.

—Aquí, en casa —dijo Águeda, casi al mismo tiempo.

Las dos se dirigieron una mirada de reojo y, rápida como el rayo y dulce como la miel, Águeda tomó la palabra:

—No, vida, ¿no te acuerdas de que a Carabajillo fuimos el fin de semana siguiente? Ese día estábamos aquí en casa, ayudando a parir a la gata. ¿Recuerdas?

Daniel no dijo una palabra. Observó mientras comía cómo las dos mujeres trataban de ponerse de acuerdo acerca de lo que habían hecho en aquella fecha. Aquella era la parte de su trabajo que más se parecía al de los detectives de la tele: observar a los sospechosos y ver cómo se echaban las culpas unos a otros, o intentaban ponerse de acuerdo en historias a cada cual más inverosímiles.

Normalmente funcionaba, ya fuese interrogando por separado o haciéndolo a la vez. La pega, en este caso, era que las sospechosas eran dos ancianas.

Además, notaba cómo la mirada de Nico iba de Luisa y Águeda a él, y de vuelta a las mujeres, y sintió de pronto la necesidad de cortar aquello y retomarlo en mejores condiciones.

—No pasa nada —dijo, dejando el boli a un lado para volver a tomar la cuchara—, es normal que no os acordéis.

—Espero, por tu bien —le espetó Luisa—, que no estés insinuando que estamos seniles.

—¡No! —Daniel levantó ambas manos en son de paz—. Yo tampoco me acuerdo de lo que hacía ese día, es normal. Pero, de todas formas, voy a necesitar saberlo. Para descartaros, más que nada.

—¿No nos crees capaces de matar a nadie o qué? —gruñó la mujer, y por su vida que no supo si lo decía en serio o era una broma—. Porque te aseguro que hay muchas formas de matar a un hombre y algunas de ellas se disuelven muy bien en el caldo.

Daniel se atragantó con la cucharada de guiso que se acababa de llevar a la boca, y el líquido se le fue por mal camino. Empezó a toser y a toser, y Nico tuvo que darle unas palmadas en la espalda. Las dos ancianas se miraron y se echaron a reír.

—¿Ves? Sabía que le habían llegado los rumores —se burló Luisa.

Águeda, todavía riendo con una risa aguda, le rellenó el vaso de agua y se lo acercó.

—Era una broma, hombre. Además, hemos comido todos de la misma olla. ¡Vaya asesinas más tontas seríamos si nos morimos también nosotras!

Junto a él, Nico, que no había dejado de frotarle la espalda, también se reía.

—Pero vamos a ver —farfulló el pobre detective, cuando por fin pudo hablar, con la voz débil y los ojos llorosos—. Luisa, ¿tú qué quieres? ¿Que te detengan o que no?

Aquello solo redobló las risas, y pronto Daniel se vio arrastrado por ellas.

Los gatos, que habían vuelto de sus escondites para acurrucarse en el sofá, se escaparon como alma que lleva el diablo ante semejante algarabía.

Tras la comida había llegado el postre, y tras el postre, un pastel de frutas que había hecho Águeda el día anterior. Y tras eso, café —manzanilla para Daniel— y galletas. Y tras eso…

Daniel no estaba seguro de que su estómago fuese a aceptar más comida al menos en las dos semanas siguientes.

Nico le dejó en su casa casi a las ocho, cuando ya empezaba a anochecer.

—Muchas gracias por ayudarme —le dijo, y se bajó del coche para despedirse—. Y no te preocupes por Luisa. Ya sabes el dicho, perro ladrador… —Se acercó un poco más y bajó la voz con aire cómplice —. De la que deberías tener miedo es de Águeda.

Daniel le miró con una media sonrisa, incrédulo.

—¡Venga ya!

Nico se encogió de hombros.

—De algún lado vienen los rumores de envenenamientos. Están exagerados, por supuesto, solo fue un poco de laxante en las magdalenas, lo que pasa es que Cibrián se zampó diez de una tacada.

—¡No! —exclamó el detective, entre risas.

—Te lo juro. —Sonrió Nico—. Luisa te podrá gritar un poco, pero la que puede atentar contra tu salud, y lo hará si eres mala persona, es Águeda. Es nuestra justiciera local.

—Te tienen mucho cariño —señaló Daniel.

Nico se metió las manos en los bolsillos del pantalón, dirigió la vista al suelo y sacudió la cabeza.

—Mi madre murió cuando yo era pequeño y yo ya no tenía abuelos —explicó con tristeza—. Ellas llevan en Villalcerro toda la vida, y conocían a mi padre desde que era chico, así que se volcaron a ayudarle con mi hermana y conmigo. A todos los efectos, son mis abuelas.

Al oír eso, a Daniel se le quitaron las ganas de reír.

—Espero que no te haya ofendido que… —empezó a decir.

Nico le interrumpió con un ademán.

—Es tu trabajo y tienes que hacerlo bien —repitió por tercera vez aquel día—. Además, si de verdad la muerte de Cobo fue un homicidio, ellas no han podido ser, son dos trozos de pan.

—A veces aquellos a los que mejor crees conocer son los que más secretos guardan —le advirtió Daniel, y alzó exageradamente las cejas—. En un caso como este, lo mejor es no fiarse de nadie hasta que no se le pueda descartar con rotundidad.

—Oh, ¿tengo que preocuparme? —bromeó el hombre, y meneó la cabeza como un teleñeco—. Tendrá que andarse con ojo, detective Minaya, no sea que decida meterle en el maletero de mi taxi.

Ni siquiera se había esforzado en cambiar la cara; Daniel no se lo podría haber tomado en serio ni aunque hubiese querido.

—Tendré cuidado —le respondió con una sonrisa que le sorprendió incluso a él mismo—. Hasta mañana, Nico.

—¡Descansa, Dani!

—¡Daniel! —le gritó, pero Nico ya se había subido al coche y su voz quedó ahogada por el ruido del motor al ponerse en marcha.

Capítulo 5

INTERROGATORIOS



Unai Santesteban, el siguiente en su lista de sospechosos, vivía en una casita de una planta al sur del pueblo, con su mujer y sus dos hijos. Cuando Daniel y Nico llamaron a la puerta, fue ella quien les abrió.

—¡Nico, qué sorpresa! —exclamó y le dio un abrazo.

—Hola, Bea —respondió Nico—. ¿Cómo vas?

—Cansada todo el día —soltó la mujer con una sonrisa, y se pasó ambas manos por el vientre—. Al menos ya no tengo náuseas.

Daniel, que se había quedado un poco rezagado para no interrumpir el saludo, se adelantó entonces y le tendió la mano:

—Daniel Minaya —se presentó.

Beatriz le miró con cara de susto.

—¿El detective? —Por Dios, ¿quedaba ALGUIEN en el pueblo que no supiese ya quién era?

—No se alarme, solo quiero hacerles a usted y a su marido unas preguntas.

La mujer dirigió la mirada hacia Nico, que asintió con una media sonrisa.

—Tranquila, es rutinario —la tranquilizó—. ¿Está Unai?

—Aún no ha vuelto, pero le podéis esperar dentro.

Todavía mirándole de hito en hito, Beatriz abrió del todo la puerta.

—¿Al salón o a la cocina? —preguntó Nico.

—Al salón mejor, que en la cocina están los niños haciendo los deberes. Disculpadme un momento…

Pasó a la primera puerta, y Daniel oyó voces infantiles y el murmullo de la madre, diciendo algo que sonó, aún en bajo, parecido a «portaos bien». No pudo oír nada más, porque Nico ya le guiaba hacia el salón.

—Cuidado con esa silla, que está coja —le indicó.

Beatriz se reunió con ellos cargando a duras penas con una bandeja. Nico se levantó casi en el acto y empezó a regañarla:

—¡Pero mujer, avísame y lo traigo yo!

—Nico, estoy embarazada, no inválida… —se quejó la mujer, pero dejó que el hombre cogiese la bandeja y colocase en la mesa el azucarero, el servilletero y todos los dulces y galletas que venían en ella. Después, dio una palmada.

—Café con leche —dijo señalando a Nico, que asintió. El dedo pasó entonces a apuntar a Daniel—. ¿Té? ¿Zumo de naranja? ¿Cola Cao?

No, si hasta lo que bebía normalmente era ya de dominio público…

—Zumo, gracias —respondió.

Beatriz asintió y fue a salir de nuevo del salón, pero Nico se lo impidió.

—Tú siéntate, que ya voy yo. ¿Qué quieres tú?

—Zumo también, gracias, Nico.

—¡Marchando!

Y salió del salón.

La mujer y el detective se quedaron callados durante unos segundos muy incómodos.

—Bueno. —Beatriz fue la primera en romper el silencio—. ¿De qué se nos acusa?

—De nada —respondió Daniel—. Yo no puedo acusar a nadie de nada, no soy policía.

—Pero está aquí por la muerte de Cibrián, ¿no es así?

—¿Qué relación tenían con él? —preguntó Daniel en lugar de contestar.

Beatriz se retorció las manos sobre la mesa y respiró hondo.

—Mi marido trabajaba para él. Ya sé que eso lo pone en el punto de mira, con todas las protestas y con la bajada del sueldo…, pero él no ha matado a nadie.

Lo dijo con un tono desesperado y, según le pareció a Daniel, absolutamente sincero. Las ganas de deshacerse de su máscara de profesional y apresurarse a tranquilizarla eran muy grandes, pero no en vano el detective llevaba ejerciendo diez años.

—Háble me de esas protestas —dijo, con voz tranquila.

—Fue a principios de verano. —Beatriz no le miraba. Sus ojos viajaban sobre la mesa, entre las tazas e incluso trepaban por su jersey, pero no subían del cuello de su camisa—. Cibrián reunió un día a los trabajadores y les dijo que no podía pagarles a todos la cantidad que les estaba pagando. Echó a unos cuantos, y además bajó los salarios, y se negó a reunirse con ninguno de ellos.

—¿No hubo quejas? ¿Alguna denuncia?

—Ninguna. —La mujer se mordió el labio antes de añadir—: Cibrián los tenía a todos contratados muchas menos horas de las que realmente hacían. Prácticamente la mitad se lo pagaba en negro. Intentamos que le mandasen una inspección, pero los muy… —Apretó tanto los labios que casi desaparecieron. Luego inspiró hondo por la nariz y continuó—: El inspector avisó con antelación de su llegada y, claro, para cuando apareció todo estaba *en regla*. El sindicato nos dijo que apoyarían a los trabajadores si se declaraban en huelga, pero que no podían hacer nada más.

Daniel estaba a punto de hacer la siguiente pregunta cuando sonó la llave en la cerradura.

Se oyeron dos chillidos penetrantes, patas de sillas chirriando contra el suelo y después el sonido de pies pasillo abajo.

—¡Papá!

—¡Papi!

Beatriz sonrió, un poco apurada, y se levantó trabajosamente.

—Espere un segundo, ese debe de ser Unai.

Una voz grave sonó en ese momento:

—¡Hombre! ¡Pero si hay dos niños! ¡Beatriz, se nos metieron niños en casa! —Durante un segundo se oyeron las risas de los niños y luego Unai volvió a hablar—: ¡Y un señor muy feo! —Las risas se redoblaron—. ¿Por qué agujero entrasteis?

—Por uno muy grande —bromeó Nico—. Así, con forma de puerta.

Después vino el inconfundible sonido de un abrazo acompañado por palmadas en la espalda, y de nuevo la voz de Unai.

—¿Qué haces aquí, campeón?

—Unai —llamó Beatriz desde la puerta del salón—. Ha venido el detective a hablar con nosotros.

Unai apareció entonces en el umbral, con una niña pequeña enganchada a su cuello como un monito y un niño algo mayor abrazado a su pierna izquierda.

—Daniel, ¿verdad? —saludó, y el aludido se levantó a estrecharle la mano—. Discúlpeme un segundo, enseguida estoy con usted. Jorge, suéltame la pierna, *mesedez*[6].

En cuanto el niño obedeció, se agachó hasta que los pies de la niña tocaron el suelo.

—Venga, Lutxi, luego jugamos, ¿vale?

—Joooo…

—Yo los entretengo —dijo Nico entonces, y cogió en brazos a la niña—. ¿Qué queréis que hagamos?

Las respuestas de los niños, ambas a la vez, se perdieron en cuanto Unai entró en el salón y cerró la puerta.

—Viene por lo de Cibrián, ¿verdad?

—Su mujer ya me ha estado explicando un poco su situación —asintió Daniel. El matrimonio intercambió una mirada de preocupación, así que se apresuró a tranquilizarles—. Ante todo, quiero recordarles que no soy policía ni tengo la autoridad necesaria para arrestar o inculpar a nadie. Solo estoy intentando reconstruir los últimos días del fallecido. Su mujer me ha hablado de su trabajo, pero me gustaría que me aclarase usted algunos detalles.

—Los que quiera —dijo Unai.

—¿Exactamente qué trabajo realizaba usted para el señor Cobo?

—Soy pastor. Originalmente de ovejas, pero cuando Cibrián compró nuevas tierras, hace unos años, también me empleó en su explotación ganadera. Ya sabe, dar de comer a las vacas, limpiar los establos, ayudar en partos…

—¿Tiene algún tipo de turno o unas horas que cumplir?

—Somos cinco, y sobre el papel hacemos turnos de cuarenta horas semanales.

—Cuarenta… horas… —murmuró el detective mientras lo ponía por escrito—. ¿Y realmente?

Unai hinchó los carrillos y sopló.

—Muchas más —confesó—. No sabría decirle exactamente cuantas, porque varían según mande… mandaba… el jefe.

—Entiendo. Beatriz ya me ha hablado del problema con la bajada de sueldos y…

—Mire, vayamos al grano —interrumpió el hombre, y Daniel levantó la cabeza de sus notas a tiempo de ver cómo Beatriz le colocaba una mano en el brazo—. Pude ser yo, pudo ser cualquiera de mis compañeros, pero todos teníamos mucho que perder si Cobo moría. No sé si sabe que estamos trabajando sin cobrar desde entonces, y que no podemos dejar de hacerlo por si sus herederos retoman la empresa. Si deciden vender, nos echan a todos a la calle, y si no, tampoco tenemos garantías de que nos vayan a pagar. Créame, lo hemos hablado con el sindicato. Además, esa tarde Beatriz y yo estuvimos en el ginecólogo de Santander y pasamos la noche en la ciudad. Dos de mis compañeros libraban, otro estaba enfermo y el otro llevaba días sin aparecer. Ninguno de ellos ha podido hacerlo, lo sé.

Se hizo el silencio durante unos segundos, y entonces Daniel inclinó la cabeza hacia un lado y dijo:

—Repita eso último, por favor.

Unai miró a su mujer, desconcertado, y después volvió a decir, más despacio:

—Dos de mis compañeros estaban de baja, otro enfermo y al otro no lo vemos desde días antes de la muerte de Cobo.

Por fin una pista que parecía llevar a alguna parte. Daniel apretó los labios y volvió a bajar la cabeza hacia la libreta. Después, como si nada, continuó preguntando:

—¿Cómo era su relación personal con el señor Cobo?

—Hombre, no me habría ido de potes con él, desde luego —se rio Unai, pero fue una risa breve y seca que no se le reflejó en la cara —. Procuraba verle solo en el horario laboral, pero como cada dos por tres nos pagaba de menos había que ir a su casa a reclamarlo. Además, cada vez que me lo cruzaba por la calle o en La séptima plaga aprovechaba para echarme la bronca por lo que fuera.

—¿Y sabe de alguien que particularmente quisiese hacerle daño?

Unai soltó la mano de su mujer, que tenía cogida por debajo de la mesa, y apoyó ambas palmas en la madera para acercarse un poco a Daniel.

—Mire, de no ser porque no sabemos qué va a pasar con nosotros ni con la explotación, estaríamos todos bailando sobre su tumba. ¿Qué? —Se volvió hacia Beatriz, que le miraba con los ojos muy abiertos—. Es verdad.

—Pero ahora estamos pendientes del futuro de la explotación —se apresuró a añadir la mujer con una última mirada de alarma a su marido—. En el restaurante donde trabajo no han visto con buenos ojos mi embarazo, y si Unai se queda en el paro…

—No estoy acusando a nadie —repitió Daniel—, y me parece que lo vamos a dejar aquí. Muchísimas gracias por su colaboración, espero no haberles importunado mucho.

—¡Para nada! —negó Unai, pero Daniel sabía ver a través de las cortesías.

Antes de despedirse les pidió a ambos las señas del ginecólogo y del hotel de Santander en el que habían pasado la noche. Tendría que pedir un permiso especial para sortear la política de protección de datos y confirmar la coartada, pero en aquella casa ya no podía hacer nada más.

—Quédate —le dijo a Nico, que a pesar de que acababan de invitarle a cenar, le siguió hasta la puerta con las llaves del taxi en la mano—. Yo puedo volver andando.

—No me importa llevarte, de verdad. Dejaré que me pagues y todo.

Daniel sonrió ante la broma, pero sacudió la cabeza.

—No, prefiero andar. ¿Vas a ir a Carabajillo mañana?

—El miércoles. ¿Quieres que te recoja?

—Sí, por favor.

Nico torció la cabeza.

—¿Seguro que no quieres que te lleve a casa?

—Seguro. No tiene pérdida.

Y no la tenía, pero cuando no llevaba ni la mitad del camino y empezó a llover, Daniel maldijo en voz alta aquel maldito tiempo, aquel maldito pueblo, aquel maldito país, aquel maldito trabajo y a sí mismo, ya de paso.

Al fin y al cabo, de alguien tenía que ser la culpa de todos sus males.

Capítulo 6

VAYA DÍA



Daniel estaba acostumbrado a las mañanas grises.

No a las que el cielo parecía plomizo y el ambiente cargado, o a esas en las que la niebla lo cubría todo y solo con mirar por la ventana ya se podía sentir el frío en los huesos. Lo que él llamaba mañanas grises tenía más que ver consigo mismo que con el tiempo. Eran mañanas en las que las horas pasaban lentas y los trabajos —cualquier trabajo— se hacían pesados y sobrehumanos. Mañanas en las que la perspectiva de hablar con alguien le aceleraba el pulso y le subía el corazón a la garganta. Para él, era habitual vivir como si cada movimiento, cada gesto, cada acción, cayese en el examen, y en mañanas como aquella nunca sacaba buena nota. Y lo peor era que, si no conseguía despejarse aquel nubarrón de la cabeza, aquellas mañanas grises podían desarrollarse lentamente en mediodías grises, tardes grises y noches grises.

Por eso, aquella mañana en la que, a pesar del viento, el sol brillaba radiante, Daniel abrió los ojos y pensó: «Vaya, una mañana gris».

Las mañanas grises ya eran bastante grises en su piso de Madrid, donde tenía agua caliente y calefacción garantizadas, incluso cobertura y wifi sin tener que subirse a la loma más alta o apretujarse entre el limpiacristales y el amoníaco, pero ahora se le hacían mucho más duras. Incluso la ventaja de aquella casa respecto al piso, que era que al menos allí no tenía compañeros ni nadie a quien evitar por los pasillos cuando iba a desayunar, resultó no ser tal: en la soledad de la Torre —como había empezado a llamar a la casa—, sus propios pensamientos se oían mucho más alto.

Seguía sin tener calefacción, y con octubre ya casi acabando, le hacía más falta que nunca.

Prácticamente se arrastró fuera de la cama y, tiritando, empezó con la rutina de cada mañana.

Lo primero, lo primerísimo, era llevar el calefactor hasta el cuarto de baño.

«Bendito Nico», agradeció cuando lo enchufó allí para no pelarse de frío mientras se duchaba.

Bueno, ducharse por decir algo. Llevaba dos meses en Villalcerro y aún no había conseguido hablar con el alcalde, que parecía pasar más tiempo fuera del pueblo que en él, y siempre que le veía le daba largas diciendo que estaba muy ocupado, así que Daniel había tenido que recurrir al ingenio y a calentar agua por su cuenta. Mientras el cuarto de baño se templaba, pasó a la cocina y puso a hervir agua en la olla grande. Tardaría un rato aún, así que subió a encender la radio. Ya le había cogido el truco al aparato, y tras manipular un poco la antena, la música emergió de entre el ruido blanco y llenó un poco el espacio. Acompañado por ella, Daniel sacó la ropa que llevaría aquel día —tenía que pasar por El rincón de la anjana a comprarse más jerséis, pues parecía que su estancia allí iba para largo— e hizo la cama. Normalmente abría un poco para ventilar, pero en mañanas grises como aquella lo último que le hacía falta era encima pasar frío.

Cuando bajó de nuevo, el agua todavía no había hervido.

Se dejó caer en una de las sillas de la cocina y miró al techo con un suspiro.

«Tengo que comprar mi propio calefactor», pensó. No podía seguir usando el de Nico porque, ¿y si lo necesitaba, pero no se lo había dicho por cortesía? ¿Y si estaba esperando a que Daniel se lo devolviese? ¿Y si…?

Sacudió la cabeza, y sus pensamientos saltaron de Nico y el calefactor al caso.

¿Estaría haciendo bien? ¿Le odiaría ya todo el pueblo o solo medio? ¿Y si se había equivocado y estaba haciendo el imbécil y malgastando los recursos de la agencia? En cualquier momento podría llamarle Patricia para decirle que no se molestase en volver a la oficina. No sabía qué haría si le despedían, no había trabajado en otro sitio desde que había salido de la carrera, y preferiría morirse de hambre antes que pedirle dinero a su madre.

Su madre, que no llamaba desde hacía meses. Dios sabía en dónde andaría, la última postal llegó desde Bangladesh, y la mujer no parecía tener prisa por volver de su vuelta al mundo.

Ah, pero no tenía cobertura en aquel lugar del demonio. ¿Y si Patricia le estaba llamando en aquel preciso instante? ¿Y si algo malo le había pasado a su madre y las autoridades responsables de hacérselo saber no podían contactarle? ¿Y si su piso de Madrid se había hundido y él estaba a kilómetros de allí sin enterarse de nada?

Dejó escapar un gruñido prolongado y metió la cabeza entre las rodillas. Le temblaban las manos cuando se llevó los dedos índice y medio al cuello para comprobar que, efectivamente, se le había acelerado el pulso. Cerró los ojos e inspiró hondo. El aire salió tembloroso, y tembloroso volvió a entrar. Daniel repitió el proceso un par de veces, contando mentalmente los segundos hasta que se sintió mejor. Bien no, hacía mucho tiempo que no se sentía bien, pero al menos todos aquellos pensamientos habían quedado relegados a un segundo plano.

«Vaya día», pensó, agotado. «Y aún no son ni las ocho».

El crepitar del agua hirviendo al salirse de la olla y caer sobre el fuego le sacó de sus pensamientos.

Maldiciendo entre dientes, fue a apagar el fogón, pero las mañanas grises siempre le dejaban la mente estúpida, lenta y poco

observadora; tan pronto como cerró los dedos en torno a la ruedecita, el agua que se vertía le cayó encima como una cascada.

Esa vez la maldición fue en voz alta, seguida de otra serie de improperios y blasfemias que habrían hecho palidecer al mismísimo capitán Haddock.

«Vaya día», volvió a pensar mientras metía la mano bajo el chorro de agua fría.

Y aún no eran ni las ocho.

Al oírle salir, Nico levantó la cabeza con una sonrisa que se transformó en un gesto de preocupación cuando le vio la mano envuelta en un trapo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, alarmado.

Daniel reprimió una mueca. Además de ser torpe, tenía que explicarle a todo el que preguntase que lo era. No tenía ganas de bromas ni comentarios, y menos aquella mañana gris en la que ni siquiera se había podido duchar para estar presentable.

—No es nada —contestó, y tendría que haberlo dejado ahí, pero su maldito sentido del humor (si es que se le podía llamar así) ya había decidido que era su turno de salir a escena—. He jugado con fuego y me he quemado.

—¿¿Con fuego?? —exclamó Nico, y antes de que Daniel pudiese darse cuenta ya le había cogido por la muñeca y examinaba el rudimentario vendaje.

—No…, con fuego no…. —murmuró, sintiéndose todavía más imbécil—. Me ha caído encima agua hirviendo. Pero, de verdad —insistió—, no es nada.

Nico le miró como si estuviese hablando en otro idioma.

—Nos vamos directos a Urgencias —dijo, y le abrió la puerta del copiloto.

—Pero si no es nada —protestó el detective.

—¿Tienes ampolla?

—Sí, pero…

—Entonces a Urgencias.

Daniel se hundió en el asiento del copiloto con un suspiro y apoyó la cabeza en el cristal, como un adolescente enfurruñado. No pudo mantenerse así mucho rato porque la carretera llena de baches le hacía rebotar la frente, pero el aire de «me llevan en contra de mi voluntad» se mantuvo.

Dios, cómo odiaba parecer un niño.

Por suerte, si Nico se dio cuenta de su estado de ánimo, no dijo nada. En lugar de eso, preguntó:

—¿Cómo ha sido?

Explicaciones, explicaciones. ¿Era mucho pedir que, ya que se lo estaba llevando al hospital por una tontería, le dejase morirse de vergüenza en silencio?

—Estaba hirviendo agua y al ir a apagar el fuego me ha caído un poco encima —respondió, y consideró un triunfo absoluto el no haber mascullado las palabras.

—Qué mala suerte —comentó Nico—. Con lo que duelen las quemaduras…

Daniel gruñó un «ya ves» desganado y volvió a mirar por la ventana con el ceño fruncido; le latía la quemadura debajo del trapo, y el calor le subía por la muñeca en pequeños impulsos. Tal vez sí fuese una buena idea ir al médico, pero ¿por qué tenía que ser ese mismo día, esa mañana gris en la que hubiese preferido quedarse hiperventilando bajo las sábanas?

El viaje se le hizo eterno y, para cuando llegaron a Urgencias, el dolor era casi insoportable.

No tardó ni quince minutos en salir de la consulta, pero allí seguía Nico, sentado en la sala de espera hojeando una revista. Arqueó las cejas cuando le vio salir, y Daniel agitó la hojita con la prescripción médica.

—Paracetamol y mucha agua —concluyó—. Y pomada para las quemaduras. Te dije que no era nada.

—Bueno, pero ¿y si llega a serlo? —rebatió el hombre, aunque ya no tenía el tono preocupado de antes—. Se te podría haber infectado.

—Y la infección se podría haber transformado en gangrena y se me podría haber caído la mano —ironizó Daniel, pero su voz también

había perdido parte de la aridez—. Y como soy un inútil, no habría podido adaptarme a vivir sin mano y habría muerto de hambre.

Nico se echó a reír.

—¿Ves? Te he salvado la vida. —Echaron a andar hacia la salida y, justo antes de salir por la puerta, el hombro de Nico chocó ligeramente con el suyo—. Por cierto, yo no creo que seas inútil, con o sin mano. —Y después, en voz un poco más baja pero no menos clara, añadió—: Desde luego, seguirías estando igual de guapo.

Daniel se detuvo de golpe, y al girarse hacia él y ver aquellos dos ojos azules mirándole con una sonrisa, el corazón le hizo algo extraño en el pecho. Decidió achacarlo al puño cerrado que sentía tras las costillas desde aquella mañana, y el repentino calor en las mejillas a la calefacción del centro de salud, que estaba muy alta.

Nico salió el primero y le sujetó la puerta con una reverencia burlona.

—¿A la una en la puerta del catastro? —preguntó—. Y luego te invito a comer por haber sido tan valiente.

—¿Primero no me quieres cobrar y ahora me quieres invitar? —Menos mal que el humor no le abandonaba del todo—. No vas a llegar a fin de mes.

—¿Con lo poco que comes? No lo creo.

Se despidieron allí; Nico se montó en el taxi y Daniel cruzó la calle.

En lugar de entrar directamente al edificio del ayuntamiento, recorrió la calle hasta la biblioteca pública de Carabajillo y se instaló en una mesa con su ordenador, junto a un opositor que lucía unas ojeras hasta los pies. El Internet iba lento, pero no más lento que el de la Torre, y desde allí le envió un largo correo electrónico a Patricia con toda la nueva información que había recabado, pidiéndole además que consiguiese los permisos para averiguar el contacto de los cinco compañeros de Unai Santesteban.

No fue hasta un poco más tarde, mientras comprobaba el nombre del ginecólogo de Beatriz en la página web del hospital, cuando se dio cuenta de que, a pesar de todo, en su mañana gris había salido el sol.

Capítulo 7

SU VISIÓN SE BASA EN EL MOVIMIENTO



La finca de los Francisco era una de las más grandes del pueblo, pero también la que albergaba a más gente. Según le venía contando Nico por el camino, Ramón Francisco era el único de la familia que había nacido en Villalcerro, y había tenido que hacer la mili en Barcelona. De allí se había traído a su mujer, Ada, y a su hijo —que se llamaba Jaume, no Jaime—, cuando este solo era un bebé. A su vez, Jaume consiguió una beca para estudiar Arquitectura en París, y allí conoció a Adriana, una artista con la que se casó apenas obtuvo el título, y ambos volvieron a Villalcerro cuando Jaume consiguió un trabajo en Carabajillo. Tenían dos hijos adoptados, Raquel y Sergio.

Según los archivos que le había mandado Patricia, Ramón había trabajado con el padre del señor Cobo, y Jaume fue el arquitecto encargado de diseñar su casa. Había, además, una demanda por impago en la comisaría y una denuncia dirigida a Raquel.

Y por eso estaban allí, aparcando frente a la verja.

—Son gente muy maja —estaba diciendo Nico en aquel momento —. Raquel es un amor de niña, no hagas ni puñetero caso a lo que te haya dicho Maricarmen.

No había telefonillo en la cerca, pero sí una cámara apuntando a la entrada. Nico la obvió, metió una mano entre los barrotes y descorrió el cerrojo. Daniel le observó con una ceja levantada.

—Seguridad puntera, por lo que veo —bromeó.

—La cámara está encendida de verdad. —Nico saludó al aparato y cerró la verja tras de sí—. Por lo visto, se enciende con el movimiento, pero lo que más capta son gorriones y conejos. Un día grabaron a un zorro.

—Pero eso no impide que entre la gente.

—¿Y quién va a entrar a robarles aquí? —preguntó el hombre abriendo los brazos—. Nos conocemos todos, si les desaparece algo y te ven los hocicos en las grabaciones, ya saben a dónde ir a buscarte.

Apenas habían echado a andar hacia la casa cuando Daniel se detuvo de golpe; en el porche de la casa, tumbados en el rayito de sol que emergía entre las nubes, había dos perrazos enormes.

—Ay, no —murmuró. Nico se giró con una ceja levantada, así que no tuvo más remedio que añadir—: No me gustan los perros.

El hombre dirigió la vista hacia la casa, miró a las dos bestias pardas que dormitaban al sol y de nuevo a Daniel.

—¿Moni y Chandler? Son buenísimos, ya verás…

Y silbó.

Los dos perros levantaron la cabeza al unísono. Uno de ellos, el que tenía las orejas picudas, las orientó levemente en su dirección.

Nico volvió a silbar y Daniel le aferró el brazo antes de que hubiese una tercera llamada.

—Nico, no.

Los perros se levantaron, primero el de orejas picudas, después el más peludo.

—No hacen nada, ya verás —dijo el hombre, y se adelantó un poco para ir a su encuentro. La mano de Daniel como una garra, se mantuvo en su brazo.

—Que no me gustan los perros.

—Son muy buenos, ya verás…

—Nico, por favor, no, que no vengan.

Pero ya se dirigían hacia ellos, enormes, peludos y con las bocas llenas de dientes abiertas. Nico les recibió como si fuesen dos cachorrillos, pero ellos estaban más interesados en el nuevo. La bestia de orejas picudas pasó de largo y se encaminó hacia el detective. Antes de que pudiese darse cuenta, el animal le había puesto las patas delanteras sobre el pecho —con lo que era casi tan alto como él— y estiraba el hocico hacia su cara. Una voz surgida de lo más profundo de su filmoteca mental dijo: «Quédese totalmente quieto. Su visión se basa en el movimiento».

—¡Moni, no seas bruta! —exclamó Nico, y apartó al animal por el collar.

A la porra la sabiduría del doctor Alan Grant. En cuanto se vio libre, Daniel dio media vuelta y echó a correr, sin atreverse a mirar atrás. Orejas Picudas le seguía, y Nico lo llamaba a voces, pero no se detuvo hasta que la reja de la entrada se interpuso entre la bestia y él. Después, ignorando los ladridos del perro y la voz del hombre, dio la vuelta al coche y se sentó en el suelo junto a la rueda, respirando pesadamente. La mano con la que se cubría la cara temblaba, y tenía la otra con la palma abierta contra el pecho, como si quisiese cerciorarse de que no se le iba a escapar el corazón. No solo le temblaban las manos, todo él temblaba y notaba el triste desayuno en la base de la garganta, pugnando por subir.

—¿Dani?

La verja chirrió al abrirse y de nuevo al cerrarse. Oyó chistar a Nico, presumiblemente a los perros que ladraban al otro lado de la valla, y luego pasos sobre la tierra.

—Dani —repitió el hombre, y Daniel alzó la cabeza tan deprisa que se hizo daño en el cuello.

—Daniel —replicó, cortante, y el hombre se detuvo en seco—. Me llamo Daniel, no Dani. Y te dije que me daban miedo. Lo creas o no, no era una petición para una sesión de terapia de choque.

Se le ocurrían otras muchas cosas que podría decir, pero eligió respirar hondo, retener el aire unos segundos y soltarlo de nuevo, despacio.

Nico le miraba, compungido.

—Lo siento muchísimo. —No se había acercado ni un paso más—. No creí que fuese tanto, normalmente… —Sacudió la cabeza y levantó ambas manos con las palmas hacia delante—. Bueno, da lo mismo lo que creyera; siento haberlos llamado y siento haberte hecho pasar por eso.

El pánico remitió y solo quedó la vergüenza; era un adulto, por el amor de Dios, ¿por qué había echado a correr?

—Da igual —dijo y movió la mano, que no había dejado de temblar, en el aire—. Es que no me lo esperaba, no me he podido preparar… Da igual, en serio.

—No da igual —replicó Nico con voz suave, y se sentó a su lado. Daniel alzó una ceja, pero no dijo nada—. Si te dan miedo, te dan miedo. No tendría que haberte presionado.

Se quedaron los dos en silencio unos minutos, hasta que Nico sugirió:

—Si paso yo primero y no dejo que se te acerquen, ¿podrías entrar? —Daniel asintió—. Entonces voy yo delante y los entretengo para que te dejen en paz. —Se levantó, se sacudió los pantalones y le tendió una mano—. Son muy cotillas y van a querer saludarte, pero te garantizo que no te van a hacer nada. ¿De acuerdo?

Daniel ya había oído eso otras veces; y la pálida cicatriz de su pantorrilla izquierda corroboraba que no siempre era verdad. Sin embargo, se fiaba de Nico, no sabía muy bien por qué.

El corto camino desde la verja hasta la casa le pareció toda una odisea o, más bien, una ridícula procesión en la que Nico caminaba primero, con el perrazo al que había llamado Moni bien sujeto del collar, y el otro a su lado, girándose de cuando en cuando para ver si Daniel les seguía. Y lo hacía, solo que a una distancia prudencial.

En cuanto Nico llamó al timbre, salió un niño de unos siete años y sujetó al otro animal cuando se lo pidió.

—¿Podemos pasar, Sergio? —El niño miró a Daniel con gesto dubitativo, y Nico se apresuró a aclarar—: Es el detective, el del caso de Cibrián.

—Mis padres no han hecho nada —dijo el niño rápidamente. Después, tras pensárselo un momento, añadió—: Y mis abuelos

tampoco.

—Tranquilo, solo vengo a hablar con ellos. —Daniel empezaba a estar cansado de repetir en cada casa lo mismo. Ya que no tenía ni que presentarse porque su identidad había alcanzado cada rincón del pueblo, el hecho de que no tenía licencia para detener o acusar a nadie también podría haber hecho lo mismo, ¿no?—. ¿Podemos pasar?

Sergio se encogió de hombros y se agachó para pasar los brazos alrededor del cuello del perro de las orejas caídas, que ahora que lo miraba bien, parecía bastante más viejo que el otro.

—¿Quién es, Sergio? —exclamó una voz desde el interior, y cuando entraron, una mujer de pelo corto y casi blanco bajaba por las escaleras, envuelta en una bata completamente llena de manchas de pintura de todos los colores. Al verlos, se detuvo un momento a medio bajar y luego reanudó su camino con más energía —. ¡Nico! ¡Qué sorpresa! Y tú eres…

—Daniel Minaya —anunció antes de que volviesen a robarle la oportunidad de presentarse—. Imagino que ya lo sabe, estoy aquí a petición de la familia de Cibrián Cobo. Me gustaría hacerles unas preguntas a Ramón, a Jaume y a Raquel.

La mujer, que había asentido con cada cosa que había dicho, se quedó paralizada cuando dijo aquello último.

—¿A Raquel? —Había un tono de alarma en su voz que Daniel se apresuró a apuntar mentalmente—. ¿Qué pasa con Raquel?

—Solo son unas preguntas rutinarias —intentó tranquilizarla el detective—. Por supuesto, con sus tutores legales presentes. ¿Es usted…?

—Mi hija no tiene nada que decir. —Vaya, se había puesto a la defensiva—. Fue un malentendido y se solucionó prácticamente ese mismo día.

—Comprendo… —murmuró Daniel, y se rascó la barba que ya empezaba a crecerle demasiado sobre las mejillas—. De todas formas, querría hablar con ella, si fuese posible. Estoy intentando hacerme a la idea de quién era el señor Cobo en el pueblo, las relaciones que tenía…

Adriana volvió a asentir, pero esa vez mucho más despacio y con el ceño fruncido.

—Pase por aquí —dijo finalmente, y luego se volvió a Nico, pero este señaló el exterior con el pulgar.

—No, tranquila, yo me quedo fuera jugando con los perros. ¿Te vienes, Sergio?

Estaba intentando quitarse de en medio para que Daniel pudiese hacer su trabajo, y se lo agradeció enormemente.

—He quedado —soltó el niño, y la madre desvió un momento su atención de Daniel.

—¿Con quién y dónde?

—Con Jorge, en el parque —respondió el niño, y cerró de un portazo antes de que su madre pudiese contestar.

La mujer resopló, y después se volvió hacia Daniel de nuevo.

—Por aquí.

Ramón Francisco resultó ser un hombre de unos setenta años, alto como una torre y con unas manazas que inspiraban respeto. Parecía un tipo tranquilo y sereno, pero, por si acaso, Daniel se sentó más cerca de su hijo Jaume que, si bien también era muy alto, no había alcanzado a su padre y tenía muchísimo menos aspecto de poder mandar a alguien a Japón de una bofetada. Adriana se sentaba junto a su hija, una muchacha de piel oscura y no más de dieciséis años, con la espalda recta y el ceño ligeramente fruncido, alerta.

—¿De qué conocían ustedes a Cibrián Cobo? —empezó.

—Trabajé para él —respondió Ramón—. Apareció un buen día, compró tierras y empezó sus oposiciones a cacique. Era un cobarde, un cretino y un idiota. A mí nunca me dijo una palabra más alta que la otra, y en cuanto me veía aparecer se volvía suave como un guante, pero me consta que a muchos de mis compañeros solo les pagaba si venía yo por delante. Por eso, cuando contrató a mi hijo para construirse ese casoplón pretencioso, supimos que no íbamos a tener problemas para que pagase, más que nada porque ya me

encargué yo de ir a hacerle una visitilla después de que firmase los papeles. Todo un caballero, sí señor.

—Entiendo… Y, antes de su muerte, ¿hacía cuanto que no lo veía?

—Mire, Daniel… ¿Le importa si le tuteo? —Cuando el detective dio su consentimiento, Ramón continuó—: Como ya habrás podido comprobar, este es un pueblo muy pequeño. No hay muchos espacios comunes e, inevitablemente, cada vez que vas al bar o a la tienda, o al parque, o te das siquiera un paseo, te encuentras a todo el mundo, quieras o no. Algunos no llevamos la cuenta.

Daniel asintió y garabateó un par de datos en su libreta antes de hacerle las mismas preguntas a Jaume.

—Yo diseñé su casa; esa era la única relación que teníamos. Nos intentó racanear unos cientos de euros después de habernos pedido materiales carísimos, pero se resolvió enseguida. La casa lleva años construida y, por mucho que se nos quejase cada vez que nos veía por la calle, no tenía motivos para ello, así que no le dimos más importancia.

—Pero tuvisteis un altercado a principios de verano, ¿no es así?

—Eso fue distinto —empezó Jaume, todavía con tranquilidad, pero Raquel ya se había puesto tensa o, bueno, más tensa todavía.

Daniel se giró hacia ella entonces y la chica lo miró como si fuese a condenarla a la silla eléctrica de un momento a otro.

—¿Qué pasó el siete de junio, Raquel? —le preguntó y, aunque intentó no sonar acusador, supo, por la cara de la muchacha, que no lo había conseguido.

La muchacha parecía a punto de echarse a llorar, tanto que su madre le cogió la mano y se la apretó. Daniel sintió el impulso de retirar la pregunta, pero, por desgracia, era su trabajo. Así que esperó pacientemente hasta que Raquel empezó a decir, con voz temblorosa:

—Cibrián me denunció por allanamiento de morada. —Se detuvo, sin duda esperando que el detective siguiese preguntando, pero este se limitó a asentir y seguir esperando. Dándose cuenta de que no podía hacer otra cosa, Raquel continuó hablando—: No… no era verdad, se lo inventó todo. Dijo que Lau… Laura y yo nos habíamos colado en su casa para robarle, pero no era verdad.

«Laura… Laura… ¿La hija del señor Navarro?».

—¿Cómo supo que estabais en su propiedad? —preguntó Daniel.

—Di… dijo que nos había visto por las cámaras.

—¿Y qué dirías que vio? —Raquel volvió la cara hacia su madre, y Daniel se apresuró a añadir—: Quiero saber tu versión de los hechos, no la de alguien más. Me será útil.

Raquel asintió, y su madre volvió a apretarle la mano.

—Estábamos paseando a Moni y a Chandler, y Moni se escapó. La valla de la casa de Cibrián es muy baja, y Moni la saltó y se metió dentro. Laura y yo saltamos detrás para perseguirla, y en cuanto la sujetamos volvimos a salir.

—A la mañana siguiente teníamos a la Policía en la puerta —apuntó Adriana—. Vete tú a saber qué les contó, pero como no faltaba nada en la casa ni en la finca, la denuncia no pasó a mayores. De todas formas, hicimos que Raquel fuese a pedirle disculpas, para limar asperezas, ¿y sabe usted lo que le dijo ese cabrón? —Apretó con más fuerza la mano de Raquel—. Porque seguro que eso no figura en sus papelitos, ¿verdad? Que ese hijo de puta llamó «macaco» a mi hija y otras cosas que no voy ni a repetir, y que Raquel se marchó de allí llorando. Eso no viene en sus papelitos, ¿a que no?

Raquel se giró un poco hacia su madre y le murmuró algo al oído que sonó como un «tranquila, mamá», y Jaume se levantó para ponerle las manos en los hombros a su mujer.

—¿Denunciaron ustedes esa agresión verbal?

—¡Por supuesto que lo hicimos! Aún seguimos esperando resultados.

Ah, de modo que esa era la denuncia en trámites… Daniel lo apuntó todo en su libreta, rodeó la palabra «cámara» y volvió a levantar la vista.

—Una pregunta más. —Odió la forma en la que se encogió Raquel, pero era necesario hacerla—. ¿Dónde estaban ustedes el día de la muerte del señor Cobo?

Resultó que tanto Ramón como Jaume se habían quedado en casa. Al parecer, Beatriz y Unai habían pasado por allí a media tarde para dejarles a Jorge y a Lutxi antes de irse a Santander, y después,

hacia las ocho, Borja había llegado para llevar a Raquel y a Laura a Carabajillo, a una fiesta de pijamas.

—Cuando Raquel se fue, activé la alarma de la casa —explicó Ramón. De modo que sí había algo de seguridad— y la volví a quitar en torno a las dos de la madrugada, cuando Laura y Raquel me llamaron para entrar.

—El padre de una amiga nos trajo de vuelta a casa —dijo rápidamente Raquel—. Laura no se encontraba bien y quisimos volvernos.

Daniel apuntó toda aquella información y cerró la libreta.

—Bien —concluyó—. Siento mucho todas las molestias. Ahora solo me queda pedirles que, si recuerdan algo, cualquier cosa, acerca del difunto, me lo comuniquen lo antes posible.

—¿Va a interrogar a Laura? —dijo entonces Raquel.

Daniel parpadeó, despacio.

—Probablemente sí.

—Oh… —murmuró, y bajó un poco la cabeza, pero no añadió nada más.

Jaume le acompañó a la puerta y Raquel se perdió escaleras arriba tan pronto como Daniel dijo que se marchaba. Cuando salió, los dos perros ni le miraron, echados como estaban al sol. Ahora que los veía de cerca, y sobre todo no encima de él, eran hasta bonitos.

Nico se despidió de la familia, y ambos volvieron al taxi.

—De nuevo perdóname por no avisarte de que tenían perros —dijo Nico según arrancaron.

—Que no pasa nada, de verdad.

—Es que a mí me encantan —se excusó, aunque no hacía ninguna falta; había que estar ciego para no verlo.

—¿Tú tienes?

—Tuve, tuve. Lo trajo mi padre pocos meses después de morir mi madre. El mejor amigo que se puede pedir.

Daniel resopló con una media sonrisa sarcástica.

—Pero cómo va a ser tu amigo, si es un perro…

—Pues Todd lo era —replicó Nico—. Todavía tengo su chapa guardada, solo te digo eso. Lo bueno de los perros es que nunca te

juzgan, solo te quieren. Y eso a veces es lo que más necesita un adolescente.

—Pues a mí me mordió uno —se atrevió a decir Daniel—. Su dueño lo llevaba suelto por el parque y el bicho era una fiera. Yo era muy pequeño, al verlo venir, mi madre me levantó en brazos y el perro me enganchó de la pantorrilla.

Nico le escuchaba horrorizado.

—¿Y el dueño no hizo nada?

—Sí, gritarnos desde lejos que no pasaba nada, que no mordía. Después trató a mi madre de loca porque al parecer lo que yo tenía era mucho cuento y no cinco años y una pernera del pantalón llena de sangre.

Nico bufó.

—Qué imbécil.

Daniel gruñó su asentimiento.

—¿A dónde ahora? —le preguntó el taxista al cabo de un rato—. ¿Tienes algo más que hacer o te puedo invitar a algo en La séptima plaga?

En realidad, sí que tenía que hacer cosas: seguir revisando las autorizaciones y permisos que tenía que llevar al catastro, a ver cuál le faltaba, poner en orden las coartadas que ya tenía, planificar los interrogatorios que le quedaban, empezar a rellenar las solicitudes para revisar las cámaras de la finca del señor Cobo y la de los Francisco… Pero en ese momento no le apetecía demasiado, así que aceptó la invitación de buena gana.

—Oye, por curiosidad, ¿de dónde viene el nombre? —preguntó Daniel cuando estaban ambos sentados a una mesa, Nico con un quinto y él con una Fanta.

—El bueno de Ismael lo abrió con la idea de que uno de los platos especiales fuese langosta —le explicó—. Pensaba traerla desde Carabajillo, pero está carísima, así que solo la hace por encargo y en días muy especiales. Como una de las diez plagas de Egipto era una nube de langostas…, pues decidió hacer la broma.

—Pero las langostas son la octava, no la séptima.

—Ya, pero le sonaba mejor.

Aquella noche, Daniel apuntó *cámaras de las fincas* en su lista de cosas por hacer.

Si, al igual que los Francisco, el señor Cobo tenía vigilancia alrededor de sus tierras —cosa que era muy probable, si el difunto había sido tan celoso de su propiedad como decían—, las grabaciones de seguridad podrían ser una buena manera de confirmar algunas coartadas.

Capítulo 8

DÍAS NEGROS



—Alguien debería buscar al culpable de que se inventase la burocracia y clavarle en una pica en mitad de la Puerta del Sol.

—Buenos días, Patricia, yo también estoy bien, muchas gracias.

—Mira, Daniel, que no estoy para bromas —bufó la mujer desde el otro lado del teléfono—. Los del laboratorio forense me siguen dando largas. Dime que tú has tenido más suerte en el catastro.

—No. Es la quinta vez que voy y siempre me falta algún papel. En realidad, quería pedirte…

—¡¿Pero qué papel?! —gritó su jefa desde el otro lado—. ¡¿Qué puto papel te falta, Daniel?! ¡Porque yo ya no sé qué más enviarles!

El detective se alejó el móvil de la oreja y dirigió una mirada de disculpa a la mujer que se había sentado a su lado en el banco del paseo marítimo, y también a sus dos hijos, que en ese momento ahogaban risitas con las manos apretadas contra la boca. «¡Ha dicho "pu…" y lo que sigue!».

Cuando dejaron de llegarle gritos y maldiciones desde el otro lado de la línea, Daniel se atrevió a volver a acercar la oreja.

—… por no hablar de lo que nos va a costar tenerte allí en Navidades —siguió hablando, gracias a Dios, en un tono de voz un poco más normal—, pero gracias a tu maldita corazonada, la familia ya no suelta la locura de que se lo han cargado.

—Ya te dije que…

—¡Y encima el catastro cierra más horas en Navidades! —siguió bufando la mujer, sin dejarle hablar—. Y los del laboratorio forense dicen que no encuentran el archivo, y seguro que también cierran los festivos, con lo que todo se nos va a complicar muchísimo más. Estoy harta, ¿me oyes?

—Ya, pero yo no…

—¡Harta! Te dimos el trabajo porque era algo fácil que nadie podría hacer mal, ¡ni siquiera tú! Deberías agradecérnoslo, últimamente no dabas ni una en los casos, y en lugar de eso ¡ni siquiera me coges el teléfono!

Y con aquello, Daniel perdió los estribos.

—Escúchame, Patricia. —Cuando la mujer no dio señales de haberle oído, gritó—: ¡Que te calles dos segundos, joder! —Aquello funcionó. Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Daniel inspiró hondo y continuó hablando—: Me habéis mandado a un pueblo en mitad de la nada, sin comunicación directa, sin facilidades de acceso, sin ni siquiera un puto centro médico —la madre junto a él se levantó con gesto indignado y se llevó a los niños, que llegados a ese punto se reían abiertamente. Daniel les ignoró—, a buscar una puta hoja de propiedad que debería haber estado registrada hacía años. Aquí no hay nada. Por no haber no hay ni ratas. Por no ser, no es ni feo. Cada vez que alguien utiliza un enchufe de más se saltan los plomos de medio pueblo, y la cobertura solo me llega o en medio de la plaza o metido en el armario de la limpieza. ¿Cómo quieres que te coja el teléfono? Llevo meses aquí, peleándome con la burocracia y con la gente, exactamente igual que tú. Me han perseguido perros, he sufrido quemaduras, he cogido ya más catarros en la mierda de casa que me buscaste que si me hubiese ido desnudo al Polo Norte… ¿Para que ahora vengas y me reproches que no estoy haciendo nada? —Se detuvo a tomar aliento, porque sentía que se ahogaba, y sintió un inmenso alivio cuando al otro lado del teléfono

Patricia permaneció callada—. «Los casos se pueden complicar, las cosas no siempre son lo que parecen». ¿No es eso lo que me llevas diciendo desde que entré a trabajar aquí? Yo solo estoy haciendo mi trabajo, joder, igual que tú haces el tuyo. Así que te agradecería que no me trates como si fuese un puto crío porque sé perfectamente lo que hago. Y que sea la última vez que me gritas así.

Silencio al otro lado del auricular. Silencio profundo, sepulcral. La clase de silencio que, en lugar de resultar un alivio, mantiene la tensión hasta casi ahogar al que espera.

Pero ¿qué había hecho? ¿Cómo se le ocurría gritarle así a su jefa? ¿Acaso se había vuelto loco? ¿Y si lo echaban por eso, qué? De pronto sintió que se ahogaba. Cerró los ojos con fuerza y se esforzó por respirar de forma calmada, al menos hasta que acabase la llamada. Después, pasase lo que pasase, ya podría meter la cabeza entre las rodillas y tener su ataque de ansiedad en paz.

La voz de Patricia volvió a sonar, por fortuna, antes de que le diese tiempo a abrir cinco agujeros en la pernera de su pantalón, de tan fuerte como se estaba clavando los dedos en el muslo.

—Creo que nos hemos puesto nerviosos los dos —dijo ella. Ni una disculpa, ni una palabra amable, pero a esas alturas Daniel se conformaba con que las siguientes palabras no fuesen «estás despedido»—. Voy a seguir dándole vueltas al asunto del forense, ¿de acuerdo? Y tú sigue con el catastro. Me voy a coger unas vacaciones del veintidós de diciembre al ocho de enero, así que, si no conseguimos algo antes, hablaremos a la vuelta. —Hubo una breve pausa en la que Daniel tuvo que morderse muy fuerte el labio de abajo para no echarse a llorar—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —musitó y, antes de que pudiese añadir nada más, Patricia ya le había colgado.

Ni siquiera había podido comentarle lo de las cámaras de las fincas.

Las ganas de lanzar el móvil por encima del muro hacia la playa eran muy fuertes, pero se obligó a quedarse sentado en el banco, con el aparato apretado entre las manos y la cabeza gacha, parpadeando con rapidez.

Qué idiota. Qué idiota era. Podría haber mantenido la calma y haber hablado las cosas con tranquilidad, y en lugar de eso saltaba a la mínima. ¿Qué clase de adulto funcional hace eso?

Nico apareció pocos minutos después con sándwiches de pavo y unas latas de Fanta, pero Daniel apenas comió. Cuando el hombre le preguntó si se encontraba bien, mintió como un bellaco y le dijo que tenía el estómago revuelto.

Por primera vez desde que se conocían, no dijeron ni una palabra hasta que llegaron frente a la Torre. Daniel le pagó el viaje y, por una vez, Nico no rechistó.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó—. Si necesitas algo, lo que sea…

—Te llamaré. —Daniel meneó una mano y esbozó una media sonrisa que se le convirtió en una mueca apenas empezó a dibujársele en la cara—. No te preocupes.

Nico no parecía muy convencido. Dio un paso hacia el coche y se volvió de nuevo.

—¿Cuándo quieres que te baje otra vez a Carabajillo?

—No lo sé —replicó Daniel, seco. Enseguida sacudió la cabeza y trató de compensarlo con una voz algo más amable—: Yo te aviso, ¿vale? Ve con cuidado.

Se dio la vuelta para subir por las escaleras. Cuando llegó arriba, Nico todavía estaba esperando junto al taxi. Le saludó con la mano, volvió a intentar sin éxito sonreír, y se metió en la casa.

Apoyado contra la madera de la puerta, todavía contó treinta segundos antes de oír el motor del coche arrancar y alejarse.

Pasó la tarde intentando respirar, hecho un ovillo en el viejo sofá, en una postura similar al día que había llegado. Se fue a dormir sin apenas cenar nada y, por la mañana, al abrir los ojos, se sintió aún peor.

No era una de sus mañanas grises. No tenía la mente bloqueada por la ansiedad, sino que una desgana le crecía en el centro del pecho, justo bajo el esternón, sobrepasando a la presión de cada día.

No era miedo a escenarios plausibles ni absurdos, no era ansiedad ante lo conocido o lo desconocido. Era desgana. Desidia. Una falta total y absoluta de fuerzas y de ganas de moverse.

¿Para qué?

Esa era la pregunta: ¿para qué?

Podría cerrar los ojos y quedarse allí, debajo de las mantas, sin que le importase absolutamente nada en el mundo. Sentía que se ahogaba, pero una parte muy grande de su mente se había resignado a su suerte y no mandaba orden alguna, así que permaneció tumbado, hecho un ovillo, con los ojos abiertos pero desenfocados y los dedos aferrados a la almohada. Todo le pesaba: el cuerpo, las mantas, las horas, el pasado, el presente y aquel agujero negro inmenso que veía donde una vez hubo futuro.

Hinchar el pecho era un esfuerzo hercúleo, así que, ¿cómo iba a levantarse?

Exhalar le dolía como un puñal clavado entre las costillas, ¿cómo iba siquiera a plantearse mover un dedo?

Tenía la mente llena de niebla, una niebla densa, oscura, pesada, y esta se filtraba al resto de su cuerpo como una infección, hasta que incluso el pequeño rayo de sol que se colaba por un agujero en los postigos le pareció insignificante y carente de todo sentido.

En algún lugar bajo la niebla, su cuerpo intentaba recordarle que se le había dormido el brazo de tenerlo quieto bajo la almohada, que no comía casi desde el desayuno del día anterior, que en algún momento tendría que levantarse para ir al baño y calentar agua para la ducha, porque el pelo se le pegaba a la frente, grasiento y sucio.

Pero ¿para qué? Nada merecía la pena. Nada importaba, todo era pasajero, todos iban a morir, todo iba a desaparecer. Y entonces la niebla se hacía más densa mientras le susurraba al oído: «Eres joven aún. Te faltan años de vida antes de que todo esto se acabe, y los verás a todos irse antes que tú».

No existía el tiempo cuando estaba así. Cada minuto no era sino una extensión del anterior, un espacio eterno entre el tic y el tac de un reloj imaginario. Y la niebla no dejaba de susurrar y de pesarle tras los ojos, en el estómago, en los pulmones, en el corazón…

Se dio cuenta de pronto, por la almohada húmeda bajo su mejilla y por el rastro tibio que se le deslizaba desde la mandíbula y bajaba por el cuello, de que llevaba un rato llorando en silencio. Sorbió por la nariz y hundió un poco más la cara en la almohada, hasta que la necesidad de respirar le hizo volver a su postura anterior.

No era la primera vez que le pasaba eso. Aquellos episodios estaban lo bastante distanciados en el tiempo como para que se hubiese forzado a olvidarlos, achacándolo al estrés, a la tristeza, al *burnout* que según su psicóloga estaba sufriendo.

«No puedo seguir así», pensó. Pero fue un pensamiento distante, difuso, que para cuando se encontrase mejor ya habría desaparecido. Si es que alguna vez iba a encontrarse mejor, pues la niebla lo borraba todo, incluso la certeza de que también eso era pasajero.

Cuando por fin consiguió reunir las fuerzas para levantarse de la cama y arrastrarse hasta el baño, ni siquiera supo qué hora era. Tenía la boca seca, así que bebió directamente del grifo. Al levantar la cabeza, su reflejo le devolvió la mirada desde unos ojos enrojecidos y un rostro demacrado, pero apenas le hizo caso.

Iba a volver a meterse en la cama cuando llamaron a la puerta.

Todo lo deprisa que se lo permitió la niebla, que no era mucho, volvió a entrar al baño para lavarse la cara, subió a ponerse una sudadera encima de la camiseta del pijama y bajó las escaleras apoyándose pesadamente en la barandilla.

La llamada se repitió un poco más fuerte, y Daniel logró sacar de algún rincón de su garganta un poco de voz con la que decir:

—Ya va.

Cuando vio a Nico esperando en el umbral, las manos en los bolsillos del anorak y los hombros a la altura de las orejas, su primera reacción fue cerrarle la puerta en las narices antes de que pudiese ver el aspecto que tenía.

No fue lo bastante rápido; Nico abrió mucho los ojos y se le congeló la sonrisa.

—Dios santo, Dani, ¿estás bien?

El pesado vacío de su pecho se convirtió entonces en el corazón de una forja, y el hierro fundido se extendió desde allí a todo su

cuerpo, apremiándole a huir, a esconderse, a fingir una sonrisa, a soltar una broma.

Pero, al mismo tiempo, la niebla seguía ahí, y Daniel solo pudo decir:

—No es un buen momento, Nico.

Algo debía de haber escrito en su cara, porque Nico insistió:

—Pero ¿ha pasado algo?

—No, no te preocupes.

—Porque puedo ayudar, si quieres.

—De verdad, no hace falta.

No tenía ánimos para eso. No tenía ánimos para nada, menos aún para convencer a Nico de que se marchase y le dejase a solas con su miseria. Solamente el hecho de estar de pie le estaba drenando la poca energía que le quedaba, ¿cómo iba siquiera a sacar de la nada una buena cara de póker?

Nico abrió la boca para seguir insistiendo, y la cerró casi inmediatamente. Daniel notó cómo su mirada iba desde sus pies descalzos a su pelo revuelto, pasando por el faldón de la camiseta que le asomaba por debajo de la sudadera, por la mano que apretaba la madera de la puerta como si se fuese a caer y por las bolsas bajo los ojos.

—Si me dices que estás bien —dijo, con voz calmada pero firme—, me voy y te dejo tranquilo, te lo prometo.

Ahí estaba, la salida. Daniel casi se echó a llorar del alivio; solo tenía que erguirse un poco, mantener la cara inexpresiva un poco más de tiempo y mentir. Era una tarea fácil, no era nada que no hubiese tenido que hacer antes. Se aferró con más fuerza a la puerta, inspiró hondo y…

Ni siquiera llegó a abrir la boca. En su lugar, sacudió la cabeza, parpadeó con fuerza un par de veces y se retiró de la puerta para dejarse caer en el sofá con la cabeza entre las rodillas. El hierro fundido se había solidificado y le pesaba en los miembros como… eso, como hierro. Tampoco se le ocurrían mejores metáforas.

Al principio solo oyó silencio. Después, el murmullo de la puerta al desplazarse sobre la madera y el clic del resbalón al encajar en la jamba. Después, pasos, acercándose despacio hasta quedar justo

frente a él, el leve crujir de la mesita de madera y el frufrú de la tela al rozar contra sí misma.

—¿Dani? —La voz de Nico sonó cercana.

Estaba seguro de que, si abría los ojos, vería las botas desgastadas del hombre frente a sus pies descalzos.

—¿Puedes mirarme un momento? —volvió a decir Nico, y Daniel sacudió la cabeza—. De acuerdo, no pasa nada. ¿Puedo tocarte?

Nueva negativa. No había cabida para ningún pensamiento racional en aquel momento; hasta el más mínimo sonido le resultaba ensordecedor. La luz, a pesar de tener los ojos cerrados, era demasiada y sabía que el más mínimo toque ajeno a sí mismo iba a resultar abrumador.

Pero oyó de nuevo el rozar de la tela, y de pronto la idea de quedarse solo, de que Nico decidiera marcharse, fue todavía más insoportable. Extendió la mano a ciegas y se aferró a lo primero que pilló; una rodilla, a juzgar por el tacto.

—Tranquilo —dijo el hombre, y el frufrú se repitió, la rodilla moviéndose bajo su mano, cambiando de posición—. No me voy a ninguna parte. Tranquilo.

No supo cuánto tiempo pasó así, doblado sobre sí mismo con los ojos cerrados y la mano extendida. Nico, fiel a su palabra, no se movió de donde estaba.

Poco a poco, muy poco a poco, el hierro volvió a fundirse con sus venas y regresó al punto de detrás del pecho. La forja se enfrió y, aunque seguía teniendo la mente llena de niebla, al menos ya no sentía cada sonido como si fuese una bomba.

Le dolía la espalda, así que, despacio, se incorporó. Nico estaba frente a él con una sonrisa, sentado en la mesita de madera con las manos en el regazo y la pierna a cuya rodilla se había aferrado un poco adelantada.

—Bienvenido de vuelta —bromeó, pero lo hizo con voz suave, todo en su actitud transmitiendo la más absoluta tranquilidad—. ¿Cómo estás?

—Mejor —musitó Daniel con un hilo de voz. Carraspeó e inspiró hondo un par de veces y, por fin, soltó la rodilla de Nico—. Siento que hayas tenido que ver esto.

—No pasa nada —respondió el hombre, negando con la cabeza—. Lo importante es que estés bien. O mejor, al menos.

Sonrió otra vez, y Daniel se preguntó cómo no se había fijado nunca en que, al hacerlo, se le formaban un montón de líneas en el rabillo de los ojos, acentuando la sonrisa.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —preguntó Nico.

Daniel asintió, todavía sin fiarse demasiado de su propia voz. Despacio, Nico se levantó y fue hacia la cocina. Momentos más tarde, volvía con un vaso que Daniel vació como si llevase semanas en el desierto. Su estómago rugió al recibir por fin algo y que fuese de tan poco alimento.

—Perdona —volvió a disculparse.

—No pasa nada —repitió Nico—. Va a ser una pregunta estúpida, pero ¿tienes hambre?

Daniel asintió.

—¿Qué hora es?

—Las doce y cuarto.

—Supongo que puedo esperar a la hora de comer…

—*Nah*, te preparo algo en un segundo. —La jovialidad había vuelto a la voz de Nico, pero sorprendentemente el tono seguía siendo suave. Daniel, que aún sentía que el más mínimo sonido podía hacerle estallar la cabeza, se lo agradeció enormemente—. ¿Qué te apetece?

«No tomar decisiones», pensó Daniel, pero no podía responder eso, no con las molestias que ya estaba causando. Poco a poco, su sentido de la vergüenza se despertaba, y el hombre empezaba a ser increíblemente consciente de que seguía en pijama, sin duchar y sin peinar. Lo malo es que su voluntad aún seguía aletargada, y solo de pensar en tener que ponerse a hervir agua le quitaba todas las ganas de moverse.

Nico había vuelto a la cocina con el vaso —¿cuándo se lo había cogido de las manos?— y trasteaba por los armarios.

—¿Por qué no te das una ducha mientras te preparo algo? —dijo por encima del hombro—. Si quieres, claro. Seguro que te sientes mucho mejor después.

Vaya, ahora ya no podía quedarse sentado en el sofá. Despacio, notando aún los miembros adormilados y entumecidos, Daniel fue hasta la cocina y abrió uno de los armarios bajos para buscar la olla. Cuando se incorporó de nuevo, Nico le estaba mirando con gesto de extrañeza.

—¿Qué haces?

—Calentar agua —aclaró. De pronto, cayó en que Nico no sabía todas las cosas que iban mal en la casa, y que nunca se las había comentado para no ser un estorbo—. Oh. Es verdad. El agua caliente no funciona.

—¿Desde cuándo?

Daniel hizo una mueca y evitó su mirada antes de contestar para el cuello de su camiseta:

—Desde que llegué.

—¿Y cómo no me lo habías dicho? —exclamó Nico, y al ver la expresión de incomodidad de Daniel, volvió a bajar la voz—: Perdona. ¿Me dejas que le eche un vistazo al calentador?

Daniel hizo un gesto amplio con la mano en la dirección del aparato y siguió al hombre hasta él, con la olla todavía en la mano.

Nico se agachó junto al calentador y examinó con detenimiento la bombona de butano, las tuberías, la boquilla y todas esas partes que Daniel no tenía ni puñetera idea de cómo se llamaban. Se sintió como un idiota, allí parado frente a un aparato más viejo que Carracuca, esperando a que el hombre obrase un milagro en él.

Y lo obró, de alguna manera. Fue explicando paso por paso todo lo que iba haciendo, las piezas que examinaba y cada pequeña parte que aflojaba o apretaba, pero Daniel, que seguía teniendo la mente completamente adormecida, no entendió ni un cuarto. Algo de la presión, probablemente.

Media hora más tarde, cuando el agua acumulada se calentó, Daniel entró en la ducha y salió sintiéndose no como nuevo, pero sí un poco menos apaleado. Si había llorado al sentir el agua caliente sobre la cabeza, eso no tenía por qué saberlo nadie.

Nico le estaba esperando en la cocina con dos cuencos de sopa de fideos y una *pizza*.

—Ya sé que no es mucho —se justificó—, pero es que tampoco tenías nada con lo que hacer una comida decente.

Daniel tendría que haberle dicho que era más que suficiente, que no recordaba el tiempo que hacía que alguien se había preocupado por él de esa manera, y que le estaba profundamente agradecido, pero el agua caliente había obrado su magia, y de pronto se encontraba muy cansado, como si hubiese estado horas levantando el peso del mundo sobre los hombros.

A decir verdad, tampoco andaba muy desencaminado.

Cuando terminaron de comer, Nico recogió la mesa y fregó los platos mientras Daniel lo miraba desde su silla, como si todo aquello no fuese con él.

El resto del día pasó lento, como un caracol sobre la hierba; la niebla seguía ahí y, aunque era menos densa, Daniel todavía sentía que miraba el mundo a través de un cristal, como si se viese a sí mismo sentado en el sofá junto a Nico, envuelto en mantas y con su serie favorita reproduciéndose en el portátil. ¿En qué momento le había preguntado qué le apetecía ver? ¿Aquel hombre no tenía trabajo que hacer? ¿Por qué se quedaba?

¿Y en qué momento había apoyado la cabeza en el hombro de Nico?

Era todo tan irreal, tan extraño, que tal vez por eso decidió cerrar los ojos y rendirse al sopor que lo invadía.

Cuando volvió a abrirlos, ya no entraba luz por las ventanas y Nico había pasado un brazo por sus hombros. De lo a gusto que estaba le dieron ganas de volver a dormirse, pero entonces se dio cuenta de que el motivo de su despertar era que su amigo —ya podía llamarle amigo, ¿no? ¿O cómo se llama a alguien que te ha aguantado durante un ataque de ansiedad y aguantado tu presencia catatónica durante todo el día?— le estaba moviendo suavemente.

—Dani.

—¿Mmm?

—Ya es tarde. ¿Quieres que me quede?

—Nnn… —Se desperezó y le miró con los ojos casi cerrados—. No, no hace falta.

Bostezó, y notó el pecho de Nico temblar con su risa.

—De acuerdo, pero te vas a la cama directo, ¿vale?

Asintió y se levantó, todavía tan torpe sobre sus propias piernas que Nico le tuvo que sostener por los hombros.

—Muchas gracias por… —empezó, pero se le olvidó lo que quería decir, así que agitó la mano en el aire, tratando de hacerse entender.

—No las des —contestó Nico—. Anda, a dormir antes de que te caigas redondo al suelo —le ordenó con una sonrisa suave—. Mañana vendré a ver qué tal estás. Y no te preocupes: mañana hará sol, y la vida se ve mucho mejor cuando las nubes se van.

Daniel no llegó ni a oír marcharse el taxi de Nico; en cuanto este cerró al salir, subió las escaleras hasta el dormitorio y se arrebujó bajo las mantas.

No tardó ni medio segundo en quedarse profundamente dormido.

Capítulo 9

CAZAFANTASMAS



Cuando Daniel se despertó a la mañana siguiente, ya se encontraba mucho mejor. Aún se sentía cansado, resacoso, como si el día anterior hubiese asistido a una fiesta particularmente salvaje. El dolor del pecho se mantenía, pero al menos aquella niebla densa y pesada había abandonado su mente. Cuando abrió la ventana, todo era más bonito. Aunque el pueblo seguía siendo el mismo, con sus casitas desparramadas entre las lomas como si a un ser superior se le hubiese caído el cambio del monedero, parecía mejor. Las casas tenían más encanto, la hierba era más verde y los cencerros de las vacas sonaban con más alegría. Nico tenía razón: la vida se veía mejor cuando salía el sol.

Y hablando de Nico…

Recordaba el día anterior como si se tratase de una película que hubiese dormitado a la hora de la siesta; sabía cómo había empezado, pero cuando había abierto los ojos ya empezaba la siguiente y no recordaba bien el final.

Se ducho y ¡oh, sorpresa! Tenía agua caliente. Era verdad, Nico se la había arreglado, porque había ido a verle por la mañana. Y había presenciado su ataque de pánico y su estado catatónico posterior. Y no solo no había hecho ninguna pregunta incómoda, sino que le había preparado la comida y se había quedado todo el día con él, haciéndole compañía.

Si solo se conocían desde hacía unos meses, ¿quién hacía eso? No era el primer episodio que sufría, y todas las veces la gente de su entorno se había desentendido. No les culpaba, ¿quién iba a querer perder el tiempo intentando saber cómo ayudarle si muchas veces ni siquiera él lo sabía? Además, tampoco creía que fuesen a entenderlo. No lo entendía ni él, como para intentar explicárselo a otros.

Pero Nico se había quedado. No le había agobiado con preguntas, no le había reprochado el estar hecho un asco, no le había dicho que no entendía por qué estaba así si había gente mucho peor… Simplemente se había quedado, y en medio de la vergüenza que le estaba dando recordar las interacciones del día anterior, Daniel solo podía sentir gratitud.

Había dicho que volvería por la mañana a ver cómo se encontraba, ¿verdad? Ya estaba más dormido que despierto cuando el hombre se había ido, pero eso sí que lo recordaba a la perfección.

Ay, ¿y si al verle mejor le empezaba a hacer preguntas?

«Pues se las contestaré como una persona adulta y funcional», pensó, más resuelto de lo que se sentía en realidad. «Se lo merece».

Llamaron a la puerta justo cuando estaba terminando de fregar los cacharros del desayuno. Fue a abrir inmediatamente, pero en lugar de al hombre y su viejo taxi, se encontró con una bicicleta al pie de las escaleras y un niño con un chubasquero azul marino y las botas llenas de barro sobre su felpudo.

—Es usted detective, ¿verdad? —soltó, ni corto ni perezoso, y le tendió una hucha de lata de Bob Esponja que tintineó con el movimiento—. Tengo un trabajo para usted.

Daniel tardó un rato en reaccionar.

—Tú eras el hijo de Unai, ¿no? —le preguntó—. ¿Saben tus padres que estás aquí?

El niño se encogió de hombros. Daniel lo miró un instante más y se apartó de la puerta para dejarle entrar.

—A ver —dijo, señalándole el sofá—, Javier, ¿verdad?

—¡Jorge!

—Perdona, Jorge. Cuéntame.

El niño tenía alrededor de diez años, el pelo exactamente igual que su madre y la nariz de su padre. Se sentó en el sofá con la hucha en la mano y se quedó mirándolo, como si esperase algo.

En diez años que llevaba en la profesión, aquello no le había pasado nunca.

—Bueno… —empezó—. ¿Qué te pasa?

—¿No va a sacar una libreta para apuntar? —preguntó el niño con el ceño fruncido.

—Claro —asintió, y se tanteó los bolsillos antes de caer en la cuenta de que todas sus cosas debían de estar arriba—. Espera aquí un segundo, enseguida estoy contigo.

Subió y bajó en un santiamén, y se sentó en la butaca, libreta en mano.

—Ahora sí. Cuéntame.

Jorge volvió a mirarle de arriba abajo. ¿Por qué los críos tenían la extraordinaria habilidad de hacer sentir a los adultos que no estaban haciendo bien su trabajo?

—La casa al lado del parque está encantada —murmuró con ese susurro de los niños que se oye mejor que un grito.

Daniel le miró un momento, tratando de distinguir si le estaba tomando el pelo, pero el niño le pareció demasiado pequeño y preocupado como para acudir a un perfecto desconocido por una broma.

—Encantada —repitió, despacio.

En ningún manual de ninguna de las asignaturas de la carrera venía cómo reaccionar en esos casos.

—Sí —asintió Jorge—. Papá no me cree, pero nosotros sabemos que sí hay.

—¿Nosotros?

—Sergio y yo.

¿Ese no era el niño de los Francisco?

—¿Y qué habéis visto?

El niño empezó a enumerar, levantando un dedo por cada cosa:

—Se oyen ruidos, se mueven las cortinas, la puerta a veces está abierta y a veces cerrada…

Daniel lo anotó todo, tomándoselo tan en serio como si fuese un cliente normal. Aunque sus clientes normales nunca fuesen a buscarle a casa con una huchita y una historia de fantasmas.

—… y ayer se nos coló la pelota y esta mañana estaba fuera, al lado de la portería —acabó el niño.

—¿No ha podido ser otra persona la que haya entrado a por ella?

—No, ha sido el fantasma.

—¿Y qué quieres que haga con él?

—No lo sé. —Jorge se encogió de hombros—. Usted es el detective, ¿no?

Le dieron ganas de contestar, divertido, que efectivamente él era detective, no cazafantasmas o amigo de *Scooby Doo*, pero se tragó la respuesta y la sonrisa.

—De acuerdo, pasaré a echar un vistazo —concluyó, cerrando la libreta.

—¿Cuánto le debo? —preguntó entonces Jorge. Sin esperar respuesta, abrió la tapa de la hucha y la volcó sobre la mesa.

Las monedas rebotaron en la madera y algunas rodaron debajo del sillón y de las sillas. Soltando un «jopé», Jorge se agachó para recuperarlas. Daniel hizo lo propio y puso las monedas que encontró sobre la mesa.

—Nada, no me debes nada —le dijo, y el niño dejó de amontonar monedas en torrecitas para mirarle de nuevo con el ceño fruncido y la nariz arrugada—. Primero tengo que ver si de verdad hay un fantasma —inventó Daniel sobre la marcha—. Si lo hay, te hago un presupuesto y vuelvo otro día a sacarlo de allí. —Le tendió una mano—. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamó Jorge, y se la estrechó con energía.

Daniel se quedó un rato en la puerta viendo al niño desaparecer por el camino dejando surcos en el barro con la bici. Miró al cielo, donde las pocas nubes que había seguían siendo blancas, y después

hacia la pequeña ermita del cementerio, que parecía ahora mucho más bonita bajo la luz del sol.

La casa destacaba entre las demás como un tigre de Bengala entre gatos callejeros. No era muy grande, pero tenía el porte de una mansión. Según le dijo Nico, llevaba varias décadas abandonada.

—Cuando éramos pequeños solíamos retarnos a entrar —le contó —. Teníamos que sacar algo que probase que lo habíamos hecho, lo que fuera: cucharillas, relojes… Yo un día llegué a casa con una figurilla de esas de porcelana, un dálmata. Mi padre me dio un buen tirón de orejas y me obligó a devolverla. Me dijo que, si había sido lo bastante valiente como para entrar y robarle a los muertos, también lo era para volver y dejarla donde estaba. Pasé el doble de miedo; no dejaba de imaginarme que el anterior dueño volvía del más allá a vengarse de mí.

—¿Y sigue intacta? —se sorprendió Daniel—. ¿No la han vendido ni demolido?

Nico se encogió de hombros.

—Para derribarla tendrían que venir a revisar que de verdad es un peligro público —explicó—, y vete tú a Carabajillo a convencer al alcalde de que los cuatro gatos que vivimos aquí importamos algo.

—Hombre, sois votantes…

—Te garantizo que, comparados con los treinta mil que viven allí abajo, nosotros no importamos para nada. Estamos acostumbrados a que nadie nos haga mucho caso.

—Entonces, ¿a quién le pedimos las llaves para entrar?

—No nos hacen falta llaves. —Nico sonrió con picardía. Pasó de largo de la reja de entrada, cerrada con un candado, y caminó paralelo al muro hasta que encontró un hueco camuflado entre las zarzas. Al otro lado, un caminito formado de tanto pisar llevaba directamente hasta la parte trasera de la casa—. Me alegra saber que las tradiciones se mantienen.

Una ventana rota se abría al interior de una cocina polvorienta. Con cuidado de no cortarse, Nico metió el brazo por el agujero y

abrió. Después, unió los dedos de ambas manos y se colocó junto a la pared.

—¿Subes?

Daniel se agarró al marco, puso un pie en las manos entrelazadas de Nico, y con su ayuda se impulsó hasta que pudo pasar la otra pierna al interior. Se encontró sentado en una encimera y se desplazó hacia delante hasta que pudo bajar los pies al suelo. Se sacudió los pantalones, pero no habría hecho falta; a pesar de que todos los muebles tenían al menos dos dedos de polvo, el trozo de encimera que había bajo la ventana estaba limpísimo, señal clara de que su culo no era el primero en arrastrar toda la suciedad a su paso. En el suelo pasaba algo similar; las huellas de varios zapatos iban y venían en una confusión de pisadas, algunas más antiguas, otras más recientes.

Se asomó por la ventana para tenderle una mano a Nico, pero este ya había apoyado el pie en un hueco de la pared y entraba con facilidad. Una vez estuvieron los dos en el interior, cerraron la ventana y salieron de aquella habitación al pasillo.

Con ayuda del móvil, Daniel encontró el interruptor y lo accionó arriba y abajo un par de veces, pero, como cabía esperar, la luz no funcionaba.

Nico le dio un toquecito en el brazo.

—¿Vamos cuarto por cuarto?

—Ya sabes que no hay fantasmas, ¿verdad? —le dijo Daniel.

—Bueno, nunca se sabe —bromeó Nico, y abrió la primera puerta —. ¡Mira! Aquí está mi amigo.

Señalaba el típico salón de película americana de los años veinte, con sillones estampados y cientos de adornos repartidos de tal forma que podías entrar seguro de que te cargarías alguno antes de volver a salir. Sobre una mesa estaba el que señalaba Nico, una figurita de un dálmata sentado, con la cabeza inclinada y las orejitas caídas.

—Justo donde lo dejé —se rio Nico, y le dio un toquecito en la cabeza con la yema de los dedos. Dejó una huella limpia en la capa de polvo.

El siguiente cuarto era un pequeño aseo lleno de manchas de moho, y el de enfrente, un armario que todavía estaba lleno de sábanas, manteles y trapos.

Nico examinó también los armarios de la entrada y cada rincón de la planta baja.

—No son fantasmas, pero nunca se sabe —comentó—. Podría ser un pobre vagabundo o algo así. Y, mira, hay que comprobarlo, no sea que…

Seguía hablando y hablando, y Daniel no dejaba de sentir que solo estaba haciendo tiempo antes de abordar la inevitable conversación. Se estaba poniendo muy nervioso de esperar a que fuera Nico quien preguntase, así que, en el momento en el que hubo una pausa, Daniel respiró hondo y decidió armarse de valor.

—Oye, quería pedirte perdón —empezó—, por el espectáculo de ayer.

Nico le miró con el ceño fruncido.

—No me tienes que pedir perdón por eso, Dani.

—Daniel —corrigió el detective, pero Nico le ignoró.

—Ni fue culpa tuya ni me supuso ninguna molestia.

—Pero no me conoces de nada —insistió Daniel—. Y no creo que fuese la forma en la que pensabas pasar el día.

Nico se encogió de hombros y abrió una puerta para asomarse a la siguiente habitación, que era un cuarto de baño con una bañera cuyas patas acababan en garras de león.

—No tenía nada planeado, la verdad. El día anterior te vi rarísimo y, como me dijiste que estabas mal de la tripa, pensé que podía pasar a ver cómo te encontrabas. Me alegro de haberlo hecho, la verdad. —Se giró, y Daniel se encontró de cara con aquellos ojazos azules mientras Nico terminaba de decir—. Así que no te disculpes más, ¿vale?

Y después, tuvo el valor de seguir andando, como si no acabase de desmontarle todas las protestas y autocríticas con una sola mirada. Daniel tuvo que dar un par de zancadas para alcanzarle, y las aprovechó para poner de nuevo en orden todas las cosas que había planeado decir.

—Pero tendrás preguntas…

—¡Anda, pues ahora que lo dices, sí que tengo! —exclamó Nico—. ¿Te encuentras bien ahora?

—Sí —respondió automáticamente. Después se arrepintió y titubeó—. Bueno, más o menos. Mejor que ayer, sí.

—Bien, pues eso es todo.

—¿Ya está?

—Ya está.

Probablemente fue la sorpresa lo que impidió que sus habituales filtros y mecanismos de defensa ahogasen el siguiente comentario:

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Y, para su sorpresa, Nico se ruborizó.

—*Nah*. —Se metió las manos en los bolsillos y subió los hombros hasta el cuello mientras miraba primero al suelo, luego a la pared que había justo detrás de Daniel—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Te garantizo que no.

—Bueno —farfulló el hombre—. Entonces me alegro todavía más de haber ido a tu casa a preguntar. Si alguna vez te vuelve a pasar y necesitas algo, lo que sea, llámame, ¿de acuerdo?

Daniel sonrió, repentinamente muy interesado en las tablas del suelo. Nico lo miró un segundo y se acercó un poco.

—Prométeme una cosa… —empezó a decir, pero en ese momento sonó un ruido en la planta de arriba y ambos se separaron con un sobresalto.

Al instante, Daniel se puso el dedo en los labios para indicar silencio y empezó a subir, muy despacio, las escaleras.

Los sonidos seguían, y a medida que subía se dio cuenta de que eran risitas y susurros, y que venían de la habitación más alejada de la escalera. Se detuvo justo en la puerta, planteándose abrir de golpe y sorprender a quien quiera que estuviese dentro, pero entonces…

Sacudió la cabeza y llamó. Desde dentro se oyó un grito, algo caer y romperse y luego silencio.

Bingo.

A su lado, Nico sacudió la cabeza y llamó también:

—Chicas, no se puede estar aquí.

Se oyeron varios susurros y a los pocos segundos la puerta se abrió, descubriendo a Laura y Raquel, rojas como dos tomates.

—Esta casa cualquier día se cae y os pilla dentro —las regañó Nico, pero había más comprensión en su tono que verdadero enfado —. Hale, ¡para fuera!

Laura no dijo nada, solo bajó la cabeza al suelo. Raquel se deshizo en disculpas y súplicas de que no se lo dijesen a nadie.

—Que si se entera su padre… —concluyó, y su mano buscó la de Laura. Su amiga levantó la cabeza para clavar la mirada en Nico.

El hombre se la sostuvo un segundo y luego sacudió la cabeza.

—Bueno, pero ya me debéis dos —aceptó—. Y me tenéis que prometer que no vais a entrar más aquí, que, además de poneros en peligro, estáis asustando a los niños. ¡Tu hermano cree que sois fantasmas! —añadió, girándose hacia Raquel.

La muchacha puso los ojos en blanco, pero no protestó.

Los cuatro salieron de la casa por donde habían entrado, por supuesto, las dos adolescentes con muchísima más agilidad que los adultos. Ambas volvieron a darles las gracias y luego Laura tomó a Raquel de la mano y se metieron en el pequeño bosquecillo que empezaba tras la casa.

Los otros dos se quedaron en silencio.

—¿Dos? —preguntó Daniel cuando las muchachas desaparecieron de la vista.

—No es la primera vez que las encubro. Es que Borja no lo sabe —aclaró, y Daniel supo al instante a qué se refería—, y Laura tiene miedo de cómo vaya a reaccionar.

La situación le era tan familiar que Daniel solo pudo asentir con gravedad.

—Bueno —concluyó, cambiando de tema—, supongo que tendré que ir a decirle a Jorge que ya no hay fantasmas de los que preocuparse.

—Yo debería acercarme también —dijo Nico—. Si quieres que te ahorre el paseo, se lo digo yo.

—Muchísimas gracias. —Sonrió Daniel—. Y… también por…

Incapaz de seguir, señaló vagamente hacia la casa. Por fortuna, Nico lo entendió perfectamente.

—Para eso estamos.

No por primera vez, y empezaba a darse cuenta de que no sería la última, Daniel se encontró pensando en qué habría hecho él para merecer tantísima amabilidad.

Capítulo 10

FAMILIA



Diciembre llegó acompañado de un banco de niebla y de un técnico del Ayuntamiento de Carabajillo que apareció una mañana, plantó un árbol metálico en mitad de la plaza y puso a disposición del señor Navarro un interruptor para que lo encendiera tras una elaborada cuenta atrás. Dos semanas después, Daniel se encontraba desayunando en La séptima plaga con los niños de San Ildefonso como música de ambiente:

—*Sesenta y tres mil seiscientooooooos setenta y cuaatrooooo…*

—*Miiiiiiiil eeeeeeeuroooooos…*

—*Doce mil setecientooooooos cuarenta y tres…*

—*Miiiiiiiil eeeeeeeuroooooos…*

Había varias personas pendientes del pequeño televisor tras la barra, incluido Ismael, que daba un ligero golpecito en la superficie de madera barnizada cada vez que alguno de los números premiados se parecía remotamente al suyo. Fuera, ya había ambiente de fiesta, incluso en un pueblo tan pequeño. Las luces

eran escasas, y los adornos tenían ya muchos años y se notaba, pero los pocos niños de Villalcerro andaban por las calles, aprovechando las primeras horas de las vacaciones.

El caso Cobo estaba parado desde hacía días; los del catastro habían cerrado por reformas y por festivos y volverían en enero; Patricia seguía peleándose con el laboratorio forense y no conseguía encontrar un hueco en la apretadísima agenda del señor Navarro para interrogar a la familia sobre el difunto. Los días anteriores había descartado a todos los trabajadores de la explotación —incluido Unai — menos a uno, que seguía en paradero desconocido. De momento, y para amortizar el salario que le estaban pagando, su jefa le había mandado un montón de archivos y testimonios de otros casos que no necesitaban Internet una vez descargados. Y allí estaba, clasificando pruebas, contrastando recibos de compras y coartadas, y desesperándose ante la perspectiva de pasar así todas las Navidades. Había decidido bastante pronto que no iba a volver a Madrid para las fiestas. Como su madre no estaba y no se llevaba demasiado bien con el resto de su familia, la opción que le quedaba era pasarlas solo o acoplarse a las cenas de sus compañeros de piso, que tampoco le caían tan bien como para querer irse con ellos a ningún sitio. Así que, ¿para qué gastar días de vacaciones?

Además, Nico le había invitado a cenar el día veinticuatro con su familia, y no sabía muy bien qué locura le había invadido, pero había dicho que sí.

Ahora solo le quedaba romperse la cabeza pensando qué podía llevar, si sería un estorbo y si la invitación había sido real o por puro compromiso.

Conociendo a Nico, llevase lo que llevase le parecería bien y repetiría una y otra vez que no era un estorbo, que se alegraba muchísimo de que estuviese ahí, y, por supuesto, soltaría alguno de esos súbitos piropos que siempre le dejaban descolocado, pero Daniel aún no conocía a su familia. Sabía que los sobrinos de los que tanto hablaba eran hijos de su hermana pequeña, que vivía en Carabajillo, pero no mucho más. ¿Y si no querían a un extraño comiendo con ellos? ¿Y si a los niños no les gustaban los cuadernos

de dibujo y las pinturas que les había comprado? ¿Y si la presencia del detective les incomodaba? ¿Y si…?

Faltaban dos días para la cena y no podía quitarse de la cabeza la idea de que iba a hacer el ridículo más espantoso.

Sacudió la cabeza y volvió a centrarse en el Excel que tenía abierto frente a sí, y en el medio sobao que aún no se había comido. El caso en el que estaba trabajando era la clásica sospecha de adulterio que se había encontrado más veces de las que le gustaría en los diez años que llevaba trabajando para la agencia. Un miembro de la pareja les contactaba con llantos y lamentos —o a veces con juramentos y maldiciones— y, a lo largo de los siguientes días, les iba enviando tiques, multas, recibos y toda clase de papeles que pudiesen destapar la infidelidad. Al final, pasadas no más de dos semanas, reunían la suficiente información, junto con fotos y vídeos comprometedores, para que el cliente pudiese enfrentarse a su pareja e iniciar los trámites para el divorcio.

Daniel estaba harto. Harto de aquel trabajo que había aceptado creyendo que así ayudaría a la gente y que había resultado ser rastrero y deprimente. Harto de su jefa, de los correos de la agencia, del maldito tono de móvil que se había puesto porque le encantaba aquella canción, pero que ahora odiaba cada vez que sonaba; harto del silencio en el grupo de amigos de WhatsApp, que parecía abocado a la extinción; harto de tener siempre esa maldita presión en el pecho que no le dejaba respirar, de querer romper a llorar cada dos por tres sin saber por qué, de mirar al futuro y ver un agujero negro. Harto de conocer gente maravillosa y saber, con la certeza que da la experiencia, que no iba a durar. Daniel no tenía muchos amigos, y los que aún le quedaban valían de poco en estas situaciones. Es más, a veces dudaba que realmente le quedase alguno. Tal vez, pensaba, la culpa fuese suya, por volcarse demasiado en su trabajo, por dejar de ir a las quedadas, por no ser nunca el primero en llamar, o en mandar un mensaje, un meme estúpido, lo que fuera. O tal vez la culpa fuese de sus supuestos amigos, que nunca le tomaban en serio, que siempre puenteaban sus opiniones y que le trataban como un comodín: muy válido para desahogarse, pero no para preguntarle sinceramente si se

encontraba bien, si le preocupaba algo, si necesitaba un hombro en el que llorar.

Y tal vez, decía una tercera voz, posiblemente la más sabia, no fuera culpa de nadie; tal vez las amistades se terminan acabando, tal vez los *Friends 4 Ever* los borrara el tiempo tanto de las tapas de las carpetas como de las memorias. Tal vez las fotos con muchas caras pegadas, sonriendo a cámara, acababan por convertirse en evidencia arqueológica de civilizaciones perdidas, de ciudades abandonadas. Tal vez lo único que quedaba ya eran promesas vacías de encontrar un hueco para quedar, «aunque solo sea un ratito», que se acabarían convirtiendo en un café cada cinco años, un funeral o, con suerte, alguna boda.

Y, después, el olvido.

—…VE MILSEISCIENTOOOOOOOOS CUARENTA Y UUUUNOOOOOOOO.

—CUATRO MILLONEEEEEEES DEEEEE EEEEEUUUUUROOOOOOOS.

En la tele, los dos niños gritaban el primer premio a pleno pulmón, y en el bar hubo un par de aplausos y algunas exclamaciones de «¡Ya ha salido!» y de «¡Qué pronto! ¿no?», pero ningún premiado.

—¡*Apa*, Daniel! ¿Ha habido suerte?

Unai, que acababa de entrar, se acercó a su apartada mesa para saludarle. Era como si supiera que ya había comprobado su coartada, porque de pronto era mucho más amable con él. Daniel tragó el pedazo de sobao que se acababa de meter en la boca y se levantó para estrecharle la mano.

—No, no compré lotería.

—Pues sí que sería una suerte si te llega a tocar. —Soltó una carcajada—. ¿Te quedas en el pueblo estas fiestas? —Daniel asintió —. ¡Bien! Pues pásate algún día por casa a tomar café. Jorge quedó tan contento con el trabajo que te encargó, que ahora quiere ser detective y perseguir fantasmas.

—Me parece que se va a llevar un chasco —comentó Daniel—. ¿Seguro que no preferiría ser cazafantasmas?

—Bah, déjale. —El pastor se encogió de hombros—. Tiene muchos años para desenmarañar su futuro. ¡Figúrate, que hace un mes

quería ser *arrantzale*[7], como su abuelo! Probablemente dentro de unos días quiera ser piloto, o bombero, o vete tú a saber qué.

—¿Y la pequeña?

—Lutxi quiere ser dragón, y parece que va bastante en serio.

Los dos se rieron.

—Bueno, te dejo que sigas a lo tuyo —le dijo palmeándole la espalda—. ¡Te esperamos cuando quieras!

Y se fue a pedirle a Ismael su café y su cruasán con mantequilla y mermelada.

Sí, ya había empezado a saberse lo que pedía cada uno en el bar. A Lario le gustaba el café «tan negro como el alma de Judas», y lo acompañaba con alguna pieza de bollería, la que hubiese aquel día. Luisa bajaba bien temprano, pero, cuando Daniel llegaba, a veces aún la sorprendía echándose un cigarrillo en la puerta. Borja pedía siempre un zumo y dos tostadas; Maricarmen, una manzanilla y una magdalena; y Nico, un café con leche y dos sobaos. En la mesa de la esquina siempre se sentaba Ramón con otros dos ancianos y pasaban las horas jugando a las cartas o al dominó hasta que llegaba la hora del carajillo. A veces, Yeray y Lario se unían a la partida, pero siempre «una cortita, que hay que levantar el país». Los compañeros de Unai solían juntar dos mesas en el centro, a la vista del reloj y de la televisión, y llenaban el ambiente de voces, chistes, anécdotas y blasfemias contra el gobierno, el precio de la luz, la última reforma laboral o el tiempo.

Por supuesto, todos se seguían girando cuando Daniel entraba —cuando entraba cualquiera, en realidad—, aunque hacía mucho que el hombre no veía una masa de ojos que le observaba atentamente, sino rostros familiares que le daban la bienvenida.

Iba a darle muchísima pena irse de allí en enero, cuando todo acabase.

La casita de Nico tenía una sola planta con una cochera algo apartada. La pared, pintada de verde, estaba totalmente cubierta de enredaderas, y había macetas en las que seguramente crecerían flores en primavera. El jardín tenía dos niveles: en el más cercano a

la casa había un columpio, y en el de abajo, el que conectaba con la cochera, una canasta de baloncesto y un pequeño huertecillo.

Daniel llegó poco antes de las ocho. Se había negado en redondo a que su amigo fuese a buscarle, por mucho que este se había empeñado. Nico había aceptado a regañadientes, pero con la condición de que le dejase llevarle de vuelta cuando acabase la velada. Ya se oía ruido en el interior: voces cantando, música y el sonido de cacharros. Parecía que, tal y como lo había planeado, llegaba justo para poner la mesa.

La pequeña ascua de ansiedad creció cuando estuvo frente a la puerta, pero la ahogó bajo las mil y una razones por las que no iba a estar de más aquella velada. Aún tuvo que respirar hondo un par de veces antes de llamar al timbre.

Las voces se callaron de golpe y, por encima de la música, se oyó un chillido:

—¡Ya está aquíííííí!

La puerta se abrió y Daniel tuvo que bajar la vista para clavarla en una niña rubia que llevaba un vestido rojo con *leggings* negros y un lazo enorme, casi deshecho, en la cabeza.

—¡Hola! —exclamó, y le tendió una mano sin soltar la puerta—. ¿Me permite su abrigo?

—¡Pero déjale entrar, Aroa!

Una mujer joven apareció tras la niña y Daniel supo enseguida que era la hermana de Nico. Ambos tenían los mismos ojos azules, pero se notaba que ella era más joven en la ausencia de arrugas, en las redondeces que aún tenía en la cara y en las hileras de *piercings* que le decoraban las orejas.

—Gabriela, encantada —dijo cuando hubo cerrado la puerta—. Nico nos ha hablado mucho de ti.

—Es todo mentira —fue lo primero que le salió decir, y de haber estado solo se habría dado un buen golpe en la frente por soltar semejante tontería.

Gabriela se rio y se volvió hacia la niña, que les observaba a los dos expectante.

—Ahora sí le puedes pedir su abrigo, Aroa.

A la niña se le iluminaron los ojos azules, igualitos que los de su madre y su tío, y volvió a extender el brazo.

—¿Me permite su abrigo, señor?

—Llámame Daniel —le dijo, y se liberó de su pesado anorak. La niña desapareció con él por una puerta que había al fondo.

—Pasa —le indicó Gabriela—. Nico está en la cocina peleándose con el pastel de carne.

La entrada se unía directamente con el salón, y el espacio de la cocina quedaba a un lado, en el recoveco que formaba otra habitación, seguramente un baño. A través de la puerta por la que había desaparecido Aroa se veía el pie de una cama con una colcha verde, pero no tuvo tiempo de ver nada más antes de que la niña saliese y cerrase la puerta.

El espacio principal estaba lleno de cosas: un sofá viejo pero muy bien cuidado, una televisión, un pequeño escritorio rodeado de montones de libros y de cajas con papeles… Indudablemente, habían apartado algunos muebles para sentar a cinco personas a la mesa, justo detrás del sofá, y tenía encima un mantel rojo y un centro hecho con velas y piñas, pero nada más. En el sofá se sentaba un niño pequeño, con la mirada prendida de la pantalla en la que una película navideña mostraba sus últimas escenas.

—¡Pero, Dani, llegas prontísimo! —Nico salió de detrás de la barra americana de la cocina con un delantal verde en el que unas cuantas ovejas pacían tranquilamente.

—Daniel —le corrigió automáticamente—. Sabía que, si no, no me ibas a dejar ayudar con nada.

—Ven, que te presento. —Nico rodeó con el brazo los hombros de Gabriela y la apretujó contra sí—. Esta es mi hermanita pequeña, la que se quedó toda la hermosura y el *aler*[8] de la familia.

—Él, en cambio, se llevó el estúpido sentido del humor —replicó la mujer poniendo los ojos en blanco—. Ya has visto a mi hija Aroa y… ¡Leo, ven a saludar! —El niño del sofá ni se inmutó—. ¡Leo!

—Déjamelo a mí —dijo la niña, y antes de que nadie pudiese impedírselo, saltó sobre el sofá, hizo bocina con las manos y chilló—: ¡¡LEEEEOOOOO!! ¡Ven a saludar, que ha llegado el amigo del tío Nicooooooooo!

El niño se sobresaltó y se giró hacia ellos con las dos manos cogidas frente al pecho. Al ver al extraño, se puso rojo como un tomate, cogió un almohadón y enterró la cara en él. Aroa comenzó inmediatamente a tironearle del jersey y a parlotearle al oído en voz baja, sin duda, intentando convencerle para que mostrase la cara. Gabriela, sin embargo, meneó la cabeza con una sonrisa y le disculpó:

—Es que es muy tímido, dale un momento… ¡Aroa, déjale tranquilo!

Inmediatamente, la niña le estampó un sonoro beso en la coronilla a su hermano y saltó de nuevo al suelo para colocarse frente a Daniel.

—¿Has traído regalos? —preguntó con ambas manos a la espalda.

—¡Aroa! —exclamaron su madre y su tío, escandalizados.

Daniel, en cambio, se echó a reír.

La cena fue tranquila, con un coro de villancicos sonando de fondo, bajito y suave, nada estridente. Nico había preparado un pastel de carne con cebolla caramelizada y una salsa riquísima, y también había pequeñas tostaditas, algunas con paté y mermelada y otras con una especie de revuelto de champiñones.

—¡Las hemos hecho Leo y yo! —le explicó Aroa, que se había empeñado en sentarse a su lado y no paraba de parlotearle al oído, como si todo fuese un enorme secreto—. Leo ha estornudado en una, pero se la ha comido mamá.

Enfrente de él, Gabriela se preocupaba de que el pequeño comiese bien y no se llenase el jersey de salsa. Nico se había sentado a la cabecera, entre sus sobrinos, en el lado más cercano a la cocina para poder levantarse a llevar y traer cosas.

—Ya me ha contado Nico que eres detective. ¿Cómo es? —preguntó Gabriela.

—Como todos los trabajos, supongo. —Daniel se rio, pero la mujer parecía interesada de verdad, así que se forzó a continuar—: La verdad es que es bastante más aburrido de como lo pintan en las

películas; hay un montón de papeleo por cada caso y la mayoría de ellos suelen ser de adulterio.

—¿Qué es adulterio? —preguntó Aroa, y Daniel se quedó cortado, sin saber si debía explicárselo o no.

—Es cuando, en una pareja, uno de los dos engaña al otro con otra persona —respondió Gabriela con naturalidad, y la niña asintió y siguió comiendo tranquilamente—. ¿Tienes algún caso de estos raros que no supieseis muy bien por dónde coger? Si lo puedes contar, claro…

—Creo que el más raro que he tenido nunca ha sido este —respondió Daniel—, pero no puedo hablar de ello de momento.

Gabriela levantó ambas manos con una sonrisa.

—No pregunto más, entonces.

—¿Y tú a qué te dedicas? —preguntó entonces Daniel.

Gabriela dudó antes de contestar. A Daniel no se le escapó la mirada de soslayo que le dirigió a Nico, ni el gesto de ánimo con que respondió su hermano.

—Trabajo en un supermercado. Ya sé que no es ninguna maravilla para alguien como tú —añadió rápidamente—, pero nos da de comer a los tres y paga mis estudios.

—Ah, ¿sigues estudiando?

Gabriela volvió a poner la misma cara de vergüenza de antes y Daniel quiso que se lo tragase la tierra.

—No es que siga, es que lo he retomado. Acabé a duras penas la ESO y decidí dejarlo ahí. Quique, mi ex —aclaró subiendo un poco las cejas—, me había conseguido poco antes un trabajo en la tienda de ropa donde trabajaba él y, en cuanto fui mayor de edad, dejé el instituto y me fui a vivir con él. A los dos años nació Aroa.

—¡Cumplo siete el veintinueve de enero! —gritó la niña con la boca llena de comida.

—¡Ah, entonces no te falta nada! —exclamó Daniel. Después, se volvió hacia Leo—: ¿Y tú cuántos años tienes, campeón?

Leo le miró, todo serio, y levantó tres dedos mientras intentaba taparse la cara con la misma mano con la que sujetaba el tenedor. Gabriela le frotó la espalda con cariño.

—¿Y qué estudias? Si se puede preguntar, claro.

—Fotografía —respondió la mujer, y esta vez sí que sonó completamente sincera y feliz—. Quiero poner un estudio en Carabajillo, ya tengo hasta pensado el local. Pero, claro, primero tuve que hacer el bachillerato y me he matriculado este curso en el grado, así que aún me quedan un par de años. —Se volvió a su hermano con una sonrisa pícara—. Lo que me recuerda que alguien se va a tener que quedar con los niños cuando tenga los exámenes a la vuelta de vacaciones.

—Cuando quieras —contestó Nico—. Los pongo a limpiar la cochera y punto, ¿verdad?

Los dos niños rieron, Aroa abiertamente y Leo todavía escondido tras el tenedor.

—¡Noooooooo!

El resto de la velada transcurrió de forma similar; Aroa se colaba sin permiso en la conversación de los adultos y estos se esforzaban porque la niña aprendiese que no es de buena educación interrumpir, pero sin dejarla excluida por su edad. Leo no pronunció una palabra; se limitó a ir pinchando metódicamente los pequeños trocitos de pastel de carne que le había cortado su madre y a llevárselos a la boca de forma pausada.

Por supuesto, Nico quiso negarse a que su invitado ayudase a recoger la mesa, pero Daniel esa vez no estaba solo: entre Gabriela y él dejaron la cocina y el salón como los chorros del oro, e incluso Aroa ayudó llevando los platos con cuidado de la mesa al fregadero. Mientras tanto Nico, con Leo en brazos, rezongaba:

—¿Pero tú te das cuenta? Se han unido contra mí. ¿Qué te parece?

Y el niño se reía tímidamente y se abrazaba a su cuello, enredándole los deditos en los rizos.

Después de la cena, vinieron los juegos. Colocaron todos los muebles en su sitio y se sentaron alrededor de la mesita de café. Aroa eligió el juego, por supuesto, e insistió en que su tío debía ponerse en un extremo del sofá, Daniel en el otro, y ella en medio. Leo trepó a un puf y Gabriela cogió un almohadón y se sentó en el suelo. Aroa, tras pensárselo un momento, declaró que aquel día le apetecía ganar, así que eligió a Daniel de pareja.

—Leo va con mamá y el tío Nico porque es muy pequeño —le explicó, y luego bajó un poco la voz para decirle al oído—: Y porque son muy malos y no pasa nada porque tengan una persona más.

Gabriela se hizo la ofendida y Nico se echó a reír a carcajadas.

Tras haber perdido todas las rondas del *Pictionary* por no ser capaz de identificar los garabatos de Aroa, y que la niña le riñese por hacer gestos raros en la mímica, Daniel tuvo que capitular y ceder la victoria al equipo de los hermanos Robledo.

—Bueno, no pasa nada —le consoló la niña, y la boca se le abrió entonces en un bostezo de hipopótamo. Leo ya hacía media hora que dormía en la habitación contigua—. A veces se gana y a veces se pierde. Pero para la próxima tienes que aprender a hacer mímica.

Daniel se lo prometió, intentando contener las ganas de echarse a reír.

—Venga —dijo entonces Nico—, a dormir, que va a venir el Esteru[9] y si te ve despierta no te va a dejar regalos. Dale las buenas noches a Dani…

—Danieeeeel…

—… que me lo llevo a su casa.

—¿Yaaaa? —protestó la niña en medio de un bostezo y, para su sorpresa, se le abrazó a las piernas—. ¿No se puede quedar a dormir?

—No tenéis espacio para todos —intervino Daniel con una sonrisa —. No pasa nada, Aroa, otro día nos vemos.

—¿Mañana? —insistió la niña—. ¿Nos vemos mañana?

—Aroa, cariño —interrumpió Gabriela con suavidad—. ¿Recuerdas que dijimos el otro día que no se puede poner en un compromiso a la gente?

La niña hizo un mohín y asintió, compungida. Después, pareció acordarse de algo y levantó de nuevo la cabeza:

—Pero a mi cumple vendrás, ¿verdad?

Gabriela fue a hablar de nuevo, pero Daniel se le adelantó:

—Si estoy aquí, iré encantado —prometió.

Y a lo mejor fueron imaginaciones suyas, pero le pareció que la sonrisa de Nico se hacía aún más amplia.

Minutos más tarde, el taxi llegaba a la puerta de la Torre.

Ninguno de los dos se bajó.

—Bueno —empezó Nico—. Espero que te lo hayas pasado bien.

—¿Bromeas? Ha sido la mejor cena de Nochebuena que recuerdo.

—Anda ya…

—¡Que lo digo en serio! —insistió Daniel—. Tus sobrinos son un amor, y tu hermana es encantadora. —Y después, tras una brevísima pausa, soltó—: Y ese jersey te queda genial, que lo sepas.

—¿Ah, sí? —Nico bajó la cabeza y se separó un poco la tela del cuerpo para mirarlo, como si no supiese que lo llevaba puesto—. Pues tiene de años…

Se rieron los dos, dos risas suaves, cansadas, tal vez algo expectantes. Nico puso ambas manos en el volante y tamborileó con los dedos durante un momento antes de girarse y decir:

—Sabes que estás más que invitado a comer mañana, ¿verdad?

Y Daniel, que estaba cansado, había apagado la conexión boca-cerebro, y venía de comer caliente y elaborado por primera vez desde hacía semanas —solo por esos motivos y por ninguno más, por supuesto—, respondió:

—Me encantaría.

Capítulo 11

¡CASI!



Al final, Daniel pasó la mayor parte de las tardes de aquellas Navidades en casa de Nico. No solo comió allí el día veinticinco, sino que, cuando terminaba de trabajar, se embutía en su anorak nuevo —el Esteru había dejado un paquete para él junto a los regalos de Aroa y Leo—, se calzaba las botas y se iba dando un paseo hasta la pequeña casita que cada vez le parecía más sacada de un cuento de esos bondadosos que siempre acaban bien y cuyos personajes querrías haber tenido como amigos para que te diesen un abrazo en los malos momentos.

Porque la primera palabra que se le ocurría a Daniel para describir a Nico era «bueno». El hombre era amable con todo el mundo, atento, compasivo, comprensivo, abierto, sincero, nunca tenía una mala respuesta, una mala palabra, una mala actitud. Se enfadaba, por supuesto que se enfadaba, como todo hijo de vecino, pero solía ser breve, pasajero, como un nubarrón a lomos de un vendaval. Aroa, que era un trasto, se había ganado bastantes de aquellos momentos, en los que Nico fruncía el ceño y sus ojos perdían por un

instante la suavidad que los caracterizaba. Pero incluso entonces, Nico no alzaba la voz ni hacía grandes aspavientos.

—¿Es que no ves que te podría haber caído la estantería encima? —la regañó el día que Daniel la pescó trepando por las baldas de metal que tenía colocadas en una pared de la cochera—. La próxima vez que quieras coger algo y no llegues, nos lo pides a Dani o a mí, ¿de acuerdo?

Y la niña, que se había echado a llorar de puro susto al oír el grito de alarma del detective, sorbió por la nariz y asintió, todavía compungida. Nico la abrazó, y la niña se apresuró a enterrar la cara en su hombro y a llenarle el jersey de mocos.

—Ya está, ya está… —la consoló—. Y ahora, ve a pedirle perdón a Dani, que menudo susto le has dado.

Aroa sorbió de nuevo, se pasó la manga bajo la nariz y dijo:

—Lo siento. —Y cuando Daniel le sonrió y le dijo que no pasaba nada, que se alegraba de que no se hubiese caído, dijo—: ¿Me puedes bajar esa caja de cartón? Es que vamos a construir una casa.

Daniel no tenía hermanos, y se llevaba demasiados años con sus primos, todos mayores que él, como para haber podido jugar con ellos, así que no tenía la menor idea de cómo se interactuaba con la pequeña bola de energía explosiva que era Aroa.

Con Leo era distinto. Toda la actividad que rebosaba Aroa contrastaba con la presencia calmada y silenciosa del pequeño, que apenas hablaba, y menos delante de extraños. Las primeras veces, cuando Daniel aparecía por la puerta, el pequeño corría a esconderse, pero poco a poco se fue acostumbrando a la presencia de aquel amigo de su tío. Le gustaba dibujar, pero no sabía aún hacer formas. Contemplaba los colores en su estuche con la misma atención que un superespía escrutaba una bomba para decidir qué cable cortar, y después los combinaba en el papel en forma de rayajos extraños y formas rocambolescas. Nico tenía una caja de hojas a sucio y recortes de papel entre el brazo del sofá y la pared, y de ahí sacaba Leo el material para sus obras maestras de arte abstracto. Daniel supo que ya formaba parte del selecto grupo de personas a las que el niño apreciaba cuando, en mitad de un episodio de la serie favorita de Aroa, Leo se levantó de su sitio en la

mesa de café, trepó al sofá y pasó por encima de su hermana para sentarse junto a Daniel y enseñarle su dibujo. Otra de las rarezas de Leo era que, si el papel estaba usado por una cara, no le daba la vuelta para dibujar en la parte en blanco, sino que integraba lo que fuese que estuviese impreso en su dibujo. Aquello era, por lo que parecía, unos apuntes acerca de la refracción de la luz, y el niño había rellenado de color los huecos entre las palabras que conectaban con los huecos de la línea inferior.

—¿Qué es esto, Leo? —le preguntó Daniel, intrigado de verdad.

—Un bosque —respondió el niño, bajito.

Y la verdad, sí que podrían ser chopos multicolores, o tal vez cipreses, alargados y ondulantes, que recorrían ininterrumpidamente toda la página a través de los huecos en el texto. A los dos días, Daniel ya tenía una auténtica colección de dibujos de ese tipo.

Y, por supuesto, también había tardes en las que Gabriela hacía un hueco en su trabajo y sus estudios para llevarse a sus hijos a ver a los Reyes Magos del Ayuntamiento de Carabajillo, o a comer con los padres de su ex. Esas tardes las pasaban en el sofá de Nico o, en una memorable ocasión, en el de Daniel, con la chimenea encendida, hablando del mar y los peces, de sus infancias, de sus familias, de lo mal que le caía a Nico el ex de su hermana —«Es que es tonto, Dani, de verdad, que se cree que sigue teniendo quince años»—, de la jefa de Daniel —«Si yo no digo que no esté agradecido, me ha enseñado muchísimo, pero podría tratarme con un poco más de respeto»—…

Algunos días iban a La séptima plaga a tomar algo, y siempre había gente allí que los animaba a sentarse a su mesa. Unai y Bea, aunque con el bebé tan cerca cada vez salían menos. Luisa, Lario… El propio Ismael solía sentarse con ellos, en una silla desde la que pudiese ver la entrada y la barra, por si alguien quería pedir.

Y en Nochevieja, en lugar de una cena de etiqueta y la posterior pelea sobre a dónde ir a que les sablearan por tomar unas copas, todo el pueblo se reunió en la plaza, frente al reloj del ayuntamiento. Entre Ismael, Nico y Daniel montaron un pequeño estrado sobre el que poner un proyector y unos altavoces, y desde el balcón del ayuntamiento, Luisa y otras dos mujeres del pueblo desplegaron una

sábana blanca a modo de pantalla. Los niños repartieron cucuruchos de papel con las doce uvas, y Maricarmen apareció con una caja de botellas de champán de la tienda. Ismael reclutó a unos cuantos para traer sillas del bar, y Lario y su mujer repartieron mantas.

Faltaban quince minutos para la medianoche y aún no se habían puesto de acuerdo en qué canal poner.

—¡Ese no, que me cae mal la presentadora!

—¡No, el del tipo de la capa no!

—Como nos pongamos a hablar otro año más del puñetero vestidito de la muchacha, no respondo —le murmuró Luisa a Daniel por lo bajo.

—¡Podemos ver las campanadas del directo de…! —empezó Jorge, pero nadie le hizo caso, porque en ese momento Ramón se abrió camino hasta Daniel, le apoyó una mano enorme en el hombro, y dijo con una voz que no aceptaba réplicas:

—Pon Cantabria TV.

Minutos después, cuatro personas aparecían proyectadas en la sábana, conversando animadamente entre ellas y mirando de cuando en cuando al enorme reloj que tenían detrás.

Los cuartos todavía sorprendieron a alguno llevándose una uva a la boca, como si no se diese cada año la misma explicación, pero las risas y las bromas duraron poco. La primera campanada resonó por partida triple en el reloj del ayuntamiento, en el campanario de la iglesia y a través de los altavoces conectados al portátil.

Cuando sonó la última y todo el mundo gritó «¡Feliz Año Nuevo!» con la boca llena, Unai tragó a toda prisa, se giró hacia Beatriz y le plantó un beso en la boca mientras sus hijos gritaban y se tapaban la cara. Lo mismo hizo Águeda, tirándole de la bufanda a Luisa, que gruñó y fingió protestar antes de ceder con gusto. Los ojos de Daniel le llevaron, sin querer, hacia Nico, para descubrir que el hombre también le estaba mirando. Nico dio un respingo al verse sorprendido, pero sonrió y se acercó. A Daniel le dio un vuelco el corazón y permaneció clavado en el sitio como una estatua de hielo mientras en su mente sonaban alarmas y sirenas. ¿O eran tal vez trompetas de triunfo?

Se apagaron enseguida, sin embargo, cuando Nico le dio un beso en la mejilla y un abrazo mientras le murmuraba al oído:

—Feliz Año, Dani.

Después, se volvió para levantar del suelo a Lutxi y lanzarla al aire entre las risas de la pequeña. Y Daniel, que apenas sí pudo responder a los buenos deseos de Unai y Beatriz, se quedó preguntándose si eso que le quemaba en la boca del estómago era alivio o decepción.

Al otro lado del círculo que se había formado, tropezó con la mirada de Laura, que intercambiaba un abrazo con Raquel, tal vez más efusivo y apretado de lo normal, pero que su padre no notó, ocupado como estaba en recorrer la plaza estrechando manos y soltando buenos deseos de caja de cereales.

«Eso ha tenido que doler», parecía decirle la muchacha, y Daniel se encogió de hombros, sin saber muy bien por qué estaba intercambiando impresiones telepáticas con una adolescente.

Después vinieron los brindis. Maricarmen repartió unas copas de plástico y Borja, que claramente ya venía bebido de casa, empezó a llenarlas con pulso de panderetero.

—¡Por que este año sea mejor que el anterior! —exclamó cuando todos tuvieron una—. ¡Arriba, abajo, al centro y pa dentro!

Y pa dentro que fue, de un sorbo tan rápido que Daniel se atragantó con las burbujas. Unai le palmeó la espalda mientras reía y Beatriz le pasó un brazo por los hombros justo cuando en la televisión empezaba el espectáculo habitual de Nochevieja y los niños se reunían debajo de la luz del proyector para ponerse a bailar.

La vuelta al trabajo de Patricia fue una auténtica pesadilla. El siguiente día laborable tras el día de Reyes, cuando bajó a Carabajillo, se encontró nada menos que veinte llamadas perdidas, treinta y dos mensajes y un correo con el permiso para revisar las grabaciones de las cámaras de Cobo y Francisco. Tras pasarse media hora al teléfono con ella, caminando arriba y abajo del paseo marítimo, recibió una llamada —que podría haber sido un correo electrónico— del director de la agencia, que quería pedirle el

presupuesto de su estancia extendida en Cantabria. Exhaló fuerte por la nariz tras colgar y se dirigió, mentalmente agotado, a una cafetería en la que tuvieran buena conexión wifi y un buen surtido de bollería, porque el bajón tras una charla con el jefe es mejor pasarlo con dulce.

Abrió su libreta y contempló su lista de cosas por hacer:

Papeles del catastro (objetivo principal)
Informe del forense (depende de Patricia)
~~*Hablar con testigo*~~
Águeda y Luisa. ¿Coartadas? → Volver a hablar con ellas
~~*Nico. ¿Cartero?*~~
~~*Santesteban. ¿Coartadas?*~~
Revisar cámaras Cobo
Revisar cámaras Francisco
Hablar con Laura Navarro
Localizar al trabajador que falta de la explotación

En una de sus visitas a Carabajillo, hacía ya un par de meses, había conseguido hablar con la testigo, la pobre mujer que había encontrado el cadáver, pero no le había aportado nada nuevo. El señor Cobo había aparecido cabeza abajo en unas zarzas, sin huellas alrededor, sin señales de violencia, sin indicios de que nadie lo hubiese arrastrado hasta allí o lo hubiese empujado ladera abajo.

La coartada de Unai y Bea había sido muy fácil de comprobar, bastaron un par de llamadas al ginecólogo de Santander y al hotel donde se quedaron aquella noche para confirmar que, efectivamente, no salieron de allí hasta después de la hora de la muerte.

Para descartar a Nico, había tenido que pedirles a los sobrinos del señor Cobo que comprobasen si la llave del apartado de correos de su tío estaba en la casa y si sabían de la existencia de alguna copia. La había, pero también la tenía Cobo. Nico no mentía cuando dijo que se la había devuelto, y eso había sido meses antes de la muerte de Cibrián. Fue todo un alivio poder tacharle de la lista.

Sin embargo…, ¿solo tres objetivos en cuatro meses? ¿En serio?

«Vamos, Daniel, puedes hacerlo mejor», se dijo. Pero, por más que pensaba, no sabía cómo iba a salir de aquello. Aparte de todos los trámites que estaban absolutamente paralizados por la burocracia, el compañero de Unai seguía desaparecido, Águeda y Luisa no se ponían de acuerdo en sus coartadas y era imposible contactar con el señor Navarro para poder hablar con su hija. Había intentado hablar con Esther, pero la mujer del alcalde insistía en que su marido debía estar presente, así que estaba en un punto muerto.

Lo único que podía hacer era llamar a la empresa encargada de la seguridad y la videovigilancia de las fincas de Cobo y la familia Francisco y rezar para que el permiso que le había mandado Patricia sirviese para tener las cintas aquella misma tarde.

Le sirvió, pero los vídeos que le enviaron pesaban tanto que tuvo que acercarse a una tienda de informática a comprar un disco duro donde descargarlos. En ello estaba, con su quinto poleo humeando en la mesa de la cafetería, cuando Nico le llamó para decirle que lo sentía, pero que el último viaje le había llevado más lejos de lo que creía, y que llegaría a Carabajillo sobre las cuatro de la tarde, muy pasada la hora a la que solían quedar a comer.

—Pide otro taxi y que te lleve a casa —le sugirió, pero la barra de descarga solo estaba completa al veintiséis por ciento, así que Daniel le dijo que no le importaba esperar.

Cuando colgó, Daniel se hundió un poquito más en la silla y fulminó a la pequeña barrita verde con la mirada. Después, bajó la vista de nuevo hasta su lista de sospechosos.

«Bueno», se dijo para darse ánimos. «Al menos, ahora que ya han terminado las Navidades, el papeleo retomará su ritmo habitual y en nada de tiempo lo tendré todo».

No sabía lo equivocado que estaba.

Capítulo 12

… Y SOLO HABÍA UN SOFÁ



No hay peor maldición para un adivino que haber vaticinado el desastre y que nadie te crea. Así le ocurrió a Casandra en la guerra de Troya, y así debieron de sentirse los meteorólogos, que habían pasado las últimas semanas alertando en cada telediario de que se aproximaba un temporal de nieve como no se había visto en años. Pero los meteorólogos también tienen fama de ser como Pedro y el lobo, y nadie en las ciudades creyó posible que fuese a nevar más de lo que nevaba otras veces. A lo sumo, se cortarían un par de carreteras pequeñas durante unas horas y se quedaría atrapado algún idiota que saliese a buscar aventuras.

En Villalcerro, en cambio, la gente les tenía bastante respeto a las nevadas, porque las posibilidades de quedarse aislados eran muy altas. Daniel lo descubrió cuando bajó a El rincón de la anjana a por leche y se encontró la sección de alimentación de la tienda como si la hubiesen saqueado.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —le preguntó a Maricarmen.

—Viene una tormenta de nieve, ¿no te has enterado?

—¡Una tormenta de nieve, no el apocalipsis!

La mujer se encogió de hombros y Daniel se dirigió refunfuñando hacia el pasillo de los lácteos. Quedaba, por suerte, un cartón, y en el pasillo de al lado pudo hacerse con un par de rollos de papel higiénico antes de que otra señora del pueblo llegase como un vendaval y se llevase el último paquete.

Llevaba toda la tarde cayendo aguanieve, pero pasadas las siete, aquellas pequeñas chispitas se convirtieron de pronto en copos gordos, y el viento se levantó rugiendo como un dragón recién despertado. Daniel dio una vuelta por la casa taponando de nuevo todas las ranuras por las que se podía colar el aire y empezó a construirse una especie de iglú con mantas y almohadones en la habitación, para pasar allí atrincherado con el calefactor y una peli hasta que dejase de nevar.

Cuando bajó a prepararse algo de cenar, un fino manto blanco lo cubría todo y el aire se colaba silbando por todos los agujeros del muro y golpeaba las contraventanas con furia. Le recorrió un escalofrío, así que terminó deprisa y se volvió a su refugio.

Las campanas de la iglesia acababan de dar las nueve cuando se oyó a alguien llamar insistentemente a la puerta. A regañadientes, porque estaba muy a gusto en su cuevecita de mantas, bajó a ver quién podía ser el loco que había decidido llamar a su puerta con la que estaba cayendo.

Apenas hubo hueco suficiente, Nico se coló dentro y cerró tras de sí, resoplando y sacudiéndose la nieve del pelo y del plumas.

—Vístete y haz una maleta rápido, que te vienes conmigo a casa —dijo. Como Daniel no dio indicios de ir a moverse, insistió—: No pongas esa cara, esta nevada va a ser de las gordas y esta casa tiene más agujeros que paredes. Deprisa, que he dejado a los niños solos y a saber cuánto tarda Aroa en aburrirse de la película y ponerse a hacer trastadas.

—De acuerdo, de acuerdo…

Lo que les esperaba fuera no era una simple tormenta de nieve, era el planeta helado de Hoth, las laderas de Caradhras, el pueblo alaskeño de Nome en el invierno de 1925, el meme de Jack Nicholson en *El resplandor*. El taxi de Nico ya estaba casi sepultado por la nieve, que venía en oleadas con cada ráfaga del viento. Las

escaleras apenas se veían y las huellas de Nico se habían borrado como si nunca hubiesen existido.

Ni siquiera se entretuvieron en abrir el maletero. Daniel abrió con esfuerzo la puerta del copiloto y se metió por ella con la maleta y el ordenador encima, mientras Nico hacía lo propio por el otro lado.

—No sé si vamos a poder avanzar —manifestó Nico, preocupado.

No se veía nada a través del cristal delantero, solo los copos estrellándose y acumulándose de tal forma que el limpiaparabrisas no daba abasto. El camino ya apenas se veía y, pese a que Nico traía puestas las cadenas, su cochecito no tenía ni la potencia ni la tracción de un todoterreno, y el pobre avanzaba a trompicones por un paisaje que bien podría ser Siberia. Al cabo de unos veinte minutos de avanzar a paso de tortuga en un recorrido que tendría que haberles llevado cinco, llegaron a casa de Nico.

La nieve se había acumulado de tal manera que les fue imposible llegar hasta la cochera. Jurando en arameo, Nico trató de apartar el coche lo más posible del camino, sin saber muy bien dónde estaba este y dónde empezaba la hierba. Llegaron a creer que la nieve había sepultado el muro que separaba el terreno de Nico de la finca de al lado, y que este estaba bajo ellos, al menos hasta que Daniel intentó abrir la puerta y se lo encontró con un sonoro ¡clonc! Ni él ni su maleta cabían por el hueco, así que Nico tuvo que salir y quedarse sujetando la puerta del conductor para que el viento no le diese la vuelta como a un paraguas viejo. Daniel sacó primero una pierna, luego el cuerpo y la cabeza, y después la otra en una zancada imposible que estuvo a punto de terminar en desastre cuando los cordones de la bota se le enredaron en el freno de mano. Cargados con las cosas, avanzaron a través de la nieve como exploradores del Polo, con los brazos delante de las caras y el cuerpo echado hacia delante para oponer algo de resistencia contra la ventisca que les empujaba en dirección contraria. Amundsen se habría sentido orgulloso.

El farol del porche se balanceaba con tanta violencia que casi chocaba con el techo, y la luz de su interior se encendía y se apagaba con cada vaivén. Resoplando, Nico tanteó en sus bolsillos hasta que encontró las llaves.

—¡Pasa, corre! —le gritó, y de no haber estado junto a él, su voz se la habría llevado la tormenta.

Apenas la puerta se abrió una rendija, se precipitaron al interior y cerraron de un portazo, justo en el que el viento redoblaba sus esfuerzos por echar la casa abajo. Mientras sentía el vibrar de los cristales y el golpeteo del farol en el techo, Daniel se preguntó si no habría en algún lugar dos cerditos cuyas casas de paja y palos hubieran salido volando con el vendaval.

—¡¡¡¡Daniiiiiiiiiiiiiii!!!!

Aroa se le abrazó a las piernas con lágrimas en las mejillas, y solo entonces se dio cuenta de que Nico ya no estaba a su lado, sino arrodillado en el suelo para abrazar al pobre Leo, que lloraba desconsoladamente.

—¡Pensábamos que os habíais muerto! —gimoteó la niña, y su hermano redobló sus llantos y se abrazó con todas sus fuerzas al cuello de Nico.

—Lo sentimos muchísimo —se disculpó el hombre—. Ya, Leo, ya… Ya estamos aquí los dos, ¿ves? No nos ha pasado nada, solo estamos un poco mojados.

El niño levantó la cabeza, la cara roja y llena de mocos.

—¿Y mamá? —preguntó con voz temblorosa.

—Mamá se queda en Carabajillo, mi vida, hasta que pase la tormenta —le explicó su tío. Después se volvió a Daniel—. La llamé de camino a recogerte a ti para decirle que ni se le ocurriese salir. Casi no la pillo en casa, maldita cobertura… Ya se venía para aquí, la muy loca.

Aroa seguía llorando con la cabeza enterrada en el estómago del detective. Pasaron un par de minutos más antes de que Daniel pudiese separarla de sí un poco para consolarla en condiciones.

Y entonces se fue la luz.

El chillido de la niña casi le perforó el tímpano, y en algún lugar en la oscuridad oyó la exclamación de sorpresa de Nico y de nuevo el llanto de Leo.

—¡No pasa nada! —intentó calmarla—. Es la tormenta, no pasa nada… Espera, ¡mira! —A duras penas se sacó el móvil del bolsillo, y

la tenue luz de la pantalla les iluminó las caras—. ¿Ves? Ya tenemos luz.

Con dedos temblorosos de frío, buscó la linterna entre las opciones del menú superior y la encendió.

—Ten, sujétamelo un momento. —Nico se acercó a él y le pasó a Leo, que inmediatamente le echó los brazos al cuello—. Voy a buscar el hornillo a la cochera, vuelvo enseguida.

—¡TÍO NICO, NOOOOO! —gritó Aroa, y cuando la puerta se cerró tras él, volvió a echarse a llorar, lo cual desencadenó una nueva ronda de sollozos por parte de Leo.

—Tranquilos, solo va al garaje —trató de explicarles—. No le va a pasar nada, está aquí mismo. Eh —le colocó una mano a Aroa bajo la barbilla y le hizo levantar la cabeza suavemente—, ahora hay que ser valientes y preparar la casa, ¿de acuerdo?

—Pero es que tengo miedo…

—Y yo —le dijo como si fuese un secreto enorme—, pero aquí estamos a salvo. ¿Recuerdas el cuento de los tres cerditos? Pues tu tío se ha construido la casa de piedra para que no se la lleve el viento, y aquí dentro no nos puede pasar nada. ¿De acuerdo?

—De… de acuerdo —hipó Aroa, e inmediatamente extendió el brazo para abarcar a su hermano—. No llores, Leo, que el tío Nico vuelve ahora mismo.

—Eso es —asintió Daniel—. Ahora vamos a buscar velas para que, cuando llegue vuestro tío, se encuentre la casa toda iluminada.

Cuando Nico volvió, cargado con el prometido hornillo y una linterna, los dos niños se echaron a sus brazos, por suerte, mucho menos llorosos que como los había dejado.

—Un segundo, niños, un segundo… Dani, ayúdame con la leña.

Mandaron a los niños a sentarse en el sofá, debajo de una manta, y entre los dos bloquearon la puerta para que se quedase abierta mientras ellos metían la leña para la chimenea. Cuando tuvieron una cantidad considerable, Nico cerró, y solo entonces se dieron cuenta de que el suelo de la entrada estaba empapado y lleno de huellas de sus botas y de pequeños pies descalzos.

Fuera el viento bramaba. Nico consiguió hacer funcionar el hornillo y, mientras tanto, Daniel fregó el suelo, encendió la chimenea y

cerró el *cassette* para que la habitación no se llenase de humo.

—¿Nos vamos a quedar atrapados? —le preguntó Aroa.

—No lo creo —respondió—. Como mucho, tendremos que salir mañana a palear nieve para abrir un caminito hasta la entrada, pero seguro que antes de comer viene vuestra madre y os podréis ir a casa.

—Jo…

—¿Cómo que «jo»?

—Es que yo quería hacer un muñeco de nieve.

Daniel se echó a reír.

—Pues podemos hacerlo antes de que venga mamá a por vosotros, ¿vale?

A Aroa se le iluminó la cara y empezó a saltar por el salón, olvidado ya el susto, la nieve, el viento y que en lugar de luz natural estaban iluminados por varias velas y dos linternas.

—Bueno, ¿quién quiere chocolate caliente? —preguntó Nico desde la cocina, y ambos niños se precipitaron allí—. ¡Eh! El que quiera chocolate se tiene que poner el pijama primero.

—Pero, tío Nico —protestó Aroa—, si no hemos traído pijama.

Nico se llevó ambas manos a la cabeza de forma exagerada, con los ojos muy abiertos y la boca redonda en forma de O.

—¡Anda! ¡Qué fallo! —Leo se rio—. Entonces no podéis tomar chocolate.

—¡¡Nooooo!! —exclamó Aroa, pero ella también se estaba riendo.

—Venid, anda, que tengo pijamas vuestros de la última vez. ¿Tú necesitas que te preste algo?

Daniel iba a decir que no, pero entonces recordó que se había puesto la ropa encima del pijama al salir de su casa y que la nieve le había calado los vaqueros.

—Unos pantalones, por favor —pidió—, si tienes.

Nico le guiñó un ojo.

—Veré a ver qué encuentro.

Al cabo de un rato, los cuatro se sentaban en pijama en el sofá frente al fuego, cada uno con su taza de chocolate entre las manos y el ordenador de Daniel abierto — por suerte cargado casi a tope— reproduciendo una película. El viento seguía soplando y soplando,

haciendo vibrar los cristales y tratando de batir las contraventanas, pero por fortuna estas estaban bien sujetas. Leo se había quedado dormido con la cabeza apoyada en las piernas de Daniel, y Aroa iba camino de ello, aunque intentase por todos los medios mantener los ojos abiertos.

—Creo —comenzó Nico, desperezándose—, que ya es hora de que nos vayamos todos a dormir.

—No tengo sueño —dijo automáticamente su sobrina, y apenas había terminado de decirlo se le abrió la boca en un enorme bostezo.

—Venga, mañana terminamos de ver la peli, ¿de acuerdo?

La niña asintió con los ojos vidriosos.

Daniel ayudó a Nico a llevar a los niños a su habitación, los metieron bajo las mantas, les echaron otra por encima por si acaso tenían frío y colocaron dos sillas a cada lado de la cama, para que los respaldos hiciesen de valla.

Después, volvieron al salón y recogieron las tazas de chocolate y el hornillo, retrasando lo máximo posible el momento de abordar un problema obvio: solo había un sofá.

—Se hace cama —señaló Nico, como si eso sirviera de algo—. Hay bastante espacio, pero si te vas a sentir incómodo, puedo dormir en el suelo.

—No seas bobo —le replicó Daniel—. ¿Cómo vas a dormir en el suelo en tu propia casa? Puedo dormir yo.

—Parece mentira que me conozcas desde hace ya meses y no te hayas dado cuenta de que no soy de los que permiten que sus invitados estén incómodos —se burló Nico.

—Me da igual cómo seas, no vas a dormir en el suelo.

—Vale —accedió el hombre—, pero tú tampoco.

—Vale.

—De acuerdo entonces.

Al fin y al cabo, eran dos adultos perfectamente capaces de compartir cama y que no significase nada…

¿Verdad?

Minutos después, con las sábanas puestas, las velas apagadas y a la luz de las brasas que quedaban encendidas en la chimenea, los

dos seguían de pie, contemplando el sofá cama como si se fuese a duplicar por arte de magia.

—¿Qué lado prefieres? —preguntó Nico.

Daniel se encogió de hombros.

—Me da igual. —Tras un breve silencio, preguntó—: ¿En qué lado sueles dormir tú?

—En el derecho.

Daniel asintió y dio la vuelta al sofá para colocarse en el izquierdo.

Nico acercó una de las linternas encendidas a su lado de la cama.

—Ten —le dijo, tendiéndole otra—, por si tienes que levantarte al baño por la noche.

Daniel la cogió y la dejó en el suelo, junto a sus botas. Ambos se metieron bajo las mantas, cada uno por su lado. El detective notó cómo el codo de Nico le rozaba momentáneamente el brazo y dio gracias a la oscuridad, porque se estaba poniendo colorado.

«Eres imbécil, Daniel», se dijo. «Si has compartido cama con amigos miles de veces…».

«Ah, pero ¿te gustaban?», susurró una voz maliciosa en su cabeza.

Daniel la mandó callar y clavó la vista en el techo.

El silencio se adueñó de la pequeña casa, solo interrumpido por el crujir de las contraventanas bajo el incesante viento y el chisporroteo de las últimas brasas en la chimenea.

Pero Daniel no se podía dormir. El corazón le latía a mil por hora, y esa vez no se debía a la ansiedad. No se atrevía a volver la cabeza, pero hubiera jurado que, junto a él, a poquísimos centímetros, Nico estaba en la misma postura, boca arriba y mirando al techo. ¿Dormiría así normalmente o también se había quedado inmóvil para evitar meterse en su espacio por accidente?

De pronto se encontró pensando en cómo sería Nico dormido. ¿Hablaría por la noche? ¿Roncaría? ¿Sería de los que se quedaban en una esquina o de los que ocupaban todo el espacio disponible, revolviendo las sábanas hasta que al día siguiente no había más remedio que rehacer toda la cama?

¿Sería de los que buscaban inconscientemente el calor de otro cuerpo junto al suyo?

Cerró los ojos con fuerza y se clavó las uñas en la palma de la mano para detener el hilo de sus pensamientos. Mal, mala idea, mala imagen, mal momento, borrar, bloquear, abortar misión, quemar sin leer. Nico debía de sentirse igual de incómodo que él. Bastante había hecho con cederle un hueco en su sofá, en su salón, en su pequeña casa de la que no tendría por qué haber salido.

Pero lo había hecho y, gracias a él, ahora Daniel estaba calentito en una casa acogedora en lugar de la trampa mortal que era la Torre.

Y entonces se le ocurrió que no había dicho nada al respecto.

—¿Nico? —susurró.

Durante una décima de segundo, estuvo seguro de que su amigo ya se había dormido, pero, al poco, contestó:

—¿Mmm?

Oh. Ahora tenía que responder.

«¡Animo, Daniel! Si no es tan difícil… Pero tienes que hacerlo ya, antes de que el silencio sea demasiado largo, antes de que conviertas una situación perfectamente normal en una situación incómoda».

—Gracias por venir a por mí —dijo finalmente.

Tras un brevísimo silencio, oyó el frufrú de las mantas y sintió el colchón moverse ligeramente cuando Nico se giró hacia él.

—No hay de qué —respondió—. Ya sabes que puedes quedarte el tiempo que quieras. Un día, un mes, un año…

Y, aunque no se atrevió a mirarle, Daniel supo que había una enorme sonrisa adornando la cara del hombre.

Capítulo 13

COMUNIDAD



Tenía la nariz calentita. Eso por sí solo ya era una novedad. Desde que vivía en la Torre, lo primero que le despertaba por las mañanas era el frío que tenía en la cara. Pero aquella mañana no, y Daniel estaba demasiado cómodo, demasiado dormido aún como para analizar el porqué. Se arrebujó un poco más, dispuesto a recapturar el sueño que se escapaba despacio.

Lo siguiente que notó era que olía diferente. No a humedad, ni a frío —porque el frío tiene un olor característico de tristeza y miseria que se adhiere a la gente incluso cuando ya llevan un rato dentro—, como olía la Torre. En cambio, donde se encontraba olía… cálido. A chimenea, sí, pero ese era un olor distante, como el regusto del humo tras el paladar. Olía a tranquilidad, a calidez, a paz. No tenía mucho sentido, pero en aquel momento estaba demasiado adormilado y no daba para más. Casi sin pensarlo, hundió la nariz en la almohada e inspiró hondo, dejando que el olor le llenase los pulmones. Casi lamentó el tener que exhalar. Las mantas pesaban más de lo normal sobre su costado, y notaba como una leve brisa que le movía el cabello a intervalos regulares.

Como en la Torre había más corrientes que en el Pacífico, no fue lo de la brisa lo que le alertó de que algo no encajaba, sino que, de

pronto, la almohada se movió bajo su cabeza. No fue nada, un movimiento casi imperceptible, pero al instante Daniel había abierto los ojos…

… para encontrarse con que tenía la nariz enterrada en el huequito entre un hombro y un cuello.

Error 404, pantallazo azul de la muerte, cortocircuito absoluto, siniestro total. Se quedó inmóvil, con los ojos abiertos fijos en el cuello de la camiseta de Nico —porque aquel hombro y aquel cuello, ahora que los recuerdos del día anterior volvían de golpe, solo podían pertenecer a Nico—, los pensamientos zumbando por su cabeza a tal velocidad que no podía ni seguirlos, todo ello mientras notaba cómo toda la sangre de su cuerpo se le acumulaba en la cara.

«Ay, no…», fue el primer pensamiento claro que pudo retener. «Ay, no. Ay, no. Aynoaynoaynoaynoaynoaynoayno…».

Estando como estaba completamente pegado al cuerpo de su amigo, Daniel halló poco consuelo en que su yo dormido no lo hubiese abrazado con brazos y piernas como a un oso de peluche.

«Tengo que salir de aquí», se dijo. Pero pensarlo era mucho más fácil que decirlo, ya ni hablar de lo complicado que sería llevarlo a cabo.

Por suerte, Nico seguía dormido.

Empezó por intentar sacar la nariz del cuello del hombre, pero no tuvo mucho éxito sin mover el resto del cuerpo. Optó entonces por estirar los brazos, que hasta el momento había tenido pegados contra el pecho, y empujar ligeramente sobre el colchón para poder echarse hacia atrás. El brazo de Nico, aunque laxo, le pesaba sobre el hombro. Al moverse unos centímetros, resbaló suavemente hasta su cintura. Daniel había creído que no le quedaba más sangre en el cuerpo que desplazar, que la tenía toda agolpada en la cara, pero cuando notó la mano del hombre contra la piel de la zona lumbar —¿¿en qué momento se le había subido la camiseta??—, comprobó con desmayo que nada era imposible. Desesperado, volvió a empujar y esa vez rodó sobre sí mismo hasta casi caerse del sofá cama. Al ponerse de pie, pisó la linterna, tropezó con sus propias botas y no se fue al suelo de bruces de puro milagro. Sin detenerse

a ver si el escándalo había despertado a Nico, y a la vez rezando para que no, se precipitó hacia el cuarto de baño. Una vez dentro, con la espalda apretada contra la puerta, cerró los ojos y respiró hondo una vez, dos, tres veces, hasta que el corazón dejó de latirle como si fuese a romperle las costillas y toda la sangre agolpada volvió a circular con normalidad.

Cuando abrió los ojos se encontró de frente con su propio reflejo en el espejo, la cara todavía un poco colorada, marcas de las sábanas —o de la camiseta de Nico, no estaba seguro— en la mejilla izquierda y el cabello revuelto, cada pelo apuntando en una dirección distinta. Un escalofrío le recorrió la espalda, y solo entonces se dio cuenta de que hacía un frío horrible y él estaba descalzo sobre las baldosas.

Fuera, todo seguía en silencio. No parecía que el estrépito que había armado hubiese despertado a Nico ni a los niños, y menos mal, era todavía muy pronto… ¿O no? ¿Qué hora era? La escasa luz que entraba por el ventanuco no le servía de referencia, y no quería subirse a la taza del váter para mirar al exterior. Solo le faltaba caerse y romper algo para terminar de arreglar la mañana. No podía quedarse eternamente en el cuarto de baño, porque era el único de la casa y, tarde o temprano, alguien más tendría que usarlo. Por otra parte, tampoco podía meterse otra vez en la cama, estaba seguro de que le estallaría el corazón si cualquier parte de su cuerpo volvía a entrar en contacto con alguna del de Nico.

Tras un debate interno que duró más tiempo del que debería, Daniel abrió despacio la puerta, solo una rendija, y espió por ella. La claridad que entraba por la ventana, demasiado blanca como para tratarse de la luz del sol, le permitió distinguir el bulto que formaba Nico bajo las mantas. Despacio, muy despacio, abrió del todo, maldiciendo cada vez que los goznes chirriaban, aunque solo fuese un poquito. De pronto, captó el mismo movimiento, igual de despacio, pero bastante menos sigiloso, procedente de la puerta del dormitorio. Dos caritas, una a la altura del picaporte, otra más abajo, se asomaron por el hueco. Aroa fue la primera en verle y en llevarse un dedo a los labios, con una sonrisita. Al mismo tiempo que los

niños salían de la habitación, de puntillas y conteniendo las risitas, Daniel abandonó el baño y cerró la puerta tras de sí.

Cuando llegaron junto al sofá cama, Aroa le tapó la boca a su hermano, que había tomado aire de pronto, y le mostró tres dedos extendidos. Daniel oyó perfectamente el susurro mal contenido de los dos cuando comenzaron la cuenta atrás:

Tres, dos, uno…

—¡¡¡BUENOS DÍAAAAAAAAS!!! —gritaron de golpe, y se lanzaron sobre Nico como gatos monteses. Gatitos, mejor dicho, pensó Daniel al ver cómo el salto de Leo no le llevaba a lo alto del colchón. El brazo de Nico, que no estaba tan dormido como parecía, lo pescó de la alfombra como a un cachorro y lo subió hasta donde su hermana ya saltaba entre risas.

—¡Socorro, que me atacan! —exclamó el hombre—. ¡Oh, no, fieras! ¡Me devoran las fieras! Aroa, Aroa, cuidado que se va a cerrar el sofá con nosotros dentro…

Pero a pesar de la advertencia se reía, y Aroa volvió a saltar en el colchón, imitada rápidamente por su hermano. Tras un pequeño forcejeo, Nico consiguió sentarse con un sobrino debajo de cada brazo, los tres riendo sin parar. Entonces levantó la mirada y Daniel fue dolorosamente consciente del aspecto de niño perdido que debía de tener, de pie junto a la puerta del baño, con un pie encima de otro y el pantalón del pijama, demasiado grande, resbalándosele de la cintura.

¿Se lo estaba imaginando, o había algo de rubor en las mejillas de Nico? *Nah*, estaba jugando con sus sobrinos, debía de ser por el esfuerzo.

—¿Te han despertado a ti también las fieras? —preguntó, e hincó los dedos en los costados de sus sobrinos para hacerles cosquillas.

—Creo que les he despertado yo a ellos. —Sonrió Daniel, alzando un poco la voz por encima de las carcajadas—. Cuando he salido del baño ya los tenías encima. —Fue hasta su lado del sofá, pero dudó antes de sentarse y preguntar—: ¿Has… has dormido bien?

—¿Yo? Como un bebé. ¿Tú?

—También.

—No me habré movido ni nada…

—¡No! —se apresuró a responder Daniel, alzando ambas manos. El pantalón se le resbaló hasta casi bajar la cadera, y tuvo que volver a sostenérselo—. No, para nada. Ni me he enterado de que estabas a mi lado, en serio.

La manera en que Nico le miró debería haber resultado muy incómoda de no haber estado los niños saltándole por encima.

—Mientes fatal —se rio finalmente, y a Daniel se le cayó el alma a los pies—. Lo siento, tendría que haberte avisado de que me muevo muchísimo. ¡Bueno! —exclamó de pronto, y los niños se giraron hacia él—. ¿Quién quiere ver hasta dónde nos ha enterrado la nieve?

El paisaje de fuera, con sus dunas y hondas peinadas por el viento, parecía sacado de un documental de Laponia. La nieve no caía blanda y pausada, sino que el viento arremolinaba los copos bajo los árboles y sobre los montículos. Las casas habían crecido varios centímetros aquella noche gracias al manto blanco de sus tejados, y todo, absolutamente todo, parecía más suave, más redondo, más blando.

Cuando abrieron la puerta, una montaña de nieve se precipitó al interior.

—Oh, vaya —murmuró Nico—. Me parece que vamos a tener que salir por una ventana.

Aquello fue incluso más difícil. Daniel abrió la ventana del cuarto de Nico, en la parte trasera de la casa, pero en cuanto sacó las piernas se hundió hasta la cintura. A Aroa y Leo, que contemplaban el espectáculo de pie sobre la cama de su tío, les dio un ataque de risa.

—¿Puedes abrirte camino? —le preguntó Nico, y Daniel intentó mover las piernas al tiempo que escarbaba a su alrededor con los brazos.

—Creo que necesitaría una pala.

—Están todas en la cochera, pero… ¡espera! —Daniel le vio desaparecer del hueco de la ventana y volver segundos más tarde con una cacerola—. Toma, a lo mejor esto te sirve.

Por fortuna, aún no había helado y la nieve estaba blanda. La parte mala era que, como seguía cayendo, el viento traía más y más.

—Espera, espera —volvió a llamarle Nico—. Mejor entra, desayunamos con calma y luego salimos a ver qué se puede hacer.

Y eso hicieron. Para cuando Daniel consiguió abrirse camino hasta el garaje, Nico ya había empezado a despejar la nieve de la entrada de la casa con una sartén y el recogedor de la escoba. Los niños, bien embutidos en sus abrigos y gorros y bufandas de su tío, ayudaban con cazos y vasos de plástico.

El taxi, abandonado junto al muro, se camuflaba tan bien con el entorno que parecía una duna más.

Una duna con retrovisores.

La nieve no dejó de caer, blanda, pero incesantemente, hasta pasadas las dos de la tarde, cuando por fin el viento remitió y volvió la luz. Para entonces, Nico, Daniel y los niños ya habían despejado un caminito hacia la carretera y otro hasta la cochera. Y, tras comer algo, aprovechando que volvían a funcionar los electrodomésticos, los dos hombres se dispusieron a evaluar las condiciones del coche y de la carretera.

Lo primero que hizo Nico al acercarse al coche fue separar los limpiaparabrisas del cristal para que no se quedasen pegados cuando helase. Después, entre los dos, quitaron la nieve de alrededor del taxi, no para moverlo en aquel preciso instante, ni de broma —la carretera tenía lo menos dos palmos de nieve y, tal y como dijo Nico entre risas, estaban locos, pero no tanto—, sino para prevenir que se endureciera y tardasen el doble en sacarlo en un futuro. Después, vistieron a los niños y salieron a ver cómo había tratado la ventisca al resto de Villalcerro.

Si la casita de Nico había parecido una estampa navideña, la plaza del pueblo podría haber sido perfectamente una de esas estaciones de esquí que se convertían en protagonistas automáticas de todos los telediarios de España apenas caía el primer copo del invierno.

Había cierto ambiente de fiesta en el aire: todo el mundo estaba en la calle, armados con palas, azadas y escobones. Los niños

construían muñecos de nieve en las improvisadas escombreras y se deslizaban por las cuestas con bolsas de plástico a modo de trineos. Naturalmente, Aroa fue directa a encontrarse con Jorge y Francisco, que estaban a medias de construir un parapeto desde el que tirar bolas de nieve. Leo, sin embargo, permaneció agarrado a la mano de Daniel con los ojos muy abiertos y la esquina del anorak metida en la boca.

Ni Águeda ni Luisa se encontraban en la plaza, pero para cuando llegaron a su casa, Unai ya estaba terminando de limpiar el pequeño porche mientras Jaume despejaba el caminito hasta la cerca. No había nadie ocioso, y sin embargo todos sonreían, todos tenían una palabra amable, un consejo, una promesa de pasarse más tarde llevando comida, bebida, mantas…

El día se fue en un vuelo, con todos los niños jugando como locos por las calles y los adultos retirando la nieve de cualquier sitio que supusiese un peligro. En algún momento, Ismael sacó un par de mesas al exterior y se dedicó a repartir bebidas calientes a todos los que colaboraban en despejar la nieve de las calles. Cuando el reloj dio las siete y las farolas empezaron a encenderse, Daniel se dio cuenta de que no había mirado el móvil en todo el día. Tampoco habría servido de nada; la ventisca debía de haber derribado alguna antena, porque en la pantalla no aparecía ni la habitual rayita solitaria. No había urgencia; si aquella ventisca había llegado también a Madrid, Patricia estaría igual de atrapada que él. Además, de pronto nada parecía más urgente ni más importante que sacarle a Leo de la boca el pico del anorak para que no se cortase la cara.

Pero el mejor momento, el mejor, sin lugar a duda, fue cuando, tras haberse empeñado con insistencia rayana en la mala educación en que le ayudasen a despejar la entrada de su garaje, Borja trató de sacar el descapotable —porque: «No puedo quedarme aquí atrapado, tengo cosas que hacer, tengo que ir a un montón de sitios y tengo que…»—, este le patinó por la pendiente y se estrelló contra un montículo de nieve. Les costó un rato sacarlo de allí, ileso y muy enfadado, y aún más desenterrar el coche, pero fue imposible volver a subirlo por la cuesta.

Aquella mañana, Daniel había temido el momento de acostarse de nuevo al lado de Nico, pero, cuando llegaron a la casa, reventados, ni siquiera se acordó. Ayudó a su amigo a dar de cenar a los niños y a meterlos en la cama y apenas sí le dio tiempo a cambiarse de ropa antes de caer rendido, sin importarle mucho en qué postura podría despertar por la mañana.

Capítulo 14

YO EN ESTAS COSAS NO ME METO…



La alegría por la nieve duró exactamente veinticuatro horas. Bueno, tal vez a los niños les durase un poco más, pero cuando heló y toda esa capa blandita y maleable se volvió dura e inamovible, las guerras de bolas dejaron de ser divertidas y se hizo imposible seguir con los concursos de muñecos. Quitar nieve de las puertas y tejados ya no era una novedad, sino un peligro y un arduo trabajo. Nadie se atrevía a caminar por debajo de las cornisas por si les caía encima una avalancha, y no había sal suficiente en el pueblo como para fundir aquella masa de las calles. Además, si apartaban la nieve, ¿qué se suponía que tenían que hacer con ella? Hacía un frío de mil demonios, los caminos seguían bloqueados, y las quitanieves debían de estar muy ocupadas en las grandes ciudades, porque aún no había llegado ninguna a Villalcerro. En Carabajillo tenían solo una, según les contó Gabriela por teléfono cuando se restauró la línea telefónica, y no daba abasto.

—Quitas la nieve de enfrente del portal y cuando pasa la dichosa máquina te la vuelve a apilar en la acera —se había quejado la

mujer—. Es el cuento de nunca acabar.

El desabastecimiento se empezó a notar al tercer día, cuando apenas pudieron comprar lo básico para llevarles a Luisa y Águeda. Al cuarto día, Unai y cuatro voluntarios más se marcharon a despejar los graneros para tratar de llenar los pesebres de las vacas, abandonadas en los establos desde el temporal. Por supuesto, en todos esos días la conexión funcionó peor que nunca, y el WhatsApp de Daniel le escupía los mensajes de su jefa de cien en cien, una bonita cantidad para que le diese un infarto cada vez que cogía el móvil.

El detective continuaba en casa de Nico con sus sobrinos; la Torre seguía siendo un nido de vientos y corrientes y, además, la tormenta había roto uno de los cristales y la nieve se había colado hasta la cocina. Tras una brevísima visita al lugar para recoger todo lo que se había dejado, Daniel se presentó en casa del señor Navarro, que ya no podía escabullirse a ningún sitio, y le hizo prometer que llamaría a alguien para arreglarlo tan pronto como se restableciese la comunicación.

—Y, por cierto —añadió cuando el hombre le acompañaba (o más bien le empujaba) hasta la puerta—, si fuera posible, me gustaría hablar con usted y con su hija acerca del señor Cobo. ¿Cuándo podría ser?

Borja le miró con mal disimulado nerviosismo, pero se había quedado sin excusas.

—Cuando quiera, detective —se rindió, y Daniel acordó volver a la mañana siguiente.

La casa del señor Navarro no se parecía en nada al resto de las viviendas del pueblo. Era sorprendentemente moderna, de fachada brutalista y grandes ventanales que no debían de ser nada prácticos a la hora de limpiarlos y de preservar el calor del interior. Daniel se sabía ya el camino de memoria, tantas eran las veces que había ido hasta allí para volverse de nuevo con las manos vacías, pero parecía que, por fin, iba a poder sentarse con el alcalde y con su hija a hablar de sus coartadas.

La capota del deportivo estaba doblada en el suelo, en el lugar donde solía estar el coche —todavía sepultado en la nieve, al fondo de la cuesta—, y el señor Navarro le esperaba junto a la verja de entrada con las manos en los bolsillos.

—¡Por fin! —exclamó, indignado—. Creía que le corría a usted prisa hablar con nosotros…

Daniel se tragó la bordería que le estaban dando ganas de soltar porque no tenía ni tiempo ni ganas de discutir.

—Buenos días, señor Navarro —dijo. Al contrario que el resto del pueblo, en todos aquellos meses el hombre no le había pedido que le llamase por su nombre de pila.

—Vamos, vamos, que no tengo todo el día —refunfuñó el señor.

Sí que lo tenía, y sabía que Daniel era plenamente consciente, pero si le tranquilizaba mantener su fachada de señor importante e increíblemente ocupado, no iba a ser el detective quien se la tirase abajo.

—Por supuesto, disculpe…

La casa era igual de ajena al pueblo por dentro que por fuera. El enorme bloque de cemento albergaba un amplio espacio en la planta de abajo, escasamente decorado y con algunos adornos que parecían sacados de la tienda de regalos del MoMA de Nueva York. Todo estaba impoluto, como el catálogo de una revista de menaje del hogar.

Esther, que estaba sentada en el salón leyendo, se levantó nada más verlos entrar y desapareció escaleras arriba sin mediar palabra. Se oyó un cuchicheo, y al rato Laura bajaba con gesto contrariado, pisando fuerte en cada escalón. Pasó frente a su padre sin dirigirle ni una mirada y se hundió en el sofá con los brazos cruzados.

—La parienta —comentó el señor Navarro—, que se ha enfadado conmigo y ahora ninguna de las dos me habla. Mujeres, ¿eh?

Le dio con el codo con complicidad y se rio. Daniel solo arqueó las cejas y se acomodó donde el alcalde le indicó.

«Por qué se casarán los heteros, si luego no se aguantan…», pensó.

—Bueno, creo que ya a estas alturas sabéis perfectamente lo que os voy a preguntar —empezó, y se volvió primero a Laura—, así que

creo que podemos dejarnos de rodeos. ¿Recuerdas dónde estabas la noche de la muerte del señor Cobo?

—En Carabajillo, en casa de unas amigas —respondió la muchacha sin cambiar un ápice su postura o su actitud.

—Bien, de acuerdo. —Daniel lo anotó en la libreta y, sin levantar la mirada, añadió—: ¿A qué hora fue eso?

Laura movió los ojos de lado a lado.

—¿Que a qué hora fue qué?

El señor Navarro resopló y meneó la cabeza.

—Todo el día igual, si es que no se puede ni hablar con ella…

Daniel lo ignoró y reformuló la pregunta:

—¿Podrías contarme, paso a paso, cómo fue la noche?

Laura le dirigió una mirada que solo pudo calificar de adolescente y —oh, milagro— descruzó los brazos para sentarse un poco más recta con un resoplido.

—A las ocho, mi padre me llevó a recoger a Raquel y nos dejó en casa de una amiga en Carabajillo. —Dirigió una mirada a su padre por el rabillo del ojo—. Ya está.

—¿A qué hora volvisteis a casa?

—A la una y media me empecé a encontrar mal y el padre de nuestra amiga nos llevó a casa de Raquel. No había nadie en mi casa ese día. ¿Me puedo ir ya?

Vaya, primera noticia. Mientras el señor Navarro soltaba un indignadísimo: «Laura, por favor…», Daniel pasó la página de la libreta y se volvió hacia él.

—¿Podría decirme dónde estuvieron usted y su mujer durante esa noche?

Borja se volvió de golpe con una expresión de sorpresa de lo más cómica.

—¿¿Yo?? —Se señaló el pecho, no fuera a ser que pareciese que hablaba de otra persona—. Pero yo no… Quiero decir… sí, estuve fuera, pero yo no soy sospechoso.

—A usted también le puso denuncias el señor Cobo —fingió revisar unas hojas viejas de la libreta—, acerca de un pres…

—Laura, vete arriba con tu madre —interrumpió el alcalde bruscamente.

—¡Pero…!

—Hace dos segundos estabas deseando marcharte.

—¡Pero quiero escuchar!

—¡Laura!

Hubo un tenso silencio en el cual padre e hija pusieron exactamente la misma expresión de indignación y enfado, pero finalmente la muchacha se levantó con un bufido y subió escaleras arriba haciendo mucho ruido. Borja aguardó al portazo antes de levantarse y abrir la puerta de la calle.

—Vamos.

Eso sí que no se lo esperaba. Si ni siquiera había empezado a presionar, ¿qué era lo que le había hecho saltar así?

—No creo que sea necesa…

Borja movió la mano para apremiarle. Cuando ambos estuvieron fuera, cerró y le guio fuera de la verja, detrás de un seto, donde no se les podría ver desde ninguna de las ventanas de la casa.

—Mi mujer y mi hija no saben lo del préstamo —dijo por fin cuando estuvo seguro de que nadie los oía—. No saben que aún no se lo he devuelto, y tampoco saben nada de nuestra… conversación, ¿cómo lo sabe usted?

—Tengo mis medios —respondió Daniel, que no tenía ni idea de qué conversación estaba hablando—. Pero quiero oír su versión de los hechos.

Borja metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se encorvó hasta que las orejas le tocaron los hombros.

—Cibrián y yo éramos buenos amigos —reveló—. «Socios», sería la palabra más correcta, sí… Él apoyó mi candidatura, financió mi campaña, todas esas cosas. No es ningún secreto —añadió, con aire ofendido—. Una vez tuve el cargo, se aseguró de que yo empujaba ciertas decisiones de la Cámara a favor de sus negocios y él, a cambio, me proporcionaba ciertos… favores. —Señaló la casa y el hueco vacío en el que solía estar su descapotable—. No sé si me entiende…

—Perfectamente.

—Como comprenderá, soy el principal afectado por su muerte. Cibrián tenía contactos en Carabajillo y… ¿Comprende? —Daniel

volvió a asentir, pero no dijo nada. Borja empezó a ponerse nervioso —. Lo del préstamo, la conversación… fue una amenaza tonta, nada importante, se resolvió enseguida…

—¿Dónde estaba la noche de la muerte del señor Cobo? —le interrumpió Daniel.

El señor Navarro le miró. Después, se giró hacia la casa, hacia un lado de la calle, hacia el otro, y hacia el lejano tejado de la casa del señor Cobo. Después agachó la cabeza, maldijo por lo bajo y sacó una mano de los bolsillos para amenazarle con un dedo tembloroso.

—Esto no lo sabe nadie —empezó, y agitó el dedo bajo la nariz de Daniel, acercándosele mucho y bajando la voz—. Nadie del pueblo, nadie de mi familia, ni mucho menos lo sabía el señor Cobo. Negaré habérselo dicho si lo difunde, y ¿a quién creerán, a un forastero o a un paisano?

Como amenaza, desde luego, dejaba bastante que desear.

—No se lo diré a nadie del pueblo —prometió con ambas manos alzadas, en son de paz—. No puedo prometerle que no tenga que testificar en un futuro, si todo esto llega a juicio.

Borja volvió a mirarle un momento, con la duda y algo parecido a la vergüenza pintados en la cara.

—Trabajo en los muelles de Santander —reveló finalmente—. Un turno aquí, otro allí… Cuando tuve que devolverle el préstamo a Cibrián apenas me quedaba nada. Había pedido muchos préstamos, y el sueldo de alcalde de una pedanía no es ninguna maravilla. Esther no trabaja, no tenemos otra fuente de ingresos, y no podía obligarlas a irnos a otra casa. Bastante es que Esther dejase Burgos para venirse aquí, conmigo. No puedo hacerle eso, así que estoy pagando las deudas poco a poco.

Aquello sí que no se lo esperaba. Borja era un cretino y un cuñado de manual, pero no se esperaba que su fachada de prohombre fuese tan falsa. La sorpresa se le debió de notar en la cara, porque Borja bajó la mirada y arrastró las botas por la gravilla.

—Esther se había ido a Burgos a ver a su madre —explicó—. Y yo, en cuanto dejé a Laura y a Raquel en casa de sus amigas, me fui para Santander. Era la fiesta esa de los gais, así que tuve atasco al entrar y muchísimos controles de alcoholemia al salir. No llegué a

casa hasta las seis de la mañana. Puedo darle las señas del lugar exacto, si lo necesita…

Daniel se lo agradeció y, mientras apuntaba, Borja formó un cuenco con las manos, exhaló dentro, y se las frotó con energía. Hacía un frío de bigotes allí fuera y el señor Navarro había salido sin abrigo.

—Bien —concluyó el detective, y guardó su libreta—. Creo que ya va siendo hora de que me vaya.

—Sí, claro… —farfulló el alcalde—. Pero recuerde, ni una palabra de esto a nadie, ni siquiera a Nico.

Daniel, que ya había empezado a irse, se volvió de nuevo hacia él.

—¿A Nico? —preguntó, y una repentina alarma le quemó por dentro—. ¿Qué quiere decir?

—Yo en esas cosas no me meto —afirmó el hombre levantando las manos—. Lo que haga cada uno en su vida privada a mí no me importa, siempre y cuando me dejen a mí en paz. Je, je. —Se sonrió un poco, pero Daniel le devolvió una mirada mortalmente seria—. Ah, pero… ¿usted no es…?

—Creo que eso no es asunto suyo —replicó el detective—. Le he prometido que no diré una palabra de lo que hemos hablado, y no lo haré. Le agradecería que no insultase mi profesionalidad.

Borja parecía consternado. La fachada de prohombre, que había hecho una breve aparición, se volvía a desmoronar, y tras ella solo quedaba un hombre triste, falso y ciego.

Si le había quedado alguna duda de por qué Laura guardaba secretos, se disipó en ese momento.

—Claro, claro, por supuesto… —murmuró el hombre—. Ya nos veremos, ¿eh?

Pero Daniel ya se alejaba por el camino.

Había una nota escrita sujeta entre la jamba y la puerta cerrada de Nico.

Dani:

Bea ha roto aguas. Me he ido con Unai a intentar llegar con ella al hospital. No te preocupes, vamos con su coche, que tiene mejor las ruedas. Los niños están con Águeda y Luisa. ¿Podrías recogerlos si no he vuelto para cenar? Las llaves están debajo del felpudo. ;)

Nico

Pues ya era mala suerte… Daniel entró en la casa, dejó las llaves encima de la estantería y le mandó un mensaje con sus mejores deseos para Unai y Beatriz.

Abrió la nevera para prepararse algo de comer y se encontró con que Nico ya le había dejado una fuente entera de filetes rebozados y un cuenco de sopa, listos para calentar en el microondas. El comentario de Borja, a pesar de que había intentado olvidarlo de camino allí, volvió con fuerza. En realidad, el hombre, con toda su torpeza y su poco tacto, no había dicho nada particularmente ofensivo o, al menos, nada con lo que Daniel no estuviese acostumbrado a lidiar. No solía gustarle que la gente hiciese comentarios sobre su vida privada, pero tampoco había sido eso.

¿Y si aquello no era cosa de Borja, sino que se trataba de un rumor? ¿Y si llegaba a oídos de Nico? ¿Y si Nico se ofendía o se sentía incómodo? ¿Y si…?

Sacudió la cabeza; llevaba demasiados meses sin tener cita con su psicóloga, y se notaba.

La señal de la antena había vuelto, así que Daniel comió viendo las noticias que, como siempre, solo sirvieron para ponerle de mal humor. Tras fregar los platos y recogerlo todo, se acomodó en el escritorio lleno de papeles de Nico y empezó a revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de las fincas.

Menuda tarde más aburrida le esperaba…

El señor Cobo había sido exhaustivo con la vigilancia de su terreno. Cada centímetro de sus lindes era visible desde un ángulo u otro de las cámaras de seguridad, y había horas y horas de grabaciones disponibles. Daniel tuvo que echar mano de sus apuntes y de los archivos que le había facilitado Lario para decidir qué periodos de tiempo le interesaban. Pudo ver, de esa manera, al

señor Cobo salir a pie de su casa la noche de su muerte, con la misma ropa con la que fue encontrado. Le siguió mientras caminaba a través de las distintas cámaras, saltando de un vídeo a otro, hasta que llegó a la verja, abrió los trescientos candados que la mantenían cerrada, salió y volvió a colocarlo todo en su sitio, tirando de cada cadena para asegurarse de que quedaba firmemente cerrada. Después, desapareció por el camino. Daniel aceleró la velocidad del vídeo, pero nada más activó las cámaras de seguridad en toda la noche —salvo un zorro despistado y lo que parecía una lechuza en busca de ratones— hasta que las luces de los coches de Policía llegaron al lugar.

Buscó entonces las grabaciones de la finca de los Francisco y, efectivamente, vio a Beatriz y Unai llegar con los niños y marcharse luego sin ellos, a Borja y a Laura recoger a Raquel y, a eso de las dos, tal y como Ramón habían dicho, volver a las dos adolescentes. Esas cámaras, sin embargo, solamente enfocaban a la puerta, por lo que del coche que las llevó allí solo se veían las ruedas.

Lo bueno: que la coartada de los Francisco quedaba confirmada. No podrían haber salido de la casa sin que las cámaras los detectaran.

Lo malo: que seguía sin tener ni puñetera idea de lo que había podido pasar entre que el señor Cobo saliera de su casa hasta que lo encontraran cabeza abajo en los setos.

Bendiciendo por enésima vez el Internet de Nico, mandó un correo a Patricia con lo que había descubierto en las grabaciones y en la entrevista con el señor Navarro y su hija, y le aseguró que, en cuanto se abriese la carretera, bajaría a Villalcerro y hablaría con el contacto de los muelles de Santander que le había dado Borja y con los padres de la amiga de Laura y Raquel.

Nico llegó pasadas las doce. Tres golpecillos en la madera de la puerta alertaron a Daniel de su llegada. El detective se levantó del escritorio en el que seguía revisando las cintas de seguridad y le abrió, despacio.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó en un susurro. Los niños dormían desde hacía un par de horas en el cuarto de Nico.

—Agotador —respondió en el mismo tono de voz—. Por poco nace en el asiento de atrás, menuda odisea… ¿Qué tal los niños?

—Bien, han sido muy buenos. —Se giró, miró a su alrededor. Necesitaba hacer, decir algo, pero no sabía muy bien el qué—. ¿Quieres cenar?

Nico sacudió la cabeza.

—Vengo lleno, me he pasado el día entero en la cafetería esperando a que me dijeran algo.

—Pero ¿ha salido todo bien?

—Sí, claro, solo ha sido un parto largo. Me he traído el coche de Unai, mañana bajaré a por ellos y traeremos al pequeño Ander a casa.

Se hizo el silencio. Nico también parecía desconcertado, fuera de lugar, como si de pronto tuviese demasiados brazos y piernas y no supiese muy bien qué hacer con ellos. Permanecieron de pie los dos, como dos tontos, sin saber muy bien qué decir o qué hacer.

Nico fue el primero en salir de aquella especie de trance; tan sigiloso como pudo, entró en su habitación. No fue lo suficientemente silencioso, por lo visto, pues Daniel pudo oír, como un ligero rumor, la voz adormilada de Aroa, y después la de su tío, igual de bajita. Al rato, el hombre salía cerrando la puerta tras de sí, con el pijama bajo el brazo y se dirigía al cuarto de baño.

Horas más tarde, Nico dormía plácidamente y Daniel, despierto como un grillo, clavaba los ojos en la oscuridad como si esta le permitiese ver el techo. Lo que le había dicho el señor Navarro seguía dándole vueltas en la cabeza, tal y como había estado todo el día.

¿Qué pensaría Nico? Su parte racional no paraba de repetirle que no pasaba nada, que seguro que a Nico no le importaban las habladurías, pero, al fin y al cabo, Daniel era un intruso en su casa. ¿Y si Borja estaba confundiendo la amabilidad del hombre con algo más? ¿Y si, de pronto, se corría el rumor? ¿Y si Nico se daba cuenta de cómo se sentía Daniel y le rechazaba?

Se llevó una mano a la boca para controlar la brusca inspiración que se le había escapado y la mantuvo allí unos segundos, por si acaso; no recordaba haberse sentido así de asustado desde que tenía quince años y no sabía muy bien qué hacer con ello.

Lo mejor, resolvió, sería irse de allí en cuanto la Torre fuese habitable, y evitar que aquello, fuese lo que fuese, acabase en un desastre total.

«Al fin y al cabo, me volveré a Madrid pronto», se dijo. «No voy a quedarme en Cantabria para siempre».

Y de verdad lo creía, estaba firmemente convencido de ello, pero a la vida a veces le gusta llevar la contraria.

Capítulo 15

S'A MATAO PACO



Tres semanas después del temporal, y aunque las carreteras volvían a ser transitables, la nieve aún no se había marchado del todo. Aún quedaban montoncitos grisáceos en los arcenes, bajo los árboles más densos y en aquellas laderas en las que no daba el sol. Hacía días que la primera quitanieves había alcanzado Villalcerro con Gabriela a la zaga. A partir de ese día, los chicos del pueblo, que habían estado intentando seguir las clases *online*, pudieron volver a sus centros, y los adultos a sus trabajos. Poco a poco, y aunque la tormenta había dejado muchos desperfectos, el pueblo volvía a la normalidad. Las obras en la Torre concluirían cualquier día, Daniel volvería a vivir allí, Nico no tendría que esquivar el sofá cama cada mañana y todo sería como siempre.

Pero la que no podía esperar a que las cosas volviesen a la normalidad era Patricia. Y, tras una brevísima —y entrecortada— llamada de la que Daniel solo pudo entender las palabras «urgente», «Cobo» y «familia», el detective se dispuso a retomar el caso.

Esa misma tarde, le pidió a Nico que le bajase a Carabajillo con el fin de averiguar si habían llegado ya a Correos los informes del

forense. Y no, no habían llegado. La nevada había afectado a todos los aspectos de la vida, y no solamente en Cantabria, sino también en el resto de la península —Madrid llevaba saliendo en los telediarios días y días, como si lo más importante que hubiese ocurrido como consecuencia de la nevada fuese la batalla campal de bolas de nieve de la Gran Vía y no la cantidad de ganaderos y pastores que habían visto diezmado su rebaño por el frío y el hambre—. Y, como los trámites más importantes son los que tienen la asquerosa costumbre de realizarse por los métodos más obsoletos, la empresa de mensajería todavía tenía camiones y furgonetas atascadas por doquier. En una de ellas, al parecer, estaban esos informes que tanta falta le hacían. El catastro, sin embargo, sí que tenía resultados para él: el registro de la casa que tenían era tan antiguo que no tenía ningún valor. El señor Cobo tenía que haber entregado una cédula de habitabilidad de segunda ocupación con todas las reformas que había hecho en la casa, pero justo ese era el papel que faltaba.

Daniel había escrutado las grabaciones hasta casi quedarse sin ojos y no había sacado nada en claro. Al menos había descartado al señor Navarro aquel mismo día; tras un par de llamadas, pudo comprobar que, efectivamente, el alcalde había pasado toda la noche en los muelles de Santander. Sin embargo, con su hija la cosa era más complicada.

El padre de la amiga de Laura y Raquel, Andrea, que supuestamente había llevado a ambas chicas de vuelta a Villalcerro, no solo no tenía ni la más remota idea de qué le estaba hablando, sino que ni él ni su mujer habían estado en la ciudad aquel fin de semana.

—Andrea se quedó a dormir con sus abuelos —le contó, muy indignado, y le dio el teléfono para que pudiera comprobarlo.

Así que ni Raquel ni Laura habían dicho la verdad. Podría haberlo descartado como una chiquillada de no ser porque había un muerto de por medio y porque seguía sin tener ni idea de dónde habían estado y cómo habían vuelto a casa.

Y el trabajador, compañero de Unai, un tal Constantin Munteanu, seguía sin aparecer por ningún lado. Lo último que se sabía de él era

que había cancelado, sin previo aviso, el alquiler del piso compartido donde residía, y nadie sabía dónde estaba. Patricia tenía a gente buscando, e incluso había solicitado un permiso para vigilar los movimientos de su tarjeta. Pero, mientras tanto, no podía hacer nada más.

Y de vuelta a Villalcerro estaba, subiendo por las empinadas eses del camino al pueblo, con Nico intentando levantarle el ánimo, tarea que ya era bastante difícil normalmente, pero que ahora se volvía titánica. Daniel iba apoyado en el cristal, respondiendo «mmmm» a cada cosa que le decía su amigo para que pareciera que le escuchaba, porque estaba demasiado concentrado en el asco que le estaba cogiendo al caso; y a la dichosa carretera que no dejaba de dar vueltas y más vueltas; y al maldito tiempo de mierda de aquella maldita comunidad en aquel maldito país. Olvidados quedaban los buenos deseos de lluvia que limpiase la nieve ennegrecida. Cuando una ligera llovizna empezó a manchar los cristales del coche, Daniel decidió tomárselo como algo personal y se enfurruñó más todavía.

«Si es que nos vamos a matar con tanta curva», pensó. «En cualquier momento se le escapa el coche y nos vamos rodando por la ladera. Y los quitamiedos no parecen nada fiables. Vamos, seguro que no aguantan ni a una persona apoyada, ni hablar de un coche…».

Levantó la cabeza con tanta velocidad que asustó a Nico y por poco convirtió en realidad lo que había estado pensando.

—¡Jesús, Dani, qué susto! —exclamó, y enderezó el coche—. ¿Qué has visto?

—¿Puedes llevarme a donde encontraron el cuerpo de Cobo? —pidió Daniel—. Quiero comprobar una cosa…

Nico le miró con las cejas alzadas, pero obedeció.

Pasados escasos cinco minutos, paró en un ensanchamiento del arcén y se bajaron. Al otro lado de la carretera, el quitamiedos se retorcía hacia abajo, dejando un hueco por el que no solo cabría una persona o un coche, sino una furgoneta entera. Y, puestos a exagerar, también una autocaravana. Un autobús ya no, que tampoco hay que pasarse.

—Ahí abajo apareció —le señaló Nico, y ambos cruzaron la carretera—. En alguno de esos setos, cabeza abajo, como un pato pescando.

Daniel se asomó a la pendiente que se desplegaba más allá del asfalto. No alcanzaba a ver del todo el fondo, solo ramas, piedras cuajadas de musgo y relucientes de humedad, helechos que habían resistido el frío y parches de nieve por aquí y por allá. Con cuidado, y sujetándose a una rama —al quitamiedos no se atrevía, más que nada por miedo a coger el tétanos—, apoyó el pie en la piedra que le pareció estar más seca para descender un poco. Cuando comprobó que la suela agarraba bien, soltó la rama y apoyó el otro pie un poco más abajo.

Pues Cobo podría haberse caído por allí perfectamente.

—¿Ves algo? —Debido a la pronunciada pendiente, Nico quedaba muy por encima de él.

Tardó un rato en contestar, ensimismado como estaba en considerar que, tal vez, su hipótesis inicial del asesinato no fuese tan acertada.

—Nada —respondió finalmente—. ¿Cuánto tiempo lleva roto ese quitamiedos?

—¡Puf! Siglos.

Daniel bajó otro poco y una piedra se desprendió bajo las suelas de sus botas y rodó ladera abajo con un repiqueteo que hizo eco en el valle. Recuperó el equilibrio a duras penas y, despacio, se irguió de nuevo. Desde arriba, Nico le llamó:

—¡Sube ya, Dani, que te vas a caer!

—¡Que me llamo Daniel, jo…!

Y, al erguirse para dejarlo claro de una vez por todas, el pie se le resbaló.

Rodó por la ladera igual que un tronco y aterrizó de espaldas en el fondo como un saco de patatas. El aire se le escapó de los pulmones y la vista se le llenó de puntitos brillantes. Durante un minuto muy largo, solo pudo boquear como un pez.

—¡¡Dani!!

Oh, claro. Nico le había visto caer. Tenía que moverse, gritarle que estaba bien, pero le estaba costando mucho respirar, y no se dio

cuenta de que el hombre había bajado por el terraplén hasta que lo tuvo a su lado, tomándole la cara entre las manos.

—Dani, ¿estás bien? ¿Te has roto algo? ¡Háblame, por favor!

—… en —logró decir, y se incorporó para toser y llenar de nuevo los pulmones de aire—. Estoy bien.

Parpadeó y agitó la cabeza. A su lado, Nico le tanteaba la nuca, la espalda, los brazos, y le quitaba las ramitas y el barro de la ropa y del pelo.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó, y le pasó un brazo tras la espalda.

—Sí, creo que… —En cuanto apoyó el pie derecho, soltó una exclamación de dolor, y habría vuelto a caer al suelo de no ser por el brazo de Nico—. ¡Ay! No, joder, no puedo, no puedo…

Nico le ayudó a sentarse y le tomó el pie entre las manos con delicadeza.

—¿Te duele si hago esto? —preguntó, y empezó a rotar la articulación con sumo cuidado. Daniel aulló de dolor, y el hombre le soltó inmediatamente—. ¡Lo siento!

—No… no pasa nada… —jadeó el detective, y tuvo que ahogar otro grito cuando Nico volvió a tantearle el tobillo con el ceño fruncido.

—Creo que te lo has roto —diagnosticó—. No me atrevo a quitarte la bota…

Daniel echó la cabeza hacia atrás con un resoplido exasperado.

—Joder, ¿es que todo me tiene que pasar a mí?

Nico le apretó el hombro, a modo de consuelo, y se quitó un guante para desenredarle del pelo una ramita húmeda.

—Te dije que te ibas a caer —comentó y, a pesar de la preocupación, se le escapó una sonrisa cuando el detective le fulminó con una mirada—. Bueno, no nos podemos quedar aquí. ¿Quieres que intente levantarte?

Daniel sacudió la cabeza.

—Déjalo, mejor llama a alguien.

—No hay cobertura.

—Entonces, ¿cómo llamó la señora a la Policía cuando se encontró a Cobo?

—Creo que volvió corriendo y a medio camino encontró señal. Como mínimo tendría que intentar subir a la carretera, y no pienso dejarte solo así.

—Bueno, pues ya me dirás qué vamos a hacer… —resopló Daniel y se dejó caer hacia atrás, sobre los codos, doblando la pierna buena para dejar más espacio al tobillo dolorido.

Nico se levantó, se sacudió la nieve de las rodillas y le tendió una mano.

—También te puedo llevar al coche a cuchus.

—¿¡A qué!?

—A cuchus —repitió Nico—. A hombros. ¿No decís eso en Madrid?

—Pero cómo me vas a llevar a hombros, que soy más alto que tú…

Por toda respuesta, Nico le volvió a poner la mano delante de las narices.

—Que te voy a pesar mucho, Nico —protestó de nuevo el detective, pero se la dio.

—A hombros no, pero podemos intentarlo a caballito.

Y tiró de la mano de Daniel. Este pudo ponerse de pie a la pata coja, pero en cuanto fue a dar un paso le volvió a fallar el tobillo y casi se desplomó de nuevo.

—Mira —resopló casi colgado de los hombros de Nico—, ayúdame a llegar hasta esa piedra grande y te espero aquí. De verdad que no me va a pasar nada.

Pero Nico no le estaba escuchando. Ni corto ni perezoso, se colocó justo delante de él, dobló las rodillas y le sujetó las piernas a los lados de su cuerpo. Daniel soltó una exclamación de alarma y se abrazó a su cuello con fuerza.

—¿¡Qué haces!? ¡¡Que nos vamos a caer!!

Nico se incorporó con esfuerzo y dio —o por lo menos lo intentó— un pequeño saltito para acomodarse el peso de su amigo sobre los riñones.

—Si te sujetas mejor a los hombros en vez de al cuello —jadeó, casi sin aire—, a lo mejor no me ahogo y podemos subir.

—Ah, pero ¿¡es que quieres subir por el terraplén!? —exclamó Daniel, y trató de retorcerse sin mucho éxito—. Nico, déjame en el

suelo —advirtió.

Nico dio trabajosamente un par de pasos y miró hacia arriba, hacia la carretera.

—Creo que puedo hacerlo.

Y apoyó el pie en la base del terraplén. Las rocas chirriaron y se movieron bajo el peso combinado de ambos hombres, y Nico tanteó con cuidado a ver si podía subir el otro pie.

Daniel lo observaba todo con los ojos muy abiertos.

—Nico, déjame en el suelo, primer aviso…

El hombre soltó un sonido que debiera haber sido una risa, pero que más bien pareció un quejido ahogado.

—¿Aviso de qué? —jadeó, y Daniel estaba seguro de que una sonrisa burlona le iluminaba la cara de oreja a oreja.

—¡Que nos vamos a caer los dos por hacer el imbécil! ¡Déjame en el suelo!

—No nos vamos a caer —respondió Nico, y si la voz no hubiese denotado el esfuerzo que estaba haciendo, habría sonado exactamente igual que cuando les explicaba algo con paciencia a Aroa y Leo.

Sin embargo, Daniel tenía razón: subir por el terraplén con todas aquellas piedras sueltas con el detective a cuestas era una auténtica locura. Pero Nico no dio su brazo a torcer y, en lugar de dejarle en el suelo, le pidió que llevase el móvil en la mano para ir comprobando la cobertura y echó a andar por el caminito del bosque, en dirección a Villalcerro.

—¡Ánimo! —iba diciendo a cada poco rato, cada vez con menos resuello—. Ya estamos llegando, seguro… ¿Cómo va la cobertura?

Y Daniel, que sentía que tendría que ser él quien estuviese dándole aliento al otro, miraba el móvil con aprensión y respondía:

—Nada aún.

Y al cabo de un rato:

—¿Y ahora?

—Qué va.

Y un poco más tarde, cuando empezaba a dolerle el pecho en empatía con la triste respiración de Nico:

—¿Cómo vamos?

—Nada.

Aquello comenzaba a parecerse a *Barbazul*, o a cualquiera de esos cuentos en los que una pregunta y una respuesta se repiten en bucle y parece que no se llega a ninguna parte.

Sin embargo, incluso esos cuentos interminables alguna vez se acaban, y la siguiente vez que Nico preguntó, una pequeña barrita parpadeaba ligeramente en la esquina de la cobertura.

—¡Tengo algo! —exclamó Daniel, y sin pensarlo alzó el móvil y lo movió de lado a lado.

—¡Quieto, quieto, que te me caes! —se alarmó Nico, pero ya estaba cansado, y no pudo evitar que se le escapara una de las piernas de su amigo, por suerte la buena.

Despacio, le ayudó a sentarse en una raíz gruesa y se echó hacia atrás con ambas manos en las lumbares.

—Mañana te va a doler mazo la espalda, pedazo de bruto —le regañó Daniel, a lo que Nico solo sonrió.

—¿Qué me va a doler, el mazo o la espalda?

Daniel bufó y le tendió el móvil.

—Llama a alguien, anda, antes de que esto se convierta en el festival del humor.

—Es que no sabes lo tentador que resulta tener a un madrileño al que poder chinchar.

Unai llegó apenas quince minutos después. Entre los dos metieron a Daniel en la parte de atrás del coche, de lado y con la pierna extendida, y Nico se subió delante.

—Déjame donde el quitamiedos roto, que tengo ahí el coche —le pidió a su amigo—, y os sigo hasta el hospital.

—Sin problemas.

Aparcar en Urgencias resultó más difícil de lo esperado, así que Unai dejó el coche en doble fila para poder ayudar a Daniel a bajarse, pidió una silla de ruedas en la recepción y, en cuanto estuvo acomodado en la sala de espera, se fue corriendo a aparcar. Nico llegó poco después de que saliese del triaje, y los tres hombres esperaron pacientemente a que fuese su turno. Tras varias

radiografías, tanteos y preguntas, se llegó a la conclusión a la que ya había llegado Nico: el tobillo estaba fracturado y, aunque no iba a hacer falta una intervención quirúrgica, necesitaría de seis a diez semanas de reposo, revisiones periódicas y sesiones posteriores de rehabilitación. Daniel reprimió un gruñido de desesperación; ahora sí que Patricia le iba a matar.

—¿Has venido con alguien? —le preguntó el médico, y Daniel asintió. Ahora que se le había enfriado el cuerpo, sentía cada uno de los lugares en los que le iba a salir un moratón, y el pie le latía dolorosamente a pesar de la bolsa con hielo que la enfermera le había puesto.

Unai se había tenido que marchar, así que solo Nico esperaba fuera. Daniel apenas sí oyó las indicaciones que el médico le daba al hombre, ocupado como estaba en repetirle a su ansiedad que no se había caído por el terraplén a propósito, y que su jefa no podía despedirle por eso. Antes de darse cuenta, tenía el pie envuelto en una venda compresora, el calcetín embutido encima, y Nico sostenía su bota en la mano mientras con la otra le ayudaba a levantarse. El médico le tendió unas muletas, y un enfermero los acompañó hasta la puerta de Urgencias para asegurarse de que sabía usarlas.

El viaje de vuelta a Villalcerro transcurrió en el más absoluto silencio.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Nico.

Nada más llegar a la casa del hombre, habían tenido una pequeña discusión acerca de quien dormiría dónde aquella noche, porque Nico estaba empeñado en cederle la cama. Solo cuando Daniel agarró las muletas y amenazó con irse andando de vuelta a la Torre, accedió a dejarle en el sofá. Y allí se encontraba, como si no hubiese pasado tiempo desde la última vez que se acostó en él la noche anterior, con la única diferencia de que esa vez estaba rodeado de almohadones, con otro debajo del tobillo roto y un cuenco de caldo entre las manos. Las medicinas estaban haciendo su efecto, así que Nico tuvo que repetir la pregunta. Su primera respuesta fue bufar, pero se arrepintió inmediatamente y contestó:

—No te preocupes por mí.

—Te he visto rodar montaña abajo rebotando en cada piedra como un concursante del *Grand Prix* —replicó Nico—. Por supuesto que me preocupo por ti. ¿Te duele mucho?

—Ya no tanto. —El analgésico de caballo que llevaba encima debía de tener algo que ver; apenas atinaba a levantar la cuchara—. ¿Tú cómo estás?

—Bien. Mañana tendré agujetas de cargar contigo, eso seguro —dijo, y le guiñó un ojo—, pero nada que no se cure durmiendo bien esta noche. —Se sentó en el colchón y le tendió el móvil que, por fortuna, había sobrevivido a la caída sin un rasguño—. Ten, ¿quieres avisar a alguien?

—A mi jefa —dijo inmediatamente Daniel—, pero a lo mejor debería hacerlo con la baja en la mano, antes de que intente convencerme de que si estoy sentadito y sin mover el pie puedo trabajar perfectamente.

—¿Y a nadie más? —Daniel negó con la cabeza—. ¿Tus padres? ¿Tus amigos?

—Mi padre murió hace un par de años y mi madre está dando la vuelta al mundo —contestó Daniel, con un deje de amargura. Algo en su interior intentó reprenderle por el tono, pero estaba muy cansado, muy drogado y con muchas ganas de llorar.

—Vaya… —murmuró Nico, compungido—. Lo siento. Pero, aunque tu madre no vaya a poder venir, por lo menos cuéntale lo que te ha pasado y dile que estás bien. Tal vez tus amigos quieran saberlo.

—*Nah*. —No le apetecía ponerse a hablar de ellos, bastante bilis tenía ya con el hecho de haberse roto un tobillo de la forma más estúpida posible—. En realidad, no somos tan cercanos.

Nico se sentó a su lado en el sofá y le pasó la taza de tila y un paquete de pañuelos de papel.

—Si necesitas echarte a llorar, puedo salir de la habitación y volver luego.

—¿Por qué iba a echarme a llorar?

—Ah, no sé… —Nico se encogió de hombros—. Es que se te ve muy frustrado.

No quería decir nada. Quería asegurarle que estaba bien, que solo necesitaba dormir, que se sentía muy estúpido y muy torpe, que…

—Lo siento —fue lo que le salió al abrir la boca. Malditos analgésicos…

Nico le miró con el ceño fruncido de preocupación.

—¿El qué?

—Que hayas tenido que cargar conmigo. —«Daniel, cállate, no lo asustes más», se dijo, pero no podía evitarlo—. Que estés siempre dejándolo todo para ayudarme.

Nico sonrió, como siempre.

—No te preocupes, que lo hago encantado.

—Ya, claro —bufó Daniel—. Eres demasiado buena persona como para decirme que tenerme cerca es un auténtico coñazo. Todo el día cuidando de mí…, vaya trabajo de mierda.

Se volvió, esperando recibir otra sonrisa, tal vez una broma respondiendo a su agrio comentario, y en su lugar se encontró con que Nico se había quedado serio.

—No eres un coñazo —respondió—. Ni un trabajo de mierda. Al menos no para mí.

Y Daniel, lógicamente, se llevó una mano a la cara y se echó a llorar. Apenas notó cómo Nico le quitaba con suavidad el cuenco y le rodeaba los hombros con el brazo. Lloró y lloró sobre el hombro de su amigo hasta quedarse seco, y pese a los sollozos y el estropicio que debía de estar haciéndole en la camiseta, el hombre no se apartó, ni dejó de acariciarle el pelo.

Cuando acabó, se limitó a sonreír, a tenderle un paquete de clínex y a ayudarle a tumbarse. Daniel estaba convencido de que se durmió antes incluso de apoyar la cabeza en la almohada.

Capítulo 16

MARIPOSAS



Nadie le había hablado nunca del cargo de conciencia que venía tras cogerse una baja. Daniel llevaba trabajando casi diez años, y no había utilizado ni sus días de asuntos propios. La presión, ya no por ser el mejor, sino por no hacer nada mal y que no le echasen la bronca, le impedía tomarse el tiempo que, por ley, le correspondía. ¡Cuántas gripes se había pasado frente al ordenador, con cuarenta de fiebre y el moco colgando, rellenando formularios o revisando facturas! El detective no entendía de quietud ni de lo que significaba la palabra «descanso».

Por suerte —o por desgracia—, ahora no estaba solo.

—Nico, por favor…

—Que no, que tienes que descansar.

—Es solo un correo, no voy a tardar ni cinco minutos…

—Cinco minutos de tu tiempo de baja.

Daniel resopló, exasperado, y hundió la espalda en los almohadones.

—Cuando me pueda tener en pie te voy a dar una patada en el culo —refunfuñó.

—¿Pero antes o después de mandar el correo? —se burló Nico, y Daniel soltó un gruñido, derrotado.

El móvil permanecía en la mesita junto a la tele, tan fuera de su alcance como si estuviese al otro lado del Cantábrico.

«Podría levantarme y cogerlo», se dijo. No tenía por qué apoyar el pie, solo tenía que bajarlo de la silla donde lo tenía apoyado, ir a la pata coja un par de saltos y…

Nico empezó a canturrear desde la cocina y Daniel, que se había echado imperceptiblemente hacia delante, se hundió de nuevo en el sofá.

No funcionaría. Tendría a Nico encima en cuanto el pie lesionado se alzase del almohadón, como todas las demás veces que lo había intentado. Ni coger el móvil, ni abrir el ordenador, ni siquiera contestar a los mensajes de Patricia. «Ni hablar, estás de baja», decía Nico, y volvía a acomodarle los almohadones, o a colocarle mejor la manta sobre las piernas, o a comprobar si el pie tenía suficiente apoyo y la posición era la correcta. «Un auténtico rollo», habría dicho si alguien le hubiese preguntado, y estaría mintiendo descaradamente. Daniel no se había sentido tan mimado desde que le habían operado de apendicitis a los quince años. Además, lo de quitarle el móvil y el ordenador era una especie de broma interna; en el momento en el que Daniel los necesitase de verdad, Nico se los traería corriendo.

Había llovido la noche de su llegada desde el hospital, y todos los días desde entonces, con breves interludios en los que el sol apenas llegaba a asomar entre las nubes. Eso quería decir que las carreteras estaban limpias y que, si no ocurría nada más, Gabriela vendría con los niños el viernes y sería noche de peli y manta. Lo estaba deseando, aunque la verdad era que casi todas las noches eran noches de peli y manta. Se sentaban los dos juntos en el sofá, abrían la primera plataforma de *streaming* que se les ocurría y empleaban más de media hora en decidir qué querían ver. Y luego, a los veinte minutos de darle al *play*, uno de los dos —casi siempre Daniel— empezaba a cabecear. Entonces, la película se paraba y,

mientras el detective iba con sus muletas hasta el cuarto de baño, Nico recolocaba el salón y abría el sofá cama. Las mañanas transcurrían de forma similar, al menos hasta que Nico debía irse a trabajar y el detective se quedaba solo… o no tanto, porque enseguida aparecía alguien: Luisa, que acababa de dejar a Águeda en misa y pasaba a ver cómo estaba; Unai, que se acercaba un momento al volver de hacer unos recados; o, en una ocasión, incluso Laura y Raquel, esta última con un *tupper* que contenía una porción de bizcocho que habían preparado la tarde anterior en su casa.

Y enseguida llegaba Nico, a contarle todas las cosas que le habían pasado. Daniel se estaba acostumbrando al crujir de las ruedas del taxi sobre la gravilla y, cuando lo oía, cogía sus muletas y cojeaba hasta la entrada para abrir la puerta, por si acaso Nico venía cargado.

Era… extraño. Extraño y a la vez tan familiar que Daniel no se atrevía a pensar mucho en ello, por si encontraba algún fallo y aquella pequeña burbuja explotaba. Había una paz en la vida con Nico que aún no sabía cómo definir. Las proverbiales mariposas de su estómago hacía tiempo que habían subido hasta el corazón y lo ocupaban por completo. Le llenaban los pulmones cuando veía a Nico salir de su cuarto por las mañanas, despeinado y aún bostezando. Las notaba en la garganta cuando le oía canturrear mientras pasaba la escoba o fregaba los platos y se le agolpaban en la lengua cada vez que aquellos ojazos azules encontraban los suyos. Daniel se las imaginaba dibujadas por la manita torpe de Leo, desmañadas, irregulares, todas ellas batiendo las alas en desorden, esperando que se abriera la barrera de los dientes para salir volando en un huracán de mil colores.

Y apretaba más los labios, las retenía, porque le gustaba demasiado aquella sensación de plenitud como para dejarla escapar.

Pero no todos los días eran buenos. El mundo seguía girando fuera de su pequeña burbuja, y ¿desde cuándo el mundo es amable? Seguían ocurriendo horrores en países demasiado cercanos como

para ignorarlos, y en el propio, corrupción, sufrimiento, odio e injusticia. Nico solía poner un rato las noticias mientras preparaban la cena, y había días en los que ni una sola era buena.

Aquel día en concreto, casi al final de la novena semana de convalecencia, Daniel no necesitaba más motivos para sentir que la vida era un esfuerzo demasiado grande. La apatía le había sorprendido a mitad del desayuno al darse cuenta de que su baja laboral estaba próxima a terminar. Y de que tendría que volver a abrir el correo del trabajo. Y de que, aunque Patricia había dejado de mandarle WhatsApp a las dos semanas de decirle, amable pero firmemente, que estaba de baja y no iba a hacer nada relacionado con el trabajo hasta que acabase, en cuanto llegase el día volvería a la carga. Y de que en algún momento encontraría las suficientes pistas como para cerrar el caso. O la familia del señor Cobo se aburriría de pagar y de no obtener resultados.

Y entonces tendría que irse.

Pudo contenerlo hasta que Nico se fue a trabajar; la vergüenza era más fuerte que aquella desidia densa y desesperanzada que apenas le dejaba respirar, y no quería que el hombre presenciase otra escenita, que bastante tenía con tener un okupa en su sofá. Pero apenas se cerró la puerta, la apatía se apoderó de él como la brea, y pasó el resto del día tumbado en el sofá, con la tele encendida y la mirada perdida. Reunió las fuerzas suficientes para levantarse cuando oyó llegar el coche, pero apenas abrió la puerta, Nico supo que pasaba algo. Le bastó mirarle una sola vez a la cara y después girar la cabeza hacia donde la tele seguía hablando sola. Daniel no se había dado ni cuenta, pero llevaba todo el día *no viendo* el canal 24 Horas. Empezaba a tener sentido el por qué el puño que le apretaba el cuello no se había aflojado en ningún momento.

Nico entró sin cerrar tras de sí, apagó la tele y abrió el armario de la entrada. En lugar de quitarse el abrigo y guardarlo, sacó el de Daniel.

—Ven, quiero enseñarte algo.

El hombre empezó a decir que no le apetecía salir, que no se encontraba bien, que… Pero su cerebro iba muchísimo más lento de

lo normal, y para cuando terminó de formular una buena excusa, estaban dentro del taxi y la casita quedaba ya muy atrás.

En lugar de tomar la carretera que bajaba hacia Carabajillo, Nico torció a la izquierda, hacia arriba, y continuó hasta que la cúpula verde del bosque se abrió y el cielo apareció sobre ellos. Cuando los árboles dejaron paso a los matorrales de enebro entre las rocas, Nico se metió por un camino aún más pequeño y todavía siguió subiendo un poquito más. Cuando se bajaron del coche, lo primero que vio Daniel fue, abajo, en la ladera de enfrente, el claro por el que se desperdigaban las casas de Villalcerro. Identificó la iglesia, el bar, el ayuntamiento, incluso llegó a ver la Torre emergiendo por detrás del cementerio, aún más desvencijada y miserable en la distancia de lo que parecía de cerca.

—Ven —le llamó Nico, y le ayudó a subir por la ladera hasta llegar a un pequeño merendero que tenía incluso un hueco para encender una barbacoa.

Estaban rodeados de rocas y espinos, nada que ver con la densidad del bosque abajo, donde los quejigos y los abetos se disputaban el terreno con los eucaliptos. El hombre se subió al banco y desde ahí le tendió una mano. Daniel, todavía inseguro sobre sus propios pies, se encontró de pronto, ya no en el banco, sino sobre la mesa de piedra.

El valle se veía exactamente igual desde allí arriba que desde abajo, pero, por seguirle la corriente, comentó:

—Qué bonito.

Nico sacudió la cabeza y le puso una mano en la espalda para que se girara. Daniel lo hizo, esperando encontrar otro paisaje de laderas verdes y eucaliptos invasores…

… y se encontró mirando al mar.

Estaba allí mismo, entre dos montañas, un pedazo de azul penetrante bajo el cielo gris. Un barco entraba en ese momento en escena, despacio, y si uno tenía la suficiente imaginación, podía oír la sirena.

—Qué bonito —repitió, y esa vez lo decía de verdad.

Permanecieron ambos allí un buen rato, hasta que el barco desapareció por completo tras la montaña, y aún se quedaron un

poco más. No había prisa ninguna; no hacía demasiado frío y el viento, que se alzaba desde los eucaliptos de la ladera y se colaba entre las rocas para esconderse entre las ramas de los enebros, era un agradable sonido blanco que relegó la ansiedad a un segundísimo plano.

Además, la mano de Nico no había abandonado la suya, ni Daniel había hecho ademán de retirarla.

«Es para darme estabilidad», se dijo. «Por si me falla el tobillo».

Eso habría que explicárselo también a las mariposas, que habían iniciado de nuevo el recorrido desde su estómago, subiendo por la garganta, pesándole en la lengua y aleteando contra sus dientes. Daniel estaba empezando a pensar que, más que mariposas, eran palabras.

Dos, en concreto.

Capítulo 17

HOGAR



El tren iba lleno a rebosar.

Fuera diluviaba y, encima, hacía frío. Las últimas horas de la Semana Santa se escapaban sobre las vías, y el vagón iba lleno de familias y de grupos de amigos que volvían a la capital a retomar sus vidas.

Daniel, en cambio, no estaba seguro de a qué volvía.

A ver cómo estaba su piso, en principio, y a traerse una maleta más grande con ropa y cosas que había echado en falta. Seguía creyendo que no pasaría mucho más tiempo en el norte, pero cada vez que lo decía ocurría algo y todo se retrasaba, así que más valía estar preparado. Aún quedaba trabajo por hacer en Villalcerro; los documentos seguían sin aparecer y aún no le habían llegado los malditos archivos del forense. ¿La pista de Constantin Munteanu, el compañero de Unai? Había quedado en nada. Mientras Daniel había estado de baja, uno de sus compañeros lo había localizado en un pueblecito de Rumanía. Resultó que había ganado un buen premio de lotería y el pobre hombre, que rondaba ya los sesenta, había decidido anticipar su jubilación y volverse a su país a disfrutar de su familia. Ni siquiera sabía que el señor Cobo había fallecido, pero el

detective se negó a repetir la cantidad de insultos en ambos idiomas que le había dedicado a su memoria.

Tras casi siete horas de trayecto, llegó a Atocha. La marea que salía del tren se fusionó con la que esperaba en el andén, y Daniel casi tuvo que abrirse paso a codazos hasta que consiguió llegar a la calle y pedir un taxi; estaba demasiado cansado como para darse todo el paseo en metro.

El coche en el que se montó estaba limpio y el ambientador no era demasiado fuerte, pero de pronto echaba de menos el olor a usado, el traqueteo de las ruedas sobre el asfalto irregular y los hipidos de la radio de su amigo.

De su amigo.

Parecía mentira que, después de prácticamente haber vivido en su casa varios meses, de que le cediese la cama, de ir con sus sobrinos de acá para allá, todavía no se atreviese a llamarlo más que «amigo».

Pero es que Daniel estaba convencido de que no iba a durar. De que iba a pasar algo. De que la iba a fastidiar de una manera o de otra. Y él no era de esa clase de personas que soporta estoicamente el devenir del tiempo y el final de las relaciones. No, Daniel era un llorón de libro, patético al más puro estilo grecorromano, y los cambios bruscos y los finales amargos no le dejaban lecciones aprendidas hasta muchos meses después, cuando se había adaptado a la nueva normalidad a fuerza de sufrir por lo que había perdido.

Y con Nico iba a pasar, estaba seguro, igual que pasaba con todo el mundo, y si no era cuando se marchase definitivamente de Villalcerro, sería pocos meses después, y Daniel tendría entonces que ver cómo se apagaban las conversaciones, cómo moría la relación…

Pero ¿de qué relación estaba hablando, si ni siquiera se había atrevido a hacer nada al respecto?

Daniel sacudió la cabeza tan repentinamente que el taxista le miró por el retrovisor y preguntó, con tono compasivo:

—¿Qué, un viaje largo?

—No se hace usted una idea. —Suspiró.

El piso estaba exactamente igual que lo había dejado meses atrás. Uno de sus compañeros de piso le vio entrar por la puerta y, pese al tiempo que había pasado, le recibió con un gruñido y un gesto de la cabeza, como si le hubiese visto aquella misma mañana.

Daniel correspondió de igual manera y se fue derecho a su habitación. No tenía ya ni hambre, solo quería irse a dormir.

La cama —su cama— no era tan blanda como la recordaba. Ni tan cómoda. Las sábanas rascaban y la luz artificial de las farolas de la calle se colaba entre los huecos de la persiana, haciendo que pareciese que estaba dentro de un horno, o que dormía mientras aún era de día, si es que el día podía tener ese resplandor de ciudad moribunda en un paisaje postapocalíptico.

Al día siguiente se despertó muy temprano, cuando uno de sus compañeros de piso entró al baño. ¿Había hecho siempre tanto ruido el agua? ¿Se oían tanto las cañerías antes o era por comparación con el silencio del pueblo? ¿De verdad solía ser el primero en levantarse para salir al mundo cuando aún no estaban puestas ni las calles?

Ese mismo compañero se lo encontró desayunando cuando salió de la ducha.

—¡Hombre! ¿Pero tú cuándo has llegado?

—Ayer por la noche.

—Ah, es que como vi la puerta del cuarto cerrada… —Se sentó a la mesa junto a él, a lo suyo, y ya no se volvieron a dirigir la palabra hasta el momento en el que el hombre salió por la puerta.

—Hale, me voy.

—¡Hasta luego!

—¡Chao!

Y la puerta se cerró, dejándole como único habitante de aquel piso destartalado y tan viejo posiblemente como el pavimento, cuatro pisos más abajo.

Daniel se quedó mirando su vaso de leche, pensativo, e hizo una nota mental para reponerle el brik que había gastado a su compañero; los *tuppers* de comida que dejó, creyendo que estaría fuera solo unas semanas, seguían en su balda de la nevera, totalmente putrefactos. ¿A ninguno de sus compañeros se le había

ocurrido vaciarlos? O a lo mejor tendría que haber llamado él, no presuponer que alguien se encargaría de ello… Se le ocurrió de pronto que, desde hacía un par de años, presuponer era lo único que hacía.

Después de desayunar, fue al pequeño archivador de la entrada, donde habían establecido que se metía el correo de todos; quien pasase y viese el buzón lleno, subía todo lo que hubiera y luego metía en cada ranura lo que correspondiera. La suya estaba hasta los topes: facturas, publicidad, una tarjeta de una cadena de librerías que no recordaba haber pedido… y un manojo de postales. Había una de Bangladesh, otra de Shanghái, otras dos de diferentes ciudades de Vietnam, y la más reciente mostraba a Gengis Kan a caballo en lo que parecía un edificio circular, en Ulán Bator. Se sentó en el sofá y las leyó una por una.

Querido Daniel: Te mando unos monjes budistas para que te traigan paz de espíritu. Besos, Mamá.

Querido Daniel: Aquí llueve mucho y comen cosas muy raras. Te traeré unas pulseras como las que llevan los niños de la foto. Besos, Mamá.

Querido Daniel…

Su madre seguía con su vuelta al mundo, al parecer. Tendría que decirle que, de momento, ya no estaba viviendo en Madrid, pero eso implicaría llamarla por teléfono, y tratar de contactar con Teresa Gutiérrez suponía una inversión de tiempo y esfuerzo que no estaba preparado para asumir.

La relación de Daniel con su madre no era mala, tan solo estaba descuidada. Cuando era niño, tanto ella como su padre habían trabajado mucho y hasta muy tarde, y Daniel había pasado sus primeros años a cargo de niñeras. Siempre había podido contarles cosas, sí, pero entre caso y caso, cuando en sus respectivas mesas no se amontonaban los informes y las pruebas, las alegaciones y las vistas. A fuerza de tener que elegir el momento idóneo, Daniel

simplemente había dejado de acudir a sus padres ante cualquier problema. En el fondo, la relación que mantenía con sus padres era cordial, pero no excesivamente cariñosa. Todo en aquella familia parecía hecho deprisa y sin cuidado, como si alguien hubiese intentado replicar con ellos el modelo de familia perfecta, pero no hubiese examinado bien a los individuos antes de hacerlo. Sus padres se habían conocido en la carrera de Derecho, cuando la lógica y la practicidad tenían más que ver en el matrimonio que el amor. Trabajaban muy bien juntos y en algún momento habían sentido algo el uno por el otro, pero ese algo se había apagado hacía tiempo.

Con la aparición en el periódico de una esquela con el nombre del juez Arturo Minaya, llegó también la pensión de viudedad, y Teresa, que ya llevaba jubilada un par de años, decidió que era hora de dejarlo todo y dedicarse tiempo a sí misma y a sus pasiones.

A menudo, Daniel quería enfadarse por no llamar nunca, pero él tampoco lo hacía, así que suponía que, en ese aspecto, estaban en paz. Tampoco tenía nada que contarle, ni nada de lo que su madre pudiese sentirse orgullosa, así que, ¿para qué?

«Hijo de ilustre juez e imbatible fiscal se dedica a deshacer matrimonios y a buscar documentos perdidos», pensó con una media sonrisa irónica mientras guardaba las postales en un cajón de su cuarto. «Sí, seguro que le habla a todo el mundo de los logros de su hijo».

En su euforia por volver a casa, aunque fuese por poco tiempo, había comprado el billete de ida un domingo y el de vuelta una semana después, pero tan solo era lunes, y Daniel estaba sentado en la cocina de su piso compartido sin saber qué hacer con esos cinco días libres.

¿Qué solía hacer él antes del caso Cobo?

Cogió el móvil, y hasta el movimiento de recorrer las conversaciones de WhatsApp le pareció extraño; no había casi mensajes, tan solo un par de *stickers* estúpidos en el viejo grupo de la universidad, una foto de un bebé regordete en el del gimnasio al que solía ir, varias promesas vacías de quedar a tomar algo, «aunque solo sea un ratito», y —ese fue el que le hizo detenerse y respirar

hondo antes de abrir la conversación— uno de Nico: *¿Has llegado bien?* Y el emoticono del beso justo debajo.

Lo había mandado el día anterior, pero con la cobertura de Villalcerro, probablemente habría alcanzado la red de madrugada.

La sonrisa de bobo prácticamente le salió sola, y agradeció no estar cerca de ningún espejo mientras contestaba: *Sin problemas. ¿Tú cómo estás?*

Te echo de menos, escribió, pero lo borró antes de llegar a mandarlo.

La psicóloga le abrió la puerta con una sonrisa amable.

—Buenos días, Daniel, pasa. —Cerró la puerta tras de sí, le invitó a colgar el abrigo en el perchero que había en la esquina y le señaló el cómodo sofá que había en la sala de espera—. ¿Te importa esperar aquí un momentito? Enseguida estoy contigo.

Daniel se sentó con los codos sobre las rodillas y el mentón apoyado en una mano. Unos cinco minutos después, el anterior paciente abandonaba la consulta y la psicóloga le hacía pasar al interior, donde esperaban dos butacas en el centro de una habitación, pequeña pero muy bien decorada. La mujer sacó de un archivador una carpetilla de cartón con un montón de folios escritos por las dos caras, le invitó a que se sentase en una de ellas e hizo lo propio.

—¡Bueno! Hacía un montón que no te veía —empezó—. ¿Cómo estás?

—Bueno… —contestó, evasivo, Daniel. Sabía que tenía que ser directo, que había concertado la cita para sacarse del pecho todo lo que apenas le estaba dejando respirar, pero le estaba costando horrores. No era la primera vez que llegaba a una sesión y se le olvidaba todo lo que había ido mal—. He estado fuera, en el norte.

—¡Oh! ¿De verdad? ¿Por trabajo?

Daniel asintió.

—Creí que iba a estar mucho menos tiempo, pero llevo allí desde finales de agosto y…, bueno —se encogió de hombros y se frotó las manos en los muslos—, digamos que la cosa cada vez se complica

más. Solo he vuelto a ver cómo está el piso, la semana que viene tengo que volver allí. —La psicóloga asintió y no dijo nada, con lo que Daniel no tuvo más remedio que continuar hablando—: Creo… creo que estoy peor.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me ha vuelto a pasar. —Por lógica, sabía que no había nada por lo que sentirse culpable ni avergonzado, pero, aun así, bajó la mirada al suelo—. Lo de… lo del día negro. Llevaba un tiempo bajo mucha presión y, una mañana, de pronto, no me podía levantar. —Hizo una mueca al recordarlo—. Me habría quedado allí de no ser por…

Se detuvo. Miró a la psicóloga. La mujer le devolvió la mirada y asintió con calma. Daniel cerró un momento los ojos para respirar, intentó retomar el hilo de la historia, pero todos los pensamientos sobre Nico se le agolparon en el pecho, recuperaron sus alas de colores y empezaron a trepar hacia arriba, quemándole en la garganta. No había hablado con nadie del hombre. Y necesitaba hacerlo, necesitaba que alguien más supiese…

Carraspeó, trató de empujar todo aquello de nuevo hacia abajo, hacia lo más profundo de su mente, pero las mariposas se negaron y continuaron haciendo fuerza hacia arriba, así que hizo lo único que podía hacer:

—He conocido a alguien —confesó.

Inmediatamente, la presión en el pecho remitió, y el alivio le trepó por la cara en forma de sonrisa.

Menuda cara de bobo debía de tener.

La psicóloga esperaba, así que continuó:

—Se llama Nico, y es, probablemente, la mejor persona que me he encontrado nunca.

Y desde ahí, todo fue más fácil. Le habló de cómo se habían conocido, de los paseos en taxi, del día que se quemó, de aquella tarde que se quedó con él hasta que la nube negra pasó… Todo en desorden, a borbotones, como si se hubiese roto el dique que aprisionaba un gran río. La mujer asentía sin decir nada, tomando notas de cuando en cuando, mientras Daniel hablaba y hablaba como nunca había hablado en una sesión. Él no se veía la cara, pero

había un brillo en su mirada que la psicóloga no había visto nunca desde que le conocía, y llevaban ya con la terapia dos años. Cuando calló, estaba temblando, y tuvo que hacerle realizar unos ejercicios de respiración para impedir que empezase a hiperventilar.

—Parece una persona estupenda. —Sonrió la mujer una vez Daniel se hubo calmado un poco—. Enhorabuena, Daniel, me alegro un montón por los dos.

—No… no hay un «los dos» —la corrigió él, y el brillo se apagó, dejando paso de nuevo a la angustia característica de aquellas sesiones.

—Oh, vaya —comentó la mujer—. Tal y como hablas de él, da esa impresión. ¿Te importa si seguimos la sesión por ahí?

—Sí. Quiero decir, no —se corrigió rápidamente—. No, no me importa.

—Bien. Quiero que cierres los ojos y te concentres. —Daniel obedeció—. Piensa en Nico, en todo lo que me acabas de contar de él. ¿Lo tienes? —Él asintió, y la mujer continuó—: ¿Dónde lo sientes? —Daniel se llevó una mano al pecho, sobre el esternón, donde tendían a acumularse todas las sensaciones de su vida, y descansó allí la palma, con los dedos extendidos—. Bien. ¿Qué es lo que sientes?

—No… no lo sé.

—No pasa nada. ¿Sabes si es bueno o malo?

—Es bueno —respondió inmediatamente. Después, frunció el ceño y añadió—: Al principio.

Podía oír el rasgueo del bolígrafo sobre el papel y a la mujer pasando de página.

—¿Qué viene después?

Para esa emoción sí que tenía respuesta:

—Ansiedad. Miedo. No, miedo no. Pánico.

—¿Puedes abrir los ojos?

Lo hizo, y la psicóloga le recibió con una sonrisa amable.

—¿De qué tienes miedo?

—De estropearlo todo. De que se acabe, como todo lo demás.

—¿Por qué se va a acabar?

—Porque todo se acaba, ¿no? Todo el mundo se marcha. No soy tan interesante, da igual lo que crea ver en mí, al final se acabará marchando. Como todos. Aunque… —Soltó un bufido que pretendía ser una risa cargada de sarcasmo—. Esta vez el que se irá seré yo, así que no sé de qué me estoy quejando.

Bajó la cabeza y de nuevo oyó el rasgueo del bolígrafo sobre el papel, esa vez a mayor velocidad. Intuía que alguna futura sesión iría en aquella dirección.

La mujer repiqueteó suavemente con el bolígrafo en el borde de la carpetilla y preguntó:

—¿Qué tendría que ocurrir para que no sintieras ese miedo?

—No lo sé, poder leer el futuro, tal vez. Saber qué va a pasar.

—¿Incluso si no sale bien?

—Incluso si no sale bien. Así por lo menos sabría a qué atenerme.

—Entonces, ¿qué te detiene?

Daniel se quedó callado. Abrió la boca para hablar, pero la cerró inmediatamente. Sacudió la cabeza, volvió a frotarse las manos en los muslos… y por último dijo:

—Nada, supongo.

La mujer sonrió con su característica calma.

—Quiero que te quedes con eso de esta sesión, ¿de acuerdo? —le pidió—. Si pudieses leer el futuro, pasase lo que pasase, habría cosas que no dejarías escapar. Piensa sobre ello, ¿de acuerdo?

Daniel asintió, y la mujer se levantó para ir hacia el escritorio que había en una esquina.

—¿Cuándo quieres que nos veamos otra vez? —preguntó y sacó un fajín de facturas vacías de un cajón—. Imagino que volverás para allá dentro de poco.

—No sé si habría opción a hacer la consulta *online*… —se aventuró Daniel—. Es que no sé cuándo voy a volver y… me hace bastante falta, la verdad. Podría hacerte una transferencia al acabar cada sesión…

La mujer lo meditó un momento.

—Me parece una muy buena idea. Déjame que piense la logística y te mandaré un mensaje, ¿de acuerdo?

Le acompañó hasta la salida y, justo antes de que se marchase, le dijo:

—Creo que nunca te he visto tan feliz como cuando me hablabas de Nico. Piensa en eso también, ¿de acuerdo?

Y tras despedirse, Daniel se encaminó hacia el metro, con el corazón un poco más ligero y una pequeña llama de esperanza que estaba seguro de que no estaba allí aquella mañana.

La vuelta a Carabajillo le pareció, si cabe, aún más larga que la ida. Daniel intentó distraerse con las películas que se había bajado en el móvil, con la que estaban poniendo en la televisión del tren e incluso revisado una y otra vez el muro de Squeaker.

Nada funcionaba. La ardilla azul de la red social parecía burlarse de él y sentía las mariposas en la boca del estómago y la ansiedad tras las costillas, trabajando juntas para no dejarle en paz ni un minuto.

Había hablado con Nico la tarde anterior para preguntarle si podía recogerle en la estación y ayudarle a mover sus cosas de vuelta a la Torre, y le había costado todo su valor y cuatro intentos el mandar el mensaje una vez escrito. De lo que había tardado en escribir un triste mensaje de dos líneas… mejor ni hablar.

Y en aquel momento, mientras el tren entraba en la estación y los pasajeros empezaban a levantarse y a recoger sus maletas de las baldas superiores del vagón y de los compartimentos junto a las puertas, Daniel se debatía entre las ganas que tenía de echar a correr y el pánico repentino a hacer o decir algo que pudiese estropearlo todo.

Nico le esperaba tras los tornos con una sonrisa de oreja a oreja y una caja de lo que parecían pastas en una mano. Daniel sintió cómo se le iluminaba la cara al verle, y apretó el paso, olvidado todo el miedo.

Apenas llegó junto a él, el hombre se adelantó y le envolvió en un cálido abrazo que le dejó un momento desorientado, con una mano sujetando la maleta y la otra el billete. Usó esa última para

responder al abrazo, y enterró la cara en el hombro de su amigo. Notó más que oyó su risa.

—Sí que vienes cansado…

—Agotado —confirmó, y se separó un poco. Todavía no, todavía no. Su mano, traidora ella, no le obedeció en la retirada y se quedó en el brazo del hombre, con el billete hecho un gurruño—. ¿Qué tal la semana sin un polizón en tu sofá?

—Muchísimo más aburrida —respondió Nico, y le guiñó un ojo.

Sin hacer caso de sus protestas, le quitó el asa de la maleta de la mano y ambos echaron a andar hacia el exterior. Hacía frío fuera, pero al sol todavía le quedaba un buen trecho antes de ocultarse tras el horizonte; los días se hacían más largos y el viento soplaba menos frío, menos despiadado.

—Aroa ha preguntado por ti —le contó Nico—. Creo que ella también se había acostumbrado a verte en mi sofá. Vinieron los tres el sábado a comer. Leo te ha hecho otro dibujo, por cierto. Voy a tener que empezar a sentirme celoso, te hace a ti más que a mí.

—Es un cielo de niño —corroboró Daniel—. Son muy especiales los dos.

—Lo sé. —Sonrió Nico—. Soy un tío con suerte.

El sol se puso a medio camino de Villalcerro y llegaron a casa de Nico cuando ya solo quedaba una línea de luz en el horizonte. El viaje había transcurrido en silencio en su mayor parte, y Daniel no podía responder por Nico, pero él se lo había pasado entero aguantándose las ganas de apoyar la mano sobre la del hombre, allí donde descansaba en la palanca de cambios. El valor con el que se había bajado del tren le fue abandonando y, cuando aparcaron, solo quería irse a casa y meterse bajo una manta a morirse de vergüenza en paz.

Tardaron más de lo esperado en recoger sus cosas, pues Nico había aprovechado su ausencia para hacer la colada y muchas prendas de ropa estaban todavía tendidas. Mientras el hombre iba a comprobar si estaban secas, Daniel se quedó vaciando el cajón que le había prestado aquellas semanas. Sus muletas seguían en una esquina; las cogió y las colocó junto a la puerta para acordarse de

meterlas también en el coche, que tenía que devolverlas en la farmacia de Carabajillo.

—Aquí están. —Nico volvió a entrar en la casa con los pantalones de Daniel en la mano—. Si te esperas un minuto, te los plancho.

¿Eran imaginaciones suyas o el hombre parecía… reticente a dejarlo marchar?

El burbujeo que le había acompañado durante todo el viaje volvió a aparecer, como si alguien hubiese puesto a hervir un cazo con agua.

—No, déjalo —se oyó decir, y si se hubiese tenido delante se habría estrangulado—. Son vaqueros, se les quitan las arrugas enseguida.

¿Eso que acababa de ensombrecer durante un milisegundo la cara de Nico era decepción? ¿Y si quería que se quedase? ¿Y si…?

Sacudió la cabeza y levantó la bolsa de deporte del suelo.

—Te la devolveré el lunes —le aseguró a Nico—, prometido.

—Sin ninguna prisa.

El hombre le ayudó a llevar las cosas al coche, donde todavía esperaban la pequeña maleta y el ordenador, y entre los dos encajaron todo en el maletero.

Y ninguno de los dos se movió.

Durante unos segundos que parecieron horas, ambos permanecieron con las manos en el borde del maletero, con los hombros tan juntos que casi se rozaban, pero sin atreverse a levantar la mirada.

Después, como si se hubiese roto una especie de hechizo, Daniel dio un paso atrás y Nico cerró. Pero no fue hacia el asiento del piloto, sino que inspiró hondo, alzó la mirada y dijo:

—¿Seguro que no quieres quedarte a cenar o…?

El burbujeo dentro del pecho de Daniel estalló. Sin pararse a pensar, cruzó el paso y medio que los separaba, le tomó el rostro entre las manos y lo besó.

El final de la frase de Nico se convirtió en un «mmmm» de sorpresa que se suavizó hasta perderse entre ambos como un suspiro. Se le cerraron los ojos —Daniel no podía cerrar los suyos, no cuando acababa de dar semejante salto de fe— y las manos, que

se habían movido hacia atrás para sujetarse al borde del capó, le rodearon la cintura y se quedaron allí sujetas.

Cuando acabó, cuando los ojos de Nico volvieron a abrirse, desenfocados y brillantes, y más azules que nunca, cuando los castaños de Daniel intentaron esquivar aquella intensa mirada, sintiéndose de pronto tremendamente vulnerable, fue el turno del hombre de colocarle una mano en la nuca y atraerle a otro beso, más breve, pero no por ello menos intenso.

—Quédate —murmuró Nico en el espacio entre sus labios—. Todo el tiempo que quieras: un día, un mes, un año…

Y Daniel no pudo hacer otra cosa que besarle de nuevo.

Si alguien hubiese acertado a pasar por allí habría visto, en la penumbra, a dos hombres adultos haciendo el camino del coche a la casa a trompicones, besándose a cada paso como dos adolescentes. En algún momento sus dedos se habían entrelazado, y ninguno de los dos parecía dispuesto a ser el primero en soltarse.

La puerta se cerró, por fin, tras ellos, y fuera tan solo quedó el viejo taxi, aún cargado con todas las cosas del detective.

Capítulo 18

LA MAÑANA SIGUIENTE



Un rayito de sol se colaba por las rendijas de la persiana y alumbraba sutil la penumbra. Lo sintió sobre el párpado izquierdo aún antes de despertarse del todo. Aún medio dormido, intentó escapar de la luz entre las sábanas y topó con algo sólido.

—Oh —se le escapó al ver de qué se trataba, y enterró la cabeza en la almohada, incapaz de decir nada más coherente. A su lado, Nico arrugó la nariz y sonrió suavemente.

—Buenos días también para ti —murmuró, aún con los ojos cerrados.

Fue un verdadero triunfo, con la de veces que se había aguantado las ganas de cubrir esa sonrisa con un beso, el poder hacerlo libremente, sin pensar. Nico lo recibió con un sonido suave y, apenas Daniel se separó un milímetro, abrió los ojos, todavía desenfocados por el sueño.

—Ahora sí que son buenos días. —Sin apenas esfuerzo, le pasó el brazo por la cintura y lo acercó más. Daniel no tuvo ningún inconveniente en dejarse guiar a otro beso largo y perezoso.

—No sé si deberíamos estar así —murmuró Daniel, pero no hizo ningún movimiento para apartarse—. Se supone que os estoy

investigando a todos, tú incluido.

—Mmm… —asintió Nico—. Pues creo que ya no sé quién está investigando a quién.

El doble sentido habría quedado claro sin que el hombre moviese exageradamente las cejas. Daniel se echó a reír y le dio un manotazo cariñoso en el pecho.

Hacía años que no dormía tan bien. No, mentira, no dormía así de bien desde el temporal de nieve, cuando había amanecido en una postura similar, pero aquella situación era mucho más dulce, más tranquila. No había tensiones, ni excusas, ni explicaciones absurdas, ni huidas al baño a echarse agua fría en la cara hirviente de vergüenza. Solo paz, y una inmensa alegría que le nacía en el pecho y eliminaba cualquier rastro de nubes grises o negras del horizonte. Daniel ciñó un poco más los brazos alrededor del torso de Nico y notó al hombre hacer lo propio.

—Supongo que cuanto más cerca te tenga, mejor podré investigarte —dijo, de broma, y notó vibrar el pecho de Nico bajo la mejilla.

—O mejor podré ocultarme yo.

Se rieron los dos, y Daniel se vio tentado de cerrar los ojos y volver a dormirse así, bien abrazado a su… ¿amigo? ¿Amigo con *derechos*?

¿Novio?

¿Ahora sí lo eran? ¿Cómo se preguntaban esas cosas? ¿Levantaba la cabeza en ese mismo momento y le preguntaba: «Oye, Nico, ¿quieres ser mi novio?»?

«Vamos a ver, campeón, que no es el primer chico con el que sales…».

Ya, pero hacía mucho de eso. Y ninguno le había gustado tanto como le gustaba Nico, si las dos palabras que aleteaban tras sus dientes significaban algo.

No se dio cuenta de que estaba entrando en un bucle hasta que dos golpecitos en el hombro lo distrajeron.

—¿Todo bien? —preguntó Nico—. Llevas un buen rato mirando a un punto fijo…

Daniel asintió.

—Todo bien, solo estaba…

«¿Solo estabas qué, bobo? ¿Augurando el final antes incluso de que empiece?».

—Estaba pensando —concluyó. Mentalmente, le estaba haciendo una peineta a su vocecilla interior, pero Nico no tenía por qué saberlo.

No fue la respuesta correcta; el hombre frunció ligeramente el ceño y se apartó un poco. No mucho, porque Daniel seguía encima de su brazo, pero el gesto era lo importante.

—Si quieres irte…, sabes que no tienes que inventarte excusas, ¿verdad?

—¡No, no! —reaccionó de inmediato Daniel, y prácticamente se aferró a Nico como si alguien se lo fuese a llevar de su lado—. ¿Por qué piensas que…? ¡No!

La alarma ante la perspectiva de tener que marcharse fue tal que la vergüenza habitual tardó un poco más de lo debido en llegar al cerebro. Pero llegó y, con las mejillas encendidas, Daniel comenzó a deshacer el abrazo.

—Quiero decir…, si tú quieres que me vaya…

No fue muy lejos. Nico le atrajo hacia sí con una mano en la mejilla y le atrapó en un beso largo, cálido. Daniel se relajó de golpe y durante unos momentos no existió nada más.

Ninguno de los dos se movió cuando el beso acabó.

—Por supuesto que no quiero que te vayas. —Sus dedos bajaron por la mandíbula y le hicieron cosquillas en el cuello—. Es solo que ayer no hablamos nada y…, bueno, digamos que no sería la primera vez que veo señales donde no las hay.

Daniel le miró atónito durante unos segundos y luego se acurrucó en el huequito que quedaba entre el cuello y el hombro de Nico.

—Yo tampoco quiero irme —murmuró con voz queda—. Sé que deberíamos hablar, pero… no sé qué es *esto*. Quiero hacerlo —aseguró con rapidez—. Quiero ver a dónde nos lleva, pero… —«Pero tarde o temprano me voy a marchar, y no sé si esto aguantaría la distancia»—. En fin… Perdóname por haberte asustado.

—Dani. —Nico movió el hombro para hacerle levantar la cabeza—. No tienes que disculparte por un malentendido. No eres responsable

de lo que yo piense o deje de pensar.

La ansiedad volvió. La sintió cerrar el puño de nuevo en torno a su garganta y burbujearle bajo la piel.

Nico, cómo no, se dio cuenta.

—Eh. —La mano volvió a su nuca y el pulgar le acarició la mejilla —. ¿Qué necesitas?

Él negó con la cabeza.

—Lo que necesites, en serio. Sin preguntas, sin juicios.

Daniel intentó contenerse, de verdad que sí. Tenía demasiadas cosas dentro, demasiada tensión acumulada, demasiados rencores y ansiedades, y no quería echárselos todos encima a Nico. Además, muchas de ellas ni siquiera venían a cuento, así que decidió empezar despacio:

—Es solo que… a veces no puedo más, ¿sabes? No puedo más. Estoy cansado, todo se me hace un mundo y permanentemente siento que me ahogo.

Se detuvo y esperó a que llegasen los consejos de autoayuda barata y los: «Ah, pero creí que era algo grave». Pero Nico se limitó a devolverle la mirada y a asentir despacio, para animarle a continuar.

Y el detective sencillamente no pudo contener el oleaje por más tiempo.

—¿Sabes la mierda de dicho ese sobre ahogarse en un vaso de agua? Pues yo me siento la miguita de pan que se hunde y a la que nadie tiene en cuenta porque: «No es tan grave lo que te pasa, Daniel, qué exagerado eres, hay gente mucho peor». Y ya sé que hay gente peor, me acuerdo todos los días de todo lo que va mal, y me siento como una mierda por lo egoísta que soy quejándome de lo que me pasa mientras hay guerras ahí fuera, mientras hay gente viviendo en la calle, mientras los índices de pobreza suben… Y en el trabajo es peor. Cada día, cada caso, pierdo un poquito más la fe en la humanidad. Creía que la tenía completamente perdida cuando llegué aquí, pero el cabrón de Cibrián —por Dios, qué bien sentaba decirlo en voz alta— es con mucho el peor de los casos que he encontrado, y mira que he tratado con adúlteros reincidentes y timadores profesionales. Fue un cabrón en vida y ahora en la muerte

sigue siéndolo, Dios sabe cómo. Y mientras tanto, no me hablo con mi madre desde hace meses, he ido perdiendo uno a uno a todos mis amigos y vivo en un piso que se cae a pedazos en un barrio que también se cae a pedazos con un montón de gente con la que apenas cruzo dos palabras. Y lo peor es que, antes de venir aquí, antes de conocerte, no me había dado cuenta de lo solo que estaba, de lo muchísimo que odio mi vida, y el día que tenga que volver a ella no sé qué va a ser de mí. Y todo el día, ¡todo el día! Tengo esta presión en el pecho que no me deja respirar, que siento que me mata poco a poco, pero que nunca termina el trabajo. Porque no soy suficiente. Porque lo tengo todo. Porque me estoy quedando atrás. Porque el tipo de vida que me gustaría llevar parece una maldita utopía en este sistema de mierda.

Y siguió y siguió hasta que se le cansó la voz, hasta que el estómago, los pulmones y la garganta le dolieron, hasta que todo lo que llevaba dentro quedó libre, deshaciéndose al contacto con la tenue luz del sol como una mala pesadilla. Probablemente, después vendría la vergüenza y la inseguridad, pero ¡qué bien sentaba desahogarse por fin!

Cuando acabó, Nico inclinó la cabeza y le dio un beso largo, cargado de cariño y de comprensión.

—No soy psicólogo —empezó con suavidad—, pero me parece que, además de otras cosas más serias, lo que estás es saturado.

Daniel resopló y enterró la cara en su pecho.

—Como me digas que tengo que dedicarme tiempo a mí mismo —dijo con voz ahogada—, te echo de la cama a patadas, y me da igual que sea tuya.

—Tienes que dedicarte tiempo a ti mismo —declaró enseguida el hombre. Daniel levantó la cabeza, indignado, y Nico continuó antes de que pudiese protestar—: Pero entiendo que no puedas dejarlo todo y largarte de mochilero a… a Camboya, por ejemplo. Pero a lo mejor ya no eres la persona que eras cuando elegiste la vida que llevas ahora.

—Pero es mi vida, ¿no? Es para lo que me pasé años en la universidad.

—En una vida hay muchas vidas —sentenció Nico y volvió a trazarle líneas en la piel del brazo, desde el codo hasta el hombro, hasta que Daniel casi se olvidó de lo que estaban hablando—. No tienes por qué saber siempre lo que quieres, ni lo que quieres va a ser lo mismo toda tu vida. ¡Fíjate en mí, por ejemplo! De pequeño quería ser granjero, pero solo de pollitos, después estudié para mecánico y ahora soy taxista. Lo que decidiste cuando tenías dieciocho años no tiene por qué ser lo que hagas el resto de tu vida. Yo creo, y te repito que no soy psicólogo, que tienes que darte tiempo. No hablo de dejar el trabajo —aclaró rápidamente—, ni de vender todas tus pertenencias y mudarte a la Conchinchina, ni nada tan drástico. Solo…, no sé, que busques refugios. Huye de todo lo que te haga daño y no te aporte nada siempre que puedas. Hazte una cuenta de Squeaker solo para compartir fotos de gatitos y bloquea todo lo demás. ¡Cámbiate las tendencias a Madagascar!

—¿A Madagascar? ¿Por qué a Madagascar?

—Mira, déjame el móvil. —Daniel se lo tendió y, tras darle un par de veces a la pantalla, Nico se lo enseñó—. ¿Ves?

Estaba en la página de ajustes y, bajo la ubicación, donde solían aparecer un montón de etiquetas y los temas más hablados del país, ahora ponía: *No hay tendencias nuevas en Madagascar*.

—¿Ves? Así se vive más tranquilo. ¿Por qué crees que los ermitaños se iban a lugares remotos para huir del ruido y de la gente?

—No estaría mal irme una temporada a Madagascar —fingió meditar Daniel—. De pequeño quería tener un lémur, así al menos podría verlos. ¿Tú qué crees?

—Creo que cualquier sitio en el que encuentres un poquito de paz podría ser tu Madagascar —respondió el hombre—. A lo mejor deberías buscarlo.

Estuvo a punto de decirle que había más paz en aquella habitación que en todos los rincones de todas las casas en las que había vivido en su vida, pero se contuvo a tiempo. En vez de eso, levantó la cabeza y le besó con fuerza, con urgencia, como si sus mariposas pudiesen pasar aleteando de una boca a otra sin que tuviese que decir nada.

Capítulo 19

INTERLUDIO



[10]

Hacía mucho tiempo que no se sentía así de feliz.

El frío no era tan penetrante desde que Nico y él paseaban de la mano, los días lluviosos no eran tan tristes desde que se sentaban juntos en el sofá, junto a la estufa, sin nada en particular que hacer. Puede que todo ello se debiera a que ya estaban a mediados de abril, y todo el mundo sabe que, en primavera, el frío tiene menos

fuerza en los dientes y la lluvia huele más a vida, pero en ese momento Daniel lo atribuía todo a la presencia de Nico.

Sus días grises seguían siendo grises, pero ahora no los afrontaba solo. Nico se sentaba con él si lo necesitaba, le distraía cuando no quería pensar, le tranquilizaba cuando la ansiedad amenazaba con cortarle la respiración o simplemente le hacía compañía cuando no le apetecía hablar y solo quería hacerse un ovillo en el sofá.

Parecía increíble lo rápido que se habían adaptado cada uno a las costumbres del otro, como si se conociesen de toda la vida. Nico iba y venía con el taxi de un pueblo a otro, hacía sus recados. A veces Daniel le acompañaba, y a veces se quedaba contestando correos electrónicos o trabajando en sus casos. ¡Bendito Internet de Nico! Se había ofrecido a pagar una parte, pero el hombre se había negado en redondo. Cada quince días, Daniel tenía su sesión *online* con la psicóloga y, si Nico estaba en casa, aprovechaba para hacer arreglos en la cochera o para hacer recados en el pueblo, para no molestarle. A veces, el hombre salía a tomar algo con sus amigos, y Daniel solía acompañarle, pero ya había descubierto que, si le apetecía quedarse en casa tranquilo, tampoco pasaba nada.

Por supuesto, a aquellas alturas ya lo sabía todo el pueblo. El último en enterarse había sido, cómo no, el señor Navarro. El día que los vio de la mano, le dio un codazo a su hija y dijo en voz alta:

—¡Mira eso! A mí no se me escapa nada…

El caso Cobo nunca había tenido menos importancia. La tediosa burocracia, en lugar de darle ganas de quemarlo todo hasta los cimientos, le hacía gracia; se había convertido en una cosa más que comentar entre risas durante la cena. Probablemente, Patricia tendría mucho que decir al respecto, pero ¡que le dieran! Daniel estaba cumpliendo con sus horas de trabajo y, por primera vez en su vida, no estaba dispuesto a sacrificar más por el bien de una empresa que no iba a heredar.

Y mientras tanto, puso en práctica los consejos de Nico. Mantuvo su perfil de criminólogo en Squeaker, al fin y al cabo, siempre era bueno poder hacerse publicidad, pero abrió una cuenta secundaria privada, llenó su lista de seguidores con cuentas de *gifs* de gatos, perros, mapaches, mofetas, carpinchos, zarigüeyas y otros

animalillos, bloqueó sistemáticamente a todos los *bots* y cuentas de las que no quería saber nada, subió una foto que había hecho el día anterior desde la ventana de la casita y escribió en el *post*: *El mejor lugar del mundo.*

Al instante tenía un *like* de Nico y, pese a que le había enseñado la fotografía y el mensaje antes de darle a enviar, el corazón se le saltó un latido y se ruborizó como un quinceañero.

Un día, Gabriela le invitó a tomar un café.

En principio era una excusa porque Nico se había llevado a los niños al cine de Carabajillo y Daniel tenía una última cita con los del catastro, que por fin se habían dado cuenta de que no había certificados ni papeles posteriores a los que ya le habían mostrado. Al salir, la mujer se lo llevó a una cafetería que le recordó a los locales alternativos del centro de Madrid, y se sentaron a pasar el rato hasta que la película terminara.

Daniel entró allí con las manos temblorosas y el impulso de huir, pero salió con la sensación de que habían estado allí muy poco tiempo, y que, aunque probablemente luego hiperanalizaría cada interacción buscando el fallo, así de primeras se lo había pasado muy bien y había estado muy a gusto.

Estaban en el portal de la mujer, esperando a que el taxi de Nico doblase la esquina para hacer el «intercambio de prisioneros», como había dicho ella, cuando Gabriela se quedó mirándolo con una sonrisa satisfecha.

—Eres un tío genial, Daniel —le soltó, sin previo aviso—. Con todo lo que Nico cuenta sobre ti, tenía que comprobar que no estaba viendo una versión suuuperidealizada de quién eres. No sabes cuantísimo me alegro de comprobar que no exageraba ni un poquito.

En ese momento, el taxi apareció por el final de la calle y tocó el claxon. Gabriela se volvió y saludó con la mano, dándole la espalda como si nada, como si no acabase de soltarle un piropo extraordinario que le iba a tener ardiendo por dentro unas cuantas horas.

Patricia le mandó un mensaje a los pocos días: *Alfonso Cobo quiere hablar contigo*, decía solamente, y debajo añadía el contacto del sobrino del difunto.

Siempre había sido Patricia la encargada de mediar, más que nada porque era ella la que había aceptado el caso, aunque hubiese mandado a Daniel a hacer el trabajo sucio, por lo que el detective nunca había hablado con los familiares de Cibrián Cobo. Ni siquiera le habían dejado entrar en la casa, y no por desconfianza, sino porque ninguno de ellos quería trasladarse hasta allí y no se fiaban de que las llaves fuesen a llegar si las mandaban por correo.

Con un mal presentimiento en el pecho, Daniel contactó con el hombre y quedó con él a los dos días en la puerta de la casona.

Alfonso Cobo tenía la misma nariz que su tío abuelo, pero las cejas mucho menos pobladas y el mentón huidizo. Llegó en un coche cuyos bajos debían de haber sufrido todo el camino hasta el pueblo, y se bajó jurando en arameo. Si alguna vez había tenido acento cántabro, lo había perdido en favor de un castellano neutro que no inspiraba nada.

—Maldito pueblucho de mierda… —terminó su retahíla, y se volvió hacia Daniel, que le esperaba junto a la cancela con cara de póker—. Tú debes de ser el detective, ¿verdad?

—Daniel Minaya —se presentó. Le tendió la mano, pero Alfonso ya estaba contando las llaves de un manojo para encontrar la que abriría la cancela.

—Ya, ya, ya me ha dicho tu jefa quién eres. —Parecía enfadado, hostil, y Daniel se preguntó si así habría sido tratar con su tío abuelo —. Espero que te lo hayas pasado bien con nuestro dinero, pero que sepas que se te ha acabado el chollo.

—¿Perdón?

—Que no vamos a pagarle ni un céntimo más a tu maldita agencia —espetó el hombre—. Casi nueve meses para nada… Nos habría salido más barato contratar a un arquitecto que rehiciese los planos de la casa.

—Creí que estábamos tratando con un caso de asesinato —repuso Daniel, sin perder la compostura—. Aún no he encontrado al culpable.

—Bueno, pues más te vale encontrarlo pronto —rezongó, y le apuntó con el dedo de la mano en la que aún sujetaba las llaves del coche—. Tienes una semana más y, si no sacas nada en claro, os demandaremos por fraude.

Después de eso, y sin dejarle terminar, abrió la puerta de la cancela, cerró tras de sí y echó a andar a paso rápido hacia la casa. Daniel se quedó allí, junto al coche, hasta que se confirmó que la conversación había terminado.

—Hasta dentro de una semana, supongo —murmuró, y emprendió el camino de vuelta a casa de Nico, a paso lento.

No le dijo nada cuando llegó y se esforzó al máximo por disimular la preocupación. Nico también parecía cansado, así que decidieron meter unas *pizzas* en el horno y poner una película amable, sencilla, de esas en las que la gente es buena por naturaleza y todo acaba bien.

Daniel desconectó enseguida de la trama. Su tiempo en Villalcerro se agotaba y de pronto ya no veía nada tras el caso Cobo. Ya no había ninguna urgencia: tanto si encontraba al culpable como si no, el caso se acabaría en el plazo de una semana y él tendría que volver a Madrid.

Alguien en la pantalla pronunció un enternecedor discurso acerca del poder del amor, y Daniel sintió a Nico buscar su mano y tomar aire. Habían estado en silencio desde que empezara la película, un silencio cansado pero cómodo, familiar. En aquel momento, el silencio era rígido, tenso, expectante, como el sonido del aleteo de mil mariposas empujando contra la cárcel de los dientes.

—Te quiero.

Por un momento creyó que había sido él, pero sus mariposas seguían pesándole en la lengua, a buen recaudo.

Había sido Nico quien las había dejado escapar.

—Ya sé que a lo mejor es demasiado pronto, pero te quiero —repitió el hombre. Más mariposas escapando hacia la libertad. Y, aunque Daniel se giró hacia él, no le miraba—. No hace falta que me

contestes, solo… tenía que decirlo. —Le apretó la mano y volvió a respirar hondo. Los personajes seguían hablando en la pantalla, pero ninguno de los dos hacía ya caso—. Espero no haber estropeado nada.

—No has estropeado nada —le aseguró, pero Nico no parecía muy convencido. Le soltó la mano y le miró directamente a la cara.

—Lo digo totalmente en serio, Dani. No me digas cosas porque creas que es lo que quiero oír. No va a cambiar nada si no me contestas, no era una pregunta.

—Entonces, ¿qué era? —preguntó el detective con voz ronca, y Nico se encogió de hombros.

—No lo sé, yo… solo quería decírtelo. Podemos hacer como que no ha pasado, si prefieres.

Daniel no quería hacer como si no hubiese pasado. Dentro de su boca las mariposas aletearon con más fuerza, desesperadas, hasta que creyó que no podría retenerlas más, que abriría los labios y las vería salir en pos de las de Nico.

Pero el miedo le pesaba más en el corazón, y Daniel tragó, para ahogarlas, para llevárselas de vuelta a sus entrañas, donde quemaban y se retorcían, pero de donde no podrían escapar tan fácilmente. Porque si hablaba, si correspondía a aquella declaración, estaría sellando algo que iba a quebrarse en cuanto se acabase el caso.

Y Daniel no estaba seguro de atreverse a soñar con el cielo de los ojos de Nico para verlo roto en mil pedazos si decidía habitarlo para siempre.

Así que no dijo nada, solo lo estrechó contra sí y le dio un beso largo, para después apoyar la mejilla en su sien.

—Gracias —murmuró contra sus rizos.

Notó cómo Nico exhalaba, aliviado.

—No me des las gracias por decir verdades.

Daniel dejó escapar una risa que más bien pareció un suspiro.

La película acabó como se esperaba, con los dos protagonistas en su casita junto al mar, él con su refugio de perritos abandonados y ella con su nueva pastelería en la que la receta de su abuela era el plato estrella, con un último plano de las olas barriendo la playa.

Recogieron todo y se fueron a dormir, sin decirse mucho más; no hacía falta; las mariposas de Nico seguían revoloteando a su alrededor, livianas como plumas.

Sin embargo, Daniel tardó un poco más que Nico en quedarse dormido.

Una idea empezaba a formársele en la cabeza, una idea tan tentadora como peligrosa, una idea que sus mariposas alimentaban con cada revoloteo, y que empezaba a chisporrotearle en la boca del estómago como una mecha.

«¿Y si me quedo?».

Lo normal habría sido que se le ocurriesen inmediatamente mil y una razones por las que no podía hacerlo, por las que no era responsable, ni lógico, ni maduro, pero en aquel momento, con Nico dormido junto a él en la habitación en calma, no se le ocurrió ninguna.

Capítulo 20

PAPELES



—¡No, así no! —exclamó Aroa, y Daniel levantó ambas manos con las palmas a la vista, como apuntado por una pistola—. Primero doblas a la derecha y luego le das la vuelta a todo.

Daniel estaba bastante seguro de que los aviones de papel eran menos complicados cuando los hacía de pequeño, pero Aroa era una ingeniera aeronáutica sin piedad y no aceptaba cambios en sus planos. La niña arrugó la factura del gas de diciembre de 2016 con la que el detective había estado intentando seguir sus instrucciones y le tendió otra hoja de la caja de los folios para reciclar, una carta de campaña de un partido político que ya ni existía. Daniel alisó los bordes arrugados con cuidado y procuró prestarle más atención a las instrucciones que se le daban.

Era otro viernes más en el que Nico había recogido a sus sobrinos del colegio para que pasaran la tarde con ellos. Mayo acababa de llegar, los días cada vez eran más largos, y Gabriela estaba a punto de empezar con los exámenes, así que valoraba cada hora que pudiese dedicar a repasar. Llovía, y los niños se habían cansado de películas y juegos de mesa, así que Nico había sugerido que podrían hacer un concurso de aviones de papel. Leo, cuyos deditos torpes aún no podían seguir las temibles órdenes de su hermana, estaba al

otro lado de la mesa, de bruces sobre el tablero, con la nariz a dos milímetros del folio que coloreaba con la concentración de un arquitecto.

—¿Lo tienes ya? —preguntó Aroa, y Daniel hizo el último doblez antes de desplegar por completo las alas de su avioncito—. ¿Tío Nico?

—Aquí lo tengo —contestó el hombre, y Aroa se llevó ambas manos a la cara, con desesperación, al ver lo que su tío sostenía.

—¡Hemos dicho aviones!

—Pero mi barco también vuela —argumentó Nico—. ¡Mira!

El barco cayó en picado al suelo, y Leo prorrumpió en carcajadas. Aroa dejó escapar un suspiro áspero que, según sospechaba Daniel, pretendía esconder una risa.

Nico se levantó y se rascó la cabeza con movimientos exagerados.

—No entiendo qué ha podido salir mal…

Y, como Leo se reía más fuerte, recogió el barquito y lo volvió a lanzar al aire, echándole aliento en la punta incluso. El resultado, para sorpresa de nadie, fue exactamente el mismo.

—Tío Nicoooo…. —se quejó Aroa, pero ella también se reía.

Cuando llegó la hora de marcharse, ni siquiera habían empezado el concurso de aviones, y Daniel se ofreció para recoger todos los papeles mientras Nico bajaba a los niños a casa.

—¡¡Pero no los tires!! —ordenó Aroa mientras su tío la ayudaba a ponerse la cazadora—. Y el próximo día seguimos con el concurso.

Daniel los acompañó hasta la puerta de la cancela, la mantuvo abierta para que saliese el taxi, y la cerró cuando perdió de vista el coche en la curva.

Después, volvió adentro, donde le esperaba un revuelo de pliegos de papel y de pinturas de colores. Empezó por los aviones, separando cuidadosamente los de Aroa —hábilmente marcados con una *A*— de los demás. No sabía dónde iba a ponerlos, pero seguro que Nico tenía por ahí alguna caja de zapatos vacía que podía servir de hangar hasta la próxima misión de reconocimiento. Recogió de último el suyo, el que había hecho con la precisión milimétrica que Aroa le exigía.

—Pues a mi manera volaría mejor, seguro —dijo en voz alta, y lo lanzó.

Le sorprendió ver que no se estrelló enseguida contra el suelo, sino que trazó una espiral casi majestuosa a su alrededor, hasta que se posó con delicadeza en la mesa, sobre los dibujos de Leo. El niño no había especificado nada acerca de qué quería que hiciese con ellos, pero Daniel no pensaba tirarlos. Empezó a recoger con cuidado de no arrugar ninguno, y los apiló en otro montón junto a los aviones. Es que eran tan diferentes a los que otros niños hacían, tan especiales, con sus apretadas líneas recorriendo la página entre los huecos de las palabras… En la hoja que tenía en la mano había un sello, ya ilegible porque Leo lo había convertido en un sol, y varios párrafos que el niño había transformado en una suerte de mar, con las olas subiendo y bajando sobre las palabras, algunas de ellas transformadas en peces. Una *C* mayúscula había servido para dibujar la cabeza, el rabito de la *B* de mitad de la palabra, para trazar la aleta, y la cola salía de la *O* final.

… que dicho inmueble está edificado en zona declarada urbana por el Ayuntamiento de Carabajillo, se encuentra en condiciones de habitabilidad, y que cumple con las…

Se quedó helado.

Aquello era una cédula de habitabilidad de segunda ocupación. Firmada por un abogado de Carabajillo. Y a nombre de Cibrián Cobo.

«No».

El papel se quejó bajo la presión de sus dedos mientras leía una y otra vez lo escrito como si no lo hubiese visto bien. Como si pudiese borrarlo de la página.

«No, por favor».

Registró el resto de los dibujos de Leo. De una zancada, cruzó el cuarto y se arrodilló junto a la caja de los folios para reciclar y la volvió del revés. Todos los papeles se desparramaron por el suelo y, antes de que el último se posara sobre las baldosas, Daniel ya estaba revisando cada uno, arrojándolos tras de sí cuando no contenían lo que necesitaba. No oía nada, solo un zumbido en los oídos que probablemente fuera el sonido de su propio corazón

bombeando sangre a toda velocidad. No era capaz de pensar en nada, ni siquiera estaba seguro de estar respirando.

«No, por favor, no puede ser…».

Allí estaba la cédula de habitabilidad, los papeles que supuestamente solo podía tener el responsable de la muerte de Cibrián Cobo.

En casa de Nico.

Arrodillado como estaba, Daniel intentó inspirar hondo, controlar su respiración. No fue capaz. El aire salía y entraba por su boca, pero sus pulmones eran de piedra. El pecho le dolía y el zumbido de los oídos solo se había hecho más fuerte.

Se ahogaba. Se moría, y Nico lo iba a encontrar tieso en el suelo, rodeado de papeles.

Pensar en Nico solo hizo que el corazón le diese otro doloroso salto en el pecho y la siguiente exhalación sonó a sollozo.

«Supongo que cuanto más cerca te tenga, mejor podré investigarte».

«O mejor podré ocultarme yo».

¿Cómo había podido ser tan imbécil? ¿Cómo había podido pasar tantos meses junto al culpable sin darse cuenta? ¿Cómo había podido aceptar su coartada sin más?

No podía respirar. No podía respirar. No podía respirar, era el peor detective del mundo, se había enamorado de un sospechoso y se iba a morir de un infarto en el suelo, él solito, sin ayuda de nadie.

No supo cuánto tiempo permaneció así, probablemente mucho menos de lo que parecía. Cuando volvió en sí, estaba doblado sobre sí mismo, la frente fría contra las baldosas, con un puño arrugando los papeles contra el suelo y el otro apretado contra el pecho. Tomó aire y, esa vez, aunque dolorosamente, pudo hinchar del todo los pulmones. Espiró y volvió a inspirar una vez, dos, tres, y se levantó del suelo, despacio. Aún tenía el papel arrugado en el puño, así que lo dejó en la mesa y lo alisó distraídamente. Después, cogió el teléfono fijo y marcó.

Nico llegó a la comisaría escoltado por cuatro policías de Carabajillo, ante la sorpresa del pobre Lario, que ya estaba arrancando la moto para irse. A regañadientes, les abrió la puerta y entró con ellos.

No debía quedar nadie en el pueblo que no hubiese visto las luces azules por las calles; los pocos habitantes de Villalcerro se acercaban a ver qué ocurría, sorprendidos, cuchicheando entre ellos en busca de información. Daniel, que había llegado allí antes que nadie, permanecía oculto en las sombras del pórtico. Si alguien le hubiese preguntado, habría dicho que estaba esperando a que apareciese el sobrino del señor Cobo, pero en realidad estaba reuniendo el valor para entrar y afrontar la realidad.

No tenía una idea clara de cómo había llegado desde la casa de Nico hasta allí. Imaginaba que poniendo un pie delante del otro, pero no recordaba absolutamente nada. Ni siquiera sabía si había estado pensando en algo y, aunque hubiese habido algún pensamiento, este se había perdido para siempre en aquella nada pesada y densa que seguía llenándole la mente.

La plaza iba, poco a poco, llenándose de gente, o todo lo que se podía llenar la plaza de un pueblo tan pequeñito. Desde su escondite, Daniel reconoció a los hijos de los Francisco, a Luisa, a Ismael y algunas personas más.

—¿Tú sabes qué ha pasado?

—¿A quién han detenido?

—¿Qué es esto? ¿A qué viene tanta Policía?

—¿Es Nico? Juraría que es Nico…

—¿Nico?

—Lo han detenido cuando volvía con el taxi a casa, que lo he visto yo…

Ya no podía posponerlo más; su salida de entre las sombras dejó la plaza en silencio, al menos durante unos segundos. Después, y a medida que todo el mundo empezaba a atar cabos, los cuchicheos y las llamadas comenzaron otra vez. Por el rabillo del ojo, acertó a ver a Raquel agarrar a su hermano por el brazo y alejarse calle abajo a toda prisa. Después, la puerta de la comisaría se cerró tras él.

Nico se volvió hacia él, con un gesto confundido que le rompió el alma en mil pedazos.

—¡Dani! —exclamó, y el policía que le vigilaba le puso una mano en el hombro antes de que pudiese levantarse—. ¿Qué está pasando?

Daniel no respondió.

—Diles que yo no he hecho nada —insistió Nico—. Tú lo sabes, sabes que no he sido yo, sabes…

—Si dice usted que es inocente —otro de los policías, que estaba sentado a la mesa de Lario como si fuese suya, continuó con el interrogatorio como si no hubiese pasado nada—, ¿cómo es que la cédula de habitabilidad estaba en su casa?

—¡No lo sé! El señor Cobo se lo debió de dejar en mi taxi y yo lo confundí con el resto de papeles que suelo llevar…

—Repetiré la pregunta anterior. Entonces, ¿dónde estaba la noche de la muerte de Cibrián Cobo?

—Y yo le repetiré la respuesta: estaba llevando a un cliente. ¡Dani, díselo! —Se volvió de nuevo a él, con los ojos muy abiertos.

—¿Podría facilitarnos el nombre del cliente? —El policía ni siquiera miró al detective, que estaba haciendo todo lo posible por que sus ojos no se cruzasen con los de Nico.

—Eso es confidencial, así que, a menos que tengan una orden…

—Nico —intervino Daniel, incapaz de quedarse callado—. Si de verdad hay alguien que pueda confirmar tu coartada, díselo. Por favor.

La mirada que le echó Nico… De sorpresa primero, de incredulidad después. El hombre apartó la vista, pero la manera en la que la expresión se le endureció le llegó a Daniel al alma, se instaló allí y le apuñaló desde dentro.

El hombre no apartó la vista enseguida, ignorando al policía que repetía la pregunta. Después, se echó hacia atrás en la silla, cruzó los brazos, y declaró:

—Quiero un abogado.

Daniel no supo si echarse a reír o romper a llorar; aquella frase tan de película blindaba a Nico, al menos por el momento, pero no arreglaba nada.

—Entonces, tiene que venir con nosotros a la comisaría de Carabajillo, caballero —dijo el policía, y se levantó.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par, con tanta fuerza que volcó el ficus de plástico.

—¡Esperad!

Laura cruzó el pequeño espacio en dos zancadas —no tenía las piernas tan largas como para hacerlo en una— y plantó ambas manos sobre la mesa de Lario.

—¡Nico no ha hecho nada! —exclamó, y tuvo que parar a tomar aliento antes de poder continuar.

Ese fue el tiempo que aprovechó su padre, que venía tras ella a todo correr, para alcanzar la comisaría y casi desplomarse contra el quicio. Durante unos segundos, lo único que se oyó fueron respiraciones pesadas y alguna que otra tos. Después, Laura se afianzó en su posición y repitió:

—Nico no ha hecho nada.

—Laura, por favor, no te metas… —Borja, todavía con una mano en el costado y la respiración entrecortada, extendió la otra, pero apenas hubo rozado el codo de su hija, esta se zafó.

—¡Estaba conmigo! —exclamó, y ahí sí que todo el mundo empezó a prestarle atención—. Estaba conmigo, yo era su pasajera aquella noche. Raquel y yo —añadió, y se volvió hacia Nico—. Eres idiota, tendrías que habernos delatado.

Nico abrió la boca para decir algo, pero Borja se adelantó:

—¿Cómo que «delatado»? ¿De qué estás hablando, Laura?

La joven tragó saliva y se separó un paso de la mesa. Paseó la mirada a su alrededor, sin mirar a nadie en concreto —a Daniel le recordó a un animalillo enjaulado en busca de una salida—, y finalmente habló:

—Papá, la noche que Cobo murió, Raquel y yo estábamos en el Orgullo de Santander —aclaró y, antes de que nadie pudiese añadir nada más, continuó—: La persona que nos tenía que traer de vuelta había bebido y no quisimos subirnos en el coche, así que llamamos a Nico.

—Pero… creí que estabais con Andrea… Os dejé a las dos en casa de Andrea…

—Nos fuimos en cuanto doblaste la esquina con el coche.

—Pero…

—Nico nos trajo a casa —continuó la muchacha—. Puedo demostrarlo, nos hicimos una foto en el asiento de atrás para que nuestras amigas supieran que estábamos bien, y de broma les pasamos otra con la matrícula del taxi. Es lo que hacemos, por si acaso. Con Nico no hace falta, pero la mandamos igual. ¡Mirad!

Llevaba ya un rato manejando el móvil, pasando los dedos a derecha e izquierda con velocidad pasmosa, y finalmente extendió el brazo y colocó el aparato justo bajo las narices del policía.

—¿Ves? Y aquí está la otra.

Por supuesto, todos los presentes se precipitaron a mirar.

La primera foto, efectivamente, era del taxi visto desde delante, junto a un cartel de una panadería que no sería difícil ubicar. Nico estaba dentro, al parecer, sin ser consciente de que le estaban haciendo una foto, porque tenía la cabeza un poco agachada y el brazo extendido hacia la radio, pero era él, sin lugar a duda.

La segunda foto era de las dos muchachas besándose en la parte de atrás del taxi, Laura sosteniendo el móvil y Raquel con los dedos extendidos en el signo de la victoria. Ambas tenían banderas de colores pintadas en las mejillas y las caras llena de purpurina.

—Nico me prometió que no le diría nada a mi padre —explicó Laura, y la voz le tembló un poco—. Pensé que no sería tan tonto de guardarme el secreto incluso ante la Policía, pero aquí estamos…

Soltó una risa seca, corta, más aire que sonido, y todas las miradas se volvieron entonces hacia Borja. Durante un minuto muy largo nadie dijo nada. Despacio, muy despacio, el alcalde de Villalcerro se volvió hacia su hija.

—¿Esto es todo?

Laura sacudió la cabeza.

—Papá, por favor…

—¿Creías que me iba a enfadar?

La muchacha levantó la cabeza con los ojos muy abiertos, prácticamente la misma expresión de todos los reunidos.

—¿Sí? —dijo, y sonó a pregunta.

—Raquel es una buena chica y tú mi hija. ¿Qué creías que iba a pasar? Si se os nota que os queréis un montón…

—¿¿¿Lo sabías???

Borja le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. El móvil quedó apretado entre ambos, justo debajo de la boca abierta de la muchacha.

—A mí no se me escapa una, Laura.

—Pero creí que… Como siempre dices que…

Como respuesta, su padre la estrechó un poquito más contra sí.

—Yo digo muchas cosas y un buen montón de ellas son *tochuras*[11] —le murmuró contra la sien—. Soy un antiguo, hija, y un tonto también, pero si tengo que aprender a callar y escuchar para merecer tu confianza, te prometo que lo haré.

A Laura se le llenaron los ojos de lágrimas y enterró la cara en el hombro de su padre. Poco a poco, todos los presentes apartaron la mirada; no había muchas otras formas de respetar un momento tan privado en un espacio tan pequeño.

Nico fue el primero en tomar la palabra:

—¿Le sirven esas fotografías como prueba?

El policía alzó las manos en señal de derrota.

—Supongo que sí —rezongó—. Si alguien presentara cargos, supongo que tendría usted que ir a un juzgado, pero esto demuestra que tiene coartada. Bonita manera de hacerme perder el tiempo, señores…

—Bueno. —Lario dio una palmada—. Todo aclarado entonces, ¿verdad? —El policía tras la mesa asintió con pesadez—. Pues todo el mundo fuera de mi comisaría, que mañana hay que madrugar.

Nico salió el primero. Daniel habría corrido tras él, pero la Policía de Carabajillo le detuvo. Esperaba el rapapolvo, esperaba las malas caras, pero sabía que no tenían nada que reprocharle; según sus investigaciones, perfectamente podría haber sido Nico el culpable y, francamente, al detective no podía importarle lo más mínimo el enfado de aquellos agentes.

Cuando por fin salió, la gente había rodeado a Nico, a Laura y a Borja, pidiendo explicaciones. En ese momento, el alcalde estaba mandando a todo el mundo a casa.

—Haremos un pleno extraordinario para explicarlo todo, no os preocupéis —exclamó, y movió los brazos para dispersar a la gente —. ¡Aquí ya no hay nada que ver!

Pero la gente solo le creyó cuando la Policía de Carabajillo se marchó sin llevarse a nadie detenido.

Daniel llegó junto a Nico en dos zancadas.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó, y no supo si se alegraba del tono de súplica que se le había colado en la voz.

La mirada de Nico no era dura, no podía serlo, pero no tenía el brillo bondadoso de siempre. No había rastro de sonrisa ni arruguitas en el borde de los ojos. Todo él parecía distinto.

—Yo creo que no tenemos nada de lo que hablar, Daniel.

Daniel.

Qué ironía que, tras meses suplicando que lo utilizara, su propio nombre completo lo atravesase como una lanza. Quiso contestar, estirar una mano y detenerle antes de que se marchase. Quiso hablarle del puño que le había aplastado el corazón al creerle culpable, del aire que le faltó, del alivio que sentía ahora que todo se había resuelto. Mientras Nico se marchaba, quiso gritarle que se quedara, pedirle perdón por haber desconfiado, por no haber preguntado antes. Tendría que haber hecho muchas cosas, pero, como siempre, el peso del mundo le mantuvo quieto, en silencio.

Cuando no quedó nadie en la plaza, cuando todas las luces se habían apagado e incluso el eco de la motillo de Lario ya se había extinguido, Daniel todavía seguía allí, clavado en el suelo como un poste no especialmente resistente.

El reloj, tajante como un punto final, dio las doce.

Capítulo 21

CASO CERRADO



Alfonso Cobo esperaba fuera de la finca, apoyado en el capó de su coche, con el motor en marcha.

—Os habéis tomado vuestro tiempo —refunfuñó, en lugar de saludar. Por supuesto, ni abrió la cancela ni hizo movimiento alguno de acercarse al detective.

Daniel, que solo quería cerrar aquel caso cuanto antes, le tendió un sobre grande de papel.

—Aquí está toda la información recabada durante la investigación —empezó a explicar—. Los papeles que figuraban en el catastro, el informe del forense, observaciones de las grabaciones de seguridad…

—¿Y la cédula de habitabilidad? —interrumpió con brusquedad el hombre.

—También, así como la factura final de…

—Que sí, que sí —volvió a cortarle, y de nuevo Daniel tuvo que hacer un esfuerzo por que no se le notase en la cara lo muchísimo que le desagradaba aquel hombre—. La factura me la mandáis por correo y ya veremos a ver si la pago, que con lo que habéis tardado…

Hizo una pausa, tal vez esperando que Daniel replicase, pero perseguir a morosos y pagadores reticentes era tarea de Patricia, no suya. Al ver que no iba a contestar, Alfonso abrió el sobre, hurgó entre los papeles hasta que encontró el título de propiedad de la casa y las fincas y tiró el resto a los pies del detective.

—Eso no me interesa.

Daniel lo miró fijamente un segundo y después, sin hacer amago de agacharse a recoger los papeles, prosiguió:

—Lamentamos mucho no haber podido confirmar hasta ahora que la muerte de su familiar, el señor Cibrián Cobo, fue un desafortunado accidente. Las pruebas del forense no me llegaron hasta ayer por la tarde y…

—Que ya, que ya lo sé, que detuvisteis a uno que no era —interrumpió Alfonso de nuevo—. Si en este pueblo son todos unos cotillas. A nada que te bajas del coche, ya te están calentando la cabeza con sus tonterías. Malditos paletos… Moscas cojoneras todos ellos. Pero es natural, no han salido nunca de sus cochiqueras, no han visto mundo. ¿Qué puedes esperar de ellos?

—Educación —se le escapó a Daniel, pero descubrió que no se arrepentía lo más mínimo, así que añadió—: Y respeto, que es algo que ni tu tío tenía aquí ni tú aprendiste fuera, donde quiera que hayas estado.

Alfonso se quedó un segundo callado, con la boca abierta. Enseguida se repuso y, rojo de furia, exclamó:

—¡Con esas me vienes ahora! El detective de tres al cuarto que se puso a buscar asesinos donde tenía que haber estado buscando papeles… —Soltó una carcajada—. Pensaba que en tu agencia solo

contrataban profesionales, no imaginé que fueras a creerte de verdad que uno de esos garrulos había matado a mi tío…

La pulla le habría dolido más de no ser porque el último comentario le chirrió tremendamente.

—¿Sabías que no había asesino?

—¡Pero por supuesto! Ya suponíamos que mi tío se mataría algún día por irse solo por el monte. Dijimos lo del asesinato para meteros prisa, para que todo esto se resolviese cuanto antes. Si llegamos a saber que os lo ibais a tomar en serio, nos habríamos inventado otra cosa.

Habría sido muy sencillo dar la zancada que le separaba de Alfonso Cobo y hundirle la nariz de un puñetazo. Muy muy sencillo. La satisfacción inmediata habría sido tremenda. Realmente, lo difícil fue no hacerlo. Lo difícil fue mantener la profesionalidad, despedirse educadamente del hombre y marcharse de allí sin más. No recogió, sin embargo, los papeles del suelo, ni le avisó de que aquella mentira le iba a valer una denuncia en cuanto se lo contase a su jefa. Se permitió, no obstante, sentir una más que generosa satisfacción al ver los bajos destrozados del deportivo, la chapa rayada y las ventanas llenas de barro. No fue suficiente, pero a veces la vida no pone a cada uno en su lugar ni el bien acaba triunfando, ni todas esas tonterías que le enseñan a uno en el colegio.

A veces, los pequeños triunfos consisten en pensar «¡que se joda!» y seguir caminando.

Villalcerro estaba precioso con las flores de mayo. Parecía mentira que un paisaje pudiese ser aún más verde, y, sin embargo, allí estaban las colinas y las laderas, desafiando la teoría del color.

Era la víspera de su partida, y Daniel aún no había hecho las maletas. Si alguien le preguntase, se excusaría diciendo que había estado en casa de Borja para enterarse de qué tenía que hacer con las llaves cuando se marchase de la Torre. En realidad, la visita al alcalde había durado unos quince minutos, diez de los cuales habían consistido en el hombre explicándole que se estaba leyendo no sé

qué libro «de esos de los vuestros» que le había dejado su hija. Daniel no sabía si estaba intentando buscar su aprobación o demostrarle que pensaba cumplir lo dicho en la comisaría.

—Bueno, pues nada —finalizó el hombre, y le tendió una mano—. Las llaves me las dejas debajo del felpudo y ya te llamaré para ver qué hacemos con la fianza. Es una lástima que te vayas, creíamos que ibas a quedarte más tiempo. Al menos hasta verano. Ya sabes… por…

—Vine a trabajar —le interrumpió Daniel antes de que el hombre pudiese meter la pata—. Ha sido un placer estar aquí estos meses, pero ya es hora de que me vuelva a Madrid.

—Sí, claro, claro… De todas formas, te vamos a echar de menos en el pueblo. Si alguna vez vuelves por aquí, ya sabes dónde nos tienes, ¿eh?

Y, por una vez, el tono de voz del alcalde era completamente sincero.

No había visto a Nico desde la detención. Probablemente porque solo salía de casa durante las horas que el hombre pasaba trabajando con el taxi, pero no había ninguna ley que prohibiese lamentar la propia estupidez como si fuese de otra persona.

Al resto de vecinos sí que los había visto, era inevitable cuando el pueblo era tan pequeño, y todo parecía estar como siempre. Había habido algunos intentos, sobre todo por parte de Maricarmen, de enterarse de qué había pasado exactamente, pero nada más. Y Daniel no le había dicho a nadie que se marchaba —salvo a Borja, pero ni siquiera allí podía correrse la voz tan rápido—, así que todo el que le veía le saludaba con la amabilidad de siempre.

Nadie parecía saber tampoco que Daniel ya no estaba viviendo con Nico. El detective se preguntaba si Nico habría dicho algo, o si todo el mundo estaba haciendo como que no se habían dado cuenta de que ya no se les veía juntos.

Tampoco quería ser el primero en sacar el tema, no cuando solo pensar en ello le daba muchísimas ganas de echarse a llorar.

Nico era, por encima de todo, una muy buena persona; era natural que no hubiese puesto a Daniel a caer de un burro mientras estuviese en el pueblo. Seguramente esperaría a que se marchara. Daniel estaba casi seguro de que, si alguna vez se le ocurría volver, las miradas de aquellos vecinos que había llegado a conocer mejor que a su propia familia ya no serían igual de amables.

Pero Nico tendría que haber hablado con alguien, ¿no? Con Gabriela, tal vez, con Unai… Puede que con Luisa y Ángeles. Por si acaso, el detective también estaba evitando encontrarse con ellos.

Y por eso, cuando Unai entró en la tienda de Maricarmen y le vio al fondo, Daniel le esquivó la mirada y deseó con todas sus fuerzas que la tierra se lo tragase. El pastor fue hacia él, y Daniel no pudo menos que pensar en todos los chistes de vascos que le habían contado a lo largo de su vida y echarse a temblar.

—¡Aquí estás! —exclamó el hombre, y Daniel no esquivó la mano que descendía sobre él porque le faltó espacio entre las estanterías. Una suerte, porque esta se posó en su hombro, en un gesto para nada amenazador—. ¿Dónde te metes? No hago más que intentar dar contigo y nada.

Daniel preparó mentalmente todas las excusas que le iba a soltar cuando llegase la inevitable pregunta: no había pasado nada, Nico no había hecho nada, todo había sido un error y él ya se iba, ya podrían todos volver a sus cosas sin extraños en el pueblo que los acusasen de cosas horribles.

Pero Unai no preguntó, sino que le palmeó ambos hombros con las manos —algo de verdad había en los chistes, pues Daniel sintió cada palmada en lo profundo de los huesos— y le dijo:

—Van a comprar la explotación, con todos nosotros incluidos en el acuerdo. —Sonreía de oreja a oreja—. No pierdo el trabajo, y parece que por fin nos van a pagar lo que nos deben. Ya se han repartido la herencia, y Alfonso ha traspasado la explotación. A partir del mes que viene trabajaremos para un señor de Luxemburgo.

Daniel se relajó inmediatamente

—¡Eso es estupendo, Unai!

—Y te lo debemos a ti.

¿Qué?

Estuvo a punto de darse la vuelta y buscar a la otra persona a la que sin duda se refería Unai.

—¿A mí?

—¡Claro! Si no hubieses aparecido y resuelto el caso, ¡a saber qué habría sido de nosotros!

A Daniel lo que le parecía era que, de no haber estado él empeñado en buscar asesinos donde no los había, no habría habido caso que resolver y Villalcerro habría seguido su vida como si nada. Aquella compra, o traspaso, o lo que fuera, habría acabado llegando de todas formas.

Pero no le dijo nada de eso a Unai. Respondió a los cumplidos con una sonrisa, reprimió las ganas de preguntarle por Nico, y se despidió de él con la vaga —y falsa— promesa de ir a tomar café un día a su casa.

Después, fue hora de hacer las maletas.

Puso la radio, a ver si aquel día era uno de los afortunados en los que se captaba alguna emisora que no fuese Radio María. Aunque, a aquellas alturas, tanto daba si eran comentarios a los salmos o un pódcast sobre el uso y abuso de las hojas de lechuga. Necesitaba algo que llenase el silencio de fuera y ahogase el tumulto de dentro, o no sería capaz de tenerlo todo preparado para el día siguiente. Milagrosamente, encontró un programa de música que estaba a la mitad de una lista de las mejores canciones de todos los tiempos.

Ya casi tenía cerrada la maleta cuando alguien llamó a la puerta. Suponiendo que sería Borja, que venía a darle más instrucciones sobre cómo cerrar la casa, ni se molestó en apagar la radio antes de bajar por las escaleras.

Sin embargo, quien esperaba al otro lado era Nico.

—Oh —fue lo único que se le ocurrió decir, seguido de un lamentable—: Hola.

—Hola —respondió el hombre, y abrió la boca para decir algo más, pero la volvió a cerrar enseguida.

No le miraba a los ojos. Tenía las manos tan metidas en los bolsillos que parecían ir a engullirle entero, y había una pesadez en

el ambiente, un silencio que ninguno de los dos sabía cómo romper.

«Venga», se animó Daniel. «Sé tú por una vez el que hable primero, no seas cobarde».

Pero, como siempre, Nico se le adelantó:

—Escucha, quería pedirte perdón.

Se quedó atónito. Apenas sí encontró la voz para exclamar:

—¡¿Por qué?!

—No tendría que haber reaccionado como lo hice. Solo estabas haciendo tu trabajo. Te faltaban datos… y yo tampoco tenía una coartada muy sólida.

Daniel ya estaba negando con la cabeza.

—No, soy yo el que tiene que pedirte perdón. Tendría que haber confiado en ti. Tendría que haberlo hablado primero contigo, seguro que se habría resuelto antes.

—¿Y si llego a ser yo de verdad? ¿Qué crees que te habría dicho? ¿Habrías esperado una confesión? No, Dani. —Por un segundo pareció que Nico iba a estirar el brazo, a apoyar la mano en su hombro, pero no ocurrió—. Lo has hecho muy bien, como siempre. Y yo tendría que haber sido más comprensivo.

Se quedaron ambos callados y Daniel bajó la vista al suelo. Tenía que decir algo, pero no sabía qué. Ya la había fastidiado bastante, a lo mejor ahora le tocaba callar, dejar que las cosas siguiesen el ritmo que llevaban antes de que él apareciese por allí a volverlo todo del revés… y quitarse de en medio.

—De todas formas —concluyó, y la voz le salió a regañadientes—, ya está todo resuelto. Ya no tendréis que preocuparos más por investigaciones y preguntas ni…

—Entonces es verdad que te vas.

No alzó la cabeza.

—Ya he terminado lo que vine a hacer aquí, ¿no? —Se encogió de hombros y sonrió sin ganas—. No tiene sentido que me quede.

—No, claro que no… —murmuró Nico, y algo se le retorció en el pecho a Daniel al escucharlo. Levantó los ojos, pero esa vez era Nico quien clavaba la mirada en algún punto por encima de su hombro.

«Pídeme que me quede», dijo una voz traidora en su cabeza, y Daniel se apresuró a acallarla, porque sabía que no se lo merecía.

—¿Quieres que te lleve a la estación? —preguntó el hombre al cabo de unos segundos.

Daniel sacudió la cabeza.

—No hace falta.

—Vamos, no seas así —insistió Nico, y por un segundo se le alzó la comisura de la boca—. ¿Un último viaje?

Hacía muchos meses que Daniel había descubierto que no podía negarle nada.

—De acuerdo —cedió, y Nico exhaló despacio. Quiso pensar que se debía al alivio, pero no se atrevió.

—Bien. Te veré mañana.

—Hasta mañana.

Nico le miró un segundo de más, abrió la boca para decir algo, pero al instante sacudió la cabeza y se giró para bajar por las escaleras. Daniel no pudo quedarse mirando cómo se marchaba; cerró la puerta y apoyó la frente en la madera. Oyó el abrir y cerrar de la puerta del taxi, el ronroneo del motor y la gravilla crujiendo bajo las ruedas. Poco a poco, el sonido del coche se fue alejando, alejando, alejando… hasta que solo quedó el silencio.

Arriba, la voz del locutor anunciando el éxito número seis de la lista de los veinticinco más populares de todos los tiempos le sacó del trance.

Didn't We Almost Have It All?[12] cantó Whitney Houston, y aquella fue la gota que colmó el vaso: subió las escaleras con paso firme, desenchufó la radio, plegó la antena, enrolló el cable alrededor del aparato, abrió la ventana y la dejó caer. El sonoro ¡crash! le hizo sentir extrañamente bien.

«Adivina a quién no le van a devolver la fianza», pensó con sorna.

Capítulo 22

MADAGASCAR



Es curioso cómo cambian los paisajes sin hacerlo en absoluto. Esa misma carreterucha llena de curvas y baches parecía otra mientras el taxi de Nico esquivaba hábilmente los agujeros más grandes. La vegetación de los márgenes, de un verde rabioso, estaba llena de flores.

Por una vez, el cielo parecía estar en desacuerdo con el estado de ánimo de Daniel. El sol calentaba más que nunca y no se veía una sola nube en medio de todo el azul.

Desde lo alto de la loma, los tejados de Carabajillo aparecían diseminados allá abajo, desparramándose por la ladera hasta casi caer al mar. No tardaron mucho en encontrarse entre ellos, el viejo taxi circulando por sus calles estrechas con la facilidad de la experiencia, hasta que se detuvo justo delante de la estación.

Daniel miró el edificio desde el asiento, pero no hizo movimiento alguno para bajarse del coche, ni siquiera para soltarse el cinturón de seguridad. A su lado, las manos de Nico seguían en el volante, como si temiese interrumpir las últimas notas de la canción de la

radio, el único sonido que había impedido que aquel corto viaje transcurriese en silencio.

Cuando la canción acabó, Nico apagó del todo el motor, pero no sacó la llave del contacto.

—Bueno… —dijo, todavía mirando al frente—, ya estamos aquí.

Daniel volvió a mirar el viejo edificio de la estación.

—Ya estamos aquí —asintió.

Silencio.

Por primera vez desde que aparcaran, Daniel giró la cabeza para mirar a Nico y se encontró con que el hombre había hecho lo mismo. De pronto, la distancia entre el coche y la puerta de la estación se le hizo un mundo, y la ligera pátina de humedad de los ojos de Nico resultaba demasiado dolorosa.

Ninguno de los dos lloró. No todavía, al menos. Habían sido nueve meses, pero Daniel podría jurar que conocía a Nico como si hubiesen pasado toda la vida juntos, y el detective sabía que el hombre no lloraría delante de él. Probablemente lo haría luego, con el coche parado en el arcén, a medio camino entre Carabajillo y Villalcerro, donde Daniel no pudiese verle y sentirse culpable. Y él… él lloraría a la altura de Burgos, cuando su compañero de asiento estuviese ya profundamente dormido y el nudo que tenía en el pecho se deshiciese como la aspirina para burbujearle tras los párpados.

Pero todavía estaban en el coche, en silencio. Los ojos de Nico seguían siendo muy muy azules y Daniel no podía apartar la mirada.

¿Cómo era eso de las despedidas? Hubiera jurado que eran más fáciles, que ese nudo que tenía en la garganta no solía estar allí. Un simple «un placer haberte conocido» no serviría, pero no tenía las palabras para decir otra cosa.

Y pasó como en todas esas películas absurdas: justo cuando Daniel se armaba de valor, justo cuando Nico soltaba una mano del volante para tomar la suya, sonó el móvil.

Ambos dieron un respingo. Daniel se apresuró a tantearse todos los bolsillos, maldiciendo entre dientes, y Nico volvió a aferrar el volante como si se fuese a escapar.

Sin atreverse a mirarle, Daniel descolgó.

—Dime, Patricia.

Al mismo tiempo, el reloj de la estación dio la una.

Como en todas esas películas, el momento había pasado, y en un abrir y cerrar de ojos Daniel se vio fuera del taxi, con la bandolera con el ordenador colgando de un brazo, el teléfono atrapado entre el hombro y la oreja, la maleta en una mano y la otra…

La otra estaba entre las de Nico, que sonreía con la sonrisa menos alegre que le había visto nunca.

—Vete, corre —oyó que le decía, por encima de la voz de Patricia a través del móvil— que, si no, lo vas a perder.

Un parpadeo más tarde le tendía el billete al vigilante del control de acceso y pasaba al andén. Se dio la vuelta, solo para darse cuenta de que no había nadie al otro lado del control; Nico no había entrado a la estación con él.

La del taxi había sido su despedida. Por idiota. Por no haber dicho nada.

Sacudió la cabeza. A Burgos, esperaría a Burgos, cuando la cosa ya no tuviese marcha atrás y quedase solo el remordimiento y los «¿qué hubiera pasado si…?». O mejor aún, en su habitación de Madrid, cuando el ruido tras las ventanas mal aisladas le impidiese dormir después de tantos meses en la tranquilidad del pueblo.

O entre caso y caso, cuando no quedase nadie con quién hablar y estuviese solo en el piso, preguntándose por enésima vez qué demonios hacía en aquella ciudad.

O…

—¿… oyendo? ¡Daniel!

Irguió la cabeza como quien sale de un sueño.

—¡Sí! Sí —respondió—. Estaba pasando el control. ¿Qué decías de la semana que viene?

Patricia continuó hablando y Daniel solo podía pensar en lo fría que se le había quedado la mano ahora que Nico ya no la sostenía.

Cuando las puertas automáticas se cerraron tras Daniel, Nico tuvo que volver al taxi y sentarse dentro porque de pronto le fallaron las piernas.

Aquella había sido su despedida. Por idiota. Por no haber hecho nada.

Pero claro, aquella había sido una relación condenada a acabar desde el mismo minuto en que había empezado. ¿Qué había creído, que Daniel iba a quedarse en aquel pueblo dejado de la mano de Dios, sin cobertura, sin wifi, sin nada que hacer los fines de semana?

No. Nico había sabido desde el principio a lo que se arriesgaba, y sin embargo había decidido cultivar aquel sentimiento, darle alas, dejarlo volar como si nunca fuese a terminar.

Y, por culpa del malentendido con el caso Cobo, por culpa de aquel maldito papel que el hombre se había dejado en su taxi hacía tantos meses, ni siquiera habían podido probar si una relación a distancia funcionaría con ellos.

Incluso después de muerto, Cibrián seguía fastidiando las vidas de los que le habían rodeado, como un mal espectro.

Seguía mirando las puertas que se habían tragado a Daniel como si esperase verle salir de nuevo, como si quisiese grabar la última imagen que tenía de él en su memoria para siempre. Sonó el pitido que indicaba el cierre de puertas y, al cabo de un rato, el tren salió de la estación. Con un suspiro, Nico se secó las lágrimas que habían empezado a salir sin que se diese cuenta y arrancó.

Estaba vuelto hacia atrás para sacar el coche sin golpear el bolardo que delimitaba la plaza cuando alguien dio tres golpecitos en la ventanilla del copiloto. Se giró, esperando ver a un conocido o a un guardia de tráfico…

… pero quien le sonreía desde el otro lado del cristal era Daniel.

El corazón le dio un vuelco, y recordó por los pelos poner el freno de mano antes de desactivar el cierre centralizado.

No podía ser, el tren acababa de salir… ¿Lo habría perdido?

Pero Daniel no parecía nada preocupado mientras abría la puerta, lanzaba el móvil a la parte de atrás del coche sin ningún miramiento y se sentaba junto a él, con las maletas todavía fuera y una sonrisa inmensa.

—Pe… pero ¿qué ha pasado? —balbuceó.

—Le he dicho a Patricia que dimito. —La sonrisa de Daniel se hizo todavía más ancha—. Me quedo.

Durante unos segundos, Nico no fue capaz de decir nada.

—Pero… —repitió, atónito—. ¿Qué vas a hacer? ¿De qué vas a vivir?

«¿Dónde vas a vivir?».

¿Era demasiado desear que con él? ¿Como aquellas semanas antes de que todo se estropeara? Albergar esperanzas era más fácil ahora, con el tren ya camino de la capital y Daniel sentado junto a él en el viejo taxi.

El detective —¿o ya no era detective?— sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Probablemente esta sea una de esas locuras que me advertiste que no hiciera —le dijo—. ¿Dejar el trabajo de golpe? Hecho. ¿Hacerme una cuenta de Squeaker solo para compartir fotos de gatos? Hecho. Cantabria no es precisamente la Conchinchina, pero solo me queda la mudanza, porque… —Se detuvo y tomó aire antes de soltar—: porque ya llevo meses viviendo en mi propio Madagascar y han sido los meses más felices de mi vida. Probablemente tengas razón y sea demasiado pronto, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado…, pero quiero que sepas que yo también te quiero, y que quiero quedarme aquí, contigo. Si tú quieres —añadió, con mucha menos decisión—. Si no quieres volver a verme por aquí, me iré, es solo que… tenía que decírtelo.

El tiempo no se detuvo. Seguía entrando y saliendo gente de la estación, los coches no dejaban de pasar por la calle, y a lo lejos se oían las gaviotas y el rumor del mar, pero para Nico fue como si los segundos pasasen sobre él sin tocarle, como si de pronto hubiese olvidado cómo leer el reloj. Se quedó quieto un latido, dos, tres… Perdió la cuenta incluso de lo incontable, y solo volvió en sí cuando vio la sonrisa de Daniel perder fuerza y volverse un poco más pequeña, más insegura.

Y eso, se dijo, no podía ser.

Salió del taxi, cerró la puerta tras de sí y lo rodeó para poder llegar hasta la puerta del copiloto. Daniel ya salía por ella, con el comienzo de una disculpa atropellada en los labios, pero no llegó a terminarla; apenas llegó a su altura, casi sin esperar a que el

hombre saliese del todo del coche, Nico le tomó la cara entre las manos y lo besó.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras —le dijo, separándose solo unos centímetros, con los ojos húmedos—. Un día, un mes, un año…

Daniel dejó escapar una risa suave, casi como un suspiro de alivio, y volvió a besarle.

—Al final no me va a quedar más remedio que tomarte la palabra —murmuró, y Nico rio abiertamente mientras le secaba las lágrimas con los pulgares.

Los minutos seguían pasando. A lo lejos se oían las gaviotas y el rumor del mar, los coches seguían pasando por la calle, y la gente entraba y salía de la estación. Se anunció la llegada de un tren procedente de Madrid y una oleada de viajeros inundaron las aceras minutos después. Nadie se detuvo a mirar el taxi que ocupaba tres plazas de aparcamiento con las puertas abiertas de par en par, ni a los dos hombres de pie junto al asiento del copiloto, con las maletas en la acera, las frentes juntas y riendo como si nada más existiera.

Epílogo

Eran las cinco de la tarde en Carabajillo —y me imagino que también en el resto de la península— cuando un tren hizo su entrada en la estación, los motores zumbando con pesadez y las ruedas chirriando ligeramente en los raíles. Apenas se abrieron las puertas, los pasajeros, que llevaban levantados y con las maletas en el suelo desde hacía por lo menos quince minutos, empezaron a salir a empellones y trompicones, derramándose por el andén como hormiguitas confundidas, con los ojos yendo de acá para allá, de arriba abajo y de izquierda a derecha, en busca de un cartel que les indicase por dónde cruzar la vía ya que, como indicaban por megafonía, existían pasos habilitados para ello.

De las últimas en salir fue una señora, de esas que suelen llevar el sintagma «de bien» a modo de epíteto: ropa impecablemente planchada a pesar de las horas en el tren, una maleta vieja pero muy cuidada, y ni un solo pelo fuera de lugar. Se bajó brevemente las gafas de sol para mirar los carteles y se dirigió con paso firme hacia el ascensor. Minutos después, ascendía por el lado opuesto de las vías y, esquivando a la gente amontonada con una pericia que solo podía venir de la práctica, atravesó el edificio de la estación y emergió por la puerta principal, donde los recién llegados ya habían empezado a dispersarse. La mujer se llevó una mano a las gafas, pero pareció pensárselo mejor y la bajó; hacía un sol de justicia y, aunque las casas de alrededor eran de piedra oscura, los rayos se reflejaban en los cristales de los coches que circulaban y no le

apetecía pasarse varios minutos con puntos multicolores en las retinas.

Había dos hombres apoyados en el capó de un taxi blanco, uno de ellos alto y delgado y el otro un poco más bajo y de espaldas anchas. Aunque estaban de cara a la entrada, se encontraban hablando entre ellos y no la habían visto. Justo cuando ella salía, el más bajo le dijo algo a su compañero, que bajó la cabeza con la sonrisa más boba que la mujer había visto en mucho tiempo. Ruborizado, murmuró algo y el otro le respondió dándole un beso en la mejilla. Ninguno de los dos se dio cuenta de que ella se acercaba hasta que el traqueteo de la maleta no se acercó lo suficiente. Al instante, el primero se incorporaba de golpe.

—¡Mamá! No te había visto…

—Sí, de eso ya me he dado cuenta… —murmuró Teresa Gutiérrez y le tendió el bolso y la maleta. Luego, se lo quedó mirando unos segundos—. Has engordado —comentó y, antes de que su hijo pudiese decir algo, añadió—: Me alegro. Estuve tentada de traerte el llavero más pesado de Bangkok a ver si así no se te llevaba el viento. Y tú debes de ser Nicolás —continuó a renglón seguido, y solo la ligera inclinación de la cabeza le indicó al aludido que la mujer le miraba a él.

—Nico —se apresuró a corregirla, y le tendió una mano—. Encantado de conocerla, Dani me ha hablado mucho de usted.

Al oír el diminutivo, Teresa giró la cabeza hacia su hijo con las cejas alzadas. Este se encogió de hombros y sonrió. Ambos respiraron aliviados cuando la mujer estrechó la mano que se le tendía y añadió la otra con unas breves palmaditas.

—Mucho gusto, pero no me trates de usted, que me hace sentir vieja.

Mientras Nico le abría a su madre la puerta del copiloto, Daniel metió el equipaje en el maletero y después subió al asiento trasero, en el lado izquierdo para quedar justo detrás de Nico.

—Bueno, mamá —dijo—, ¿quieres que te enseñemos un poco Carabajillo o prefieres ir directamente a casa?

«Casa», no «la casa», no «el piso». Teresa se sonrió y fingió colocarse las gafas para ocultar el gesto.

—¡Llevadme a la playa, hombre! —exclamó y le dio una palmada a Nico en el brazo—. ¡Que vengo deseando oler el mar!

—¿No venía de Tailandia? —preguntó Nico, extrañado.

—A ese «venía» le falta una «s». Y mira, qué quieres que te diga, las playas del Cantábrico son de esas cosas que nunca te cansas de visitar.

Nico asintió, satisfecho, y arrancó el coche.

Aparcaron lo más cerca del paseo marítimo que pudieron y, sin descalzarse, porque a pesar de las horas la arena aún quemaba, echaron a andar hacia la orilla. Teresa delante, del brazo de Nico, Daniel unos pasos más atrás, con las manos en los bolsillos. Lo cierto es que podría haber ido sola; al fin y al cabo, no era tan mayor, pero no había mejor forma de conocer a un yerno potencial que engancharle del brazo y obligarle a contestar a todas sus preguntas. Sabía sin necesidad de mirarle que su hijo ponía los ojos en blanco con cada pregunta, pero le daba igual.

La playa estaba llena de gente aquella tarde. Agosto había conservado la ola de calor propia de julio y en Carabajillo, que estaban poco acostumbrados a semejantes temperaturas, el que no sudaba a chorro bajo una sombrilla estaba metido en el mar. Las calles estaban vacías y, los pocos establecimientos que tenían aire acondicionado, llenos.

Llegaron a la arena húmeda que la marea había dejado al retirarse y se descalzaron para acudir al encuentro de las olas, unos metros más allá. Cuando el agua salada le lamió los pies, Teresa cerró los ojos y se llenó los pulmones de olor a sal.

—Hola de nuevo, Cantábrico —dijo cuando exhaló—. ¿Cuántos años hacía que no veníamos, Daniel?

Daniel se encogió de hombros y Nico se volvió hacia él, con la sorpresa pintada en la cara.

—¿Ya habías estado antes aquí?

—Sí, claro —dijo Teresa.

—No —respondió Daniel al mismo tiempo. Al ver que su madre se disponía a corregirle, se apresuró a añadir—: Bueno, sí, pero no tenía ni un año. No me acuerdo absolutamente de nada de ese viaje.

—Pues algo se te debió de pegar para que te quedes aquí tan contento —replicó su madre—. ¡Vamos, con lo urbanita que eres! Ni en sueños se me habría ocurrido que acabarías aquí.

Nico asistía a ese intercambio con un brillo divertido en sus ojos, con la mujer todavía cogida de su brazo.

—Le costó adaptarse, no se crea… —intervino, y Daniel se giró hacia él con gesto herido—. Vino en zapatillas y sin chubasquero, pobruco… Le tuvimos que dejar ropa de abrigo cuando llegó el frío de verdad.

Teresa se echó a reír. Daniel le dirigió a su novio una mirada asesina y formó la palabra «traidor» con los labios, sin hacer un ruido. Por toda respuesta, Nico le tiró un beso.

—Pues no sabes lo que te agradezco que me lo cuidaras tan bien —dijo la mujer cuando se le pasó la risa. Palmeó el brazo de Nico y se soltó para tomar a su hijo por los hombros—. Me alegra ver que has encontrado gente que te quiere en un lugar que te trata bien. Es lo único que quiero para ti. ¡Sí, no me mires con esa cara! —le regañó al verle la ceja levantada—. Odio ponerme toda *hippie*, pero te veo feliz, y eso vale más para mí que todos los éxitos laborales del mundo.

—Pues menos mal —murmuró Daniel, y clavó la vista en el suelo —, porque aún estoy decidiendo qué hacer con mi vida aquí. Tengo algunas opciones, la semana que viene tengo una entrevista en…

Su madre le sostuvo por el mentón para poder mirarle a los ojos.

—Tienes tiempo de sobra para decidir por dónde quieres seguir —sentenció—. Y no te preocupes, ningún trabajo que te haga feliz me va a parecer mal. Estoy muy orgullosa de ti y siempre lo estaré.

Había lágrimas en los ojos del hombre, y Teresa empezaba a notar un ligero picor en los suyos, así que lo soltó; nunca había sido especialmente sensiblera y desde luego no pensaba empezar ahora. Avanzó unos pasos, fingiendo no ver cómo Nico se acercaba a su hijo y le cogía de la mano, y sonrió para sí, satisfecha.

—¡Ah, por cierto! —exclamó de pronto, y se volvió hacia ellos—. Nunca me dijiste qué pasó con aquel hombre, el que empezó todo esto.

Con una mano en la de Nico, y la otra en el bolsillo del pantalón, Daniel la miró un momento, se encogió de hombros, y contestó:

—¿La verdad? Ni idea.

Agradecimientos

El detective Daniel Minaya apareció por primera vez en un documento de Word en noviembre de 2021, durante el reto del NaNoWriMo[13]. Ese primer borrador ha dado muchas vueltas desde entonces, y son muchas las personas a las que tengo que agradecer que se haya convertido en la novela que acabas de leer:

Gracias, en primer lugar, al equipo de HarperCollins Ibérica, en especial a mi editora Elisa, por creer en esta historia y ayudarme a convertirla en la mejor versión de sí misma.

Gracias a mi hermano Pablo, por inventar el nombre de Carabajillo; a mis padres, por apoyarme siempre y ser el mejor equipo de publicidad del mundo; y a mis abuelas, mis primeras y mejores fans.

Gracias a Cris, por adoptar a Daniel cuando no era más que una idea en el aire, y también gracias a Tati, porque sin nuestras quedadas escribidoras no sé qué habría sido de esta historia.

Gracias a Colores, la gatita del capítulo 19, por dejar de morderme un segundo para que pudiese hacer la foto, y también a sus dueños, Julia, Gabriel y Javier, por acogerme siempre con los brazos abiertos.

Gracias a Raúl, por el cariño, por la labor extraoficial y no remunerada de mánager (es el mejor del mundo) y porque lleva años enseñándole a esta urbanita que siempre hay algo, incluso donde dicen que no hay nada. Y por prestarle a Nico sus ojos azules.

Gracias a Alfredo, porque las buenas personas merecen todos los agradecimientos del mundo.

Y gracias también a Michael Sheen y David Tennant, ~~*porque no tengo vergüenza.*~~

Sobre la autora

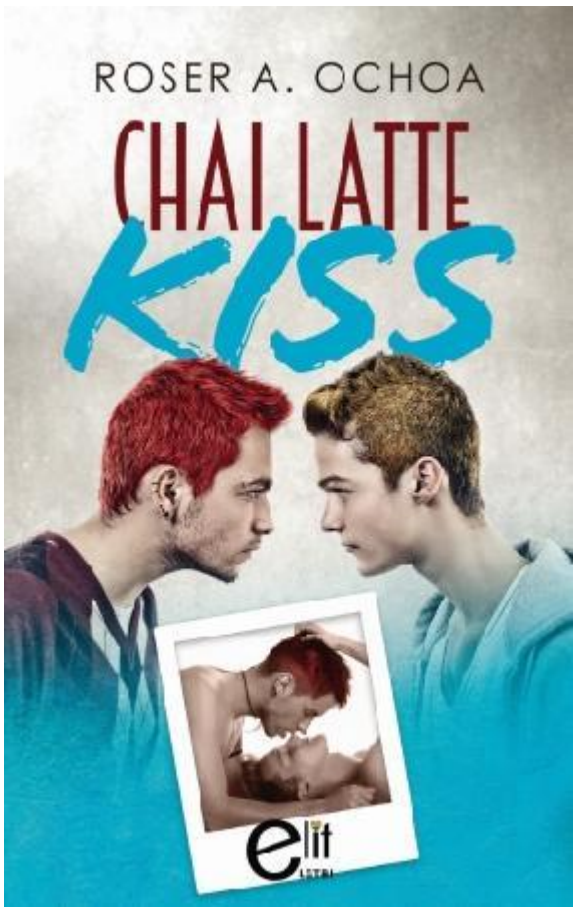
Nací en Madrid, en febrero de 1993, pero me gusta más decir que soy de Colmenar Viejo, porque pasé allí treinta años de mi vida, que no son pocos.

Escribo desde que tengo memoria. La velocidad a la que engullía libros cuando era pequeña me llevaba a quedarme sin material muy pronto y, como no me quedaban mundos en los que sumergirme, me los inventaba. En el instituto, gané algunos premios de relato corto, tanto a nivel del centro como a nivel local, pero no fue hasta que quedé finalista del premio Gran Angular que publiqué mi primer libro, *El precio de un ángel de cobre*, en abril de 2019. Un par de años más tarde, publiqué, junto con Laura Fernández, *Corazón de pirata*.

Estudié el Grado en Ciencias y Lenguas de la Antigüedad y el Máster de Formación de Profesorado en la Universidad Autónoma de Madrid y, como la docencia resultó no ser lo mío, hice un curso de corrección y edición. Actualmente, vivo en Alcázar de San Juan (Ciudad Real), trabajo como correctora y redactora autónoma y, por supuesto, sigo escribiendo.

Notas

[1] «Cuando uno llega al Norte, berrea (llora) dos veces: cuando llega y cuando se va». *Bienvenidos al Norte*, 2008.
[2] Lluvia menuda y fina que cae blandamente.
[3] Bobo.
[4] Mala persona.
[5] Persona con intención de hacer daño.
[6] «Por favor» en euskera.
[7] Pescador.
[8] Salero, gracia.
[9] Leñador mitológico que le trae los regalos en Navidad a los niños cántabros.
[10] @Gatos adorables a diario: ¡Cuidado con esos dientecillos!
[11] Bobada, tontería.
[12] ¿No lo teníamos todo?
[13] National Novel Writing Month (Mes Nacional de Escribir Novelas)


ROSER A. OCHOA
CHAI LATTE
KISS
elit

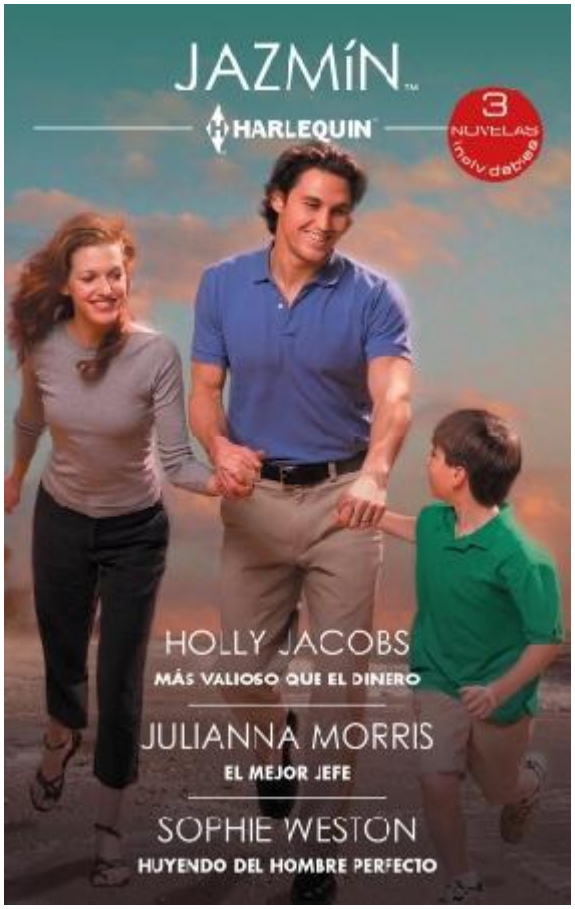
Chai Latte Kiss

A. Ochoa, Roser
9788411410625
544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

[Capitán Levi] ¿Sabíais esto? El príncipe de hielo y el príncipe de fuego no pueden estar en la misma habitación sin explotar. [ChicaLinda19] Claro, son enemigos declarados. [EnTuCasaOEnLaMia] Pero ¿habéis escuchado el rumor? Dicen que eran mejores amigos de infancia, casi como hermanos, y un día todo se torció. [Pilar_Celestial] ¿Por qué? [EnTuCasaOEnLaMia] Nadie lo sabe. [Capitán Levi] ¡Ah! Y hay otro rumor… Uno que habla de un beso y… [Sin señal, disculpen las molestias] Esta es una historia BFF to enemies to lovers, llena de miedos, malentendidos, peleas a puñetazos y amor. Mucho amor y besos con sabor a chai latte. Atrévete a descubrir todos los detalles.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


JAZMÍN
HARLEQUIN
3 NOVELAS
HOLLY JACOBS
MÁS VALIOSO QUE EL DINERO
JULIANNA MORRIS
EL MEJOR JEFE
SOPHIE WESTON
HUYENDO DEL HOMBRE PERFECTO

Más valioso que el dinero - El mejor jefe - Huyendo del hombre perfecto

Jacobs, Holly
9788410745704
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más valioso que el dinero

Estaba claro que aquello era cosa del destino...

Joe Delachamp estaba sin habla: Louisa Clancy era la última persona que esperaba ver al entrar a aquella pastelería. Estaba tan guapa como la recordaba, pero al ver al pequeño de ojos verdes que había a su lado, el médico de urgencias se dio cuenta de que Louisa había estado guardando algunos secretos durante los últimos ocho años. Ahora tenía que buscar la manera de ganarse la confianza del hijo que no sabía que tenía... y el corazón de la mujer a la que jamás había dejado de amar.

El mejor jefe

Esposa y matrimonio eran dos palabras que no figuraban en su vocabulario.

Cuando Libby Dumont reapareció en la vida de Neil O'Rourke, supo que debía mantenerse alejado de ella. Hacía ya diez años de aquel increíble beso, el mismo beso que había asustado tanto a la recatada Libby y había hecho que Neil se diera cuenta de que aquella mujer quería mucho más de lo que él podía darle.

Libby Dumont no podía creer que Neil O'Rourke fuera de verdad su nuevo jefe. Aunque estaba más guapo que nunca, era obvio que estaba completamente fuera de su alcance. Pero entonces se vieron obligados a trabajar juntos en un proyecto...

Huyendo del hombre perfecto

Christina sabía que no había ningún caballero andante esperando para salvarla.

La única manera de conseguir la libertad era luchando por ella, por eso, cuando aquel guapísimo desconocido se ofreció a ayudarla, Christina desconfió de él.

Su desconfianza aumentó cuando empezó a trabajar para una princesa y volvió a aparecer el misterioso Luc Henri. Pero Christina no se dejó engañar por su encanto y sus atenciones, era imposible que ella fuera lo que él andaba buscando. Christina no creía en el amor ni en el hombre perfecto, pero por mucho empeño que pusiera en alejarlo de su lado, lo cierto era que no podía quitárselo de la cabeza.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


HQÑ
PARÍS
PUEDE
ESPERAR
MARISA SICILIA

París puede esperar

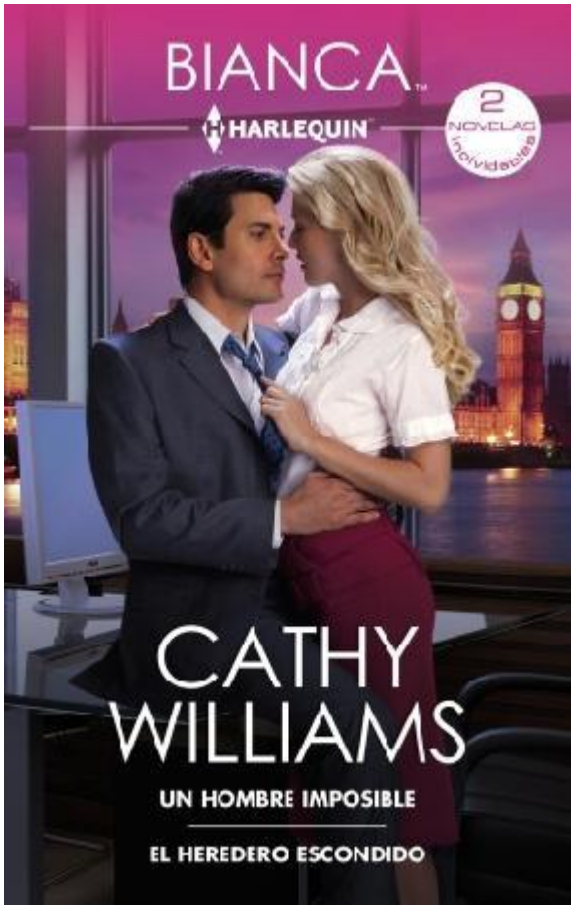
Sicilia, Marisa
9788413487649
61

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


BIANCA
HARLEQUIN
2 NOVELAS inolvidables
CATHY WILLIAMS
UN HOMBRE IMPOSIBLE
EL HEREDERO ESCONDIDO

Un hombre imposible - El heredero escondido

Williams, Cathy
9788410745209
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un hombre imposible

¡Estaba dispuesta a hacer que aquel hombre imposible cambiara!

El atractivo magnate neoyorquino, Matt Strickland, buscaba a la niñera ideal para su hija y Tess Kelly no cumplía ninguno de los requisitos del anuncio. La sensatez, la severidad y las cualificaciones académicas no eran precisamente sus puntos fuertes, pero estaba dispuesta a enseñar a su jefe a divertirse. Un desafío que pondría a prueba su relación…

El heredero escondido

Su aventura tuvo la consecuencia más sorprendente de todas…

Sarah Scott no había querido enamorarse de un mujeriego incapaz de comprometerse, pero la experta seducción de Raoul la dejó indefensa. Sin embargo, cuando él desapareció de su vida, el legado de Raoul siguió vivo… Sarah estaba embarazada del heredero Sinclair.

Cinco años después, Sarah tenía que esforzarse para llegar a fin de mes trabajando como limpiadora en una oficina. Estaba de rodillas fregando el suelo cuando sus ojos se encontraron con los de su nuevo y elegante jefe, el hombre al que nunca había podido olvidar y el padre de su hijo: Raoul Sinclair.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



E-Pack Bianca mayo 2024

Graham, Lynne
9788410628670
640

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un acuerdo temporal

Lynne Graham

Un acuerdo temporal… con una consecuencia permanente

Alana Davison, tímida doncella de hotel, estaba desesperada por saldar una deuda familiar. Tanto que, cuando descubrió que el magnate griego Ares Sarris necesitaba una esposa, se decidió a hacerle una escandalosa sugerencia: si Ares la ayudaba con su deuda, ella se convertiría en su esposa de conveniencia.

Para Ares, Alana se convirtió en una magnífica solución. Su matrimonio le permitiría asegurarse la herencia que su ilegitimidad le había negado hasta entonces. Sin embargo, el inconveniente era la química que ardía entre ellos. Por sorpresa, Alana le comunicó que, nueve meses más tarde, su ordenada vida iba a ponerse patas arriba por la llegada de un bebé…

Matrimonio de papel

Joss Wood

¡Su esposa de conveniencia quería negociar el nacimiento de un heredero!

El matrimonio sobre el papel de Millie Piper con el director ejecutivo Benedikt Jónsson le supuso poder controlar su vida. Ahora deseaba tener un hijo, así que lo correcto era pedirle a Ben que se divorciaran. Pero cuando se quedó atrapada en la casa de Ben por una tormenta, descubrió la atracción que sentía por su esposo de conveniencia.

A Ben, un lobo solitario, la petición de divorcio que le hizo Millie le provocó un peligroso deseo. La intimidad de tenerla consigo en su lujosa casa en Islandia amenazaba su implacable dominio de sí mismo, pero no fue nada comparado a la conmoción que le causó lo que le pidió después: ¡que fuera el padre de su hijo!

La reputación del siciliano

Lorraine Hall

Una vez desvelado el secreto… ¡El heredero debía ser reconocido!

Dos años después de disfrutar de una tórrida aventura con Brianna Andersen, Lorenzo Parisi descubrió que había tenido un hijo. Y el mundo que tanto se había esforzado en construir después de una traumática infancia estalló por los aires…

Brianna no averiguó que Lorenzo era millonario ni que tenía una dudosa reputación hasta que se enteró de que estaba embarazada.

Temiendo que pudiera hacerle daño, decidió ocultar la existencia de su hijo. Al descubrirlo, Lorenzo reclamó sus derechos como padre.

Y al comprobar que la química que había entre ellos no había disminuido, Brianna supo que lo que verdaderamente estaba en peligro era su corazón…

El valor de la verdad

Michelle Smart

La catedral de Florencia, un vestido de cuento de hadas… ¡Y una novia a la fuga!

Al descubrir que su prometido, el multimillonario Enzo Beresi, recibiría su herencia si se casaba con él, Rebecca Foley decidió abandonarlo en el altar. Se negaba a casarse con un hombre que no compartía sus secretos con ella.

La inocente Rebecca estaba destrozada, pero no era capaz de romper el vínculo que la unía a Enzo. Por eso, decidió concederle veinticuatro horas para que se sincerara por completo. El atractivo italiano juraba que sus sentimientos hacia Rebecca eran auténticos, pero ¿se atrevería ella a creer en él lo suficiente como para ceder a la tentación de disfrutar juntos su noche de bodas?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)